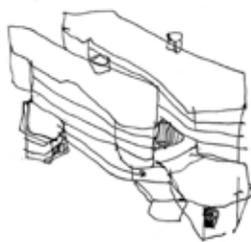


HISTORIAS  
DEL CHAMINADE



(1966-2016)

50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch  
Ch 50 Ch 50 Ch 50  
50 Ch 50 Ch 50 Ch

SOMOS LENGUAJE Y AMISTAD. Estos dos conceptos, que abarcan el inagotable territorio de los hechos humanos al configurar estas dos formas esenciales de comunicación, apenas pueden progresar sin la memoria personal, sin la memoria colectiva. El cultivo, casi el culto de la memoria es, pues, una necesidad vital. Cada presente ha estado condicionado, orientado, determinado, para bien o para mal, por todo lo que hemos sido. Saberlo es un ejercicio saludable de reencuentro con nosotros mismos. Las páginas de este libro son, sin pretenderlo expresamente, un homenaje a esa memoria personal y colectiva: a la vida que transmite el querer seguir viviendo en ella.

Emilio Lledó, *Fidelidad a Grecia*



Retrato de Manuel Ontañón el día de su boda,  
30 junio 1971, en la capilla del Chami

## A MODO DE PRÓLOGO

Manuel Ontañón Carrera

*Presidente del Patronato*

Como presidente de la Fundación del Colegio Mayor Chaminade me corresponde institucionalmente presentar el libro que llega a sus manos con ocasión de un acontecimiento de indudable importancia para esta institución, como es haber alcanzado 50 años de existencia.

Y esta tarea, que constituye un gran honor para mí, la llevo a cabo con gran satisfacción y afecto por la institución.

Los lectores serán, sin duda, los perjudicados, pues tendrán que disculpar la modestia de mi pluma.

En un mundo tan cambiante, en permanente evolución y desarrollo, en el que lo que hoy “es” y “vale”, con frecuencia mañana deja de ser y no vale, cumplir cincuenta años de historia, y sobre todo, hacerlo con la certeza del trabajo bien hecho, de que se han cumplido los objetivos que dieron lugar a su creación, es, sin duda, algo digno de ser celebrado, y que nos debe llenar de merecida satisfacción a todos los que hemos colaborado con el Colegio. Podemos decir, sin falsa modestia, que, cincuenta años después, estamos orgullosos del Colegio Mayor Chaminade.

La creación del Colegio Mayor Chaminade fue una excelente intuición de la Compañía de María, que decidió proyectar también su labor educadora hacia los estudiantes universitarios. Y así, aceptando el ofrecimiento de la Universidad Complutense, que cedía gratuitamente el uso de unos terrenos con esa finalidad, construyó a sus expensas el edificio del Colegio y abrió sus puertas, incluso cuando aún no se habían finalizado los últimos detalles. Pocos podrían pensar en aquel momento que el Colegio cumpliría los 50 años, siendo una espléndida realidad.

Debo destacar y agradecer especialmente la huella que los marianistas han dejado en el Colegio. La imagen de los propios estudiantes marianistas, que se alojaron al comienzo en el Colegio para cursar sus estudios universitarios y compartir esa experiencia en plano de igualdad con el resto de los colegiales, limpiando incluso las instalaciones pocas semanas antes de su apertura, habla de la humildad y vocación de servicio con que los marianistas plantearon el proyecto.

Luego, su progresiva y discreta retirada, que no supuso lejanía ni falta de interés, una vez que el Colegio tomó consistencia y personalidad propia, pone de manifiesto la ausencia de afán de protagonismo, el respeto a la individualidad de los colegiales, y la confianza en las personas que eligieron para dirigir el Colegio y en los propios colegiales que lo han materializado.

Cincuenta años de historia dan lugar a muchas historias personales, tantas como las de cada uno de los aproximadamente 4.500 colegiales que han pasado por el Colegio, que son la razón de ser del mismo y los que con su estancia, su aportación a las actividades realizadas, y su esfuerzo para lograr una plural y magnífica convivencia, han ido dando carácter, rostro y estilo al Colegio Mayor Chaminade.

Porque el Colegio es, básicamente, lo que han sido y son sus colegiales. Ellos son los que dan vida y hacen visibles las señas de identidad del Chaminade, “el Chami”. A ellos, por tanto, el profundo y sincero agradecimiento por las horas que pasaron aquí, dando lo mejor de sí mismos para crear una convivencia repleta de valores.

En las páginas que forman este magnífico libro se ofrecen las particulares experiencias personales de un numeroso grupo de colegiales y ex colegiales (no hay cabida para más) sobre su estancia en el Colegio. Su lectura, a la que les remito en la seguridad de que disfrutarán con la excelente calidad de los textos, les permitirá conocer de primera mano lo que ha llegado a ser el Colegio Mayor Chaminade. Estas narraciones ponen de manifiesto que bajo el mismo techo ha sido posible la convivencia de sensibilidades, tendencias, ideologías y gustos muy distintos, en un ambiente de diálogo y respeto mutuo, compartiendo, a través de la palabra, la individualidad y la comunidad.

La actual Dirección del Colegio lleva al frente del mismo un gran período de tiempo. Lo más importante de su brillante gestión en todos los órdenes es que son, sobre todo, grandes educadores por vocación. Ello les ha permitido ayudar eficazmente a la formación de los numerosos colegiales que han pasado por el Chaminade, estableciendo como rasgos distintivos del proyecto educativo, la sensibilidad a los acontecimientos externos, el estímulo a los colegiales para que desarrollen sus propios proyectos, y el apoyo para que lo hagan sabiéndose libres y conscientes de su responsabilidad.

Me consta su cariño hacia ellos y hacia la institución, y debo aquí reflejarlo y agradecerlo.

Ninguna institución que preste servicios, especialmente a jóvenes, puede hacerlo con éxito si no cuenta con un buen equipo humano. Y el del Chaminade es, desde luego, excelente. Su fidelidad al Colegio, su cariño a los colegiales, su eficacia en el trabajo y su buen estar siempre, incluso en las situaciones más difíciles, son dignos de elogio y gratitud. Y así lo quiero dejar aquí expresado.

En toda institución con una larga trayectoria siempre hay personas claves. En ésta también las hay. Por encima de todas, sobresale la persona del sacerdote marianista José Antonio Romeo, que dejó una profunda huella entre nosotros. Aunque su presencia física concluyera hace unos años, estamos seguros que desde la plenitud en Dios sigue velando por su querido Colegio Mayor.

Porque José Antonio Romeo fue quien, en los momentos de crisis, que los ha habido, o de importantes cambios institucionales, como el traspaso del Colegio a una fundación de carácter civil -la Fundación Universitaria Guillermo José Chaminade-, o el paso de colegio masculino a colegio mixto, tomó con gran clarividencia las decisiones necesarias para que el Colegio pudiera adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos y continuase fiel a su vocación institucional, convirtiendo las situaciones de crisis en factores de crecimiento.



~~~~~  
Foto de José Antonio Romeo en la Celebración  
de los cincuenta años de su profesión Marianista, 1991  
© Ricardo Vázquez Almagro

Con ocasión de su fallecimiento, y como modesto homenaje a su gran dedicación al Colegio, la Cátedra de Teología Contemporánea, una de las actividades de las que más orgulloso se siente el Colegio y más deudora es del buen hacer de José Antonio, pasó a denominarse “José Antonio Romeo”. Aquí quiero dejarte, querido José Antonio, mi recuerdo agradecido y emocionado hacia tu persona.

Mencionaba al comienzo de estas líneas mi afecto por esta institución. Así es. Me unen con ella fuertes lazos afectivos desde sus orígenes, pues ya, en 1971, celebré en la iglesia del Colegio mi matrimonio. Luego, se fueron sucediendo numerosas celebraciones sacramentales, encuentros de las comunidades cristianas CEMI, reuniones y almuerzos con colegiales y empleados, eucaristías con la comunidad que acude a la eucaristía dominical, y tantas otras actividades que el Chami me ha permitido vivir.

Por ello, también mi agradecimiento personal hacia la institución con la que también me une ahora mi condición de patrono.

En el prólogo del libro que se editó con ocasión de los 25 años de existencia del Colegio, el director, José Ignacio Gautier, manifestaba su esperanza de que el Colegio continuase siendo para todos una experiencia de aprendizaje en común, con fidelidad a un espíritu y a un talante.

Un espíritu y un talante, el de una institución en marcha con sus puertas abiertas, que encuentro simbólicamente representados en la propia configuración física del edificio del Colegio, que se muestra como algo siempre en camino, en movimiento.



~~~~~  
Alabastro, Cristo y Triduo,  
© Juan Gautier



Puerta de la Iglesia,  
© Sofia Ramil



Dos pabellones, y en medio de ellos, ligeramente adelantado, el vértice de la iglesia del Colegio, que, como la proa de un barco, va abriendo el camino e invita a recorrerlo.

Y en su interior, bellamente iluminado a través de unas vidrieras de alabastro, destaca la serena imagen de un Cristo crucificado, que abre sus brazos extendidos de forma totalmente horizontal, con el cuerpo no descolgado de ellos, para ofrecer a cuantos lo deseen un abrazo intenso, profundo, completo, definitivo.

Creo que nuestro querido director puede encontrarse satisfecho porque su esperanza se ha visto cumplida. El Colegio sigue, y continúa manteniendo con convicción los valores sobre los que se fundó: que en el otro siempre se encuentra una persona valiosa que merece la pena, que la empatía, la cercanía y el diálogo son instrumentos de humanidad, que la libertad y la responsabilidad son dos caras de una misma moneda, que los derechos están unidos a las obligaciones, y que el servicio a los demás dignifica y nos hace felices.

Porque esta institución, sin ánimo de lucro, trabaja con y por esos valores, y porque cuenta con un excelente equipo humano, reafirmo mi esperanza en un brillante futuro para el Chaminade.

A este reto invito, ilusionado y confiado, a los colegiales, actuales y futuros, del Chaminade. Sois vosotros, quienes, como en una larga carrera de relevos, iréis recibiendo el testigo de los compañeros que os precedieron, y quienes, tras vivir y acrecentar los valores que identifican al Chaminade, los transmitiréis a los compañeros que os sucedan en el Colegio.

¡Felicidades, Chaminade!

# CUARENTA AÑOS, TRES VIDAS Y UNA EXPERIENCIA COMÚN

José Ignacio Gautier, Juan Muñoz y Sergio Suárez  
Dirección del Colegio

*Al pensar y preparar este libro, suma de muchas voces e historias que confluyen, nos dimos cuenta de que, de alguna manera, también nuestras voces deberían estar presentes, sin mayor protagonismo que el que el propio Chaminade y sus colegiales nos han concedido durante tantos años, obedeciendo más bien y de forma agradecida a un destino común: el Chami nos ha cambiado la vida a los tres y es ya imposible distinguir nuestras trayectorias de la del Colegio.*

*Los tres llegamos al Colegio en épocas diferentes (1977, 1991, 1997) pero con la misma bisonñez e ilusión de los veintipocos años. Los tres fuimos llamados a esta tarea por la misma persona, alguien fundamental en la vida del Chaminade en años cruciales, alguien carismático, alguien con quien los tres estamos en deuda y que sigue presente en mucho de lo que decimos y hacemos: José Antonio Romeo.*

*Él fue quien nos trajo hasta aquí y quien nos dejó actuar con entera libertad, ser nosotros mismos, acertar y equivocarnos, aprender y experimentar, dar lo mejor de nosotros mismos. Nos invitó a formar un equipo con lealtad y unidad, sin perjuicio de la independencia de las partes, con conflictos y discusiones claro, pero también y sobre todo con complicidad y abrazos. Nos invitó realmente a ser amigos sin apenas conocernos y eso es lo que somos, mucho más que compañeros de trabajo.*

*Por eso, estos tres amigos se disponen a contar cada uno su experiencia en el Chami: cómo la han vivido, qué huellas les ha dejado, cómo miran hacia el futuro. Es lunes o martes a mediodía y estamos en el comedor de invitados del Colegio. Hemos despachado los asuntos corrientes y nos disponemos a rememorar y reflexionar en voz alta. No son tres monólogos. Es un diálogo a tres bandas, un diálogo de muchos años.*



Los tres en la entrada,  
© Sofia Ramil

### **HABLA TACHO:**

Conocí a José Antonio Romeo como mi profesor de Sociología y Filosofía en el antiguo Preu. Años después me comentó que se fijó en mí a raíz de una pregunta que le hice en clase sobre la que concluyó que yo era un “alumno que pensaba”. Entré en la CEMI de la que él era el fundador y siempre tuvo en mí una confianza ilimitada. Contaba conmigo para que me integrara en los grupos de jóvenes más problemáticos para, como él decía, darles estabilidad; me propuso como presidente de los jóvenes de CEMI, y cuando la abandoné no dejó nunca de valorarme y respetarme. Cuando decido dejar de trabajar como informático y dedicarme a la enseñanza se consolida la idea que José Antonio tenía sobre mí pues siempre me había dicho que mi vocación era la de “trabajar con hombres”. Y al llamarme para que me hiciera cargo de la dirección del colegio lo hizo como siempre lo había hecho cuando me confiaba tareas. Era como esos entrenadores que les dicen a sus jugadores eso de “salir al campo, divertíos y hacer lo que sabéis”. El creía que si yo era yo mismo, haría lo que había que hacer y todo saldría bien.

Esa confianza ciega que tenía en mí era mi bagaje fundamental cuando llegué al Chaminade. Eso, y la seguridad en mí mismo que

me había aportado mi relación con Lola, mi mujer. Que una mujer como ella estuviera con un hombre como yo había disuelto todas mis inseguridades y llegué al colegio confiado, tranquilo y seguro de mí mismo.

Cuando vi el panorama del Colegio con aquella ebullición de energía desbordada de jóvenes con el corazón tierno y sin contaminar que lo único que reclamaban era que se les considerara como adultos capaces de organizar su propia vida, tuve pronto claro que lo único que había que hacer era aplicar lo que había aprendido: confiar y dejar que las cosas ocurrieran. Llegué al colegio sin ningún plan y me encontré con jóvenes llenos de planes, de ideas, de deseos de libertad que enseguida se transformaban en compromisos. Y aprendí muy pronto dos cosas: en primer lugar que confiar funciona, pero que para que una persona sea digna de confianza primero hay que confiar en ella y esa era mi primera tarea, confiar, pero confiar haciéndolo de uno en uno pues los jóvenes y también los adultos reclamamos confianza y atención personal: la juventud no existe, existen los jóvenes como individuos particulares. En segundo lugar aprendí a decir que sí y a asumir las consecuencias y la responsabilidad de hacerlo.

Se dice frecuentemente que hay que aprender a decir que no. Esto es cierto en las relaciones personales cuando uno está sujeto a chantajes emocionales de todo tipo, pero en las relaciones públicas y más aún en la actividad pública docente con personas que dependen de tus decisiones para el desarrollo de sus vidas hay que razonar muy bien los noes. Me di cuenta de esto al escuchar tantas veces a mis compañeros de dirección de otros Colegios eso de “lo que pretenden los colegiales es intolerable, no se puede permitir”. ¿No se puede permitir? ¿Por qué? Y, ¿qué quiere decir eso de que algo es intolerable? Me di cuenta de que los gestores de este mundo



~~~~~  
En el programa de radio de despedida  
de los colegiales, mayo de 2013,  
presentado por Andrés Muñoz  
© *Sofía Lens*

de los colegios mayores que no tenían una función docente con un contenido clásico de impartir contenidos sólo se sentían justificados por los límites que ponían. Decir que no, poner límites, era su tarea. En un escenario en el que te relacionas de tú a tú con los jóvenes y donde tu decisión es determinante hay que pensar mucho en las respuestas que das. Se puede decir que no porque algo no se “debe” hacer, pero aquí estamos hablando de palabras mayores y en muy pocas ocasiones alguien pretende hacer algo que no deba hacerse. ¿En base a qué valor universal supuestamente no aceptado por tu interlocutor podía yo decir que no, que tal cosa no se debía hacer?

Muy pocas veces a lo largo de estos años hemos utilizado este argumento: en sentido positivo cuando hicimos, porque se debía hacer, el colegio mixto. También se puede decir que no cuando algo no se “puede” hacer. Esto ocurre cuando la ley lo impide y entonces no hay problema, pero también cuando quien no puede asumir la responsabilidad del sí es la propia dirección. Y no puede debido a sus miedos o inseguridades. Los colegiales aceptan un no si lo argumentas debido a tus miedos. Lo que no aceptan es que les hagas trampas y ocultando tu miedo derives el “no puedo, no soy capaz de asumirlo” hacia un “esto no se debe hacer” del que hablaba anteriormente. La dirección debe ser honrada y no engañar a los colegiales con argumentos falsos, pero tampoco puede tener muchos miedos porque si es así aunque tendrá la comprensión de los colegiales terminará por no valer para el cargo. Finalmente se puede decir que no, porque no, porque no se quiere hacer tal cosa, porque ya está bien. Los jóvenes en ocasiones se exceden en sus peticiones y en un juego en el que suele darse mucha confianza mutua buscan agudizar tus contradicciones. En este caso estamos hablando de situaciones de mucha complicidad con los colegiales, situaciones que se dan cuando en el fragor de la batalla a los colegiales se les va la mano y normalmente enseguida reculan sin perder la complicidad contigo.

Todo esto te lleva a darte cuenta que la labor de la dirección en un colegio es dejar que las cosas ocurran, estimular para que así sea y asumir las consecuencias y la responsabilidad de decir que sí. Esto a veces me ha hecho sentirme un impostor. Alguien que estaba por ahí mientras pasaban cosas. En esas ocasiones procuraba tranquilizarme y me decía a mí mismo que debía guardar energías para cuando hiciera falta, que falta haría, y siempre contando con la ayuda y la lealtad

de mis compañeros de dirección que me han cubierto las espaldas y suplido mis carencias.

Después de tantos años estoy unido al Colegio de un modo que a veces me da vértigo. En los tiempos que vivimos, una experiencia laboral como la mía ya no se lleva y mi vida personal y laboral está unida inequívocamente al colegio. Pero de un modo especial me siento ligado a mis primeros años de estancia en el mismo, cuando me sentía como un colegial más, sólo que algo mayor y con la ventaja del aire de respetabilidad que me daban mi mujer y mi hijo. Entonces hice amistades que aún hoy perduran. Mi mujer me ayudó mucho en esto, prestigiando mi figura y convirtiendo mi casa en el colegio en un lugar de encuentro con colegiales y sus amigas. Esas complicidades me reforzaban y viví con tranquilidad situaciones inquietantes como la de aquel colegial que llamó un día a mi puerta para comunicarme que no tenía nada contra mí pero que iba a hacer todo lo posible para que yo me fuera del colegio. Pertenece al grupo de los autogestionarios y consideraba que yo sobraba en el colegio. Aquel gran tipo, hoy juez, quería una batalla limpia y nos despedimos con un apretón de manos. O en otro orden de cosas aquella ocasión, recién llegado al colegio, en el que me llaman a las tres de la mañana de portería para decirme que los colegiales han invadido el comedor y están desayunando tras entrar en la cocina. Recuerdo que bajé en pijama y con una bata, temeroso ante la situación y ante mi sorpresa me encontré con más de cien colegiales que al yo decir “todo el mundo fuera” se levantaron sin más y se fueron dejándome entre estupefacto y empoderado. O esa otra en la que tras decidirse en asamblea que hubiera desayuno en el colegio a cambio de que fueran los colegiales quienes limpiaran habitaciones y pasillos, me encontré con una lista de reparto de turnos de dos en dos colegiales en la que estaba yo incluido en turno con mi mujer para limpiar el pasillo de la planta tercera en la que vivía. Limpié yo solo cuando nos correspondía hasta que la limpieza de pasillos fue asumida por el personal del colegio. Hoy en día estas situaciones son difíciles de entender, pero entonces se vivían, al menos yo lo hacía, con normalidad.

Pero en aquellos años la experiencia más determinante que viví fue la del proceso asambleario que decidió las normas de convivencia en el colegio y que además de ordenar la vida del mismo dio lugar a la eliminación de las novatadas en el colegio. Con el tiempo he hecho paradigma de este proceso y he defendido allí donde he podido que

procurar el ejercicio de los valores democráticos de libertad, responsabilidad y respeto, dejando que los estudiantes organicen su propia vida, creando el escenario adecuado para ello, es la que debe ser la labor de la dirección de un colegio mayor. Fue en ese contexto, en el que al sentirse protagonistas de su propia vida, los estudiantes eliminaron libremente las novatadas de su acervo cultural.

He vivido otros momentos simbólicos de la sociedad que nos ha tocado vivir. La del desencanto de mediados de los ochenta en la que los jóvenes de entonces se encontraron con una democracia consolidada con el PSOE en el poder y con la sensación de que todo estaba ya hecho, de que ellos habían llegado tarde y de que sólo les quedaba disfrutar de unas mieles, que no lo eran tanto, y teniendo que valorar lo hecho por colegas algo mayores que ellos que fueron los que vivieron “la movida” y la transición.

Pero las energías en el Colegio se renovaban. Pronto llegó la involucración de los colegas con la acampada en la Castellana por el Movimiento del 0,7; los movimientos estudiantiles contra las guerras del Golfo y de Irak. Aún recuerdo aquel momento inolvidable en el que José Antonio Romeo cedió la capilla para la organización de un concierto masivo contra la guerra en un día en el que no se pudo hacer en la explanada de la Almudena pues llovía a cántaros. Los movimientos a favor del Sáhara, sus acampadas solidarias y sus viajes a los campos de refugiados. Pero también recuerdo el glorioso equipo de rugby, ahora superado por su homólogo femenino, esa tuna que más que un grupo

de tunantes llegó a ser una gran coral de música popular, las hazañas de la Chasa, el aula de circo con su capacidad de organización y movilización, o esas memorables e interminables tertulias en el comedor de invitados en las que compartíamos conversaciones intelectuales y personales con colegas que nos llenaban de energía.

En años más recientes la transformación del colegio en mixto ha supuesto una decisiva transformación del mismo con un primer año en el que algo más de cuarenta jóvenes colegas



~~~~~  
Proyecto de Christmas de finales de los noventa  
© Ángel Vázquez

pusieron patas arriba el colegio en un proceso de concienciación y politización acelerada que sigo admirando pasados los años. Con el colegio asentado en cimientos democráticos e igualitarios muy firmes, llegó el plan Bolonia, la crisis y un cambio de tendencia forzado por las circunstancias: carreras más cortas, menor demanda de plaza y mayor circulación de colegiales con estancias más breves en el colegio. En esas estamos procurando que el Colegio siga siendo ese lugar memorable en el que depositar recuerdos de una juventud en la que se fue protagonista de una vida de aprendizaje en común.

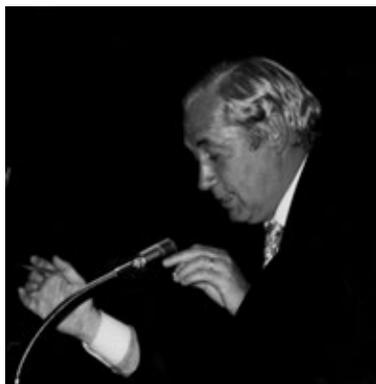
### **HABLA JUAN:**

Nunca pude imaginar cómo influiría en mi vida aquella llamada telefónica que una tarde de mayo de 1991 recibí de José Antonio. Nuestra educación previa, nuestras familias y los Marianistas, pero sobre todo José Antonio Romeo, con su radicalidad de vida, su ejemplo y su coherencia había marcado el camino para vivir una vida comprometida, por luchar por valores de libertad, igualdad, responsabilidad, servicio y compromiso con los demás, por luchar por una sociedad más cercana, justa, abierta y plural. Nos iniciábamos en ese reto que era vivir una vida coherente con nuestras ideas, reto que muchas veces se convertía en tremendamente difícil, por no decir imposible, en nuestro quehacer diario.

Y así, sin tener consciencia de tomar una decisión especialmente reflexionada entramos a formar parte de un proyecto educativo universitario, del cual desconocíamos todo y era para nosotros un mundo nuevo, por explorar, y al que nunca habíamos podido imaginar dedicar nuestra vida. Meses más tarde una juventud insultante, mucha ilusión y cierta inexperiencia se insertaban en un ente vivo que determinaría definitivamente lo que somos y sentimos, cómo entendemos la vida y por lo que nos merece la pena luchar.

Los fines del proyecto eran (y siguen siendo) muy claros: contribuir a la formación profesional, cultural, social, ética y religiosa y deportiva de jóvenes universitarios de dieciocho a veintitrés años. Si el reto era ya complicado, más aún era hacerlo en un entorno de formación no reglada, y hacerlo fundamentalmente mediante la convivencia. Convivencia basada en unos valores muy claros y simples, pero profundos y robustos, que se convertían en bandera y elemento diferenciador de la institución.

Doscientos ochenta jóvenes de toda España, con procedencias, ideologías, intereses, situaciones sociales distintas, convivían, crecían, se formaban y construían sus futuros día a día juntos. Siendo, muchos de ellos, tan distintos como eran, compartían una manera de entender la vida y de estar en ella con muchos rasgos comunes. Vivían en un entorno abierto, divertido y muy dinámico donde los valores universitarios más universales regían los designios del lugar. Esas grandilocuentes expresiones que recogía nuestra Guía Colegial de libertad, respeto, responsabilidad y compromiso con las que algunas veces se nos llenaba la boca eran las que sin darnos cuenta hacían que “aquello”, milagrosamente, funcionara en un equilibrio difícil de explicar y reproducir. El día a día estaba impregnado de aquellos principios en las cosas que aparentemente era más insignificantes, pero tenían gran carga de profundidad. La organización interna de la vida diaria, la toma de decisiones, la solución a los conflictos, la capacidad de movimiento, la libertad de expresión, de actuación y de pensamiento, la forma de vivir, la rutina cotidiana, las diversas expresiones religiosas, artísticas, culturales y deportivas no eran sino aplicación tranquila pero radical de los principios con los que se nos recibía en nuestros primeros días.



~~~~~  
Foto de Juan en 1995  
Jornadas Taurinas

Probablemente fueron la confianza y la igualdad las que hicieron que esta experiencia de vida se hiciera posible. Sólo desde una profunda convicción de que los jóvenes tienen las mismas capacidades o mayores que el mundo adulto, que pueden decidir su vida y organizarse por ellos mismos, que son responsables y auténticos ciudadanos adultos portadores de derechos y obligaciones, puede una institución entrar a jugar en el terreno del tú a tú con ellos. Y para que

así sea debe hacerlo desde la premisa de la confianza, del que sabe que tiene la razón de su lado, que está haciendo lo que debe aunque esa actitud pueda generar conflictos y en ocasiones excesos, que deben ser solucionados con prudencia y diálogo.

Este complicado cóctel junto con unos estudiantes que vivían cómodos en la pluralidad y con alta conciencia crítica hacia el mundo que les rodeaba, es el colegio que nos encontramos a finales del año 1991. Probablemente muchos de nosotros no éramos conscientes de estar realmente viviendo nada muy excepcional, e incluso sumándonos a un entorno social de desencanto generalizado hacíamos una valoración crítica de lo vivido. España vivía en mitad de la crisis y el desencanto después de los primeros gobiernos del PSOE, y los primeros atisbos de corrupción empezaban a asomar en los medios de comunicación. Muchos de nosotros probablemente no vivíamos conscientemente el colegio como un “proyecto educativo” formal donde estábamos formándonos en unos valores. Vivíamos, vivíamos el día a día y sin darnos cuenta lo hacíamos con arreglo a unos valores que íbamos haciendo nuestros y que nos influirían para el resto de nuestras vidas. Era muy difícil no abrir la mente a esa amalgama de disparidades. Ideologías, intereses, vocaciones, estéticas, ocios, procedencias, situaciones sociales diferentes que ponían en entredicho tu mundo, tu manera de estar en él, tus intereses y aficiones, y que influirían definitivamente en lo que al final uno es. Y esto vivido desde el diálogo y el respeto, desde la libertad y la responsabilidad, desde el compromiso y la denuncia y en algunas ocasiones desde el conflicto. Educación de lluvia fina, paciente y respetuosa, que cala en los huesos, muchas veces inconsciente, pero que finalmente, a muchos, deja huella de verdad.

A nosotros el paso de los años, la maduración personal y el cambio de las circunstancias personales (formación de nuestras familias) nos hizo profundizar en nuestras vocaciones educativas. La continuación de nuestros estudios de postgrado y la apertura al mundo académico nos habilitó para sentirnos docentes formales, cuando nuestro mundo era la educación desde hacía mucho tiempo. Y aquí fue fundamental el equipo. Éramos un equipo reflejo de lo que era la propia institución. Éramos tres personas muy diversas y distintas pero que teníamos un proyecto de colegio común y compartíamos una manera de entender y estar en la vida con multitud de rasgos comunes. Esa confluencia final junto a la generosidad de mis compañeros, son las que han hecho que el equipo haya permanecido estable y cohesionado, aun con nuestras dificultades, durante todo este tiempo.

En este contexto, el cambio social de la España de finales de los noventa y principios de los dos mil y la aparición de la Fundación

Universitaria Chaminade supuso un impulso en la formalización y explicitación de ese proyecto institucional de formación integral (profesional, cultural, social, ética y religiosa) de nuestros alumnos. En primer lugar la transformación del Colegio a colegio mixto supuso un salto en la madurez y adultez de la institución. Las mujeres de las primeras generaciones influyeron mucho en el cambio del Colegio. Combativas, adultas, maduras y con capacidad de diálogo ayudaron a hacer una institución más reposada, más madura y contribuyeron a la normalidad. En segundo lugar, una reforma de las instalaciones físicas que, aun siendo austera, adecuó el edificio a las nuevas necesidades y modernizó instalaciones algo viejas y obsoletas. En tercer lugar una gestión institucional profesional que ha permitido garantizar la continuidad del proyecto y hacerlo sin dependencia de terceros y con gran libertad de actuación. Por último, un intento por parte de la Fundación de impulsar su vocación formativa y consolidar antiguos proyectos educativos formales o incorporar nuevos (Cátedra de teología, postgrados, formación de idiomas, escuela de formación política, colaboración en Togo, etc.) que han reforzado su misión y su presencia.

Esta nueva configuración hace que poco a poco aquello que se vivía de manera en ocasiones inconsciente se haya puesto de manera más explícita encima de la mesa. Todos nos sentimos parte de un proyecto educativo donde lo importante son los valores, donde estamos en permanente aprendizaje, dispuestos a escuchar, a compartir, a debatir y si es necesario a cambiar. Así nos lo reconocemos y así lo verbalizamos con total normalidad.

Y es que al fin y al cabo lo que ofrecía y ofrece el Chaminade es una determinada manera de entender la vida, donde caben muchas maneras de vivir. En el Chaminade hay mucha vida, más de la que nunca pudiéramos imaginar. Lo importante son las distintas vidas que cada uno de nuestros colegiales ha tenido en sus años de convivencia entre nosotros. Esos años de apertura a un mundo más amplio, de abrir nuestros horizontes, de crecer como personas, de conformar lo que cada uno somos y sentimos, de descubrir nuestras vocaciones, de terminar de formar y reforzar nuestros valores, de formarnos técnica pero también humanamente es lo que ofrece el Chaminade. Y detrás de esas vidas lo que hay son personas. Cada una con su dignidad única e irrepetible y con su diferente experiencia de vida entre nosotros. El acoger esas diferentes personas con sus diferentes vidas, ofrecerles



un proyecto educativo y modelo de convivencia y confiar desde la libertad y el respeto ha sido el terreno de juego en que se ha movido el día a día del Colegio. Esa convivencia es la que genera la multitud de actividades de todo tipo que los colegiales realizan, las amistades inquebrantables, el sentido de pertenencia a una comunidad activa y la recepción de unos determinados valores y de un modo de hacer las cosas que poco a poco hacemos nuestros. Esa escuela de vida basada en la libertad, la responsabilidad y el respeto, la diversidad y la gran oferta cultural (en el sentido más amplio del término) es la que permite el desarrollo de los diferentes intereses políticos, artísticos, deportivos, sociales, religiosos o culturales y la maduración personal de cada uno en sus valores propios, desde los valores por todos compartidos.

Han pasado veinticinco años y ese es el reto del futuro: seguir siendo una institución con capacidad de contribuir a la educación de jóvenes universitarios en unos determinados valores que mejoren nuestra sociedad. No perder significación obliga a seguir aportando valor y valores a nuestros estudiantes. Aparentemente muchas cosas han cambiado pero nuestros valores universales siguen siendo, si cabe, aún más necesarios y válidos en una sociedad abierta, cambiante y plural que requiere más que nunca de libertad, respeto, responsabilidad, confianza, capacidad crítica y compromiso. En los últimos cincuenta años han pasado por nuestra institución más de cuatro mil estudiantes que en mayor o menor medida han compartido nuestros valores, de los que muchos se sienten, y nosotros también nos sentimos, profundamente

orgullosos. Nuestros colegas son sin duda nuestra razón de ser, lo mejor de nuestra institución y somos perfectamente conscientes que sin ellos no tenemos sentido. A ellos nos debemos y el futuro pasa por seguir ofreciéndoles un proyecto educativo que les ofrezca nuestros valores y contribuya a su formación integral, respondiendo a sus necesidades reales y a los signos de los tiempos.

Efectivamente nunca pude imaginar lo que aquella llamada supondría en nuestras vidas, como estos años han influido en nosotros, en lo que somos, en lo que sentimos, en lo que nos importa y por lo que nos levantamos cada día. Hasta cierto punto nuestra vida sería irreconocible sin el Chaminade, que ya forma indefectiblemente y para siempre parte de nosotros.

### **HABLA SERGIO:**

¿Cómo era aquel muchacho de 25 años que entró una mañana de septiembre por la puerta del Colegio Mayor Chaminade? ¿Cómo es este adulto, ya canoso, que casi veinte años después, a sus 44, se detiene y medita sobre este tiempo transcurrido y este lugar y tantas voces?

Fue en algún momento de la primavera de 1997, abril o tal vez mayo, cuando José Antonio Romeo me abordó con una de esas preguntas tan suyas, enigmáticas y desconcertantes: “¿sabes lo que es un secreto súper secreto?”. Ese fue el preámbulo de una de las propuestas más cruciales que he recibido en la vida: entrar a trabajar en el Chaminade. Por aquellos tiempos me dedicaba a doctorarme en Historia contemporánea por la Universidad Complutense. Tras escuchar su oferta y evacuar consultas con un reducido número de amigos mi respuesta fue negativa. Pero, ay, José Antonio rara vez aceptaba un no por respuesta e insistió e insistió y no dejó de insistir hasta que hacia septiembre acabé por decirle que sí. Entre medias se había producido lo que podríamos denominar una crisis vocacional que me hizo reconsiderar su propuesta.

Recuerdo bien aquella cena con José Antonio en el saloncito de su casa en Risco de Peloché, aneja a la Parroquia de María Reina. Una vez que le dije que aceptaba el encargo ya no había para él ninguna otra cuestión ni consideración. De todas maneras, por mi parte sí quería hablarle de un asunto personal por si él lo consideraba relevante y no tanto porque yo lo juzgara un obstáculo, pero quería ser completamente honesto con él. Como alma grande y desprejuiciada que siempre fue,

no le dio la menor importancia ni quiso saber mucho al respecto. En gran medida ya tenía el sí que llevaba persiguiendo durante meses.

De entre las muchas cosas que los que estuvimos y aprendimos a su lado se pueden subrayar de su personalidad, una de las más notables era su capacidad para confiar absoluta e ilimitadamente en las personas que elegía para alguna tarea. En alguien de su carisma y fuertes convicciones sorprendía que confiase de tal manera en las personas y que las dejase manos libres para actuar según su criterio sin interferir jamás en sus decisiones.

Así, sin saber bien qué era eso de un Colegio Mayor ni mucho menos qué se esperaba de mí, me planté en aquel algo lejano ya 1997 en el Chami. Ni siquiera conocía bien a mis nuevos compañeros: a Tacho apenas le había visto una o dos veces y a Juan le conocía algo más por CEMI. En gran medida era pues un mundo nuevo.

Tacho suele decir, con esa razón incontestable que le dan su certera intuición combinada con una extensa experiencia, que hasta que no se han marchado del Colegio todos los colegiales más veteranos que uno no se acaba de formar parte realmente del mismo. Algo así me ocurrió por lo que tardé cinco o seis años en sentirme plenamente integrado. De aquellos primeros años guardo memoria de sentirme a ratos inseguro y extraño, sin saber qué terreno pisaba. Me sentía inexperto y sin mucho criterio sobre algunas cuestiones. Me viene una imagen del que probablemente fuera el primer acto público del que me hice cargo. Era una conferencia de Carlos Iturgáiz, presidente por entonces del PP vasco. Al despedirse me dio un cachete afectuoso en la mejilla, tan tierno e inocente me debió de ver.

Y casi sin darme cuenta cumplí treinta años y el Chami se hizo mixto y todo empezó a cambiar. Quizás la mudanza más importante fue la integración entre mi trabajo en el Colegio y mi vida personal, haciendo permeables las fronteras, levantando las barreras. Entonces sí sentí que mi vida era ya indisociable del Chami. Y este cambio trajo el gran regalo que el Colegio da a manos llenas a poco que uno ponga atención y un corazón blando: amigos.

No se me ocurren muchos trabajos u oficios donde uno se vea premiado de tan alta manera: con la amistad de personas buenas. Para empezar y principalmente las de Tacho (y Lola) y Juan (y Cristina), auténticos y leales compañeros en las alegrías y en las penas, y continuando con la de tantos antiguos colegiales que son parte sustancial

de mi vida y que explican (como testigos y agentes) quién he acabado siendo: Pedro Manuel, Miguelón, Alberto, Nico, Víctor, Mateo, Santi, Maca, Víctor, Pedro, Javi, Irene, Javi, Santi, Borja, Miguel, Iván, Luis, Pablo, Javi... Y quiero tener un recuerdo muy especial para el querido y añorado Asti, que tanta falta nos hace.

Precisamente Asti escribió en una carta de presentación, años después de haberse marchado del Colegio, algo que sigue siendo vigente: "... realmente, me matriculé en el Colegio Mayor Chaminade de Madrid. Allí, descubrí a mis iguales culturales y a mis nuevos progenitores. Ellos me siguieron instruyendo en el arte de la libertad, la solidaridad y la responsabilidad. Cada día era mejor que el anterior y todo el mundo tenía algo que enseñarte. Una simbiosis permanente".

Al poco de llegar al Chami, Tacho me advirtió de que el gran riesgo de nuestro trabajo era la desprofesionalización. Puede que así haya sido pero a cambio y con creces el Chami te personaliza, te hace más y mejor persona, te invita en todo momento a afinar tu sensibilidad, tu capacidad de escucha y empatía, a desprenderte de prejuicios, a no dar a nada ni a nadie por sabidos, a tener la mirada limpia, a atreverte a pensar y sentir.

Por eso para tantos colegas y para nosotros mismos y para el resto de los trabajadores el Chami es un hogar, un refugio cuando hace frío afuera o anda todo patas arriba en nuestras vidas. No importa lo que tenga de tópico ni las veces que se haya dicho o se siga repitiendo en el futuro, el Chami es una familia, grande y diversa y rara, pero familia sin la menor duda.

No concibo pues mi educación sentimental ni mi trayectoria vital sin el Chami y sus gentes. No hay manera ya ni voluntad de separar a estas alturas qué es el Chami y quién soy yo.

Gracias a estos casi veinte años entre estas paredes he descubierto la importancia, social y personal, de la educación, que en mi caso va unida a la cultura. Es éste el lugar en el que quiero observar y analizar el devenir social, político y cultural de nuestro país y también el infinito sucederse de las generaciones. Educación que se resume, y vuelvo a citar a Tacho, en amor y tiempo. Educación que es sobre todo aprender, no dejar nunca de hacerlo, y en algunas ocasiones enseñar. Educación que es escuchar y acompañar a personas que están descubriendo quiénes son, acertando y equivocándose con el camino, asumiendo riesgos, mezclando penas y alegrías, enamorándose de la vida.

No me resisto a citar aquí una carta que la escritora Carmen Martín Gaité escribió a su colega y amigo Juan Benet en el remoto año de 1965

y en la que, con una sonrisa cómplice, me he visto muchas veces identificado en mis años en el Colegio: “entre unos y otros de los amigos que frecuento, voy de reprimenda en reprimenda, pero todas son buenas para no morirse en la misma postura sin remisión posible y, por otra parte, nada hay tan delicioso y conmovedor como el magisterio de los jóvenes”.

Sin el Chami, por ejemplo, mi comprensión e interés por la política, en el más amplio sentido del término, no sería la misma. De muchos colegiales, del modelo democrático de nuestras asambleas y de algunos invitados que han pasado por nuestro comedor he aprendido la importancia de estar al tanto de nuestra vida política, de estar informados, de comprometerse y no dejar esa tarea a otros, de elaborar un juicio propio.

Así que lo poco que uno sabe de política o del Sáhara o de circo o incluso de asuntos muy cercanos e íntimos como la poesía o la música o la amistad apenas serían nada sin el Chami y la prolongada e incesante educación afectiva que aquí he recibido.

“Ay el tiempo! Ya todo se comprende” dice Gil de Biedma en el último verso de “Amistad a lo largo”, un poema que me acompaña desde la primera juventud. Sí, el tiempo, cincuenta años del Chami, veinte desde que me incorporé a su historia, es clave para comprender a la persona que soy ahora, en mitad del camino de la vida, reflexionando sobre el pasado y atisbando el incierto futuro. El tiempo, gran escultor.



Con un grupo de colegiales y José María Velasco en la despedida de 2010  
© Iñaki Sánchez Ciarrusta



Retrato de Enrique Torres en los años sesenta  
© Archivo Provincial

## LOS PRIMEROS AÑOS (1966-1972)

Enrique Torres Rojas, sm  
miembro del Patronato del Colegio

EL COLEGIO MAYOR CHAMINADE abrió sus puertas en octubre de 1966, con el edificio y las instalaciones aún sin terminar. La apertura era forzosa, dado el inicio del curso universitario. Además esta precariedad inicial no era algo inusitado en las fundaciones marianistas. Más bien seguía fielmente la mejor tradición de empezar sus nuevas obras bajo el signo de las carencias. La historia marianista cuenta que estos principios difíciles contribuyen a crear solidaridad entre todos los usuarios de un centro, favoreciendo desde el principio una grata convivencia.

El equipo directivo estaba compuesto por ocho marianistas: el P. Francisco Armentia, Superior, recién llegado de Roma; Francisco García de Vinuesa, director; Pedro González Blasco, subdirector; tres capellanes: Juan González-Anleo, Francisco Gómez del Río y Victoriano Mateo; Celestino Uribe-Echeverría, jefe de cocina; y Paul Bredestege, norteamericano, profesor de inglés. Un excelente equipo con la experiencia de los veteranos y la juventud y preparación académica de los más jóvenes. Con la distancia de estos cincuenta años cabe decir sin exageración que los Marianistas se tomaron en serio desde el primer momento su presencia en el ambiente universitario madrileño, desde la plataforma de un Colegio Mayor. Juan de Dios González-Anleo estaba recién llegado de América con un doctorado en Sociología. Pedro González Blasco se iría poco después a la Universidad de Yale para hacer el doctorado bajo



Fotos del colegio 1966

los auspicios del profesor Juan Linz Storch de Gracia (1926-2013)<sup>1</sup>. Ambos obtuvieron con el paso del tiempo sendas cátedras de Sociología en Madrid. El P. Gómez del Río, doctor en Ciencias Clásicas, dejó pronto su puesto al ser nombrado para un cargo de máxima confianza: rector del Seminario Internacional Marianista de Friburgo (Suiza). Y Francisco García de Vinuesa, doctor en Derecho, nombrado oficialmente director del Colegio Mayor, aseguró la continuidad de los primeros



Comunidad Marianista (Armenta, Paco, Pedro, Enrique, Ángel Gallo, Gerald Schnepf, Administrador general...) Abril 1970

años con una dedicación intensiva, mientras seguía especializándose en la dirección de Residencias Universitarias con frecuentes viajes de estudio por toda Europa.

En este primer curso los colegiales residentes hacían un total de casi 200. De los cuales unos cuarenta eran marianistas, algunos que regresaban a la universidad tras

unos años de práctica como profesores y otros más jóvenes que iniciaban sus carreras. Entre ellos estaba Diego Tolsada, actualmente miembro del Patronato y asesor de la Cátedra de Teología José Antonio Romeo.

La solemne inauguración oficial tuvo lugar el 22 de enero de 1967, fiesta del Padre Guillermo José Chaminade (1761-1850), fundador de los Marianistas. Presidió las celebraciones el Superior General de los Marianistas, Paul Joseph Hoffer, que había participado asiduamente en el Concilio Vaticano II, contribuyendo notablemente a la redacción del decreto *Gravissimum Educationis*, sobre la educación cristiana. Su presencia, más bien rara en estas ceremonias, muestra el gran interés de los Marianistas por esta nueva obra de Madrid. En los archivos de

---

<sup>1</sup> Juan Linz dio una memorable conferencia en este Mayor en diciembre de 1968 sobre el horizonte político y social de España. Llamó mucho la atención su afirmación de que la mayor dificultad de la España postfranquista sería la de resolver la cuestión de las aspiraciones nacionalistas de vascos y catalanes.



Folleto de la Inauguración del colegio (22 enero 1967)



Crónica del ABC

este Mayor, figura una crónica de *ABC* con fecha 24 de enero de 1967. Destaquemos la presencia del rector Enrique Gutiérrez Ríos y de don Luis Moya Blanco, arquitecto del edificio. El Rector definió a los Colegios Mayores como una parte de la Universidad, destacando su labor “en el desarrollo de la personalidad de los residentes”. Luis Moya (1904-1990), catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid, era “el arquitecto de los marianistas”. Sus aciertos en el proyecto del centro, muy distinto de los colegios Mayores oficiales, hacen que este Colegio Mayor haya sido distinguido por el Colegio de Arquitectos de Madrid como “edificio singular merecedor de protección especial”. Seguíamos así la trayectoria del Colegio Mayor Aquinas de Rafael de la Hoz y José María García de Paredes, que fue Premio Nacional de Arquitectura en 1956. Quisiera también señalar la presencia en este día de Manuel Torres López, hermano de mi padre, catedrático de Historia del Derecho y secretario de la Junta de la Ciudad Universitaria. Él se interesó mucho por facilitar todos los trámites de concesión del terreno, de la construcción del edificio y del reconocimiento del centro como Colegio Mayor. Estando yo en el equipo de dirección tuvimos ocasión de consultarle en cuantos asuntos tenían relación con la Ciudad Universitaria o la Complutense. En esos años cursé en la Facultad de Derecho algunas materias preparatorias del doctorado. Lo que más recuerdo es un asalto de la policía a la Facultad, con un bloqueo de las salidas hasta controlar a cada uno. Conseguí salir por una puerta lateral, gracias a la ayuda de Gregorio Peces-Barba, buen amigo de los tiempos de las “Congregaciones Marianas” de jesuitas y marianistas.

Me incorporé al Colegio en septiembre de 1968, sustituyendo a Francisco Gómez del Río. Y allá estuve cuatro años bien movidos, tanto en España como en el contexto internacional. El mayo francés de 1968 seguía vivo en el ambiente universitario de todo el mundo. En España, las huelgas de obreros y estudiantes se multiplicaban. El régimen del general Franco manifestaba ya síntomas de división y una natural preocupación por el futuro. Y la oposición al régimen iba tomando posiciones. El estado de excepción decretado el 24 de enero de 1969 duró oficialmente dos meses, con la consiguiente censura de prensa, las detenciones de estudiantes, el control de personas y actividades. Todo creaba un ambiente general de nerviosismo, que invitaba poco al estudio. En las reuniones del equipo de dirección comentábamos a menudo esta situación, tratando de perfilar nuestras prioridades educativas. Había que favorecer la formación social y política de nuestros jóvenes, manteniendo por nuestra parte los principios del reciente Vaticano II: opción por la justicia, la paz y la libertad religiosa, independencia de la Iglesia respecto a opciones partidistas de uno y otro signo, presencia dialogante con todos. Creo que hicimos un buen trabajo de atención personal a la mayoría de los residentes: a unos había que recordarles su obligación de dedicarse más al estudio y a otros animarles a participar en las asambleas universitarias y tertulias de formación. A casi todos había que hacerles presente que esta “lucha universitaria” iba a durar bastantes años y que no era cuestión de hacer caer el régimen franquista con unas cuantas huelgas más. En estos años, el gabinete de Carrero Blanco empezó a crear un servicio de información, tratando de controlar a la “incipiente subversión”. Este órgano comprendía cuatro sectores: laboral, religioso, intelectual y nacionalista<sup>2</sup>. Por más de un síntoma nos dimos cuenta de que en el Mayor teníamos dentro a alguien que hacía de “confidente”. Suponíamos que su tarea era dar cuenta de los sectores religioso e intelectual del Colegio. Con el paso del tiempo llegamos a la conclusión de que se trataba de un “espía” que nos apreciaba y que suministraba a sus jefes una información bastante objetiva. Así que continuamos con nuestras mismas líneas de actuación,

---

<sup>2</sup> Juan María de Peñaranda, *Los servicios secretos de Carrero Blanco*, Planeta, Barcelona, 2015.

tanto en la capilla del Colegio, como en las demás actividades culturales. Y decidimos no hacer nada por identificar al confidente, ni dar a entender que éramos conscientes de ser objeto de este “espionaje”. Cuando poco después pasé al Colegio del Pilar del barrio de Salamanca pude comprobar que “el o los confidentes” de nuestro entorno colegial no eran tan objetivos como el del Chami. Y así lo pudimos comprobar al leer algún informe confidencial que llegó a nuestras manos.

Recordando aquellos años quisiera destacar la importancia que tuvo para el Colegio Mayor Chamín la muerte del estudiante Enrique Ruano Casanova (1947-1969). Enrique Ruano, estudiante de la Complutense era miembro del Frente de Liberación Popular, uno de los grupos políticos que lucharon en España contra el franquismo. Su muerte sucedió el 20 enero de 1969, a resultas de una caída desde la ventana de un edificio, al que había sido llevado por la Brigada Político Social, que le había detenido tres días antes. Esta defunción, con sus extrañas circunstancias y

la explicación de la prensa controlada por el gobierno, produjo una extraordinaria agitación en el campus de la Complutense que dio lugar al estado de excepción a que antes he aludido, con fecha 24 de enero de ese año. O sea cuatro días después de este triste suceso. En cualquier buscador de internet se puede leer la amplia documentación ahora existente sobre Enrique Ruano. Sin embargo se alude muy poco a sus antecedentes como alumno del Colegio del Pilar de Madrid, regentado por los Marianistas. Enrique frecuentó este centro de 1954 a 1964. Era un adolescente brillante. Un informe caracteriológico del Pilar lo define como un “alumno muy bien dotado intelectualmente... de carácter bonachón y simpático. Trato agradable y buen compañero... con una vida religiosa ejemplar. Le gusta el deporte y a él se dedica con entusiasmo” (Informe de 1962). Y en el año siguiente: “Con habilidad



~~~~~  
Visita de José María Gil Robles  
con el P. Armentia y Enrique, 26 octubre 1968

y agilidad para deportes y gimnasia... con criterio recto y equilibrado, con modo de expresión claro y suelto pero no muy preciso... en su trato social es abierto, sincero, cariñoso, servicial y ordenado”. Pues bien, este Enrique Ruano era un buen amigo de muchos residentes del Colegio Mayor, especialmente de los marianistas de Madrid, compañeros de Colegio: Álvaro Marchesi, José Luis Malo de Molina, Asís Blas Arítio, Julián Conthe, Fernando Vivanco, etc. Su muerte y la posterior campaña oficial, destinada a desacreditarlo como un joven inestable y neurótico, fueron vividas en el Chaminade con mucha conmoción. Todo esto ayudó a muchos jóvenes a ver de cerca la frágil realidad sociopolítica de ese momento, con sus lamentables manifestaciones: la manipulación de la verdad y el ataque a la libertad de los medios de comunicación. Creo que fueron experiencias decisivas para su toma de postura ante la vida. La dirección del colegio, a instancias de los marianistas jóvenes, se preocupó mucho de ayudar a la familia de Enrique Ruano, en especial a sus hermanas. A ellas se les facilitó una estancia en Suiza para sacarlas del ambiente de exaltación creado en torno a su hermano. Con el paso del tiempo su figura fue cayendo en el olvido. Hace pocos años falleció la madre de Enrique. Asistí al funeral y saludé a la familia. Me llamó la atención la nula participación de los jóvenes de aquel momento. He visto también alusiones a Enrique Ruano en libros que describen esos años. Y no he encontrado una descripción justa y completa del verdadero Enrique. Sirvan estas líneas para reavivar la memoria de este “pilarista” generoso y valiente y quizás para animar a alguien a un estudio completo de su figura, tan importante en aquellos momentos

Recuerdo bien la noche del 24 de enero de 1969, recién declarado el estado de excepción. El temor de un registro policial en cada cuarto cundió por los dos pabellones y en todos los pisos. Muchos buscaban un modo de quemar documentos o libros supuestamente comprometedores. Y allá estábamos los de dirección dando calma, manifestando lo imposible de un registro general y ofreciéndose a esconder lo que algunos consideraban de “alto riesgo”. Recuerdo muy bien que el libro que más apareció esa noche fue el famoso *Libro rojo* de Mao, en edición de bolsillo. Esa noche fui testigo de cómo un oficial de la guardia civil, entró pistola en mano en el recibidor. Se encontró con el conserje nocturno, guardia civil jubilado, al que exigió ver a alguien de la dirección. Al minuto estábamos allá tres. Él, asombrado de ver



Retrato de Paco García de Vinuesa,  
noviembre 1970

la dirección casi en pleno, pidió hablar sólo con el director. Y allá se quedó Paco García de Vinuesa. El oficial pedía que diera la orden de cerrar las ventanas desde donde los residentes increpaban a la patrulla de “grises” que intentaba controlar la zona. El director pudo prometer que todo quedaría en calma cuando ellos desaparecieran. Hubo su forcejeo dialéctico, salió el oficial y al cabo de un buen rato, que nos pareció interminable, los “grises” se fueron retirando. Y acabamos todos retirándonos a dormir.

Paso ahora a recordar a algunas personas que dejaron mucha huella en el Colegio. Empiezo por el P. Francisco Armentia, excelente consejero de quien llamase a su puerta, incluidas muchas chicas de los colegios vecinos. Su estancia en el colegio le mantuvo siempre joven, como él decía a menudo. Eso sí, a las alusiones de los jóvenes a la esperada futura república respondía recordando “los horrores de la república que él conoció”. Y así siguió, rodeado de cariño y respeto, hasta que él mismo pidió retirarse a una comunidad “menos republicana”. Traté también mucho al médico y poeta Rafael Duyos, residente en el Colegio como “oblato de los marianistas”. Él era el encargado de la atención primaria de los residentes. Pero su trabajo principal de acogida y diálogo estaba en el bar, en los pasillos de la primera planta y en su entrañable aula de poesía “Manuel Machado”. Muchas veces le oí hacer su presentación: “Yo soy Rafael Duyos Giorgetta, que recita más que receta”. Gracias a él, gran hombre de relaciones públicas, pasaron por el Colegio artistas y literatos como Federico Sopeña, Nuria Espert, Gerardo Diego, Luis



García Berlanga y un largo etcétera... Recuerdo que cuando queríamos charlar tranquilos tomábamos el autobús circular haciendo el recorrido entero: una hora y media de conversación ininterrumpida. Rafael nos dejó, estando yo en el Colegio, para iniciar su preparación al sacerdocio, siendo ordenado años después.

Pasando a los colegiales quisiera mencionar al excelente grupo de catalanes de estos primeros años (Domingo Jaumandreu, entre otros). Aportaron mucho al Colegio y convivieron de manera ejemplar con todos. Es una pena que ahora no contemos con catalanes residentes. También recuerdo que en aquellos años estuvo con nosotros Jordi Solé Tura, mientras hacía las oposiciones a la cátedra de Derecho Político. Nos lo recomendó Manuel Jiménez de Parga, buen amigo del Colegio, y lo recibimos con mucho gusto. Celebramos su éxito en la oposición, junto con su mujer y amigos, con unas botellas de cava en uno de los comedores comunes. Pocos años después Jordi sería una de los padres de la Constitución de 1978. Son muchos los colegiales de los que conservo un recuerdo entrañable. Algunos los vuelvo a ver ocasionalmente, con la mayoría perdí contacto debido a mi “dorado exilio romano” del que ahora me voy recuperando. Quisiera citar a dos diplomáticos, Pablo Barrios y Ramiro Cibrián, siempre dispuestos a ayudar al Mayor en temas culturales. Y cómo no a dos vocaciones religiosas salidas del Colegio. Uno es el marianista Javier Anso Bernad, con una larga trayectoria de servicio a la Iglesia y a los marianistas para promover la justicia y la paz. Ahora está en Cuba, empeñado en implantar la

Compañía de María en esas tierras. Y el otro es Juan Javier Flores Arcas, benedictino de Santo Domingo de Silos, en la actualidad Rector Magnífico del Pontificio Ateneo de San Anselmo (Roma). También en aquellos años fueron residentes del colegio dos jesuitas jóvenes, que tuvieron con todos, dirección y residentes, una actitud ejemplar de cercanía y disponibilidad. Jesús Díaz Baizán ha trabajado en España, sobre todo como formador de jesuitas jóvenes. Y Antonio Ocaña fue pronto destinado a Uruguay, donde aún sigue empeñado en la pastoral universitaria. Sería interesante comprobar con más datos la proyección de nuestro Mayor en la esfera internacional. Intuyo que es de notable importancia. En efecto, si algo tuvimos claro desde el principio, fue el insistir incansablemente en la importancia de sentirse ciudadano de Europa y del mundo. Y de ahí el empeño en fomentar en el Mayor el estudio de las lenguas, especialmente del inglés, lo que entonces y en España no se acababa de entender.

Paso ahora a referirme al personal del Colegio, especialmente a las chicas de limpieza, lavandería, comedor, cocina, etc. Entonces eran unas dieciséis, todas internas, que residían en la famosa “casita” aneja a los edificios centrales. No creo exagerar si afirmo que este capítulo es de los más notables de la historia de estos cincuenta años pasados. La dirección se preocupó mucho del bienestar de estas chicas, la mayoría jovencísimas. Algunas pudieron completar sus estudios, con la ayuda de algún residente o alguna beca. A todas se les facilitaron charlas prácticas de los temas que más les interesaran: cómo vestir bien con poco gasto, nociones de peluquería, maquillaje, etc. El ambiente de convivencia en la casita fue haciendo escuela, lo que hacía posible su trabajo diligente y ejemplar en cada sector, siempre con alegría y disponibilidad. Se notaba que sentían el colegio como suyo. La dirección tuvo el acierto de delegar ampliamente la gestión del grupo en una responsable, siendo las primeras Encarnita y Aurora, que hicieron un excelente trabajo. Y así sigue Inmaculada Cruces, que pertenece a la primerísima hora del Mayor. Quiero también destacar que los colegiales tuvieron con ellas un trato respetuoso y sencillo, sin aires de señoritismo. Creo que fue éste uno de los mejores logros del Colegio Mayor de aquellos años, realidad que, según veo ahora, aún perdura en este momento.

Tengo muy buen recuerdo de las actividades culturales de esos años. Juan González-Anleo llevó adelante un “Seminario de trabajo sobre el cambio social” que tuvo mucho éxito. Sirvió para introducir a bastantes

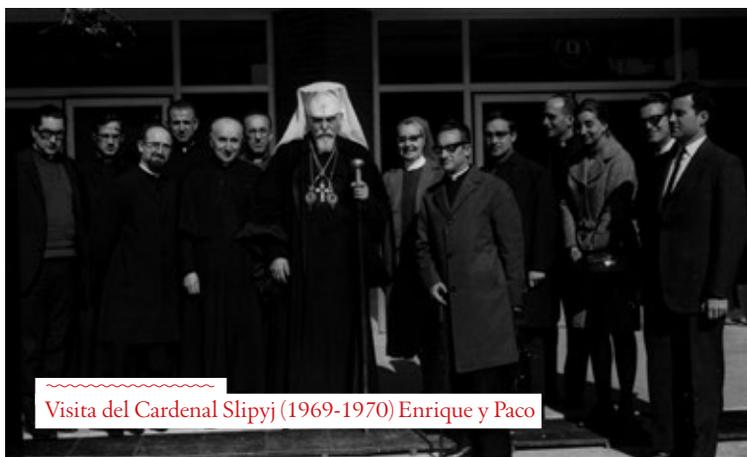
residentes en el horizonte de la sociología norteamericana. Fue un paso importante dado que por aquellos años en España seguía prevaleciendo la sociología alemana más bien filosófica, con Max Weber y Karl Marx como principales maestros y la escuela de Frankfurt, de la que tanto se hablaba. Yo me esforcé por promover las tertulias jurídicas, que se fueron desarrollando con notable regularidad y asistencia. Pasaron profesionales de las diversas ramas del derecho. El decano del Colegio de abogados, Antonio Pedrol Rius, se mostró encantado del ambiente de la tertulia y ofreció trabajo en su despacho para un estudiante de los últimos cursos. También recuerdo la participación asidua en estas tertulias del colegial Manuel Marín, con el tiempo comisario de la Comisión Europea y luego presidente del Congreso de los Diputados.

Quisiera también aludir a la situación de la Iglesia española en aquellos años y al modo como orientamos la pastoral del Colegio Mayor y de la capilla del Colegio abierta al público. Estábamos en pleno posconcilio, tiempo cargado de esperanzas y promesas. La gran mayoría del equipo de dirección habíamos vivido el Vaticano II fuera de España en ambientes más abiertos. Se trataba pues de presentar una imagen más moderna de la Iglesia y en concreto del Colegio Mayor como institución eclesial y marianista. En nuestro trato con los residentes estábamos a su disposición tratando de situarnos desde su perspectiva personal. No queríamos evangelizar directamente sino hacer

P. Armentia con Marianistas (Vinueza, Fabián, Osborne, Cereceda, Miguel Teruel) y colegiales (Manuel Marín) años 1970-72



una oferta del humanismo cristiano que había perfilado el Concilio Vaticano II, en especial en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, sobre las relaciones de la Iglesia con el mundo. Hicimos ofertas a los residentes más interesados para analizar los principales documentos del Concilio, facilitando el contacto con los libros más notables de aquella época. Recuerdo bien algunos de ellos: el *Catecismo holandés*, *La introducción al cristianismo* de Joseph Ratzinger y *La meditación sobre la Iglesia* de Henri de Lubac. En estos años leí mucho sobre la nueva teología, lo que me ayudó a completar la formación más clásica que había recibido en Friburgo (Suiza) y en Roma. Así me familiaricé con Erich Fromm, Paul Tillich, Dietrich Bonhoeffer y Karl Rahner, quien por cierto no estaba muy bien traducido al español, lo que dificultaba su lectura. Fueron años en que algunas editoriales españolas estuvieron a gran altura. Especialmente, Alianza, con su mentor Javier Pradera, compañero mío de colegio. Otras más incipientes, como Cristiandad y Taurus, hicieron un excelente trabajo. Uno de los mentores más citados por los universitarios cultos era entonces Herbert Marcuse, miembro prominente de la escuela de Frankfurt. Su libro *El hombre unidimensional* andaba de boca en boca. Así fue cómo el gran Pepe Pita, ahora ingeniero agrónomo y terrateniente en Brasil, acuñó su famoso: “De Marcuse que no se abuse”. Creo que fue también él quien inventara otra memorable frase: “en este p... Mayor te insultan y tienes que ir al diccionario para enterarte de lo que te han querido decir”. Cito a Pepe Pita porque creo que le corresponde el récord de permanencia en el Mayor, como residente.



Visita del Cardenal Slipyj (1969-1970) Enrique y Paco

Desde la Capilla del colegio, muy frecuentada por nuestros residentes y otros universitarios, sobre todo chicas de los colegios vecinos, hicimos un buen trabajo de puesta en práctica de la nueva liturgia del Vaticano II. Nos ayudó mucho la música de Juan Antonio Espinosa, animada por las guitarras de Margarita Siliuto, canaria de pro, y el marianista Enrique Aguilera. Entonces colaborábamos bastante con la pastoral universitaria de la Complutense y con otros capellanes de Colegios Mayores. Fue muy significativa la entrada, en 1971, en la Archidiócesis de Madrid, del entonces Cardenal de Toledo Vicente Enrique y Tarancón. Don Vicente no tardó en visitar el Colegio, dándonos una charla seguida de coloquio. En el turno de preguntas un colegial se dirigió al cardenal con un sonoro “tú”, al que él respondió sin inmutarse. Después nos enteramos que había de por medio una apuesta: la de “llamar de tú a un sucesor del Cardenal Mendoza”. En aquellos años celebramos, en la misma Capilla del colegio, bastantes bodas de colegiales. Incluso alguna pareja de recién casados se quedó a vivir en el Mayor por algún tiempo.

Y acabo con una alusión a las “fiestas del colegio”. Creo recordar que teníamos una cada año, a la que cada colegial podía invitar a una chica. Dada la inexperiencia de la dirección en estos temas, encontrar un “protocolo” adecuado para estos encuentros nos costó algunas reuniones. Desde el principio contamos con un buen grupo de colegiales dentro de la junta organizadora. La cocina estuvo siempre a gran altura. No acabamos de estar “tranquilos” con las bebidas alcohólicas. ¿Pocas,



~~~~~  
Coral del colegio 1968-1970  
@ Juan Antonio de la Puente

muchas, bastantes, demasiadas? Para la música no había problema, pues contábamos con excelentes expertos entre los colegiales. Recuerdo bien cómo se preparaban las dos grandes salas de estar, una en cada pabellón, que ahora se han reducido mucho. Se instalaban muchos espacios compartidos, con abundantes luces bajas. Nuestro director, incansable en esas veladas, circulaba por los ambientes saludando a unos y otras y encendiendo alguna que otra luz que “se había apagado”. Esa fue la razón por la que se le conocía como “un director de muchas luces”.

Y aquí termina mi evocación de aquella bonita etapa, que se me acabó al ser destinado a otras tareas. Como “descargo de conciencia” puedo decir que procuré estar cerca de los jóvenes, oír mucho, interferir poco. No sé si lo logré siempre. Al cabo de casi cuarenta años la providencia me deparó una nueva vuelta al Chami, en el Patronato de la Fundación. Y aquí estoy “confesando que he vivido”.



~~~~~  
Retrato de Diego Tolsada  
@ *Archivo provincial*

## MÁS QUE TRAMPOLÍN, UNA CATAPULTA

Diego Tolsada, sm

Colegial fundador (1966-1968),

capellán y miembro del Patronato del Colegio.

### LA HISTORIA PREVIA (QUE NO PREHISTORIA)

Nada o casi nada surge de cero, porque sí. Todo o casi todo tiene unos antecedentes, una serie de personas y circunstancias que han ido preparando el terreno para que en un momento dado otras personas puedan, trabajando sobre lo anterior, dar pasos nuevos llenos de creatividad y originalidad. Es la sabida afirmación de que, si vemos más lejos y más cosas nuevas, es porque estamos subidos a hombros de gigantes.

Me he preguntado bastantes veces, una vez que ha ido pasando el tiempo y la edad me ha permitido cobrar no sólo distancia temporal sino perspectiva crítica sobre lo que me ha ido tocando vivir, qué pudo estar en el origen de una apuesta tan revolucionaria como la que hizo la Provincia marianista de Madrid de crear el Colegio Mayor Chaminade y, sobre todo, reservar un amplio espacio en él para la formación de sus religiosos universitarios.

Se ha hecho tópico considerar el Concilio Vaticano II como el inesperado acontecimiento que dio un vuelco a muchas cosas de la vida de la Iglesia. Pero en honor a la verdad, hay que decir que ya en el año 1961 los superiores marianistas de Madrid estaban dándole vueltas a la construcción de un residencia/colegio universitario para los jóvenes religiosos que estudiaban en las facultades de la Complutense, evitando así las dificultades que suponía tener la casa de formación tan lejos de la Universidad, en Carabanchel Alto.

Pero es cierto también que el Concilio contribuyó muy poderosamente a reforzar la necesidad y urgencia del proyecto. El *aggiornamento* pedido por el Vaticano II significaba la primera aproximación de la Iglesia católica, enrocada desde siglos en el antiguo régimen, a la modernidad. Y esto en todos los aspectos, instituciones, actitudes y posturas de su realidad. Ciñéndonos a lo que nos afecta más directamente, uno de los colectivos eclesiales que más en serio se tomó esa renovación fue la vida religiosa. Los institutos religiosos emprendieron

un profundísimo proceso de autocrítica, que los llevó a la recuperación de lo mejor de sí mismos, al abandono de muchas estructuras y prácticas caducas, y a la apertura a nuevos horizontes en su trabajo y en su manera de ser y vivir.

Esta llamada a un nuevo estilo de vivir que se produce en la Iglesia coincide curiosamente con la necesidad que el viejo régimen franquista experimenta de cambiar también no la política, cosa impensable todavía en los estamentos oficiales, pero sí al menos la economía... bajo la presión del progreso social que nos llegaba por todos lados. Son los años de la llegada de los tecnócratas del Opus al gobierno, de los planes de desarrollo, del «seiscientos» y de los primeros biquinis... Y por debajo de todo ello, muy solapadamente aún, el imparable proceso de modernización y democratización de nuestra rancia sociedad española.

### CENTRANDO EL ENFOQUE

¿Era necesario decir todo esto? Creo que sí y por eso lo he hecho. El Chami no surgió de la nada. Tuvo detrás gente que nunca vivió ni trabajó en él directamente pero que tuvo una visión muy a largo plazo y muy amplia. Si hubiera que elegir un nombre, sería el del P. Severiano Ayastuy, sm, secundado en todas las cuestiones económicas por D. Ángel Chomón, sm. El P. Severiano supo ver y tuvo coraje para hacer. Fue provincial de la Provincia marianista de Madrid desde 1956 a 1966. El Concilio le influyó poderosamente, pasando, en una evolución personal muy radical, de una visión clásica a pensar e intentar poner las bases de una presencia marianista nueva, tal como la pedía el Concilio. Estoy firmemente convencido de que se encontró en ello apoyado por otro recio marianista, el P. Francisco Armentia, por entonces miembro del equipo general de gobierno de la Compañía de María, y que sería el primer director del Colegio Mayor al dejar ese cargo y volver a España.

El Colegio se inscribe, pues, en este ámbito de renovación que ya se daba ampliamente en muchos lugares e instituciones de nuestra sociedad, una década antes de la muerte de Franco y del comienzo de la transición. Antonio Gascón, historiador de la Provincia de Madrid y de la Compañía de María, escribe refiriéndose a los últimos años de gobierno del P. Ayastuy:

La provincia emprendió la atención social y cultural a los barrios de Madrid; escuelas gratuitas, escuelas profesionales para hijos de

obreros; potenció el apostolado seglar con jóvenes adultos y universitarios de CUMI; la dedicación a los universitarios con la apertura de residencias universitarias en Salamanca y Madrid y el Colegio Mayor en la Universidad Complutense y la dedicación de algunos religiosos a la docencia universitaria<sup>3</sup>.

Dentro de este vasto plan de renovación, retenemos dos líneas que son las que van a confluir en la creación del Colegio.

La primera es la atención al mundo universitario, ampliando así la tradicional dedicación de los marianistas a la enseñanza de niños y adolescentes. Ya había precedentes y tampoco en esto se empezó de cero. El obispo Herrera Oria había fundado la Escuela de ciudadanía cristiana para la formación cristiana de líderes sociales. Una de sus obras era el Colegio Mayor Pío XII, para el cual llamó a varias congregaciones religiosas, cada una de ellas encargada de la dirección de una planta del mismo. Los marianistas se incorporaron a esta colaboración el curso 1961-1962 y colaboraron en la tarea hasta el año 1966, año de la apertura del Chaminade, a consecuencia de la cual D. Ángel Herrera no renovó el compromiso con los marianistas. Fueron años que aportaron mucha experiencia para el futuro, aunque curiosamente, salvo Francisco García de Vinuesa, ninguno de los religiosos que estuvieron en el Pío XII pasó a formar parte del equipo del Chaminade.

La segunda línea convergente era la creciente preocupación de los dirigentes marianistas por la formación de los jóvenes religiosos («escolásticos»), con atención especial a la calidad de sus estudios universitarios, por un lado, y a la necesaria solidez de sus convicciones, actitudes y expectativas religiosas. Esta formación inicial se llevaba a cabo durante cuatro años en el Escolasticado de Carabanchel Alto, que a todas luces iba quedando cada vez más inadecuado para conseguir todos estos objetivos.

Y de esta feliz confluencia de circunstancias y del coraje y la visión de futuro de los responsables marianistas de entonces, con una enorme osadía surgió esa extraña apuesta que está en el origen del Colegio:

---

<sup>3</sup> A. GASCÓN, *Compañía de María (marianistas) en España. Una contribución al desarrollo y a la evangelización (1887-1983)*. II. Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2002, p. 314.

¿era «normal» un Colegio que albergara casi trescientos estudiantes universitarios seculares y religiosos en régimen de casi total igualdad y con una profunda interacción? Lo menos que se puede decir del proyecto es que era original. Y desde luego arriesgado. Pero la originalidad y el riesgo han sido y siguen siendo dos caracteres básicos del Colegio, que contribuyen muy poderosamente a su identidad y a su calidad, y que no debe perder.

Para tamaña apuesta, los marianistas, con toda generosidad, nombraron un equipo directivo compuesto por algunos de sus mejores hombres: el P. Armentia como director general, Paco García de Vinuesa como director ejecutivo, Pedro González Blasco, Juan de Dios González-Anleo como capellán, Ángel Gallo como administrador y Celestino Uribe-Echeverría a los fogones.

### LOS COMIENZOS

Y ese año de 1966, con algo de retraso sobre las fechas previstas, el Colegio abría sus puertas a su primera promoción. La lista completa de los colegiales fundadores se puede ver en el magnífico libro memoria editado con motivo de los primeros veinticinco años del Colegio<sup>4</sup>.

Esta historia tan oficial hasta ahora se hace aquí más biografía personal, y recoge, a modo de simples sensaciones impresionistas, sin ánimo de sistematicidad, algunos recuerdos que los cincuenta años transcurridos no han borrado, aunque tal vez sí hayan podido distorsionarlos (para bien o para mal).

Estuve en el Colegio el primer curso 1966-67 y el primer trimestre del segundo. Otros colegiales fundadores con más años de estancia en él podrían recordar muchas cosas. Cuento lo que recuerdo como más significativo.

Para empezar, la limpieza general previa de todo el edificio. Por el mes de septiembre de 1966 las obras estaban muy avanzadas, pero se iba con retraso para poder abrir el Colegio en la fecha señalada. Para ganar el mayor tiempo posible una de las cosas que los encargados del proyecto pensaron fue utilizar a los futuros usuarios religiosos en las labores de limpieza. Tenían costumbre de hacerlo en los largos pasillos y

---

<sup>4</sup> J. GONZÁLEZ, *CM Chaminade. 1966-1991. 25 años*. Madrid, SM, 1991, pp. 58-60.

estancias del edificio de Carabanchel. Y así fue como más de una treintena de ellos aterrizaron provistos de todos los utensilios necesarios para quitar manchas de yeso, lijar cerraduras y dejarlas a punto, barrer escombros y dejar los suelos en condiciones. Todo un signo de los tiempos avanzados que se corrían fue poder disponer para ello, entre otras cosas, de dos modernas máquinas limpiadoras de cepillos circulares, aún escasísimas en España, y dos aspiradoras industriales, traídas todas ellas de Friburgo. De manejo sencillo en realidad, la inexperiencia hacía creer que su uso era cuestión de fuerza, lo que hacía que aquellas máquinas empezaran a pegar saltos y botes, hasta llegar a quedar encima de algún radiador. Al final de la larga y cansada jornada de limpieza, los jóvenes religiosos volvíamos al lugar de nuestro descanso en Carabanchel. La anécdota vale en lo que vale, pero tiene también valor de símbolo: el primer contacto de esa primera hornada no fue llegar a mesa puesta y edificio limpio, sino un trabajo, humilde pero necesario, que puso las bases para que todo aquello lo sintiéramos como muy nuestro.

Luego llegamos los estudiantes, seglares y religiosos. El primer año no estuvo a tope. Las cifras son cercanas a los doscientos residentes. No hay que pensar que la limpieza general inicial dejara todo en perfectas condiciones. Para empezar, había al menos dos cosas que no se habían terminado: la cocina y el cierre de las ventanas y ventanales de las plantas comunes (sótano y planta baja). El primer problema se solucionó a base de unos autobuses que llevaban a todos los colegas a comer al colegio de Nuestra Señora del Pilar en la calle Castelló, cuando en él terminaba el turno de



Fotos del edificio en los comienzos, anotaciones manuscritas del P. Armentia



comedor de sus alumnos. Así estuvimos unas semanas, hasta que D. Celestino y su equipo pudieron hacerse con la gestión y el funcionamiento diario de la cocina. El segundo problema se solucionó a base de abrigos... Creo que hasta muy entrado el mes de noviembre no se puso todo el alabastro y el cristal de la planta baja. Podíamos estar en las habitaciones con una temperatura bastante buena. Pero todo lo que transcurría en la planta baja (comidas, capilla, reuniones,...) se hacía con los abrigos puestos, como si estuviéramos en plena calle (de hecho casi lo estábamos). Lo bueno era que aquello no nos cabreaba, sino que casi nos divertía.

Una de las cosas más importantes desde el principio fue articular la convivencia de estudiantes seculares y estudiantes religiosos. Se había pensado mucho previamente un plan teórico, ya que el equipo de dirección tenía experiencia en el trato con universitarios, e incluso, tal vez lo más determinante, la misma estructura del transatlántico colegial respondía a dejar claro lo que se proponía: dos pabellones claramente diferenciados, sin comunicación directa, sino por la planta baja de dependencias comunes, el más grande con cuartos de baño individuales y reservado a los estudiantes seculares y el más pequeño con aseos comunes para los estudiantes religiosos, que debían evidentemente vivir con mayor austeridad. En ese pabellón, además, había un oratorio para la amplia comunidad religiosa. Era todo ello un signo claro de un viejo lema muy marianista, que venía del Fundador: «Unión sin confusión». Y lo que se había organizado así desde el punto de vista estructural, también lo estaba desde el punto de vista del funcionamiento diario. Los religiosos tenían su propio reglamento, que afectaba especialmente al comienzo y al final del día, con los momentos amplios reservados a la oración, la eucaristía, su formación específicamente religiosa... El resto del día no es que se pudiera, es que se pedía mezclarse indistintamente con los seculares (charlas, pasillos, comidas, actividades colegiales...). Así no era de extrañar en ese primer año ver en la cena levantarse de la mesa repentinamente a unos cuantos religiosos porque tenían que llegar a tiempo a su oración de la noche. Y a partir de ese momento ya permanecían recluidos en su pabellón hasta la jornada siguiente. Lo más llamativo del tema es que este plan tan cuidadosamente pensado y llevado a cabo duró solamente el primer curso, puesto que saltó por los aires al segundo año. Creo recordar que fueron los mismos estudiantes seculares los que reclamaron la mezcla de todos en todas las plantas del



edificio, con la consiguiente nueva manera de afrontar las relaciones. Y más llamativo aún que la dirección aceptase la iniciativa. Eran tiempos de cambio (ese curso era el 67-68) y la institución los veía bien y los incorporaba. Podemos imaginar fácilmente así cómo iban las cosas en el campo de los planteamientos sociales y políticos.

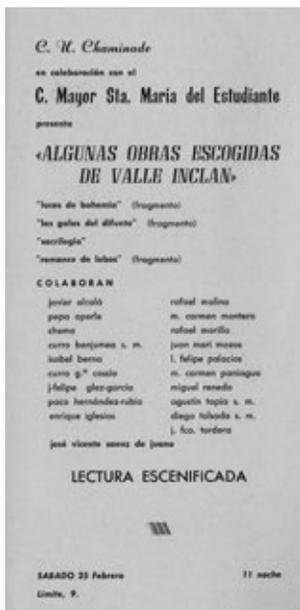
Desde este punto de vista, también había limitaciones, situaciones que, desde la mentalidad de años después, parecían claramente criticables. Por ejemplo, el tema de las novatadas. Es clara la trayectoria pionera del Chami en este tema y todavía me sorprende, cuando voy al Colegio para celebrar la Eucaristía o a alguna reunión del Patronato, ver a estas alturas en las primeras semanas del curso a grupos de novatos de otros colegios (curiosamente, la mayor parte femeninos) dirigidos por los veteranos haciendo el ridículo por la calle. En el año 1966 no había una sensibilidad tan grande en contra, pero, a pesar de todo, ya se acotó desde el principio cómo llevarlas a cabo. Recuerdo al menos dos principios básicos. El primero era que las novatadas estaban institucionalizadas. Puede parecer absurdo ahora, pero significaba que estaban acotadas en el alcance, en el tiempo, eran oficializadas y públicas, lo que excluía la «libre iniciativa» descontrolada individual. Y nunca podían ser novatadas en provecho propio del veterano. Por lo demás, en el «juicio» que llevaba a cabo el tribunal de veteranos (un grupo de ellos, vestidos de riguroso negro con los trajes de ese color que aún conservaban algunos religiosos), en el salón de actos, la asamblea de colegiales tenía derecho de «indultar» al novato que respondiera con

ingenio a las pruebas a las que era sometido. La asamblea al grito de *Tribunal, assassin, liberez le nouveau!* tenía soberanía sobre el tribunal y, desde luego, la primera que se vez celebraron en el curso 1967-68 se ejerció al menos una vez.

Desde sus comienzos, el Colegio se esforzó por llevar a cabo una amplia actividad cultural. En realidad, esto es lo que en el fondo diferencia un Colegio Mayor de una Residencia. No bastaba, aunque fuera necesario, el esfuerzo serio en los estudios con un rendimiento académico positivo. Al colegial, desde el origen, se le invitaba y se le hacía ver la necesidad de completar su educación con otros aspectos, muy variados, de su formación. Entre otras cosas el cine en el Colegio (todavía anda como elemento decorativo en las salas de la entrada la vieja máquina de carbones), pero acompañado del correspondiente fórum. El Aula de poesía, bajo el cuidado de Rafael Duyos, que en uno de sus recitales, como si tal cosa, nos dijo que iba a leer «algo» (era un magnífico recitador) que escuchó un día que estaba en la Residencia de Estudiantes con Alberti, su amigo, cuando llegó Federico y les

dijo: «Mirad lo que he escrito» y que este empezó, medio trabucándose por las tachaduras y correcciones: «Verde que te quiero verde...». Mucho más humildemente, comenzaba el grupo de teatro, del que recuerdo al menos *Esperando a Godot*, *El círculo de tiza caucasiense* y *Luces de Bohemia* (de esta última una antología, en la que de forma muy torpe actué)... Las conferencias, desde el primer momento de altísimo nivel y con una representación de tendencias mucho más amplia que lo que la vida oficial del país permitía...

Y nuestra vida no se agotaba entre el Colegio y la facultad. Nuestros formadores pusieron en marcha un amplio plan para que los jóvenes religiosos descubriéramos la realidad social española, especialmente el mundo de la pobreza y la marginación. Fue así como sábados



Folleto de la obra de teatro (25 febrero 1967)

y domingos por la mañana pude ir a echar una mano en la parroquia marianista de Orcasitas. Era una pequeña ayuda, insignificante en el amplio inframundo de pobreza de aquel barrio, todavía compuesto por el Poblado de absorción (el más nuevo por entonces), el Poblado agrícola y el Poblado mínimo. Recuerdo que el primer día del año de 1967 el P. José María Ruiz, a la sazón párroco, me preparó un suculento plato de inmersión sociopastoral: tres responsos en tres casas distintas. El primero, un viejo patriarca gitano, en el Poblado agrícola, fallecido por una dolorosa artrosis que lo había literalmente doblado en dos y que yacía en un gigantesco ataúd, abierto aún, para su pequeño cuerpo, relleno el espacio sobrante de viejos trapos, mientras los varones de la tribu daban vueltas en torno al féretro, arrojando a cada una de ellas un puñado de calderilla en un recipiente al efecto. El segundo, el de un niño muy pequeño, en el Poblado de absorción, fallecido ya no me acuerdo a causa de qué cruel enfermedad infantil. Y el tercero el de una joven madre. Ese fue mi comienzo de año.

Esto no dependía directamente del Colegio, pero sí fue desde allí desde donde pude vivirlo. Y fue algo que me dio una sensibilidad que, muchas veces de modo poco consecuente, no dejé ya de vivir y actuar desde ella.

Junto a todo esto y más cosas, la actividad fundamental: el estudio. No era lo de más relumbrón, pero se estudiaba y mucho, y me atrevo a decir que todos, a pesar de las sillas de las habitaciones que hoy presentaríamos como «ergonómicas» pero que eran duras e incómodas como ellas solas. Era un ambiente nuevo, enormemente motivador y creo que muy poco competitivo en el mal sentido del término, y sí muy estimulante.

### Y DE AQUELLO ¿QUÉ?

La frágil memoria que voy teniendo me ha hecho olvidar muchas otras cosas, seguramente tan importantes o más que las que he recordado. La consulta de archivos y obras de la época, las charlas con compañeros de entonces, las fotos de la época (si las hubiera guardado alguna vez y conservado)... podrían hacer mucho más larga esta crónica. Pero con el debido respeto y cariño a todo ello, sería más de lo mismo, simple acumulación del repertorio de anécdotas más o menos relevantes.

Y, sin embargo, mientras en estos días le daba vueltas a qué contar y mientras he ido escribiendo estas líneas, afloraba dentro de mí la

conciencia, primero muy tenue y más poderosa e intensa después, de algo de lo que hasta ahora sólo me había dado cuenta a medias. Y de aquello, ¿qué? ¿Qué quedó? ¿Qué incorporé intelectual, vital y religiosamente? ¿Qué supusieron para mí esos quince meses escasos de estancia en el Colegio?

Me he quedado yo mismo sorprendido de lo que, al hilo de esas preguntas, me he ido respondiendo, porque creo que es algo muy significativo. Fueron evidentemente años de cambio. A España le quedaba aún un largo camino por recorrer en su madurez como país, en su incorporación a la modernidad. El régimen de Franco, aunque comenzaba a dar muestras de debilidades impensables muy pocos años atrás, tenía cuerda aún para rato. Pero una cosa era el marco general de la sociedad y otra lo que sembró o potenció ese nuevo estilo de vida que se nos ofreció en el Colegio. Hoy hablaría de que viví un cambio de paradigma, que pasé de una forma de situarme en la vida claramente medieval a empezar a vivir la modernidad con todas sus consecuencias. Es evidente que el proceso no comenzó desde cero el día que pisé por primera vez el Colegio. Ya se nos habían proporcionado elementos para ello en los primeros años de formación. Ni que se terminó el proceso cuando salí por la puerta el mes de enero de 1968 camino de Valladolid, para comenzar mi vida como educador marianista. Pero, sin ser la causa única, el Colegio fue una condición necesaria y muy importante en ese cambio.

¿Qué supuso más en concreto? La vieja metáfora del caparazón de los quelonios y el esqueleto de los vertebrados me ha venido a la memoria como imagen que me ayude a comentar lo que quiero decir. Los quelonios no tienen esqueleto, su cuerpo es una masa amorfa ingobernable si no fuera por el fuerte caparazón que lo encierra, lo ahorma y lo protege. De ahí su lentitud. Es cierto que resisten, que duran y duran... Pero en un estado primitivo de exasperante estabilidad, al menos desde nuestra perspectiva. Los vertebrados no tienen ese caparazón exterior y por eso son mucho más frágiles, están más expuestos a la herida. Pero son más autónomos, son más ágiles, se adaptan con mayor rapidez, responden a las necesidades y solicitudes del medio con mayor capacidad... En definitiva, son más libres. El cambio de paradigma que me permitió y al que me ayudó el Colegio consistió en pasar de una cultura monolítica, propia de la Edad Media, a una cultura mucho más abierta, mucho más plural, mucho más autónoma

y libre, propia de la Modernidad. Quitamos muchos caparazones, no sin dolor, porque quedamos muy expuestos, muy a la intemperie. Y creo que aprendimos al menos a empezar a generar dentro de nosotros mismos nuestro propio esqueleto, el conjunto de estructuras mentales y hábitos, maneras de ver y de actuar... que nos situaron de un modo distinto en la realidad.

Y esto tanto en lo humano como en lo religioso. No había que tener miedo a leer a determinados autores, es más, era bueno conocerlos. La sociedad que nos rodeaba, en concreto ese centenar y medio de seglares con los que compartía tantas horas, no era algo a lo que temer, sino personas enormemente interesantes, llenas de valores, gente buena llena de ilusiones que podía compartir con ellos; la Universidad era eso, la *universitas* de profesores y alumnos que formaban una entidad llena de riqueza, riqueza muy superior a los inconvenientes... Valores que aún requerirían de años para ser vividos en el país colectiva y libremente pudimos vivirlos en el pequeño microcosmos que era el Colegio: la libertad de expresión respetuosa y motivada, pero clara; el valor del individuo en su originalidad y el respeto a su dignidad, la apertura a horizontes sociales y culturales que iban más allá del círculo en el que me había movido hasta entonces... Es decir, la cultura y el mundo que me tocaba vivir merecía la pena, no era de entrada sospechoso y temible, era «habitabile» y merecía la pena intentar habitarlo.

Y si puedo decir esto en el plano de mi evolución en el campo de la formación y el talante profano, lo mismo cabe decir, y tal vez aún más, en el campo de mi modo de vivir mi vida cristiana y mi vocación marianista. El desarrollo del Concilio y sus primeras aplicaciones fueron constante objeto de estudio y aplicación en aquellos años, descubrimos que la vida religiosa se podía vivir en moldes y estructuras distintas a las clásicas, que tenían siglos de permanencia. Como ya he dicho, se pagó un alto precio en tensiones y en salidas..., pero era el único camino transitable, si no queríamos quedarnos refugiados en el gueto, como tristemente se ha intentado de nuevo en años posteriores. Descubrimos entre otras cosas el valor fundamental de la libertad personal en la opción de vivir como religiosos y no sólo el del peso institucional en ello, descubrimos el costoso atractivo que tenía una comunidad vivida sobre relaciones personales de respeto, comunicación, proyectos e ideales compartidos, etc.; descubrimos que la fe y la cultura no eran incompatibles sino profundamente complementarias...

Y todo esto, aunque parezca mentira, en poco más de un curso. Enseguida comenzaron los cambios en el equipo de dirección, llegó la benéfica y discreta incorporación del P. Enrique Torres, entre otros... Los tiempos siguieron cambiando a velocidad de vértigo, la disonancia entre sociedad española y régimen político se acentuó hasta límites insostenibles y el Colegio fue una caja de resonancia de todo ello. Los religiosos marianistas, que habían puesto en marcha este hermoso proyecto, afectados profundamente por el cambio, fueron sintiéndose cada vez más incapaces de hacer frente a lo que estaba cayendo y se fueron retirando, primero los estudiantes y luego, al final, la misma dirección. Así se inició en 1977 una segunda etapa de la vida del Chami. Es otra historia que otros testigos podrán contar.

Para entonces, yo andaba en otras tareas y en otros lugares. Pero lo menos que puedo decir es que el Colegio fue un trampolín, por no decir una catapulta, breve en cuanto a la duración pero que, aun siendo un sitio de paso, me abrió los ojos al mundo y a la vida tal como los he vivido desde entonces. Nada más pero nada menos. Muchos años después, los «sonoros ríos de la vida» me hicieron retornar a él como capellán y miembro del Patronato. Muchas de sus paredes permanecen igual, las viejas puertas de madera siguen siendo las mismas, otras cosas

más internas que visibles han cambiado porque era necesario que cambiaran. Cuando volví, allí seguía. Y allí sigue intentando, creo, ofrecer las posibilidades que le dieron sentido pero, como es lógico, en la sociedad posmoderna que hoy vivimos. ¿Vamos a por otros cincuenta?



~~~~~  
Puertas de la Iglesia

# ILUSIÓN VERSUS UTOPIA: ENTRE LA LIBERTAD Y LA SOLIDARIDAD

José Ángel Góngora Comas (1968-1971)

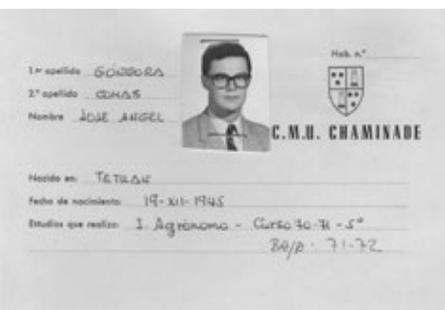
## INTRODUCCIÓN

Pedirle a alguien que ronda los setenta años que exprese en unos folios una experiencia tenida hace más de cuarenta es forzarle a revivir unos sentimientos que lo forjaron y, por tanto, a revisar casi toda una vida. No en vano “recordar” significa “volver con el corazón”. Es por esto que cuando la actual dirección del Colegio Mayor Chaminade me solicitó la elaboración de un texto sobre aquel Colegio Mayor en el que residí (1968-1971), me asaltó la sensación de que ese compromiso que adquiriría me iba a suponer un esfuerzo notable.

Tengo para mí, a estas alturas de la vida, que nacemos inocentes, y frágiles en consecuencia, y que mientras estamos protegidos hasta la independencia personal, podemos mantener una forma

de ser y de actuar que se estructura desde lo que es razonable desde esa fragilidad protegida. Cuál sea el momento de esa independencia personal depende de muchas variables, pero, sobre todo, de la clase social en la que nos insertamos. Pero en cualquier caso, llegado ese momento, sentimos la necesidad de protegernos, seguramente porque las relaciones de poder que experimentamos en la realidad, y no en la idea que sobre ella tenemos, parece obligarnos a adaptarnos para poder proseguir; a unos más que a otros, ciertamente.

La realidad es injusta para con muchos, de ahí que sea esencial a la democracia profundizar permanentemente en ella. Quizás en la respuesta a esa tensión entre la necesidad de protección y la ineludible sensación de vivir en una sociedad injusta, se encuentre la definición de los diversos grupos sociales. A título exclusivamente enunciativo, que no



Ficha de José Ángel

exhaustivo, diré que unos optan por la ruptura con esa realidad, a fin de conformar un nuevo y definitivamente justo sistema de relaciones sociales; otros, por una reforma que encamine paulatinamente a la sociedad a ese mismo objetivo; y, finalmente, hay quienes habiéndose instalado en aquella realidad, pretenden conservarla. Hay momentos en la historia de una sociedad en los que parecen estallar estas opciones: quizás estemos viviendo hoy uno de ellos. Creo, sin embargo, que siempre están ahí, pero no pocas veces sepultadas cuando la injusticia sólo la padece, aparentemente, una minoría, o lo que es lo mismo, cuando los instalados son mayoría. Y, seguramente, la causa más importante de su resurgimiento es que durante mucho tiempo no pocos demócratas nos olvidamos de lo esencial que es a la democracia profundizar permanentemente en ella, creando así una sociedad estática y complaciente, como si ya se hubiera llegado al paraíso, desdénando ese dinamismo propio de la democracia.

Creo sinceramente que a aquel momento en el que “nos protegemos”, le sucede inevitablemente la necesidad de justificar el abandono, parcial o total, de la utopía que nos sustentaba y dinamizaba. Y esa justificación nos endurece, al crear una coraza, porque nos hace ocultar lo injustificable de lo que tratamos de justificar. Y vivimos una tensión entre nuestra apariencia y lo que realmente somos en aquel lugar donde guardamos esos secretos.

Hay luego un tiempo en el que comenzamos a decir que lo que realmente es importante es la familia y los amigos y que al final es lo que queda: en definitiva, que lo que realmente importa es lo que amamos. Y ello nos impone “desacorazarnos”, porque sólo desde lo que somos se puede amar. Es una tarea complicada, aunque depende del grado de protección al que hubiéramos llegado: hay quienes la acometen y hay quienes se sienten impotentes para acometerla. Su dificultad está en admitir que ser humano es ser vulnerable. Y a estas alturas de mi vida, en esas estoy aún.

Ya sabéis desde donde escribo estas líneas: desde el reconocimiento de que estarán llenas de subjetividad y en el esfuerzo de ser lo más objetivo posible.

### **AQUEL SENTIMIENTO UTÓPICO**

Mi infancia y mi primera juventud transcurrieron en Tetuán (Marruecos); allí fui al Colegio Nuestra Señora del Pilar, de los marianistas, que por cierto en el pasado año 2015 cumplió los cien años de su fundación.

Tetuán era una ciudad singular: una ciudad marroquí bajo protectorado español hasta la independencia de Marruecos en 1956. Durante el protectorado, y también una vez que tuvo lugar la independencia, se caracterizó porque convivían en ella las tres grandes religiones: el Judaísmo, el Islam y el Cristianismo; y ello, con independencia de otras cuestiones, hizo fructificar una gran tolerancia social. Aún hoy, la Iglesia católica se mantiene en su emplazamiento de entonces, en una de las plazas más representativas de la ciudad.

En aquel ambiente, en el colegio de los marianistas de Tetuán se exigía esa misma tolerancia. Tolerancia que se unía a esa forma peculiar de educar de los marianistas que ya definí con motivo del 25º aniversario del Chaminade: los marianistas, seguramente por su vinculación a una mujer -María, de donde les viene su denominación- se adelantaron a su tiempo, educando a sus alumnos en virtudes femeninas, tan vinculadas a la maternidad, como son las de acoger, apoyar y entregarse, sin reservas. Una forma de educar que podían desarrollar sin complejos por la singularidad de la ciudad, porque aquel colegio se constituyó como un centro ilustrado y porque en estas circunstancias irrumpió el aire renovador que en la Iglesia había provocado la elección de Juan XXIII y el comienzo del Concilio Vaticano II. En mi recuerdo surge la necesidad de agradecer a los directores del colegio en aquellas horas la manera en la que materializaron esa forma de ser y de educar: a Celestino Rodríguez Mendiguren, Doroteo Rodrigo, Clemente Cerrillo y el padre Ángel Íñiguez.

### **INCORPORACIÓN AL COLEGIO MAYOR CHAMINADE. ANTECEDENTES SOCIALES. EL AMBIENTE COLEGIAL**

Cuando inicié los estudios universitarios en Madrid el Colegio Mayor Chaminade no existía. De entre los colegios que me concedieron plaza, opté por el Antonio de Nebrija, de fundación directa de la universidad. Su director, Sergio Rábade, catedrático de Teoría del Conocimiento en la Universidad Complutense, unía a su condición de erudito y persona de una profunda cultura, el ser gallego y haber sido jesuita: y todo ello le permitía tratarnos como personas mayores, lo que entonces no era muy común, aceptando la participación de los colegiales en los asuntos internos, a través de la asamblea de colegiales mayores, y fomentando que las actividades colegiales, de un excelente nivel, fueran organizadas por los propios colegiales. Por otra parte, era

muy exigente con los resultados académicos de los residentes, a la hora de la renovación de plaza. Esto hacía del Colegio Mayor Antonio de Nebrija un colegio mayor singular en aquellos primeros años 60: un colegio mayor con un alto grado de libertad y de inquietud cultural. Aunque cierto es que los objetivos del colegio se enfocaban, casi exclusivamente, a la futura profesionalidad de los colegiales. Tras dejar Sergio Rábade la dirección del Colegio Mayor, sólo permanecí en él un curso, ya que la nueva dirección introdujo comportamientos de carácter autoritario, liquidando así aquella singularidad.

Fue entonces cuando ingresé en el Colegio Mayor Chaminade: en octubre de 1968, en un año muy significativo. Me reencontré allí con el espíritu marianista, con esa forma de ser y actuar que le es tan propia a los marianistas y que más arriba he descrito brevemente: acogedora, comprensiva y tolerante. Aunque se daba importancia a la trayectoria académica de los colegiales, los objetivos y la actividad del colegio mayor tenían un carácter más social: el de fomentar el carácter ciudadano y la apertura a la sociedad. Los colegiales del Chaminade eran en su conjunto, y en sus líderes, muy distintos a los del Antonio de Nebrija. Había más uniformidad, seguramente motivada porque la mayoría de ellos habían cursado los estudios anteriores a los universitarios en colegios marianistas o religiosos; y, como es obvio, porque casi exclusivamente procedían de las clases sociales alta y media alta, y también ilustradas, de la sociedad.

Tenían el optimismo, la autoestima y la seguridad que da esa procedencia. Y, además, su adolescencia había transcurrido en ese ambiente oxigenado que procedía de algunos acontecimientos del exterior: la elección de Juan XXIII (1958) y el anuncio (1959) y la apertura (1962) del Concilio Vaticano II, la presidencia de John F. Kennedy en EE. UU. (1961-63) y el comienzo de la desestalinización con Khrushchev en la Unión Soviética (1958). Un ambiente que llenaba de sentido aquellas palabras de Martin Luther King durante la Marcha por los derechos civiles en Estados Unidos: *“¡Hoy tengo un sueño! Sueño que algún día los valles serán cumbres, y las colinas y las montañas serán llanos, los lugares más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados, y la gloria de Dios será revelada, y se unirá todo el género humano”*. En definitiva, un ambiente propicio a la utopía: la que me encontré cuando llegué al Chaminade.

En los primeros años de la década de los sesenta se había instalado, como consecuencia de la intensa actividad económica que supuso la

recuperación de la situación creada por la Segunda Guerra Mundial, esa sociedad estática y complaciente a la que antes me he referido. Pero la generación nacida en la posguerra y, sobre todo, el entonces denominado Tercer Mundo recibieron poco, o nada, de la inmensa riqueza que se había producido: de ahí que estallara la tensión subyacente, la que siempre está ahí, y que culminaría, precisamente, en el mayo del 68. Es curioso constatar que Juan XXIII muere en 1963, el mismo año en que John F. Kennedy es asesinado, y que en 1964 Khrushchev es apartado del poder.

Por tanto, cuando llegué al Chaminade en octubre de 1968, ya se habían producido estos acontecimientos, cuyo resumen se encuentra en la canción de John Lennon “God”, que finaliza con los versos: *“Así que, queridos amigos, / tan sólo tienen que seguir, / los sueños se acabaron”*. John Lennon se percataba de que lo que realmente importa para uno mismo es lo que ama, que, en su caso, personaliza en Yoko Ono.

Visto desde hoy, mayo del 68 fue la expresión de un fracaso; aunque es cierto que en el transcurso de los acontecimientos que lo originaron se conquistaron libertades que no se podían imaginar siquiera a su comienzo. Aquellos acontecimientos supusieron el principio del fin de “los grandes relatos”, que daría lugar, finalmente, al nacimiento de la sociedad posmoderna: una sociedad que acabará complaciéndose en la libertad, pero que iba minando, poco a poco, la solidaridad. Quizás esté ahí el nuevo estallido que hoy contemplamos.

Y, sin embargo, al ambiente del Chaminade no había llegado aún ni aquella tensión, ni la conciencia del fracaso que supuso el mayo del 68. Y, mucho menos, que se estaba gestando una sociedad en la que “los grandes relatos” serían acusados de ser la causa de los autoritarismos. Seguramente, la razón de esta circunstancia hay que buscarla, por un lado, en la singularidad y casi unanimidad de la procedencia de los colegiales, y por otro –y quizás sea esta la causa más relevante-, porque en España todos los acontecimientos que generaron el mayo del 68 tuvieron muy poca repercusión.

La España de aquellos años era el resultado de la necesidad del régimen franquista de abrirse al exterior para su supervivencia. Tras un período de autarquía y de brutales represiones -en las décadas de los 40 y 50-, esa necesidad había conducido al Plan de Estabilización de 1959, llevado a cabo por el equipo de tecnócratas liderado por el ministro Ullastres, bajo las directrices del Fondo Monetario Interna-

cional. Las tensiones sociales que se produjeron como consecuencia de los ajustes que se aplicaron –cierre de pequeñas empresas, paro, bajada de salarios, etc.– se aliviaron por la emigración de unos dos millones de españoles en condiciones verdaderamente dramáticas. Poco después se puso en marcha el turismo masivo y los bajos salarios atrajeron la inversión extranjera. De este modo, en España entraban divisas procedentes de las remesas que enviaban los emigrantes, del turismo y de la inversión extranjera. Y ello dio lugar al denominado “milagro español” de la década de los 60, en la que creció a un ritmo cercano al 7% anual acumulativo, con especial intensidad en los sectores secundario y terciario. Y todo ello generó la ampliación de las clases alta y media acomodada, lo que provocó una profunda transformación social. El número de universitarios alcanzó la cifra de 340.000 al final de la década, triplicando los 170.000 existentes en el curso 1959-60 (nada que ver con los más del millón y medio que se matricularon en el curso 1999-2000). En estas circunstancias, la España de entonces era una sociedad complaciente. Sin embargo, la apertura que se había producido, motivó el deseo, en unos casos, y la añoranza en otros, de democracia, sobre todo en los grupos ilustrados que conformaban esas clases alta y media, a la que pertenecían la mayoría de los colegiales del Chaminade.

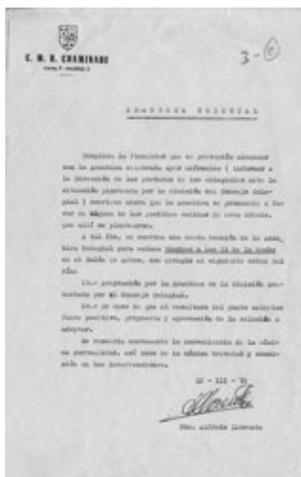
Es este el momento en que debo rendir homenaje a quienes lucharon activamente en esos años contra la dictadura; su fervor, su pasión y su compromiso fueron encomiables. Probablemente sintieron que es esencial a lo humano la vulnerabilidad. No fueron muchos los héroes: de ahí que fuera más complicado su compromiso. Por eso me provoca hilaridad traer a la memoria cómo la generación a la que pertenezco ha relatado lo que hiciera en aquellos años; y no me extraña que las generaciones posteriores, al intuir la lejanía entre el relato y la realidad, nos vean como aquel viejo general que en la película *Las cuatro plumas* hablaba constantemente de su valentía al iniciar el asalto a las posiciones enemigas, cuando realmente lo que había sucedido era que se espantó el caballo que montaba.

Sólo una minoría de los colegiales del Chaminade eran rupturistas; muchos eran reformistas, y no pocos conservadores instalados. Sirva como indicativo el sentimiento de rechazo que se me produjo cuando oí por primera vez allí la frase “todos somos iguales, aunque algunos

más iguales que otros”, en boca de un colegial, ante el regocijo y la complicidad de quienes le rodeaban.

El grupo que he denominado reformista era el que procuraba el tono al Colegio Mayor. Era un grupo con inquietudes culturales y con auténtica vocación por conocer la realidad social; y era diverso en su ideología, pero respetuoso y dialogante. De hecho, las actividades que promovían tenían, en general, como objetivo, un acercamiento intelectual a esa realidad social. Fueron muchos los políticos y los comunicadores que pasaron por el Colegio Mayor; y también fueron muchos los profesores de historia, de economía y de sociología que nos procuraron un extenso bagaje de conocimientos sobre los procesos habidos en la España del siglo XX.

Entre quienes lideraban el grupo hubo muchos que más tarde se convertirían en personalidades de la vida política y social. Los hermanos Jorge y Augusto Delkader, Manuel Marín, José Luis Malo de Molina, Álvaro Marchesi, Jesús Díaz Baizán, Jesús Guerra Romero y Alfredo Llorente son sólo una muestra de lo que afirmo. No sé si es mucho decir, pero así lo creo, que el Chaminade se conformaba como una pequeña sociedad con características similares a la sociedad que protagonizó la transición.



~~~~~  
Convocatoria de asamblea  
firmada por Alfredo Llorente  
(12 marzo 1970)

Al citar a Alfredo Llorente, no puedo sino contener un profundo sentimiento de añoranza, ya que su temprana muerte (en 2008) me privó de un gran referente y de una gran amistad. En aquel Chaminade, donde volvimos a encontrarnos tras coincidir en el Antonio de Nebrija (él se fue antes al Chaminade), era el perpetuo presidente electo, curso tras curso, de la Asamblea Colegial; era un rasgo distintivo del Colegio Mayor que la Asamblea no fuera presidida por el director. Desde que le conocí, siempre me pareció que tenía la misma edad: la de un hombre mayor. Le recuerdo ahora presidiendo la Asamblea, fumando un enorme puro –entonces se fumaba en recintos

cerrados-, respondiendo a cada pregunta con la ironía, sin violencia, que sólo es patrimonio de los inteligentes.

En el Chaminade concurren personas muy diversas, lo que sin duda nos favoreció a cuantos residimos en el Colegio en aquellos años. Había tres jesuitas, Antonio Ocaña, actualmente en Uruguay, Jesús Díaz Baizán, que fue posteriormente provincial, y Joaquín Novoa, del que he perdido la pista. ¡Cuánto pude aprender de ellos, especialmente de Antonio Ocaña! Por ellos pude acercarme a la crisis que surgió, también en esos años, en el sistema de formación académica de los jesuitas, que tanto había elogiado Bertrand Russell. Muy poco comunicativos eran dos hermanos gemelos, ambos sacerdotes, que se rumoreaba que pertenecían a la congregación mexicana de la Legión de Cristo, y que habían venido a tener una experiencia de colegio mayor: se les respetaba, pero no se integraron en el Colegio Mayor.



Y residía también en el Colegio Mayor un grupo numeroso de aspirantes a marianistas. De hecho, el Colegio Mayor Chaminade se estableció en 1966, movido, sin duda, por el mensaje de apertura que significaba el Concilio Vaticano II. Tenía entonces dos pabellones muy diferenciados. Uno de ellos, el A, incorporaba en la habitación un pequeño cuarto de baño y en el otro, el B, los servicios eran comunes. El pabellón B estaba destinado a los colegiales que se formaban para ser marianistas, aunque nunca ocuparon su totalidad, y el A para el resto de los colegiales. Se trataba de fomentar la convivencia entre seculares y futuros religiosos: una experiencia casi única en aquellos años. Este hecho impuso un absoluto respeto a las opciones personales de ambos grupos, y por extensión, a las opciones ideológicas de los colegiales; posiblemente sea éste uno de esos elementos que favorecieron el ambiente del Colegio Mayor, porque el sentido de servicio a la comunidad y la austeridad de este grupo generaban un innegable equilibrio en el contexto social, antes descrito, del centro.

Merece un apartado especial la dirección del Colegio Mayor Chaminade de aquellos años.

~~~~~  
Alfredo Llorente al fondo, 1968  
@ Ramón Navarro

## LA DIRECCIÓN Y LOS CAPELLANES DEL COLEGIO MAYOR

Resulta sumamente difícil que en una organización concurren al tiempo personalidades de tan excelente nivel, tan diversas y tan complementarias, como en el equipo de dirección del Colegio Mayor Chaminade de aquellos años. A todos sus miembros les caracterizaba su religiosidad y ese sentido de servicio y de entrega, tan propio de los marianistas.

El carisma de su director, Francisco García de Vinuesa, era la pasión con la que ejercía su función. Resultaba una persona cercana y sin dobleces. Su máxima preocupación era que el Colegio Mayor Chaminade fuera un ejemplo y una manifestación de la posibilidad de convergencia entre las convicciones que lo sostenían, la de esa Iglesia que se abría al mundo, y el mundo de los seglares y de los laicos. Cuando me preguntó si el Chaminade era “apostólicamente rentable”, lo hizo sin duda en este marco: por eso le respondí afirmativamente. Esta forma de ser y la seriedad con la que representaba al Colegio en las reuniones oficiales le granjearon un indudable prestigio entre el resto de los directores y en la universidad; lo cual favorecía sin duda al Colegio Mayor.

Uno de los subdirectores era Enrique Torres Rojas, al que le caracterizaban su gran cultura y la innegable sencillez, respeto y humildad con la que se relacionaba. Cultura, sencillez, respeto y humildad que son las condiciones necesarias, creo que también suficientes, para interpretar certeramente la realidad, lo que le confería una especial



Francisco García de Vinuesa  
y el P. Armentia en un acto cultural  
finales 60-primeros 70

perspicacia. Era también el superior de la comunidad marianista, a la que cementaba desde ese mismo carácter. Y por su condición de sacerdote, presidía algunos actos litúrgicos, sin protagonismo alguno.

Los carismas del otro subdirector, Pedro González Blasco, eran la disciplina y la dedicación al trabajo, pese a que su salud no era, al parecer, de hierro. Si mal no recuerdo había estudiado Físicas, pero posteriormente se inclinó por la Sociología, en la que se doctoró, y de esta disciplina llegó a ser catedrático. Su empeño era transmitir a los colegiales la necesidad de conocer y reflexionar sobre la realidad social. Y fueron numerosos los seminarios que sobre estas materias dirigió, con brillantez, en el Colegio Mayor. Era el responsable de formación de los aspirantes a marianista, con los que era especialmente exigente. Pese a su carácter “germánico”, la relación que mantenía con los colegiales era amable.

Los capellanes del Colegio Mayor eran Juan de Dios González Anleo y Tomás de la Vega. Con este último tuve muy poca relación, pero puedo decir que era un místico: rechazaba cuanto le pudiera quebrantar su dedicación religiosa y por ello era notable su austeridad. Le sustituyó Fabián Fernández de Alarcón, de cuyo compromiso social desde la parroquia de Nuestra Señora de Fontarrón dieron fe los innumerables vecinos de Vallecas que asistieron a su funeral en 2008.



~~~~~  
Pedro González Blasco, Rafael Duyos, Jorge Delkáder  
y José Felipe González (Pipe) (Luis Manuel Duyos)

A Juan de Dios González-Anleo le caracterizaba, además de su innegable potencia intelectual, su extrema bondad. Tuve algunos contactos con él hasta que murió en abril de 2013. Profesionalmente se dedicaba a la Sociología, de cuya Facultad fue catedrático. Fue uno de los colaboradores en los informes FOESSA, informes que desde 1967 han supuesto una aportación trascendente para el acercamiento a la realidad española, y que González-Anleo puso a disposición de los colegiales. Había iniciado su labor investigadora en la universidad de Columbia, bajo la dirección de Juan Linz; y por ello tuvimos la fortuna de la presencia de Juan Linz en el Chaminade. Y su bondad y vocación de servicio superaban su condición intelectual.

Formaba parte del equipo de dirección el Jefe de Cocina, Celestino Uribe, al que llamábamos “Cheles”. El menú era francamente bueno, porque era un excelente profesional, con una gran capacidad de organización. No pocas veces compraba en origen, por lo que la frescura y la calidad del producto eran inmejorables. Procuraba siempre responder a las demandas de los colegiales, sobre todo cuando estas hacían referencia a las dedicaciones académicas. Y comentaba orgullosamente que por calidad y cantidad los colegiales no podíamos con él.

Y, finalmente, por encima de todos, como velando por la transmisión generacional y la actualización de los valores marianistas el inefable Padre Armentia. Un religioso de avanzada edad, que había sido provincial de los marianistas, y que tenía la capacidad de mantener la atención de los colegiales en las charlas informales que mantenía con nosotros. Probablemente había tenido un papel importante en el establecimiento del Colegio Mayor Chaminade, porque era innegable su cariño por el Colegio Mayor.

### QUÉ FUE DE AQUEL CHAMINADE

He sido, desde que me fui del Colegio Mayor Chaminade, un privilegiado testigo de las vicisitudes por las que ha transcurrido el Colegio Mayor. En octubre de 1971, me incorporé a la dirección del Colegio Mayor que hoy se denomina Fundación SEPI y desde el año 1978 hasta el 2013 he sido el director de ese Colegio. Por tanto, mi relación con el Chaminade ha sido extensa e intensa.

Aquellas personas que integraban la dirección del Chaminade iniciaron su marcha a otros destinos. Francisco García de Vinuesa se fue a Chile; Enrique Torres Rojas fue designado provincial de los

marianistas; Pedro González Blasco, tras asumir la dirección del Colegio durante un curso, se dedicó a sus tareas docentes e investigadoras; Fabián Fernández de Alarcón optó por ejercer su ministerio en una parroquia de Vallecas; Juan de Dios González-Anleo se secularizó; e incluso “Cheles” fue destinado al Colegio Santa María del Pilar.

Tras un período de transición, en el que se evidenció la imposibilidad de que los religiosos lideraran los cambios que se estaban produciendo en la sociedad desde ese carácter tolerante y abierto de los marianistas, la perspicacia de Enrique Torres, entonces provincial de los marianistas, con la diplomacia que su sencillez y humildad le caracterizaban, recorrió el camino, no exento de dificultad, que le conduciría a delegar en seculares la dirección del Colegio Mayor Chaminade. Hubo acierto en la designación de la nueva dirección, que encabeza desde entonces José Ignacio Gautier González, que me honra con su amistad. El acierto estuvo en que el Chaminade, ante la sociedad posmoderna que se avecinaba, no podía haber elegido nadie mejor que José Ignacio para pilotar el Colegio en ese trance. José Ignacio participa de ese afán por las libertades individuales, tan característico de la posmodernidad. Pero su educación en un colegio marianista es un freno a la insolidaridad que encierra esa misma posmodernidad. Ha sido un director de síntesis entre la libertad y la solidaridad, y no ha sido tarea fácil.

Se va cerrando otro ciclo del Chaminade. Es mi deseo que la nueva dirección sepa conducirlo durante y después del nuevo estallido que hoy percibimos.

Mis felicitaciones a todos en este 50º aniversario.

# CUATRO MIRADAS DESPUÉS DE TANTOS AÑOS

Ramón González Correales (1975-1981)

## UNA

Trato de recordar cómo veía el mundo entonces, mis sensaciones de los diecisiete años, lo que suponía ir a Madrid para mí en aquella época, la mañana en que me dieron las notas de la selectividad y la

aventura ya parecía ir en serio y había que comenzar a prepararlo todo. Creo que visité el colegio poco después para recoger los impresos; tengo una imagen de ir subiendo hacia él, desde el hospital Clínico por Juan XXIII en una mañana muy soleada, pero no recuerdo nada de esa primera visita, salvo una difusa sensación de expectación que se prolongaría todo el verano en conversaciones con unos y con otros, en las que sobre todo predominaba el miedo a las novatadas. De la entrevista emerge el aspecto de Paco Luna que, con su barba



Ficha de Ramón González Correales

gris, parecía un misionero imponente, como recién venido de África, y también que me transmitió la idea de que era importante tener intereses culturales amplios para entrar allí, que convenía estar abierto a querer convivir y a implicarse con gente de muy distinto tipo. Y quizá apareció otro concepto que ahora se me viene a la cabeza de pronto y que estuvo de moda algunos años: “inserción en la realidad”. Cuestión que yo entendí de forma muy interesada porque era justo lo que más quería: era bueno integrarse en la realidad de Madrid, abandonar de una vez el aburrimiento de la ciudad de donde venía, algo parecido a tener permiso para vivir.

Ese verano de 1975 pasó muy rápido y se calentó mucho al principio del otoño con los últimos fusilamientos de la dictadura, así que imagino el miedo de mis padres cuando cogí aquel tren, que entonces

tardaba más de cuatro horas desde Ciudad Real, con la maleta llena de ropa que mi madre había marcado primorosamente con una referencia, de letras o números, que nos habían dado. Llegué muy al principio de octubre y el colegio estaba todavía bastante vacío. Recuerdo el olor de la planta A que entonces tenía los baños comunes; el jaspeado gris de las baldosas del pasillo; la satisfacción de tener por fin una habitación propia; la primera “caña” en Arguelles; la fauna de gente tan distinta



Retrato de Ramón González Correales

que comenzó a aparecer poco a poco o en oleadas; los huesos que me pasó un chico que terminaba medicina y que ahora es mi colega en el trabajo; el desasosiego del tiempo de las novatadas; aquel himno tonto que nos enseñaron a cantar (“*Somos los del Chami los más cojonudos...*”) desfilando delante del Mara y otros colegios de chicas. El primer día en la Facultad de Medicina, cuando aquel “gris”

entró en el aula, se quitó el casco y desde la última fila se tragó una clase entera de bioquímica; la amenaza latente del perenne horizonte de Land Rover, con las ventanillas enrejadas, tras las que se adivinaba a “Los portadores de la antorcha”, lo que no dejaba de ser un contraste muy sugestivo y esperanzador; el hall siempre empapelado de carteles y proclamas de todo tipo de partidos, que entonces eran ilegales y la cafetería con pinchos de tortilla y guitarras que tocaban canciones de Paco Ibáñez. La leyenda de los grises que habían entrado el año anterior en el “Johny” y lo habían vaciado a palos por completo.

Me despertó de madrugada alguien que iba llamando a todas las puertas: “*Se ha muerto, se ha muerto*”. Aquel discurso de Arias en la sala de televisión en blanco y negro que entonces estaba en el semisótano. Las celebraciones mayoritarias y los miedos, sobre todo de los que militaban en algo. Las colas en el Palacio de Oriente y la ciudad entera en la calle, especulando y tratando de matar, de alguna manera, aquel

tiempo detenido en ese interminable velatorio de varios días, con los kioscos llenos de periódicos monográficos. El comienzo de otra era de la que nadie sabía nada todavía pero que en aquel ambiente producía algo muy parecido a la euforia.

En aquellos tiempos era muy fácil transformarse y pasar con mucha naturalidad, en unos meses, de la mojigatería más beata a la militancia en el amor libre dentro de la CNT. De haber sido de la OJE a considerar que Albania o la China de Mao eran la nueva utopía en la tierra. Lo que incluía cambios radicales en el aspecto (barbas, trencas, pantalones de pana, camisas amplias) que tenían que simular un evidente desaliño frente al estilo formal de la gomina y la corbata que representaba todo lo que se quería abandonar. También una nueva ortodoxia desde la que había que juzgar u opinar, sobre lo que tenía que gustar o ser rechazado, una nueva gente con la que juntarse.

Un cambio a veces bastante especular, como convertirse en la otra cara de la moneda, en un estereotipo que quizá nunca era del todo completo ni, por supuesto, del todo mayoritario. Pero que marcaba una tendencia en la que algunos competían, con diferentes motivaciones y desde distintas procedencias sociales, a veces paradójicas. Una posibilidad de búsqueda de identidad, de ritos de iniciación a la vida adulta, de liberarse de una represión que ahora se veía tan clara, de experimentar el romanticismo de los márgenes, un mundo entero que parecía posible modelar casi desde el principio. Nuevas creencias en un escenario concentrado, con muchas personalidades que buscaban expresarse, alentadas por el deseo que siempre latía al fondo, lo político y lo sexual, el eco del viejo Wilhelm Reich cuyos libros se movían por allí entonces, como las muchachas en flor que pasaban por la puerta o esperaban que fuéramos a tomar café en los colegios de al lado.



~~~~~  
Ramón González Correales y Félix Martínez-Atienza

## Dos

No sé cómo conseguimos el teléfono, quizá sólo buscándolo en la guía telefónica, porque entonces algunas cosas eran más fáciles, o quizá lo tenían en la dirección y nos lo dieron. Pero tengo anotado, en el diario de entonces, que lo llamamos a mediados de febrero de 1980 y que el 5 de marzo Paco Umbral vino a comer y a tener una tertulia con nosotros.

Tampoco sé exactamente a quién se le ocurrió la idea feliz de utilizar el comedor de invitados para crear una nueva actividad cultural. Pero la fórmula resultó sencilla, natural y de un rendimiento espectacular que todavía continúa. Cualquier grupo de colegiales podía invitar a comer o a cenar a alguien, relevante en cualquier campo, que les interesara conocer. Lo contactaban, generalmente aceptaba venir con bastante facilidad y luego, los que lo habían organizado, lo publicaban en el tablón de anuncios para que se apuntase quien quisiera. Ellos tenían prioridad para ocupar las plazas del comedor que se completaban con los que se hubieran apuntado en una lista que se sorteaba. Después de la comida o la cena se pasaba a una sala más amplia donde se seguía una tertulia, ya abierta a cualquier colegial. La comida era la misma que la habitual de ese día en el colegio salvo que se bebía vino. Al final se les regalaba un pequeño obsequio.

Umbral vivía entonces en la Castellana, cerca del Bernabéu, y allí fuimos a buscarlo en un taxi. Nos hizo pasar a un salón amplio pintado de rosa palo con una estantería muy extensa, atestada de libros donde también estaba ese sillón de mimbre, con respaldo alto, con el que se fotografió tantas veces. Entonces escribía en *El País* y era la estrella de los columnistas, un escritor amado y odiado a la vez, al que todo el mundo le reconocía un gran talento literario pero también una actitud prepotente y volátil que le aportaba un gran poder social que ejercía directamente con las “negritas” de sus artículos, que durante una época pusieron palabras a lo *mondaine* de Madrid. También representaba el escritor autodidacta, que había conseguido triunfar desde abajo y que era capaz de convertir toda su experiencia en literatura, lo que resultaba bastante inspirador para muchos de nosotros. Antes de llegar nos preguntó que si podíamos pasar por una facultad de Letras a recoger a una chica, muy pálida y muy delgada, que apenas habló en toda la comida y que resultó ser Blanca Andreu, la poeta que años después ganó un premio Adonais con *Una niña de provincias que se vino*

*a vivir en un Chagall.* Un libro estupendo que luego se publicó con un poético prólogo de Umbral.

En la comida estuvo en su papel, expresando sus filias y sus fobias, que eran muy nítidas, con esa voz tan ronca que tenía, nunca dejando de representar ese personaje un poco *enragé* que se había creado y tras el que se trasparentaba también alguien frágil y herido, como mostró cuando recordó a su hijo muerto, esa experiencia que narró en *Mortal y rosa*, quizá su mejor libro. Cuando lo despedíamos en su casa salió el tema de la *Historia mágica de España* que acababa de publicar Dragó y que no le gustaba nada. Días después en una de sus columnas (15/03/1980) escribió su mirada sobre nosotros, en su estilo de entonces, distanciándose de los que quizá, en el fondo, consideraba unos pijos de colegio de curas que no tardarían en volver al redil y que sólo estaban jugando un poco a ser progres.

*“De vez en cuando voy a almorzar y coloquiar en algún colegio mayor y compruebo, asimismo, como sin querer, tomándome la sopa boba de los colegios mayores, que nuestra juventud universitaria se ha despolitizado mucho, o eso creen ellos:*

*-Sí, ya, Dragó, la España mágica, todo eso está muy bien -les digo-, vende mucho y yo soy partidario de vender, pero la Historia de España la prefiero contada por Tuñón de Lara, Menéndez-Pidal y Américo Castro. O sea que me aclaro más.*

*Los hermanos mayores de estos muchachos discutieron sobre maoísmo, muy cruentamente, contra los caballos de Franco. Pero no era más que el asesinato freudiano y monótono del padre: el padre genérico y el padre genético, inmediato, el que había estado en Brunete y lo contaba todos los días a la hora de la sopa unida. Muerto Franco se acabó la rabia. Muerto Franco, la cebada al porro, que ya se hacen porros hasta de cebada:*

*-Parece que flipa mucho el nescafé -me dice mi pasota.*

*La juventud, esa autonomía jamás votada ni auscultada, vuelve a una Casa de la Troya renaciente tras el revolucionario Hundimiento de la casa Usher. La juventud obrera, a la que nadie conoce, ni siquiera los partidos de izquierda, pasa de España mágica y hace bien, porque está en la España trágica del paro, la delincuencia y la movida de madrugada, hacia el botín confuso que traen los galeones de provincias. En este mogollón y gran vacile, Julia/Argüelles/Lugar sin límites me dice: «Le he dado ya a esto cinco años de mi vida». Ella, y como ella muchos y muchas, no ha perdido la marcha, no ha perdido el camino, sabe de qué va el rollo y escribe la verdad*

*y la denuncia, con manos de pupitre, como un ejercicio de redacción que le manda hacer la Historia.”*

Tengo idea de que esa fue la primera tertulia en cuya organización participé directamente y cuya expectación animó a mucha gente a organizar otras, porque desde aquel momento rara era la semana en que no venía alguien al que era posible conocer de cerca, en un ambiente muy relajado, donde solían expresarse con mucha libertad, hablar de cosas que habían vivido directamente o contar anécdotas más o menos enjundiosas de otros que conocían o habían conocido. Recuerdo algunas memorables: Manu Leguineche contando su viaje que empezó por el desierto y terminó en la guerra del Vietnam y que luego relató en *El camino más corto*; Juan Benet despotricando de casi todo y de todos, con García Hortelano al lado, de contrapunto benigno; Manuel Vicent hablando de sus “daguerrotipos” y de su tertulia del Gijón; Rosa Montero, muy conocida entonces por sus entrevistas y muy preocupada por la informatización que se estaba produciendo en el periódico, donde se había organizado un grupo que defendía las máquinas de escribir; Nuria Espert con esa voz tan lenta de diva del teatro que parecía envolver de algo trascendente todo lo que decía; Javier Solana, antes de ser casi todo, tratando de hacer pedagogía política con nosotros como si eso le importara mucho; Juan de Pablos, ese tipo entrañable al que oíamos tanto en “Flor de pasión”; Sánchez Ferlosio que ya parecía tan viejo y estaba a punto de comenzar otra vida gloriosa; Víctor Manuel, Luis Antonio de Villena, Caballero Bonald, que también impartió un seminario entero durante seis meses sobre su generación poética, la de los 50; Antonio de Senillosa, casi recién salido del Congreso después del intento de golpe de estado del 23F. Mucha más gente que imagino que quedó registrada en algún sitio, pero desde luego sí en el imaginario de los que estuvimos allí, en la manera de relacionarnos luego con el recuerdo de esos personajes, en lo que nos creíamos capaces de hacer en el futuro.

La sensación de vivir en la actualidad, de participar en ella de algún modo, la posibilidad de romper mitos o de crear otros nuevos. Las tertulias que a veces terminaban tarde, visitando de madrugada la redacción de *El País* o que continuaban en El Comercial o en Bugatti, aquel tugurio de Malasaña con las paredes pintadas de negro. La oportunidad de conocer directamente a los que leíamos en los libros o en los periódicos, de conseguir contactos que a veces supusieron el

inicio de carreras profesionales exitosas. Oportunidades. El escenario como posibilidad de conocer o de reconocerse, también de tratar de intuir un lugar concreto que perseguir en el mundo.

## TRES

Daniel Samoilovich terminó de dictar la “consigna” para el próximo día del taller de escritura. Se trataba de meter una serie de nombres de caballos de carreras (*Várbara, Reditcha, Irving, Reina Maud...*) en un texto, al azar, para ver cómo lo influían, tanto en la forma como en el fondo, hasta qué punto lo determinaban o le aportaban posibilidades. Gloria, su compañera, lo miraba con una sonrisa y un pañuelo rojo en el cuello que hacía resaltar su media melena rubia. Ambos eran argentinos y habían llegado a Madrid huyendo de la dictadura y llenos de sueños literarios que incluían la certeza de que a escribir se podía aprender, al menos hasta cierto punto, que no todo era cuestión de un talento con el que supuestamente se nacía, sino que había un oficio que se podía cultivar gratamente, que estaba al alcance de cualquiera y que podía posibilitar ese placer que da expresarse con palabras.

- ¿Qué va pasar por fin con la revista?, ¿vamos a sacarla de una vez, o no?- dijo Gloria cuando ya todos estaban levantados

- ¡Por supuesto!, gritaron varios casi a coro.

- ¡Pues habrá que ponerse en serio!, respondió Daniel que estaba recogiendo los papeles que había utilizado y los miró por encima de sus gafillas redondas.

- *La construcción imaginaria* será legendaria algún día- exclamó K, mientras todos iban saliendo al pasillo que llevaba al hall de entrada, que a esa hora, minutos antes de la cena, estaba atestado de gente que hablaba en grupos



~~~~~  
Portada de “La construcción imaginaria”  
diseñada por Javier Martínez-Atienza,  
taller de escritura impartido  
por Daniel Samoilovich y Gloria Pampillo

con gran profusión de gestos y de voces. De vez en cuando el sonido del altavoz avisaba a alguien de que lo llamaban por teléfono o lo esperaban en portería.

Ellos salieron a la calle. El banco de la puerta estaba ocupado por un tipo más bien bajito con la cara llena de cicatrices que, con los brazos cruzados, parecía ensimismado mirando la cuesta de enfrente, detrás de unas gafas con los cristales muy gruesos. Le sonrieron con complicidad y giraron a la izquierda para dar una vuelta hasta la esquina del Mara. Ese tipo había sido uno de los nuevos descubrimientos sorprendentes. Todo el mundo lo tenía por un “siniestro” que no se relacionaba con nadie y al que no parecía interesarle nada. Hasta que se destapó en el seminario de filosofía del mes pasado, la noche que se hablaba de Hegel. De pronto comenzó a polemizar con el ponente, que era un catedrático de la facultad, incluso en alemán, a un nivel tan alto que dejó a todo el mundo boquiabierto, sobre todo al catedrático que al final llegó a preguntarle asombrado: “*Pero tú ¿quién eres?*”. Luego se enteraron de que estudiaba derecho pero no iba a clase, que gustaba del coñac y tenía conocimientos inconcebibles que iban de la filosofía a la física cuántica. Desde ese momento su popularidad aumentó exponencialmente.

El Mara había sido un colegio religioso de chicas más bien pijas que ahora lo era de chicos más bien “fachas”, lo que había causado más de un susto, porque corrían tiempos turbulentos. En los últimos meses se había hablado mucho de que existía “ruido de sables”, lo que había hecho que los grupos ultraderechistas estuvieran muy crecidos. Incluso una noche aparecieron en el Chami de madrugada para quitar una pancarta que no les gustaba, amenazando al “Vampus” con una pistola. Se armó un buen revuelo y la asamblea decidió volver a ponerla y “defenderla activamente”, con lo que un par de noches un grupo de colegiales hizo guardia en el hall de entrada por si volvían, incluso alguien bajó la llave inglesa que utilizaba para arreglar su moto y también una gran “china de chocolate” para hacer la noche más apacible. Por suerte los fachas no volvieron y el asunto sólo quedó en unas cuantas vigiliadas en las que sobre todo se echaron muchas risas y en las que incluso participó un militante de Fuerza Nueva que vivía en el colegio y que, sorprendentemente, se unió al grupo de defensa e incluso le dio algunas caladas a los canutos.

La noche era ya tibia al comienzo de la primavera y la acera, a esa hora, estaba llena de gente que paseaba o regresaba a los colegios de la zona. Desde la esquina ellos dieron la vuelta para ir a cenar. El comedor se presentía a lo lejos por el tintineo de los cubiertos y el murmullo cada vez más cercano de las voces. Buscaron su servilleta en el hueco del casillero y miraron a lo lejos para buscar los sitios libres que había en las mesas. Vieron que K levantaba una mano para llamar su atención. Fueron hacia allí y se sentaron entre risas. Las chicas repartían las bandejas por todo el comedor con sus uniformes azules. Un chico con el pelo rizado entró a grandes zancadas dando voces y haciendo aspavientos entre el jolgorio de todos.

- ¡Joder ese tipo, está como las maracas!

- Es que es cántabro, pero es un buen chaval...

Macarrones, carne en salsa con patatas paja, helado de nata y fresa. Alguien se levantó a por agua y fue hacia la cocina donde esperó cola delante del grifo. El borboteo del agua que chispeaba sobre el aluminio, el ruido de los platos que la gente iba dejando en las encimeras, los cocineros vestidos de blanco afanándose tras la vitrina de cristal.

- Sabéis que el sábado viene Jorge Pardo al "Johny"?

- Yo ya lo he visto en el Central, es cojonudo....



Foto en la habitación de Arecha,  
Ramón y Julián León (RGC)

- Yo creo que el jazz se escucha mejor en los bares, charlando, con un cigarro y una copa en la mano...

Tras la cena salieron de nuevo a la calle y charlaron un rato con unos y con otros. El Friolera, el pub de enfrente, comenzaba a bullir con los primeros clientes de la noche, gente más bien engominada que llegaba con motos y que no les gustaba demasiado. A pesar de eso, de vez en cuando, terminaban allí tomando algo, a veces en la calle cuando hacía buen tiempo, bajo el neón rosa y azul que se reflejaba en el bigote de Antonio “el Causa”, un mendigo muy cordial que habitaba en la cochera cercana y que se había convertido en un personaje familiar, con el que compartían cigarros y conversaciones nocturnas, sobre todo en tiempo de exámenes, cuando las noches eran tan largas.

Cuando subieron, el seminario de la uno bullía de gente. Estaba al final del pasillo, donde cuatro habitaciones compartían un pequeño vestíbulo que ellos habían iluminado tenuemente con luces indirectas en las esquinas. Tras una puerta abierta se veía una mesa de arquitectura iluminada por un flexo donde reposaban unos planos a medio terminar. Las italianas y otras dos chicas charlaban alrededor de W que afinaba la guitarra y de vez en cuando tarareaba algo. Z calentaba agua en un hornillo eléctrico para hacer té mientras discutía muy acaloradamente sobre la microfísica del poder y la acracia, con una gente nueva que había conocido en sociología. Los boniatos, en el agua de un tiesto de cristal, habían brotado unas hojas verdes que se enredaban entre los libros de la estantería sobre la que reposaba una radio antigua y un ejemplar de *Rayuela*. El saxo de Coltrane sonaba al fondo, justo al lado de una chica con la melena corta que le dijo: “Hola me llamo Carmina” y luego se quedó callada sonriendo, mirando el gesto de Belmondo en un cartel de *À bout de souffle* que había pegado en una pared. Por fin M. comenzó a cantar *La chica de Ipanema*, con una voz muy aguda que subía y bajaba como las volutas de humo que se mecían en el aire. T. y L. también aparecieron por allí y se sentaron en el suelo. La noche era joven y quedaban muchas cosas de las que seguir conversando.

## CUATRO

Pensar, pasado el tiempo, si la experiencia del Chami, de cualquiera que haya pasado por el Chami, fue algo especial, si ofreció oportunidades distintas a si se hubiera habitado unos años en otro colegio mayor,

donde también hubiera habido un grupo grande de gente muy joven, deseosa de comenzar a vivir. Es verdad que sólo estar viviendo en una ciudad grande, en cualquier residencia universitaria, donde puedan producirse interacciones personales, justo en esa edad en la que tanto se necesitan, ya es algo muy importante y generalmente divertido o interesante. Pero ¿aporta el Chami algo más, algunas cualidades que puedan identificarse y que hayan persistido en el tiempo, que lo hagan especial o esa sensación sólo responde a una cuestión afectiva que únicamente tiene que ver con el paso del tiempo, con que entonces éramos tan jóvenes y todo eso?

En 1975 cuando yo lo conocí era un colegio exclusivamente masculino, perteneciente a una orden religiosa, pero con unas normas internas bastante tolerantes para la época. Cuando te admitían y te daban la llave de la habitación te estaban dando, de alguna manera, las llaves de tu casa. Nadie controlaba tus entradas y tus salidas, a cualquier hora podía subir cualquiera a tu habitación, aunque fuera una chica (lo que era realmente revolucionario en aquella época), había gente de todas las ideologías que se manifestaba abiertamente, sin tener que ocultarse. En general, existía un ambiente de oposición al franquismo, mucha gente se declaraba comunista de todas las tendencias o atea, pero sin embargo convivía bastante bien con gente de ideas más conservadoras, con cristianos de base o tradicionales, con gente que no iba de nada o todavía no sabía de qué iba. Las asambleas eran muy movidas pero la sangre nunca llegaba al río.

En aquel momento la dirección la componían cuatro marianistas creo que con talentos, evoluciones personales e incluso posturas ante los colegiales bastante distintas. Lo que imagino que también les permitía tener contactos con diferentes grupos. El director de la época, que pasaba por ser el más tradicional o autoritario, era sin embargo un hombre de formas bastante amables, que igual salía a discutir con la policía cuando se montaba algún follón, que se levantaba a poner orden en el comedor cuando la gente cuchareaba por algo que no les gustaba, quizá también para provocarlo y oír aquello de “*hay cauces, hay cauces*”. Terminaron teniendo que irse, supongo que por el cambio que exigían los tiempos y la dinámica que crearon en los colegiales de entonces, pero tengo la sensación de que defendían un tipo de colegio abierto, tal como ya era en ese momento, aunque se les hubiera ido un poco de las manos.

Ignoro si hubo un plan de hacer las cosas precisamente así, si un grupo de gente diseñó conscientemente un proyecto cultural, que visto desde fuera, parecía bastante progresista para esos tiempos. Ya sé que en esa época la Iglesia era la única que podía permitirse poner en marcha plataformas más abiertas y así lo hizo a partir de los años sesenta, lo que propició que paradójicamente (o quizá no tanto) una buena parte de la izquierda de aquellos años surgiera alrededor de organizaciones eclesiales. Pero lo interesante sería saber si, en este caso, se buscó una fórmula concreta, con un cierto estilo para formar universitarios, que haya conseguido persistir, de una forma reconocible, hasta la actualidad.

La nueva dirección seglar en aquella asamblea, casi tan jóvenes como nosotros, imagino que un poco estupefactos por lo agitado del ambiente, por las soflamas tan teñidas de ideología que todo el mundo aparentaba tomarse en serio. El cambio tranquilo a lo largo de los años sin modificar demasiado de sistema. Elección de gente nueva con inquietudes culturales o vitales además de expediente, en un proceso de admisión en el que participan los colegiales. Potenciación de la asamblea que se conformaba como una experiencia formativa más, donde se tomaban decisiones de todo tipo que se iban depurando a lo largo del tiempo. Una actitud general de tolerancia, de estimular iniciativas más que de negar posibilidades, sin asustarse demasiado por correr algunos riesgos.

Actividades culturales y de ocio de todo tipo, organizadas en la mayoría de los casos por colegiales, que siguen haciendo factible que se produzca algo que, fuera de un ámbito como éste, es cada vez más difícil de conseguir: aprender otras cosas además de las que específicamente alguien estudia, desarrollar nuevas aficiones intelectuales y un sentido crítico. Es fácil estudiar, por ejemplo, arquitectura y asistir a un seminario de filosofía o literatura o hacer teatro, o aficionarse a la astronomía o al arte, o asistir a conciertos o a tertulias, o hacerse cinéfilo o practicar bailes de salón o incluso practicar actividades circenses. Porque todo pilla muy a mano. Porque además, al menos en ciertos grupos, hablar de todo eso, incluso con una cerveza en la mano, resulta interesante o divertido, está imbricado con la propia vida cotidiana. Y así varios años. Un intento de formación más integral para superar de una vez esa frontera entre ciencias y letras, para comprender mejor el mundo en que se vive y también para gozarlo con más intensidad a través de la cultura, para tener la oportunidad

de evolucionar y aprender a pensar por uno mismo. En los últimos años además en un modelo de colegio mixto que supongo que habrá aportado nuevas perspectivas y energías. Ese propósito quizá un poco desmesurado, ese escenario, esa posibilidad para quien quiera aprovecharla. Lo que sigue persistiendo ahora mismo si se contemplan los vídeos de Youtube o se conocen colegiales recientes.

La idea y el factor personal, la continuidad a lo largo del tiempo a través de alguien con un talante especial para conectar con jóvenes de cierta edad sin quemarse demasiado, capaz de negociar sin caer en la condescendencia o en la manipulación. Alguien con la distancia y la formación idóneas para alentar el entusiasmo y la autenticidad a pesar del paso de los años y de las conversaciones que se repiten y de los sueños que se han ido rompiendo con el tiempo. El factor Tacho, un azar clave sin el que nada hubiera sido lo mismo. La persona que supo hacer la transición de un proyecto religioso a otro ilustrado que contacta, en mi opinión, con la mejor tradición laica y librepensadora que tiene este país (que por otro lado ha sido tan limitada y ha estado siempre tan amenazada).

Lo lógico hubiera sido que el modelo se hubiera generalizado, más en una época posterior donde surgieron múltiples Residencias Universitarias públicas en todas las comunidades autónomas y la Residencia de Estudiantes hubiera podido ser una influencia coherente. Pero creo que no ha sido así. La mayoría de ellas apenas ofrece algo más que una oferta hotelera más o menos cómoda, con normas bastante restrictivas y muy pocas actividades culturales. Incluso en Madrid, no creo que hayan surgido otras con un modelo similar y, al contrario, parecen haberse ido consolidando otras opciones mucho más conservadoras. El resultado es que actualmente a un universitario le es difícil conseguir una cultura más amplia que la disciplina que estudia, justo en los tiempos en que sería decisivo saber seleccionar la información, tener referencias sólidas y un conocimiento transversal, cuando sería tan importante intentar comprender, pensar adecuadamente para tomar decisiones, o no dejarse manipular o, simplemente, sentirse lo mejor posible en un mundo siempre lleno de incertidumbre.

Cabe preguntarse si el modelo Chami funcionó, si nos hizo mejores, si nos aportó algo especial que nos haya hecho más lúcidos, más resistentes a la frustración en nuestros trabajos o en nuestras vidas, más creativos, con más capacidad de adaptarnos o de abrirnos camino

en el mundo. Si al final dio igual haber estado en un sitio que en otro, si todo es intercambiable, cuestión de gustos nada más. Si el modelo podría argumentarse con razones que fueran más allá de una creencia, de las emociones de los que estuvimos allí, de las miradas que el tiempo habrá transformado de tantas maneras.

Lo contrario de la soledad, como decía aquella chica, es sobre todo sentirse conectados a otros, la sensación de pertenecer a una comunidad donde se comparten códigos con gente que creemos especial, que nos gusta aunque no nos guste del todo (y eso es lo bueno también), o que tiene que ver lo suficiente con nosotros para poder construirnos con confianza. Eso que con suerte se experimenta alguna vez en la juventud. Lo que luego puede perderse tan deprisa, cuando casi todo va decepcionando un poco y se experimenta que la realidad es tenaz y con facilidad se reproducen las dinámicas de siempre y todo el mundo cambia tanto tan deprisa. Pero también ese eco al fondo de lo que existió alguna vez, de lo que vivimos cuando muchos estaban convencidos de que todo era lo mismo, que daba igual estar en un sitio que en otro. Esas cosas especiales en las que conviene creer y que son tan importantes para dar significado a lo que somos.

La suerte que tuvimos de estar allí entonces, lo suficiente a salvo para poder arriesgarnos un poco y aprender luego de nuestros errores. Con los ojos lo suficientemente abiertos para aprender algunas cosas que luego supimos que no era tan fácil tener cerca. Los refugios que construimos y que nos ayudaron más de una vez en los días de frío y niebla. La cultura, la conversación y la experiencia para tratar de disfrutar la vida con más intensidad. Algo que parece tan fácil pero que hay que tener la oportunidad de poder aprender en algún momento, de experimentar en algún sitio en algún momento de la vida. Motivos para agradecer el esfuerzo de los que crearon un lugar como éste y le dieron aire en el tiempo. Posibilidades de formación universitaria que es importante que persistan en un país como éste. Ese modelo de aprender y vivir en libertad que existió, que sigue existiendo y que deberíamos intentar que se multiplicara en muchos más lugares, de muchas maneras diferentes.

# UN COLEGIO ÚNICO EN UN MOMENTO CRUCIAL

Juan Antonio Herrero Brasas (1975-1983)

Fui colegial del Chami desde septiembre de 1975 hasta junio de 1983, con la excepción del curso 1980-1981, que lo pasé en Inglaterra con una beca similar a los actuales Erasmus. Para los colegiales de ahora y para muchos de los que leen estas líneas, esos años pertenecen a la prehistoria.

Yo mismo visitando el colegio ahora me siento en cierto modo prehistórico. Tan sólo algunas de las personas que trabajan en él son de aquella época. Nos miramos y hablamos como cómplices. Sentí entre apuro y casi diría que vergüenza cuando Toñi, de portería, me informó de que lleva trabajando en el colegio dieciocho años, si recuerdo correctamente, es decir, para muchos ya un objeto de museo. Pero es que yo salí del colegio hace la friolera de... ¡33 años! ¿Qué represento yo entonces? Supongo que el paleolítico.

Y, sin embargo, aquellos años que a muchos parecerán tan lejanos a mí me siguen pareciendo inmensamente cercanos. Tratando de imaginarse lo que sería *aquella época*, a más de uno, con sus 18 o 20 años, seguramente le parecerá que debía de ser muy parecida a la época de Felipe II, o poco menos. El hecho, sin embargo, es que era decepcionantemente parecida a la actual. Nuestra mentalidad, nuestra manera de ver las cosas, nuestra manera de divertirnos, de expresarnos y de hacer las cosas no era muy diferente de la de quienes ahora tienen esos 18 o 20 años y están en la universidad.

La auténtica transición social y cultural se había producido tiempo antes, en torno a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, una época de la que, como niño o adolescente que era, sólo tengo vagos recuerdos. Cuando yo llegué a la universidad, ya los universitarios no vestían de chaqueta y



~~~~~  
Ficha de Juan Antonio Herrero

corbata, como se veía en las fotos de años antes. Todo el mundo vestía como le daba la gana, con *T-shirts*, *shorts*, melena y vaqueros rotos y deshilachados. Los “nuevos románticos” y los punks inundaban Europa con sus indumentarias estrafalarias y pelos de punta teñidos de diferentes colores. Y comenzaba en esos momentos a verse tatuajes y pendientes. Los piercings vendrían después.

Dicho de otra manera, si en aquella época hubiéramos podido viajar en el tiempo al año 2016, nada nos habría sorprendido demasiado en cuanto a la vida cotidiana de un colegial. Nos habrían llamado la atención, claro, los móviles y la profusión de ordenadores portátiles, porque los de entonces eran más aparatosos y no estaban al alcance de todo el mundo. Pero en cuanto a todo lo demás, las formas de expresarse y los criterios con que se mueve la gente joven hoy, nada nos habría sorprendido excesivamente ni nos habríamos sentido muy diferentes.

Es más, los que pasamos por el Chaminade en aquellos años (al menos muchos de nosotros) llevamos el inconfesable orgullo de haber hecho de esta institución algo único. Aquella época – una época crucial, no lo olvidemos, en la historia moderna de este país- dio al colegio un perfil excepcionalmente progresista, muy diferente del resto de los colegios mayores. Hizo que ya en aquellos momentos se hablara del Chaminade con admiración y perplejidad. Este colegio era para muchos un auténtico enigma.

Aquello fue posible por la inusual confluencia de varios factores: el primero de todos, la tradición liberal que habían impreso en la institución los religiosos marianistas que la habían regido hasta 1977. Me gustaría hacer mención aquí del último equipo de dirección marianista que tuvo el Chami, compuesto por tres personas admirables, José Ramón Sebastián de Erice, Paco Luna y César Tejedor (había otros marianistas en el colegio, pero no recuerdo sus nombres), que dieron lo mejor de sí en su labor de dirección.

Otro factor que contribuyó decisivamente a dar al Chaminade su perfil excepcional fue la nueva dirección, en la que José Ignacio Gautier estableció y mantuvo hasta sus últimas consecuencias una política de máxima democracia interna. Ello a su vez possibilitó que un núcleo muy activo de colegiales pudiéramos desarrollar en el colegio una serie de actividades, que denominaré *extremas*, que en cualquier otro colegio mayor habrían sido simplemente impensables, pero que en el Chaminade, frecuentemente con la incomprensión y hasta el rechazo

de la mayoría, fueron posibles gracias a la fidelidad de la dirección (y el patronato) a su principio de no interferencia.

Y por supuesto otra circunstancia que inspiraba el estallido de creatividad que se produjo en el colegio en aquellos años era el crucial momento social y político que se vivía: la muerte de Franco en noviembre de 1975 y el rápido desplome del régimen, con la lucha desesperada de ciertos grupos políticos por su supervivencia; el periodo constituyente que culminó con la constitución de 1978, y el intento del golpe de estado de febrero de 1981. Y todo ello en una sociedad que trataba de encontrar su camino y su nueva identidad.

¿Qué actividades tuvieron lugar en el colegio en aquellos años que lo marcaron de tal manera? No me centraré en las actividades llamémoslas habituales –cine, teatro, informática, aula de música, deportes, etc.- pues de ese capítulo sin duda se ocuparán otros, si bien hay que señalar que también en ese tipo de actividades el Chami sobresalía. Tan sólo el San Juan Evangelista sobrepasaba al Chaminade en algunos capítulos, como su aula de Jazz. Pero el “Johnny” llevaba a cabo esas actividades de modo profesional y comercial y no como algo que naciera de los colegiales como resultado de una dinámica interna.

Las actividades que causaban sorpresa, perplejidad, oposición y conflicto (dentro y fuera), las que dieron al colegio un perfil separado y aparte del resto eran otras. Y lo que causaba dicha perplejidad era tanto el carácter mismo de esas actividades como el hecho de que la dirección del colegio *las permitiera* e incluso las subvencionara, como lo hacía con las demás actividades del colegio. Esa perplejidad se sentía fuera del colegio, pero también dentro entre algunos colegiales que de pronto no sabían muy bien dónde se habían metido. Lo paradójico fue que esta imagen del colegio atraía cada vez a más gente. Llamaba tanto la atención el Chami que todo el mundo quería estar en él, y para veinte plazas que quedaban libres algunos años había hasta ochocientos nombres en lista de espera, mientras que en otros colegios quedaban habitaciones libres.

Mencionaré sólo algunas de esas actividades *extremas*, pues dan suficiente idea de lo que quiero decir: ciclos antimilitaristas (de cine y conferencias), pancartas anti-mili en la fachada del colegio, la bandera de la paz, el colectivo antiviviseccionista, el Mercaverde y, cómo no, la actividad que de modo más permanente marcó al colegio, la gran campaña contra las novatadas de mayo de 1983.

Estas actividades eran posibles gracias a una normativa interna que distinguía por una parte entre cuestiones de régimen interno –cuestiones relativas a horarios de comedor, comidas (se decidió en aquella época traer pan integral y cuestiones similares)- y por otra parte las actividades culturales.

Las cuestiones de régimen interno requerían aprobación en asamblea o en votaciones de comedor. Cuando una propuesta era aprobada en asamblea o en votación de comedor se pasaba a continuación a dirección. La dirección, por su parte, como en un régimen constitucional, las aprobaba y promulgaba automáticamente, salvo que existiera un impedimento invencible de tipo económico o institucional. Las otras, las actividades culturales – supongo que aún sigue siendo así- eran libres y no estaban sometidas a censura de ningún tipo, ni requerían por tanto aprobación asamblearia ni de votaciones de comedor.

En aquel entonces se empezó a construir una normativa interna formada por las diferentes decisiones que, a propuesta de los colegiales, se iban tomando en asambleas y votaciones colegiales, y que una vez aprobadas por dirección pasaban a formar parte de la Guía colegial. Esa especie de constitución o legislación interna era algo inexistente en otros colegios mayores, y posibilitó la dinámica excepcional de este colegio.

De las mencionadas actividades merece la pena decir algo más en concreto, por somero que sea, pues reflejaban la explosión de nuevos intereses y preocupaciones sociales y políticas que se estaba produciendo en la España de aquel momento.

El servicio militar obligatorio –la famosa mili- era una preocupación social importante en aquellos momentos. Y no sólo la mili, sino el militarismo en general. Para principios de los ochenta, la objeción de conciencia era un fenómeno de masas que se fue radicalizando con el movimiento de los insumisos. Ya desde finales de los años setenta existió en el Chaminade un aula de objeción de conciencia que, a partir de 1980, pasó a denominarse Aula de Derechos Humanos.

A través del Aula de Derechos Humanos se canalizaron dos actividades que tuvieron un fuerte impacto mediático, dado el clima político del momento. Me refero al ciclo de conferencias titulado “La Opción Antimilitarista” (1982) y al ciclo de cine antimilitarista de 1983. El cartel anunciador de “La Opción Antimilitarista” incluía como motivo central una paloma de la paz con los ojos vendados frente a un pelotón

Cartel del cine-fórum antimilitarista (febrero 1983)

@ Javier Calbet

**CINE-FORUM ANTIMILITARISTA**  
(En homenaje a quienes trabajan por la paz y rehúsan empujar las armas)

febrero 1983

**PROGRAMA:**

14 de febrero: **El camino de la gloria** (1930), de J. L. Lewis  
15 de febrero: **El camino de la muerte** (1930), de J. L. Lewis  
16 de febrero: **El camino de la gloria** (1930), de J. L. Lewis  
17 de febrero: **El camino de la muerte** (1930), de J. L. Lewis  
18 de febrero: **El camino de la gloria** (1930), de J. L. Lewis

**ACTOS COMPLEMENTARIOS:**

1. Reunión de debate: "El camino de la gloria y el camino de la muerte".  
2. Juegos de la Guerra: "El camino de la gloria y el camino de la muerte".  
3. Juguete de la Guerra: "El camino de la gloria y el camino de la muerte".

*Los de arriba dicen que es el camino de la gloria. Los de abajo dicen que es el camino de la muerte. Bertold Brecht*

**aula de objeción de conciencia chaminade**

Entrada gratuita a todos los actos

de fusilamiento y un militar blandiendo un sable dando la orden de disparar. Ese mismo motivo se repetía parcialmente en el cartel del ciclo de cine antimilitarista.

Ambas actividades, pero especialmente la primera, crearon conmoción. La dirección del colegio recibió todo tipo de presiones y advertencias desde instancias oficiales para que procedieran a la cancelación de dicha actividad. El diario de la ultraderecha *El Alcázar* publicó el cartel anunciador de la actividad en sus páginas centrales junto con un editorial que parecía incitar a la violencia. Para crédito de José Ignacio Gautier, la dirección no cedió. Pese a la extrema presión externa e interna de quienes veían tal actividad como una innecesaria provocación en esos momentos tan delicados, la dirección se mantuvo firme en su política de no interferencia con las actividades colegiales, y el ciclo de conferencias se llevó a cabo y también al curso siguiente el ciclo de cine.

Como parte de este ambiente antimilitarista, se aprobó en votación de comedores la colocación de un gran mástil, que aún perdura, en la terraza superior del colegio, en el que debería permanecer izada la

Acto por la paz (Tacho, Juan Antonio, Gonzalo Arias, dr Anguita)  
e Izado bandera abril 1983



bandera de la paz. El acto de izarla fue muy emotivo, y dicha bandera se mantuvo izada, por lo que yo sé, durante varios años.

El Mercaverde y el colectivo antiviviseccionista hay que entenderlos en los ecos de la política *verde* que nos llegaban de Alemania en aquellos momentos, con la líder *verde* y antimilitarista Petra Kelly (que años después acabaría enamorándose de un general con quien acabó suicidándose en 1992). El Mercaverde consistía en un mercadillo alternativo que se organizaba en el hall de entrada los sábados por la tarde. Allí ponían sus tenderetes ecologistas, vegetarianos, antiviviseccionistas, feministas y hasta la incipiente Asociación Gay de Madrid. Todo este montaje, como es fácil de imaginar, tenía boquiabiertos a los demás colegios (y directores de colegios).

Punto y aparte merece la campaña contra las novatadas de mayo de 1983. En realidad, dicha campaña fue la conclusión de años de debates, asambleas y votaciones en el colegio. Todo había comenzado con una nota de cartelera (¡la importancia de la cartelera y su carácter intocable en el Chami!) que puse yo en mayo de 1976. En ella argumentaba fuertemente a favor de la eliminación de las novatadas y pedía firmas para conseguir su abolición. Firmaron aquella primera nota 88 colegiales y como resultado tuvo lugar una asamblea de gran violencia verbal en que se lanzaron todo tipo de acusaciones.

Como digo, tras años de debates y asambleas, el Aula de Derechos Humanos decidió hacer una encuesta confidencial por los colegios mayores, y con esos datos como base se lanzó la campaña. Esta tuvo una repercusión mediática enorme, en una España en que sólo había dos canales de televisión. Rosa Montero publicó un reportaje en contraportada de *El País*, y el Ayuntamiento de Madrid nos cedió el Centro Cultural de la Villa, en la Plaza de Colón, para llevar a cabo el acto público de presentación de la campaña, con masiva asistencia de público y medios de comunicación.

Como resultado, de modo inmediato se prohibieron, al menos nominalmente, las novatadas en todos los colegios mayores, y el mismo Rectorado de la Complutense anunciaba en una nota de prensa en *El País* de 22 de mayo (que se encuentra fácilmente en internet) que pondría todos los medios para acabar con dichas prácticas. Como consecuencia colateral, el Ministerio de Defensa también prohibió las novatadas en el ejército.

Paradójicamente, el único lugar en que no se llegaron a prohibir formalmente las novatadas fue en el Chaminade, que era, también paradójicamente, el único colegio mayor donde realmente ya no había novatadas. Esta paradoja se debió a que la dinámica interna del colegio no favorecía ese tipo de prohibiciones por parte de la dirección, y el hecho era que hasta ese momento la asamblea nunca había llegado a prohibir formalmente las novatadas. Fue sólo años después de la campaña cuando las novatadas fueron finalmente prohibidas en el Chaminade de modo oficial por decisión de la asamblea.

Ahora que han pasado tantos años, y después de haber pasado casi treinta años de mi vida en Estados Unidos, puedo seguir diciendo con emoción que el Chaminade fue la gran aventura de mi juventud, y posiblemente la gran aventura de mi vida. Y no quiero terminar estas

líneas sin dedicar un emocionado recuerdo a Jesús Gallego, Jesús María Sanroma y otros compañeros que nos abandonaron tempranamente.



AULA DE DERECHOS HUMANOS DEL  
C.M.U. CHAMINADE - Pº JUAN XXIII, 9 - 28040 MADRID

~~~~~  
Cartel antinovatadas

## EL APRENDIZAJE DE LA DECEPCIÓN (50 SOMBRA OLVIDADAS)

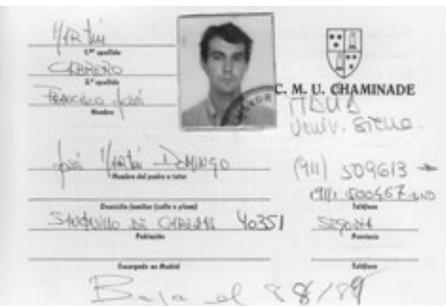
Francisco Martín Cabrero (1983-1988)

Nada cambia de la noche a la mañana, ni la amistad ni el amor, tampoco las certidumbres, las ideas, los sueños, las ilusiones, pero hay siempre un día –o casi siempre– que deviene en la memoria símbolo de la divisoria entre el antes y el después de nuestras vidas. A partir de ese día coronado, después, siempre después, hilvanamos los hechos y los deshechos y

procuramos dar forma convincente a la narración de nuestra historia personal y colectiva. Pero la historia pasa como un rodillo sepultando y haciendo añicos todo lo que no encaja en la lógica que la anima, detalles y gestos que se pierden sin encontrar significación ni sentido en el oscuro vendaval de la memoria. No es cuestión de que nos contemos mal nuestra propia historia, sino de que no podemos dejar de contárnosla en busca de un engañoso protagonismo que nunca tuvimos.

¿Qué fue de aquel tiempo sin memoria, de los jóvenes que fuimos y del futuro que nos habíamos prometido y no llegó? ¿Dónde están sus tumbas, el cementerio de promesas de aquella generación maldita, tal vez perdida, que ahogaba en la noche postmoderna el desasosiego y la inquietud de unas vidas descolocadas, una risa amarga y un llanto sin motivo vueltos a la luna imposible de un tiempo cínico y despreocupado? ¿Qué fue de los caminos empezados, de los votos y juramentos incumplidos, de aquellos horizontes de nueva rebeldía que a la postre iban a hacer de España un lugar definitivamente europeo?

En aquella España de nuestra juventud abandonada, el 28 de octubre de 1982 fue principio y fin, límite y frontera. El punto de inflexión entre el antes y el después de una historia civil en la que muchos íbamos a



Ficha de Francisco Martín Cabrero

reconocernos. El Partido Socialista ganaba unas elecciones que había sabido interpretar mirando en alto (recuerdo un cielo azul con nubes blancas en los carteles de propaganda) y apostando fuerte (sonrisa confiada y gesto tranquilo) por el cambio. El *cambio* era la bandera de una España que quería dejar de ser lo que había sido para abrirse a un futuro distinto. No reclamaba sólo un cambio en la conducción de la política, sino algo que afectaba radicalmente a las formas de la vida cotidiana, a los modos de relacionarse entre las personas, a los nuevos valores que iban a fundar y a sustentar nuestra sociabilidad.

Cuarenta y tres años después del final de la peor de nuestras guerras civiles, los herederos de uno de los frentes derrotados volvían al gobierno de la nación. Y no pasaba nada. O mejor: pasó que los fantasmas por tantos invocados se quedaron donde estaban, reclusos en el destiempo de la noche de los tiempos, en los cuarteles, en los púlpitos y sacristías, en las estancias de antiguos palacios señoriales que de repente habían quedado anticuados y en desuso. No es que desaparecieran de un día para otro, pero les faltaron la fe y el valor para oponerse al nuevo espíritu del tiempo, a aquel entusiasmo ligero como brisa de primavera que había empezado a invadir las calles, las aulas, las noches y los días de un camino que parecía conducir derecho al futuro.

Era la primera vez que votábamos y lo hicimos convencidos, contagiados por aquel fervor nuevo que se apoderó de las plazas de nuestras ciudades y provincias bajo las insignias del *cambio*. El cambio era el imperativo de aquel tiempo nuevo recién inaugurado. Alfonso Guerra lo certificó con frase plástica: «El día que nos vayamos a España no la va a conocer ni la madre que la parió». Era como decir que la Transición había terminado y que ahora empezaba la Democracia. Que era ésta un camino, algo por construir en la paciencia del día a día de cada cual, en la propia circunstancia de estudio o de trabajo, y no, como a muchos parecía entonces, un resultado alcanzado y ya logrado, un hecho consolidado sólo a través de la política. De aquí iban a venir las primeras desafecciones y desencantos. Nos costó mucho entender que Cavafis tenía razón y que lo importante del viaje a Ítaca no era llegar, sino el camino, la voluntad de encaminarse y de hacer juntos un camino.

Madrid era una fiesta y nosotros llegamos a fiesta empezada. La música sonaba alta y era expresión viva del cambio confuso que se estaba operando en la sociedad española. Radio Futura o Rubi y los Casinos (o Golpes Bajos o Alaska y los Pegamoides) oficiaban de grandes

sacerdotes de un culto nuevo al que después íbamos a llamar *movida*. Un movimiento incesante que acaso no llevara a ningún sitio, un ir y venir de un lado para otro en el ácrata extravío de la noche madrileña, por garitos de mala muerte y conciertos de peor música, atrapados en una red múltiple de sexo, droga y mucho alcohol que con el tiempo iba a acrecentar nuestro vacío y nuestro desconcierto.

– ¿Pero no tenías que hablar del Chami?

– De eso estoy hablando, ¿o es que no se nota?

Llegamos con prisa y con prisa nos sumamos a ese movimiento empezado, a aquella fiesta ya empezada que duraba toda la noche y se empalmaba con el día, como si en ello residiera la virtud del tiempo nuevo y la razón de ser de un destino irrenunciable. Tardamos en darnos cuenta que los más listos ya se habían llevado las chicas más guapas y se habían bebido incluso las botellas mejores y más caras. El conflicto no tardó en aflorar: ellos habían llegado antes, de poco pero antes, y esa suerte de anterioridad confería protagonismo a sus discursos. Decían que follaban más y mejor, que bebían más y mejor, que en cualquier sitio que descubríamos ellos ya habían estado y que cualquier cosa que hacíamos ellos ya la habían hecho y estaban hasta de vuelta. No era cierto, claro está, pero tanto se lo dijeron y dijeron que acabaron convencidos. A nosotros aquel discurso se nos atragantó y en vez de buscar la confrontación en un diálogo constructivo optamos por la diferenciación y la ruptura. A la mierda. No volvimos a sus fiestas, aunque a veces les robamos las chicas y les quitamos la mejor botella de vino, y ellos, por contra, se vengaron construyendo esa suerte de tapón generacional responsable de algunos de los mayores desmanes de la España contemporánea.

Hubo ruptura, sí, aunque apenas nunca se contara como tal ni llegara a tener la visibilidad necesaria para pasar a los sesudos manuales de sociología de la época. Fue una ruptura interna a un mismo horizonte postmoderno, una ruptura generacional que no ponía en discusión el nivel teórico del asunto, sino la realidad misma de sus prácticas. En novela, para entendernos, es la diferencia que hay entre Vila-Matas y Javier Cercas, entre una literatura que acontece dentro de sí misma y otra que se levanta poniendo en discusión el fundamento ficcional de la novela moderna. Hubo quien se quedó a cosechar el éxito fácil de la *condición postmoderna* y quien hizo de los límites de la postmodernidad el trampolín de una búsqueda en mares ignotos y tierras desconocidas.

Y hubo naufragio, desde luego, como no podía ser menos, y una consiguiente dispersión sustantiva que acabó por sacarnos de las historias oficiales y convirtiéndonos en sombras olvidadas de un sueño español que acabó en pesadilla.

– En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

– La poesía, señor hidalgo...

– ¿Te acuerdas?

Las categorías y los conceptos con los que nos acercamos a poner orden en nuestro pasado no son nunca inocentes. De ellos depende la forma y la narración del discurso, la luz y la sombra que cae sobre los hechos consumados, la voz y el silencio que acoge lo que pudo ser y no fue, un beso no dado, una caricia en falta, un amor equivocado. Acercarse a aquella España requiere hablar de Transición y de Democracia con todos sus dimes y diretes, de sus muy distintos horizontes políticos y vitales, del progresivo distanciamiento del franquismo, de las ganas de conquistar un futuro decididamente europeo a despecho de una cierta desmemoria republicana, de la nueva seducción del poder y del dinero, de los nuevos modelos del éxito social, del derrumbamiento de las ideologías y del nihilismo encarnado como hábito postmoderno. Todo ello nos atravesó por dentro y por fuera y de todo ello se tiñó la vida colegial en aquellos oscuros años 80. Dominaba entonces una voz que veía todo ello como deterioro y degradación de un tiempo mejor, una suerte de edad de oro que quedaba detrás de nuestra memoria, un tiempo que se nos ponía como modelo en el que todo era trascendente, un gesto, una palabra, un polvo, todo era como hacer la revolución, como operar cotidianamente en favor del mejoramiento del mundo. Y nosotros nada, o casi nada. No fue fácil echar cuentas con esa idea dominante de que habíamos llegado tarde, de que lo mejor de la fiesta ya había pasado y ahora sólo quedaba apurar los restos de desposesión de una noche que no nos pertenecía. Nos rebelamos, claro está, pero fue para seguir perdiendo.

El *cambio* dejó de ser un marbete y empezó a encarnar en una política que no siempre supo convencernos y a la que empezamos a mirar con desconfianza y distanciamiento. En nuestra carne íbamos a vivir su deterioro y pérdida de importancia. No hablo de las leyes aprobadas, de su bondad y de su justicia, ni de las medidas que nos pusieron en camino seguro hacia el sueño europeo, sino de los comportamientos, de los modos y de las formas que empezaron a instalarse

en el dominio político de la vida española. Era la época del *todo vale*. Y el cambio también fue un socialismo enamorado de las chicas más pijas, seducido por el dinero y las buenas maneras de un franquismo residual, ebrio de un poder que viajaba en BMW y se dejaba ver con trajes caros y corbatas de Armani. El cambio también fue el gesto de aquel ministro abandonando el timón del proyecto de transformación del país para irse detrás de la ex-mujer de un rancio cantante famoso. Y no se trata de quitar romanticismo al asunto, sino de ver también en ello el símbolo de una deriva fatal que iba a conducir derecho a la noche más oscura de nuestro nihilismo.

- ¿Te acuerdas de las Estrellas de la Radio?
- Amé su delicada tristeza, su imposible alegría.
- Yo su fragilidad porque era mía.

Había algo que no cuadraba, desde luego, pero es que tampoco cuadrábamos nosotros. Algunas de las Aulas más emblemáticas del Chaminade, esas que, como la de Derechos Humanos, por ejemplo, fueron su bandera y en cierto modo constituyeron sus señas de identidad, vivieron su momento más bajo en nuestro años. Inútil buscar excusas: el pecado de Boyer fue nuestro mismo pecado. También a nosotros nos gustaban las pijas y sobre todo no nos sentíamos seguros al amparo de los ideales que defendíamos. Fuimos el gozne de un cambio que nos partió por medio. Dos mitades inarmónicas y en contradicción. Y sobre todo en movimiento. Pero era un movimiento errático, sin dirección fija, o que cambiaba de dirección sin que al cambio lo sustentaran sólidos motivos. Nuestra ética era la estética. O eso decíamos más o menos convencidos. Era algo bastante frívolo, desde luego, pero era nuestra respuesta a una seriedad y a una responsabilidad de la que queríamos separarnos, de la que a toda costa queríamos diferenciarnos. Era un extravío vivido con aparente ligereza, pero la procesión iba por dentro, como siempre, y no iba a tardar en manifestarse bajo la forma de aquella *insoportable levedad del ser* en la que muchos acabamos encontrando refugio.

El mundo se había convertido en una fábula y la vida toda se desarrollaba en un escenario de vanidades en el que todo valía lo mismo y de consecuencia nada valía nada. El Nietzsche postmoderno y sus oficantes de moda predicaban a todas horas la buena nueva. De repente, Adorno y Horkheimer, incluso Habermas, se convirtieron en antiguallas conservadoras de una modernidad exhausta. Zaratustra había vuelto

y predicaba memeces en el comedor del Chami, y nosotros aplaudíamos sin prestar atención a lo que decía, porque lo que importaba era la extravagancia de su gesto, la excelsa locura de su figura, a mitad de camino entre Valle-Inclán y Sánchez Ferlosio, pero sin ser ni uno ni otro sino sólo la caricatura irónica del vacío que incumbía sobre todos nosotros. Parecía un Sócrates cualquiera dispuesto a beberse la cicuta y no era más que un pobre sofista con los bolsillos llenos de papeles en desorden y sin nada que enseñar salvo su propio fracaso. Nos divertía, pero en nuestro caso no era sólo la actitud goliárdica lo que prevalecía, sino un oscuro designio que en cierto modo nos hermanaba a aquella figura grotesca. Era piedad, la *pietas* postmoderna de la que hablara Vattimo. Rogelio éramos un poco todos y en su rebeldía sin sentido empezábamos a ver reflejada la nuestra.

- A lo mejor no se llamaba Rogelio.

- ¿Y cómo entonces?

- No sé, pero sé quién dices.

Nos perdimos en aquella noche sin verdades y sin maestros, o con demasiadas verdades y demasiados malos maestros. España cambiaba y nosotros también cambiábamos. Y en ese desajuste se incrustó definitivamente nuestra inquietud de jóvenes y empezamos a ser viejos antes de tiempo. Empezamos a tomar conciencia del pacto infame que aquel mundo convertido en fábula nos ponía delante. El precio era alto, pero no dudamos. O no tuvimos el valor de dudar, o, si lo hicimos, nos tragamos el orgullo y bajamos la cabeza en aquel final de fiesta amarga que sonó al terminar los estudios y buscar el consabido acomodo social. Sonó la hora de los ideales derrumbados y de los sueños rotos y en pedazos, de los futuros frustrados, las amistades perdidas, los amores abandonados. Todo lo vivimos con conciencia antes de que llegara, anticipando resignación frente a la tragedia que suponía en nuestras vidas aquel aciago verlas venir. Éramos irónicos porque era nuestro modo de defendernos de las ofensas de la vida. Nada nos faltaba y sin embargo nos faltaba todo. No supimos entender a tiempo que la ironía no sirve para construir nada, que sólo destruye, que sobre todo destruye a quien la usa y se sirve de ella.

Nada iba a ser como habíamos pensado. Íbamos a seguir perdiendo, desde luego. Nunca fuimos grupo. Hubo amistad, a veces más, incluso amores prohibidos, pero nos faltó un proyecto en cuyo alrededor compactarnos y vertebrarnos. Nos fuimos sin avisar, sin avisarnos. Y

por ese camino llegamos a dar a la decepción y a la desesperanza la forma de un compromiso: en la fragilidad la fortaleza. Hubo dispersión y algún suicidio en cuya trágica soledad por un momento todos nos vimos. ¿De qué huíamos? ¿Qué batalla habíamos perdido? ¿De qué desertábamos? ¿Qué traicionábamos cerrando esa historia para empezar una nueva?

– Mi final es mi principio.

– Otro verso...

Otra historia. Otra fecha para cerrar la parábola. Otro principio y fin, otro límite y frontera de nuestra historia sin historia: 9 de noviembre de 1989. El muro de Berlín caía y era otra noche de fiesta. En nuestra memoria conservamos la foto que nos ve en lo alto del muro. Estamos todos y sonreímos. Aquel derrumbe era nuestro, desde luego, sólo que mientras el muro caía nosotros estábamos en el bar de la esquina de siempre pidiendo a la camarera de siempre otra cerveza sin dejar de rajar de aquel sueño imposible que se nos había quedado olvidado en el Chaminade.



# HISTORIAS DEL CHAMINADE

## ELISARDO LÓPEZ IBÁÑEZ (1986-1993)

Venir a Madrid significaba emigrar del “pueblo” y sumergirme en la gran ciudad. Pero, curiosamente, llego al Chami para introducirme en un lugar de menor dimensión, un mundo minúsculo, aunque con enormes posibilidades. Una mezcla explosiva.

A mis 18 años buscaba libertad, expandirme, ser “yo mismo”. Venía de una familia tradicional en la que mis padres, como muchos otros y gracias a su esfuerzo y determinación, llegaron a convertirse en clase media, esa clase media que proporcionaría tanta estabilidad y desarrollo a nuestro país. Ellos pudieron ofrecerme todas las oportunidades que le fueron vetadas en la posguerra española.

Yo era el “típico” buen estudiante, moderado en mis posturas públicas, criado dentro de eso que llamamos “sentido de la responsabilidad” y deseoso de “ser mayor” para hacer las cosas a mi manera.

Mi historia se ubica, por tanto, entre la libertad que suponía vivir en el Chami (sin horarios de entrada o salida, sin limitaciones para “dormir” solo o acompañado, sin una bandera ideológica ni imposición religiosa alguna...) y un sentido enorme de la responsabilidad individual (aumentado por la conciencia de que mis padres estaban haciendo un esfuerzo importante para que yo pudiera estar allí). Libertad y Responsabilidad, ingredientes para un sabroso plato...

Al poco tiempo de llegar a Madrid, ya supe que me iba a costar volver a Jerez de la Frontera, lugar de mi infancia y adolescencia. La libertad era una fruta muy apetitosa para mí. Y no tanto por deseos de conquista (no me impulsaba la necesidad de hacerme con la capital ni someterla a mis apetencias) sino porque quería campar a mis anchas en una tierra fértil en oportunidades.

Pero esto de la libertad pronto descubrí que era un deseo que tenía que aprender a gestionar, porque el choque era ciertamente abrupto.



Ficha de Elisardo López

Mis padres nunca me tuvieron que decir “hijo, estudia”, así que eso lo tenía a mi favor. También sabía que mis ansias de libertad tampoco me convertirían en un caballo desbocado. Quería descubrir, vivir, no volverme loco. Y la inmensa mayoría de colegiales tenía en algún modo una vivencia similar y muy pocos confundieron libertad con irresponsabilidad. Era cierto que todos necesitábamos de vez en cuando sentirnos irresponsables, pero no dejábamos que se convirtiera en un rasgo definitorio. Nos dábamos paseos por nuestra versión desinhibida, pero por saber un poco qué era aquello. La mayoría de nosotros ya veníamos con la cabeza algo amueblada y sabíamos que lo de estudiar también tenía que ocurrir, al menos durante el período de exámenes.

Así que llegar al Chami fue un viaje hacia mí mismo, una aventura interior colmada de incertidumbres, peligros, distracciones, ilusiones, novedades, vivencias, emociones. Y no sólo me pasaba a mí, todos los colegiales, antes de enfrentarnos al reto de convivir, creo que teníamos primero el reto de encontrarnos a nosotros mismos. Especialmente los que veníamos de familias estructuradas y ambientes controlados.

Y ese “gran hermano” en el que se convierte el Chami hacía difícil que alguien pudiera disimular las versiones más auténticas de sí mismo. Nuestra personalidad nos iba poniendo a todos en nuestros círculos de amigos, actividades y rutinas. Iban apareciendo grupos por áreas geográficas (los de Jerez, los canarios...) por actividades (los del rugby, los de fútbol, las cartas, la noche...), ideologías (derechas, izquierdas...), estilos personales (tradicionales, modernos, modernillos...). En fin, que aquello era muchas cosas al mismo tiempo, un paraíso para psicólogos y sociólogos...

El colegio no tenía otra bandera que la libertad y el respeto a la diversidad. En el año 1986 todavía había colegios mayores con clara orientación política de derechas que tildaban al Chami de rojo por el simple hecho de albergar estudiantes de ideologías diversas. La España de aquel entonces estaba aprendiendo a integrar la diversidad y el Chami era un lugar claramente avanzado en esa dirección. En mi opinión, eso nos hizo madurar mucho a todos. La convivencia dentro del entorno diverso del colegio no sólo afloraba las diferencias entre nosotros, sino que también favorecía que descubriéramos nuestras semejanzas. No éramos todos tan distintos ni tan iguales al fin y al cabo.

Yo en particular no tenía una visión política escorada hacia ningún bando. Estaba, y estoy, en eso que llamamos centro. Pero en el año 1986

el centro no era el objeto de deseo que es hoy en la jungla política, en buena medida era “no mojarse” a ojos de muchos. Y es que no me consideraba un tipo de derechas, ya que veía elementos positivos en la izquierda, y tampoco me consideraba de izquierdas porque veía factores positivos en la derecha. En el Chami aprendí que esta forma de pensar me permitía tener muchos amigos y disfrutar de la compañía de tipos muy diferentes de colegiales. Y la mayoría estábamos cómodos en ese terreno abierto en el que las ideologías sin argumentos no tenían acogida. Allí todos teníamos un cerebro que nos gustaba usar y no había lugar para posiciones no razonadas. En cualquier caso, hubo gente que nunca se mezcló con otra, pero eso le daba realismo a la situación.

Como fiel reflejo de la sociedad española, la mayoría de las diferencias se resolvían en el bar del colegio. Un lugar mágico de encuentro donde el mus, los pinchos de tortilla y los botellines permitían que nos mezcláramos todos fundiendo nuestras identidades bajo la bandera musolari que daba sentido a muchas cosas... Bueno, no todos jugaban al mus, también había pocha o simplemente tertulia. La máquina de pin-ball también unía espíritus.

El Chami nos preparó para vivir en una libertad responsable. Había que pasarlo bien, era una norma no escrita, salir de parranda, saber lo que es emborracharse (“mamarte”), marear (pasar el tiempo en el banco de la entrada) y reírte hasta la extenuación, pero tenías que sacar tu carrera universitaria. Los que se olvidaban de estudiar, ya no eran



Foto de la cafetería

tan “guais”, los que sólo estudiaban sin marear también se percibían como tipos especiales.

Así que el mérito estaba en sacar adelante los estudios simultaneándolo con el papel de colegial practicante. Quedarse en uno de los extremos no tenía mérito.

Podíamos disfrutar de múltiples actividades para nuestro entretenimiento y formación. Había “aulas” de casi todo: fotografía, idiomas, derechos humanos, teatro... y la afición por el deporte también era compartida por muchos. Todo se vivía con intensidad: el rugby, baloncesto, fútbol, tenis de mesa, wall-contact... ¡Es que no daba tiempo a estudiar!

¡Leches, llegamos a tener incluso una emisora de radio! Qué bien me lo pasé unos cuantos domingos por la noche perturbando el ambiente con mis historietas hertzianas...

Pero, sobre todo, yo era futbolero. Y pude dar rienda suelta a mis inquietudes en la liga interna del colegio y en las competiciones con otros colegios mayores. Qué gozada esos partidos de fútbol sala a las diez u once de la noche, con los focos encendidos creando ambiente y haciéndome sentir que el día era eterno, que no se acababa después de cenar, que siempre había algo más que hacer. Y nos entregábamos a fondo, con rivalidad sana, pero rivalidad. Lo mismo ocurría con los amantes del baloncesto. Y qué decir de los entregados al rugby..., esos también se lo tomaban en serio. Yo nunca lo practiqué, no llevaba bien eso de que me empujaran para quitarme el balón, aunque me decían que era un deporte de caballeros. Personalmente sigo sin creerlo...

Y las asambleas eran lugares donde se mezclaban el sentido común, las hormonas, la vanidad, el humor, la inocencia y la inteligencia. A mí me solía parecer bien casi todo, como a la mayoría. Al igual que en la sociedad, la participación activa en “lo público” la copaban unos cuantos, el resto acudía para escuchar y pasar una rato entretenido.

Dentro de un ambiente laico, había un respetuoso hueco para las actividades religiosas coherentes con la orden Marianista que apadrinaba al colegio. Pero nada de eso era obligatorio ni estaba bien o mal visto participar en dichas actividades. Los colegiales más creyentes y practicantes podían disfrutar de su fe sin sentirse desplazados o discriminados por las posturas más escépticas. Nadie señalaba a nadie, al menos así lo viví yo.

Teníamos incluso tuna. Esos también se los pasaban pipa, vaya banda... Gente sana y alegre que infundía emociones positivas por allí por donde pasaban. No me apunté nunca, yo era más de fútbol... y también es verdad que hubiera dado el cante más que cantar.

Tal era el maná de actividades diversas en el Chami que no era sencillo resistirse a la tentación de participar en algo. Sucumbí y me apunté a clases de francés y de ruso, pero no aguanté mucho...

Había clase de baile de salón impartidas por un colegial (apodado Speaker). Llegaron a ser muy populares. También me apunté, aunque duré menos que con el ruso.

En al aula de informática me hice un curso de redes Novel; no me sirvió para nada, pero me pareció interesante.

Me apunté también a las clases de Kempo-Karate que se impartían en el gimnasio. Ahí sí que estuve casi dos años, pero terminé dejándolo; es que suponía renunciar a otros temas, no había tiempo para todo...

En lo único que me mantuve constante era en el fútbol sala. Cuánto lo disfrutaba...

Y la emoción con la que vivíamos en la sala de TV los partidos y otros eventos deportivos como el Tour era toda una experiencia colectiva. Todavía recuerdo cuándo el Madrid perdió la liga en Tenerife y mis amigos canarios dejaron de ser amigos durante un rato... Pero lo bueno es que no había discrepancia que no se resolviera en el bar o con unas risas en el banco de la entrada. Las amistades que se forjaban allí estaban por encima de otro tipo de disputas que quedaban claramente en un merecido y deseado segundo plano.

Me encantaba volver del verano para ver a mis amigos, para volver a la rutina colegial, a la intimidad de mi habitación y a la dicha de sentirme parte de un colectivo que alimentaba mi autoestima.

El principio de los años 90, época en que acabé mis estudios y me incorporé al mercado laboral, fue un tiempo de crisis económica importante en España. Pero en el Chami no



Una habitación del colegio

había ambiente de crisis, la verdad; la mayoría de los colegiales disponía de recursos económicos en sus familias y eso nos permitía ocupar nuestras mentes con los estudios, el mus o las chicas. Poco espacio para pensar en las crisis... He de admitir que vivíamos en una burbuja buena parte de nuestro tiempo.

Y los colegiales que terminaban sus carreras y abandonaban el barco Chaminade no hallaban demasiadas dificultades para encontrar trabajo ni siquiera en la crisis de los 90. Esa época difícil proporcionaba menos oportunidades laborales, pero las que había eran aprovechadas ávidamente por la élite estudiantil que frecuentaba el Chami.

Salí del Chami pensando (al igual que muchos de mis compañeros) que si un día tenía hijos, sería mi obligación y responsabilidad permitirles vivir la experiencia de un colegio mayor. Pero no uno cualquiera, tenía que ser el Chaminade.

Y tras 22 años fuera del colegio, vuelvo la vista atrás y me siento más privilegiado aún. Buena parte de lo que soy hoy se forjó en aquella época, soy “del Chami” y no quisiera que hubiera sido de otra manera.

## ASÍ CREO QUE ÉRAMOS...

### FERNANDO RUIZ DE AZÚA (1982-1993)

Era 1982 y a los pocos meses de iniciar el curso se formaría un nuevo gobierno con el apoyo de más de diez millones de votos. El cambio era una consigna y posiblemente era lo que nos unía. Pasado el entusiasmo por las promesas de la flamante democracia y alertados tras el intento de golpe de estado, se abrían paso ideologías realistas, renovadoras y posibilistas más acordes con una sociedad reconciliadora.

Llegábamos a Madrid con la ilusión de quienes sólo tienen el futuro. Dejábamos atrás las pequeñas ciudades con sus ceñidas normas y la protectora tutela familiar, atraídos por el anonimato de la gran ciudad, por disfrutar de su seductora modernidad, el deseo de emanciparnos y comenzar una carrera, sin saber muy bien en qué consistía todo eso.

En medio de esta confusión y de tantas expectativas aparecíamos por el Chaminade. La primera sorpresa fue la prohibición de las novatadas por decisión mayoritaria de la asamblea colegial. La segunda, la invitación a participar en las diferentes aulas culturales gestionadas por los colegiales.

Pronto descubríamos que habíamos llegado a un lugar especial, porque el Chami se anticipó a nuestras solicitudes. Por sus numerosos logros en la convivencia de una comunidad, por su gobierno participativo y por las innumerables actividades culturales ha sido referente para el resto de los Colegios Mayores.

Esta manera de ser Colegio o su “dinámica colegial” no hubiera sido posible sin su equipo directivo. Una dirección dedicada a motivar a los colegiales promoviendo un modelo de convivencia basado en la libertad y la responsabilidad individual. No recuerdo que fuera nunca cuestionada su autoridad: al contrario espero que hayan sentido nuestro sincero afecto y agradecimiento.

Incluso el edificio del colegio facilita el intercambio de ideas y vivencias: con su acceso tan próximo a la calle y el vestíbulo rodeado



Ficha de Fernando Ruiz de Azúa

por el salón de actos, la capilla y la cafetería, paso obligado entre los dos pabellones, por donde siempre aparecían colegiales o visitantes. Abarrotado tras las conferencias, las asambleas, los conciertos y las cenas, reunidos en corros o sentados sobre los radiadores, las discusiones y las conversaciones se prolongaban interminablemente. Ese ambiente tan vivo, participativo y tolerante nos iría calando.

La independencia ideológica personal y la libertad de expresión se reflejaba a diario en la cartelera. Cualquier tema, importante o cotidiano, sea el que fuere, allí quedaba escrito y firmado, esperando la aprobación, la crítica, o la adhesión del resto de los colegiales. Ocasiones para reflexionar o para divertirnos pero siempre libres de expresarnos y de ser contestados.

Frente a una universidad masificada, el colegio nos ofrecía una formación más amplia e integral del individuo. Nos gustaba oír de los colegiales veteranos el pasado más inconformista del colegio, pero lo escuchábamos con el distanciamiento de quién recibe las cosas sin haberlas pedido, porque nosotros no éramos una generación que hubiera luchado por las nuevas libertades, otros lo habían hecho antes. Como la transición ya estaba protagonizada, nos lo fuimos montando de una manera individualizada.

No aceptábamos que nadie nos impusiera nada, ni tampoco queríamos imponer a nadie un mundo mejor, sencillamente cada



Foto del vestíbulo en los años ochenta

uno mejoraría el suyo a su manera. Se iba instalando en nuestras vidas una forma de ser antidogmática, relativista, individualista y pragmática, que nos distinguía en la generación anterior.

A partir del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN y con el segundo gobierno socialista, la sociedad comenzó a vivir un proceso de desmotivación política, fruto del desencanto por el funcionamiento o simplemente por la estabilización de la democracia, pendientes de disfrutar de los logros alcanzados.

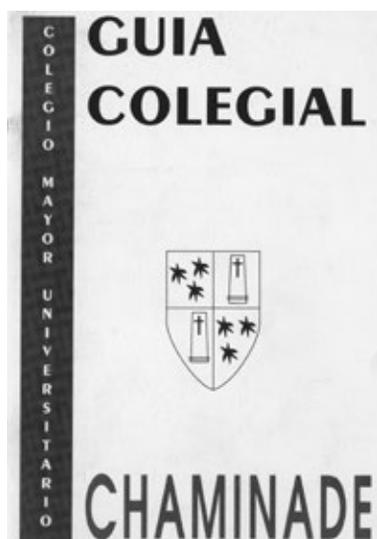
Algo parecido nos ocurría en el colegio. Alcanzada una libertad que consiguieron quienes nos precedieron y pagada por nuestros padres, vivíamos quizá los años más alegres de un Madrid en que renacía su vida cultural, artística y social. Se nos podría haber pedido más seriedad o compromiso, pero seguramente no queríamos. Poco a poco las anteriores asambleas donde se reclamaban derechos y libertades fueron dando paso a asambleas donde se decidían temas más triviales y cotidianos de organización.

Por poner un caso, pese a que en esos años se había logrado un acceso igualitario entre estudiantes de diferente sexo en la universidad, no fuimos capaces o no quisimos que el colegio fuese mixto. Sencillamente había una opinión mayoritaria que no veía la necesidad ni la conveniencia de cambiar nuestra forma de vida. Creo que el colegio se declaró mayoritariamente contrario a su carácter mixto de manera frívola, sin pararse a pensar que la segregación por sexos no dejaba de ser una discriminación en los criterios de admisión; máxime cuando entrar a un Colegio Mayor era entonces una suerte de privilegio para un estudiante. Demográficamente éramos hijos del “*baby boom*”, no había plazas suficientes en los colegios para cubrir todas las solicitudes de inscripción, y marchar a estudiar a Madrid desde provincias era las más de las veces una necesidad, no un capricho.

No se trata de redimir ahora aquella votación sexista, que en definitiva no era vinculante para el Patronato, que podía haber desoído una decisión de signo contrario, pero, como me recuerda mi amigo Alejandro Molina, compañero del Chami, cuando reformamos la Guía Colegial -nuestra suerte de Constitución- introdujimos un artículo que calcaba el artículo 14 de la verdadera Constitución: Que nadie podía ser discriminado por razón de nacimiento, raza, religión, opinión, cualquier condición o circunstancia social o personal, y..., por supuesto, tampoco por razón de sexo.

A sabiendas de que contradecía el resultado de aquella votación, fue dirección quien propuso colgar en los corchos camino del comedor durante las semanas previas a la votación, el proyecto de reforma de la guía, marcando con fluorescente esa parte del nuevo texto en comparación con el anterior, que no garantizaba la no discriminación por razón de sexo. Incluso advirtió por escrito de la circunstancia. Así las cosas, lo cierto es que nadie protestó por introducir ese principio de no discriminación, porque una cosa era opinar que no se vivía mal sin que conviviéramos con chicas, en la medida en que ya entraban libremente al Colegio y las habitaciones, y otra tener claro al mismo tiempo que negarle a alguien la admisión por sexo, de haberse producido una solicitud, hubiera sido una discriminación inadmisibles. Sea como fuere, cuando se votó la Guía, que hacía al Colegio jurídicamente mixto (aun sin saberlo el Patronato), fue aprobada sin prácticamente votos en contra.

Así creo que éramos, con nuestros aciertos y contradicciones. Quizá hayamos sido una generación que difícilmente nos podamos reconocer como tal. Quienes pudieron ser nuestros maestros renunciaron a su magisterio, o no los hacíamos mucho caso, quizá porque rechazamos ideas dogmáticas y líderes, y hemos preferido ir adaptando nuestra manera de comportarnos ante la realidad.



~~~~~  
Portada de la guía colegial

## CHAMINADE REVISITED

Memoria analógica y tribal (1987-1994)

Sergio Hernández-Ranera Sánchez, “Jevi”

*Dedicado a Jesús Miguel Cortés Rodríguez, “Sumi”.*

*Desde tu partida somos bastante menos.*

*En todo.*

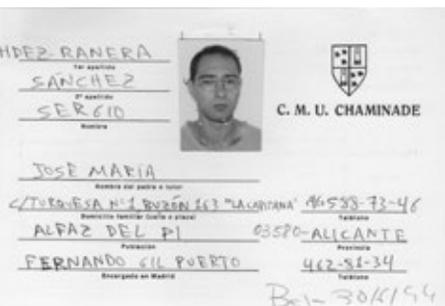
El día que abandoné el colegio era la primera noche que veía a Deep Purple en directo. No tuve modo más potente de diferir la congoja que a no mucho tardar me atenazó, pues una sensación mezcla de salto a lo desconocido y de haber sido expulsado del paraíso de tus mejores años de juventud puede prender y oprimir a cualquiera, sobre todo en época de crisis. Y el día en que recibí la llamada de Tacho para componer este texto, era la mañana en que estaba naciendo mi hijo.

Tal cual. Alborozado, convine *ipso facto*.

De forma que, con la mente a mil por hora, en ayunas e insomne, regresé al paritorio número 2 del hospital Gregorio Marañón de Madrid: veintiún años después, otra vez en crisis, no había modo más espléndido de celebrar mi vuelta a casa.

Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor. Es una estupidez que, de tan grande, es verdad; una verdad ahora empírica, considerando el campo yermo de la actualidad. Crisis del capitalismo al margen, lo cierto es que el pasado es

nuestra juventud y ésta es imbatible. Es una época donde parece que no puedes con nada, aunque, en realidad, puedes con todo. El impulso testosterónico parece interponerse en tu adquisición de conocimientos, pero igualmente los vas acumulando. Estás loco por el *hard rock*, por el baloncesto, por las fotos de Donald McCullin tiradas veinte años antes, por las tías para las que eres invisible, pero que no arraigan porque para eso ya tenemos a Nastassja Kinski... Con un juego rescatado del futuro,



Ficha de Sergio Hernández-Ranera

Jugoslaviya está mostrando a todos donde está la estratosfera y no te puedes perder esta talentosa revolución. Es 1989 y Divac, Petrović y Kukoč están haciendo lo que les da la gana, trasmutados el uno en el otro. Bien pensado, aunque no en una cancha de baloncesto, también nosotros hacíamos lo que nos daba la gana. Es sólo que entonces aún no lo sabíamos. Por eso digo que cualquier tiempo pasado fue mejor. Y lo mejor para mí fue en el Chami.

Cada vez que pienso en aquellos años, curiosamente me da por pensar en una reivindicación total de la era analógica. Aparte de que la velocidad crucero de los aviones era superior a la actual o que la televisión que apenas veíamos era infinitamente más interesante, hay cosas que el aplastante ambiente digital de la actualidad no puede superar. Ni en realismo ni mucho menos en magia. Tal vez pase como el aura de las imágenes fotográficas tiradas con película de sales de plata: tienen algo que no consigues ahora ni con un millón de megapíxeles. Y así sucede con la sociabilidad que generaba el Colegio Mayor Chaminade, un sitio del que jamás habría salido el inventor de las redes sociales, puesto que el Chami era en sí mismo una red social. Más aún, un microcosmos humano compuesto de varios grupos. O eso me figuro yo, porque, la verdad, aquí siempre habitaron gentes sorprendentes: el uno con su cosmovisión, el otro en su universo paralelo, un tercero en un éter como aislado..., los había incluso en su gruta. Pero éramos una tribu. No sé si también una piña, aunque siempre había acontecimientos que parecían indicarlo. Como cuando Curiel estampó un botijo de agua contra la fachada del vecino colegio mayor Alcalá durante la final del torneo colegial de baloncesto de 1991, hartos de sufrir sus bolsazos de agua. O cuando en 1994 el equipo de rugby acarició el cielo en la final del torneo universitario, ninguneando al todopoderoso Cisneros y provocando una extraña catarsis en las pobladas gradas del Central aun vencidos en el último segundo, asaltando los cielos a bordo de la más dulce de nuestras derrotas, pues ni siquiera el triunfo en baloncesto en el torneo Corte Inglés de 1988-89 pudo provocar un éxtasis diez veces menor (y eso que el equipo lo conformábamos nada más que siete tíos y sin entrenador, por mucho que Toni Rodríguez Lorenzo se nos puso a dar órdenes en los tiempos muertos tratando también de captar la atención de las féminas presentes en el pabellón de El Buen Consejo). Es la complicidad colectiva que también se manifestó en el

deslumbrante primer concierto del gran Juan Hedo en el salón de actos, y eso que ya llevaba cinco años presentándose como poeta y cantante.

Pero me estoy desviando de mi relato. Atorado, me está pasando como al protagonista de *El jugador* ya en la primera página: son muchos los hechos acumulados y debemos explicarnos.

Lo que yo quería decir es que la impresión de un recuerdo, al menos los míos, es analógica. Y no por nada, pues todo guarda relación. Me explico. Si la fotografía digital no captura un instante de un modo que la tecnología analógica no pueda hacer, la impronta de nuestra memoria no cabe en disco duro alguno. Es como el colodión húmedo de mediados del siglo XIX: no hay píxeles que puedan alcanzar ese grado de perfección, esa magnificencia exclusiva de las obras de arte. Si a esto le añadimos que cada imagen en mi hipotálamo va asociada a un momento histórico, a un acontecimiento social y político, no es descabellado inferir que, de alguna manera, el Chami fue la más tremenda película/fotografía/banda sonora/partido de baloncesto de mi vida.

Confieso que me estoy haciendo un lío y yo lo que quiero es hablar del sentimiento de tribu, pues no lo he vuelto a experimentar. Y también de algún momento expresivo, de esos que los profesores de la facultad nos decían que en toda buena película sólo hay dos o tres.



Concierto de Juan Hedo ¿Cuándo?  
(Ramón Pérez Chomón) 1993-1994

Así que lo mejor será acometer directamente el recuerdo de alguno de ellos e ilustrar lo inenarrable, porque no se me ocurre mejor manera de intentar explicar qué entiendo yo por ese sentimiento que fascinó mi juventud. No sé mucho de antropología, pero me arriesgaré; todo menos recurrir al concepto de marca. Porque si mi patria y mi cultura no pueden ser reducidas a la infamia mercantil, mi estancia en el C.M.U. Chaminade todavía menos.

## **MOMENTO EXPRESIVO 1**

*DICIEMBRE DE 1989*

### **LA TARJETA DE NAVIDAD DE MATI**

Dentro del colectivo colegial te llevabas más o menos bien con todos, pasabas ratos agradables con muchos y, finalmente, hacías un puñado de buenos amigos. De entre estos últimos podía surgir una personalidad que te marcaba. En mi caso fue Mati, tan original que no se llamaba Matías, pues en su tiempo él había sido el único de su pueblo en atreverse a comprar un bocadillo a un lugareño hippy llamado Mati que los vendía, así que fue rebautizado por tal atrevimiento. Transcurridos

un par de meses desde la primera conversación que perfiló el inicio de nuestra empatía (sobre unas gachís de su pueblo que estaban de buen ver), nos detuvimos ante el tablón de anuncios del colegio. Entre un cúmulo de notas y carteles dispares emergía la convocatoria de un concurso pictórico y Mati, todavía un estudiante de Arquitectura en tercer curso “factorial” (matriculado en tres asignaturas de tercero, dos de segundo y una de primero), no demoró siquiera un instante su decisión de presentarse al concurso de tarjetas de Navidad. Con la seguridad de saberse poseedor de una gran habilidad con la plumilla a mano alzada y alentado por muchos, se rió entre dientes contagiosamente, como vislumbrando parte del desenlace. Puede que en aquellos momentos ya estuviese ideando sumariamente los bosquejos del trabajo a entregar, siendo sin embargo su intención más bien otra. En realidad, sopesaba



~~~~~  
Retrato de Mati en la sala  
de arquitectura 1993-1994  
@ Ramón Pérez Chomón

el impacto que supondría satisfacer su disfrute personal mediante el desprecio a una victoria convencional. En palabras llanas, decidió reventar aquello a su manera.

Corría uno de los últimos años de la *perestroika* –esa época en la que Gorbachev no perdió ni una oportunidad de hacerlo todo rematadamente mal para su país– y la dirección del colegio, como todos los años, convocó y dotó al concurso de un pequeño premio en metálico para el ganador y el finalista. La mejor tarjeta navideña se imprimiría y se mandaría por correo al domicilio familiar de todos los colegiales como felicitación oficial de parte del equipo directivo, a la postre también jurado. La autoría de los trabajos presentados siempre respondía a los mismos patrones; sus dibujantes solían ser el sempiterno estudiante de Bellas Artes, un par de Arquitectura, algún manitas y el gracioso de turno. Aunando las características de todos, Mati se incorporó al ya clásico contingente de aspirantes. Su peculiar concepto del arte esta vez se asoció con la fina provocación, eligiendo para su propuesta navideña un panorama especialmente estrellado. Y cuando digo estrellado, no estoy hablando de estrellas, pues a excepción de un par que, raquílicas, colgaban como un pingajo de un único abeto



Tarjeta navideña de Mati versión actual de la tarjeta navideña, obra del mismo autor, presentada al concurso colegial de tarjetas de navidad 1989.  
Ilustración: Manuel Francisco Muñoz Martínez, "Mati"

pelado, lo que dominaba aquel desconcertante firmamento en blanco y negro era el fenomenal desencuentro espacial de un martillo solitario en medio de la nada y una mano tirada en el suelo que sostenía una hoz. Aunque en apariencia emergente –sobre todo en contraste con aquel lóbrego erial–, tampoco podía descartarse que, pétrea, aquella mano yaciera inerte. En cualquier caso, destrozaba los puntos de fuga de la deprimente composición. El texto, clásico pero con interrogantes: ¿FELIZ NAVIDAD?

La notoriedad que este asunto alcanzó caló en la vida colegial de tal forma, que cuando unos días más tarde se anunció la tarjeta ganadora –de un autor diferente–, a los colegiales les importaba ya un bledo. En aquellas fechas la Unión Soviética disolvía el Pacto de Varsovia a cambio de nada e iniciaba un veloz proceso de descomposición, los sandinistas en Nicaragua se veían incapaces de ganar en las urnas a la calamitosa Violeta Chamorro, los cascotes del muro de Berlín empezaban a tener un valor icónico mercantil en tanto que muestra *pop* de lo que algún contumaz consejero de cabecera de la Casa Blanca se apresuró en llamar “El fin de la historia” y nosotros emprendíamos un iniciático viaje de estudios a las repúblicas meridionales de la CCCP gracias a las audaces gestiones de Tacho.

–Mira Mati, ¡te has pasado! –bramaban los más conservadores. A lo que él solía responder con un “No, hombre. ¡Ya verás qué buen rollo le va a dar a tu padre cuando la reciba por Nochebuena!”, para desternillarse a continuación.

Yo, que por aquellos días procuraba no despegarme de su compañía no más que lo estrictamente necesario, alucinaba de ver cómo mi amigo se sacudía los comentarios de los colegiales más conservadores con su inimitable estilo surrealista de estar por casa. Aunque yo en ese momento no lo entendí de modo manifiesto, al menos mi acervo animal me transmitió que aquello era como dar bofetadas al conservadurismo *reaganiano* a través de la derrota. Algo impresionante. Años más tarde, cuando pude oír a Ernesto Cardenal parafrasear a un obispo español en Brasil, lo entendí perfectamente: somos soldados derrotados de una causa invencible.

Pero Mati era el don de gentes personificado y, encima, adornado con una contundencia física que yo siempre calificaba como calcada de las imponentes estatuas de proletarios del realismo socialista. Así que, en cuanto le veían, todo el mundo terminaba por acercarse para

comentar semejante engendro o prodigio de tarjeta, según se mirase. “Mati, tío. He flipado con tu tarjeta, pero de verdad que he rezado para que no ganara y la mandaran a casa. ¡A mi padre le da el ataque!”, le confiesa Alfredo García, un colega manchego que va para farmacéutico. “Menos mal que no has ganado, porque si te dan el premio y el colegio nos felicita la Navidad con tus martillos voladores, mi viejo me saca de aquí al día siguiente. ¡El jefe no paga todos los trimestres para que conviertan a su hijo en un rojo!”, explica Cabí, de Jerez y en el ICADE.

Sea como fuere, el Chami continuó enviando las consabidas tarjetas de Navidad a todos, pero aquella fue la última vez que se convocó un concurso para dirimir cuál era la más apropiada, que para regocijo de muchos –Mati el primero– resultó ser una de estética cándida, a lo Disney. Años después el concurso se reeditó –con Mati y sus acólitos ya fuera, claro–. Mientras tanto, el criterio artístico de algunos de ellos (Carlos Perrinó) obró que se hicieran copias en DIN-A4 de la tarjeta, que sirvieron de inquietante estampa en la pared de varias habitaciones del colegio. Cual tesoro perdido, no sobrevivieron a ninguna mudanza (por lo menos a la de Perrinó).

## **MOMENTO EXPRESIVO 2**

*ENERO DE 1991*

### **EL POPULOSO PRIMER PASE DE LAS PORNOS DE CANAL+**

La impactante estampa, que en mi memoria produjo el cuadro que se describe a continuación, es digna de una película de emulsión de sales; es decir, imborrable. Al menos durante cien años, que es la garantía de conservación que te da Kodak o Ilford, cosa que no pueden decir los actuales fabricantes de soportes digitales, de resultado más incierto. Por eso los museos tienen siempre a un fotógrafo que tira de rollo cuando hay que incluir imágenes para sus archivos. Ahora que lo pienso, es precisamente así cómo contemplé la primera emisión en la sala grande de televisión de una de las pelis de género guarro de Canal+: emulsionado.

El caso es que la noche apuntaba anodina y de meterse en la *piltra* temprano. Pero no fue así. Jueves frío de mediados de enero, no obstante hay que preparar los inminentes exámenes parciales, que amenazan con ponerte en tu sitio. Resultado: todo dios repartido por “habitas”, salas de estudio y aula de Arquitectura. Unos chapando, otros aparentando, los menos dibujando. Todavía quedan unos días para acceder al

maravilloso desayuno de madrugada, por lo que tampoco se conforma realmente una masa insomne. Pero he aquí que días atrás el colegio ha hecho efectiva su suscripción a un novísimo canal de televisión de pago cuyos ideólogos mercadotécnicos dicen haber creado para atender a una elite exigente (económica o intelectual, en nuestro caso se demostró que ninguna de las dos). El canal se llama Canal+ y aunque de manera aleatoria mitiga algún apetito de películas V.O. con subtítulos, lo cierto es que esa noche de invierno provoca una ciclogénesis explosiva en nuestros planes. Por una parte, una masa entre ociosa y cansada de chapar, entre aburrida y desvelada. De otra, la proyección de un ciclo especial de cine para adultos a partir de las doce y media de la noche. Interesante cóctel.

Y dan las 00:45 horas en el Chami. El aforo de la sala grande de televisión –unas 80 butacas– se torna liliputiense. De hecho, los pasillos y escaleras que conducen a la planta sótano uno son un trasiego de gente. De pronto, alguien se planta de pie bajo el televisor y cambia a TVE1 (así se llamaba antes “La primera”), dice que ha reservado la sala para ver un programa que lleva tiempo esperando y que nos vayamos. Acto seguido se levanta un bramido digno de manada que deviene en risas cuando Curiel salta hacia el televisor y cambia de nuevo de canal, entre un ensordecedor griterío de aprobación. Refunfuñando, el otro desiste de su empeño y se marcha.

La acción discurre todavía en sus prolegómenos, que en el film que nos ocupa son muy interesantes, pues no en vano se está emitiendo un clásico del género de primeros de los setenta: ni más ni menos que *Behind The Green Door*, cine de autor para justificar tu presencia ante cualquiera. Y es que la mítica Marilyn Chambers –ex cara de los jabones Protect&Gamble en la vida real– acaba de ser raptada por unos tíos muy sospechosos y trasladada bien atada hasta el escenario de una especie de café-*couplé* más sospechoso aún si cabe, al que se entra atravesando una puerta verde. La joven rubia es desnudada y entregada primeramente a un grupo de ninfas voraces. Mientras tanto, el inconfundible chirrido de las puertas abatibles de la sala de televisión no hace más que sonar. Chambers guarda un sorprendente parecido con Cybill Shepherd, cosa que, por supuesto, es lo que más nos preocupa. Para cuando al escenario del *couplé* salta un negro con un miembro viril tan inconcebible como enhiesto, la puerta que se abre es la del laboratorio de foto-

grafía de al lado del televisor, cuyo usuario, Ramón P. Chomón, por lo visto decide tomarse un descanso entre revelado y revelado en Cibachrome, pausa que el público congregado recibe con risitas de comprensión. La atmósfera de la sala no es tensa, pero sí excitante; los comentarios rijosos alternan con las miradas supervisoras, como si todo el mundo estuviese pasando lista. Se masca una emulsión y no precisamente la de las diapositivas de Chomón. No veo a Mati, acaba de salir a por sus compañeros de clase, que estaban dibujando con él en la sala de Arquitectura. Ellos no son del Chami, pero hete aquí que también entran y palpan con expresión alucinada la atmósfera creada por cien tíos en una sala para ochenta. Uno va que se cae de pura hilaridad y eso que sólo nos conoce a Mati y a mí. Entonces, en la película, el negro se pone justo en faena con la secuestrada Chambers. Los empellones son rítmicos, extraordinariamente visuales. A la tercera o cuarta acometida, toda la sala corea al mismo compás: ¡¡¡EH...EH...EH...EH...EH!!!

Parecemos la galera de Ben-Hur, aunque algo más golfa. También nos asemejamos a las reuniones de Saddam Hussein con sus generales ante la amenaza de Bush padre de bombardearle justamente esa misma semana. A Saddam sus generales le enaltescen también con unos ¡¡¡EH...EH...EH...EH!!! mientras blanden el puño, pero supongo que sin pajilla técnica posterior. Aquí la producción de testosterona ha dejado paso a una especie de ritual atávico, una comunión catártica a través del paroxismo que encuentra al talento a través de la trasgresión. Me acabo de dar cuenta de que estamos viendo porno perfectamente igual que si estuviéramos escuchando un concierto de Heavy Metal. Ni siquiera me planteo si estoy empalmado.

¡¡¡EH...EH...EH...EH...EH!!!

Una hora después, todo el mundo se recoge calladamente. Tengo clase a las ocho y son casi las tres.

Por las tardes seguimos sin perdernos a la Jugoplastika de Toni Kukoč, con esa forma tan *delicatessen* de aniquilar al Barça. En otoño, a Gorby los halcones de Langley y de la ribera del Potomac le prometen que la historia se ha acabado y que la OTAN nunca se expandirá hacia el Este. Pero antes, en junio de 1991, los *plavi* vuelven a dar lustre al trono europeo mientras en Yugoslavia empiezan a pegarse tiros. Esto pinta mal.

### MOMENTO EXPRESIVO 3

MAYO DE 1994

#### LA NO DERROTA CONTRA EL CISNEROS

Finalizo por el título. Si Charles Ryder hubiera sido colegial, el centro de sus afectos habría sido el Chami.

Mi último año se inicia con un lacayo sin hígado que, entre vasito y vasito de cincuenta gramos de vodka, no duda en bombardear el Parlamento de su país por negarse a acatar las órdenes que llegan de Washington. Se llama Borís Yeltsin y, me hierve la sangre, a este paso va a hacer bueno a Gorby.

Decía que cuando corre el último año de tu estancia aquí, la meta es disfrutar de una mezcla descarnada: aprobar como sea e intentar atiborrarte de tus aficiones, que, en muchos casos, han sido auspiciadas por los servicios del colegio y quién sabe si podría seguir cultivándolas una vez estuviese fuera. Arrasé con lo que pude: películas del Aula de Cine y las del Aula 7, los *Time* de biblioteca, clases de lenguas extranjeras... También me refrendé en la colectividad: me apunto a todas las pachangas de baloncesto y el gimnasio parece una cárcel ilustrada en la que te asombras de que haya gente que lleva quince días sin salir a la calle mientras que tú solamente tres. Y, como es natural, me encierro en la sala de música para que Judas Priest atruenen como se merecen.

Así da gusto leer a Homero. Es extraño, me siento más joven y arrojado que nunca, en principio lejos de la imagen que tenía de los veteranos de más de un lustro atrás, aun cuando, al igual que yo, en 1988 alguno se pasaba las horas muertas en el Aula de Cómico. Ahora comprendo qué es tener más carretera. La estancia en la universidad se acaba, para el doctorado ya buscaremos año y piso. Es 1994, el paro está disparado, Roldán fugado y el



Shr cantando (RPC)

país de los *plavi*, el país de dioses como Đor evi que meten triples desde Belgrado, aún no ha terminado de desangrarse, concienzuda e interesadamente despedazado.

Como decía, no te pierdes ni una. Y en estas, en primavera, el equipo de rugby del Chami se planta en la final del campeonato universitario. El rugby. Un deporte perfecto para vehicular un sentimiento de pertenencia a una tribu, óptimo para reivindicar una patria. Es algo más que corporativismo. Te forran a hostias, te dan la mano tan amigos y luego a festejarlo todos juntos vaciando un barril de cerveza en tiempo récord. Ya habrá tiempo de acompañar a la clínica Nuestra Señora de Loreto al colega lesionado, que, embarrado y con botas de tacos, aporta pedigrí al centro que acogió el nacimiento del príncipe de Asturias y donde atiende el inefable doctor Wazken. El rugby no es cualquier cosa.

Para empezar, el rival era gigantesco. Es el equipo del Colegio Mayor Cardenal Cisneros, cuyos integrantes son jugadores de elite, de primer nivel, pues no en vano muchos de ellos juegan en la primera división nacional. Además, algunos son enormes. Sin ir más lejos, a uno le llaman “Mano de Piedra” y le acabamos de sufrir esa misma semana en un partido de baloncesto en el que no se me ha ocurrido acercarme al aro a menos de cuatro metros. En fin, se puede decir que el rugby es el marchamo del Cisneros y que meten miedo. Y enfrente está el Chami, cuya impronta no tenemos muy claro cuál es (no metemos ni miedo),



Versión actual del cartel colegial, obra del mismo autor, que anunciaba la final del torneo universitario de rugby de 1993-94 entre el C.M.U Cardenal Cisneros y el C.M.U Chaminade. De izquierda a derecha: Chicho Castillo, Juan Antonio Sápaba, Sumi Cortés, Ubaldo Serna y Manuel Francisco Muñoz “MAti”.

*Ilustración: Juan Antonio Sápaba Fernández*

pero que, inexorablemente, la marcamos. Nuestro equipo es un popurrí: expresa el cambio generacional que se avecina combinando novatos, veteranos y ex colegiales; exhibe camaradería externa incluyendo un par de colegas que nunca fueron colegiales pero como si lo fuesen; y despide cierto fulgor gracias a su inefable entrenador Chicho Castillo, de jerarquía tan tiránica como tarambana. En suma, el grupo parece dibujar una parábola similar a la descrita por la generación X, que nadie nunca supo exactamente qué coño era.

El enfrentamiento supura desigualdad, circunstancia que se la resbala a la capacidad de movilización de nuestra tribu. Porque captando a la perfección la empatía que el desequilibrio de fuerzas puede generar en el colectivo colegial y asumiendo que un sentimiento generalizado de condescendencia puede provocar un apoyo descomunal, uno de nuestros jugadores, el arquitecto y genial caricaturista bilbaíno Juan Antonio Sádaba –alias “Tomatito-Sátrapa-RiauRiau”– diseña un cartel anunciando el evento y reclamando nuestra asistencia como público. La escena es sinóptica. Frente a dos ogros del Cisneros de actitud tan hostil como Polifemo, permanecen plantados: un circunspecto Sergio Cortés con su 1,64 m y apoyado sobre el pecho de Mati, quien con su risita y gafas de pasta negra, increíblemente, parece parapetarse tras el mismo Cortés; detrás de Mati figura Ubaldo Serna, el hieratismo hecho rostro; culmina el grupo el propio autor, de sonrisa despreocupada, y unos figurantes ya menos reconocibles entre los que destaca el flequillo de la estrella emergente Sumi Cortés, que en pocos años se convertirá en un deportista de elite. El resultado: medio colegio, sus directores los primeros, estará presente en las gradas del Campo Central de la Ciudad Universitaria a las 12:30 horas de un soleado jueves de mayo. Entretanto corre como la pólvora una noticia que no hace sino aumentar la expectación provocada por el partido: el Chami contará a última hora con el refuerzo de un jugador estelar. Viene como de otro planeta, de la recién deshecha Unión Soviética. Es de Kiev, internacional por la URSS y ahora por Ucrania, y a sus 23 años es uno de los mejores pateadores de Europa. Es el as que se guardaba Chicho, nuestro entrenador-jugador canario y futura estrella radiofónica y actor, que milita en el Canoe y lo acaban de fichar. De repente, un halo no ya de esperanza, sino de magia, ha empapado a toda la hinchada, que antes de desparramarse por las gradas se ha aprendido de memoria su nombre: Andrei Kovalenko. Aunque el encuentro es para él parte de

su fogueo previo en España, para nosotros es una estrella que se va a partir la cara por unos tíos que no conoce de nada, que va a sublimar nuestra lucha, imposible, titánica.

Primer golpe de efecto. El Cisneros está calentando solo en el césped aguardando plácidamente a su paseo militar. ¿Dónde están los nuestros? –nos preguntamos, mientras desplegamos la logística prestada por el servicio de cocina, unos peroles tremendos que en esta ocasión no van a alojar legumbres, sino vino, Fanta, vodka, azúcar y rodajitas de naranja y manzana. “¿Pero qué hacen que no salen?” –gritamos, ya inquietos. Los tiene Chicho agazapados en el vestuario, esperando al último minuto antes de pisar la hierba y desvelar la alineación. Por fin, el Chami sale en tropel. Entonces más de un Moby Dick rival muta a sardinita al detectar en nuestras filas al nuevo camarada ucraniano.

Empieza el partido. El crujido de los primeros choques produce olas en los vasitos de los trescientos mil litros de sangría que ya corren por las gradas, unas gradas de composición mixta, como el Chami oficiosamente siempre fue. Sin embargo, en esta ocasión las mujeres nos la refanfinflan; quince tíos con remera negra y banda roja están empezando a hipnotizar nuestra atención a base de carreras y revolcones. Lo están dando todo. Mi cerebro pone al choque música de Manowar, el temazo de Héctor lanzándose contra los aqueos. Esto promete. Las primeras acciones de los nuestros ya no se ejecutan sólo con pundonor; ahora también van trufadas de rigor. Y lo vemos, todos lo vemos. El equipo está volando alto, como el alcohol, como Ozzy Osbourne: *Flying high*. Apenas hay chascarrillos. Es más, empiezan los ánimos y las loas, que se vociferan con nombres propios. “¡Vamos, Mati! ¡Duro ahí, Ubaldo! ¡Qué huevos, Cortés!” ¿Qué está pasando? Está pasando que hemos partido el átomo, que nos hemos vuelto a fisionar en tribu. Está pasando que el Cisneros no esperaba encontrarse un hueso duro de roer y sopesa



~~~~~  
Foto del partido (Grupo) ¿quiénes?  
Final 1: Ubaldo Serna (el segundo),  
Mati (el cuarto), Juanma “Richard Gere”,  
Chicho Castillo (último)

incorporar la palabra “sorpresa” a su diccionario. El Chami está en plan acelerador de partículas: Sumi Cortés es ya el Hijo del Viento, su hermano Sergio está transfigurado en un requiebro permanente, el amenazante hematoma de la rodilla de Mati ha sido pasto de su amnesia y Chicho reina en los lances de las bajuras, donde articula las órdenes a dentelladas, pues no en vano su dentadura (no es coña) es de titanio. Qué menos de alguien que años después se integrará en La Fura dels Baus. Mi mente metálica se está dando un festín de endorfinas; para mí que el equipo corre entre *riffs*. A los pocos minutos, nuestro gran Sumi, cuerpo de velocista antillano pero en orensano, en escasos metros asfalta una carretera: tuya-mía con Kovalenko y hecho un bólido de fuego, rompe la velocidad del sonido cual estrella de la autopista purpleliana. ¡PEDAZO DE ENSAYO! Un ensayo como la copa de un pino. Nuestra grada es ya un orgasmo, nos cocemos a ritmo de Fireball y Highway Star. ¡¡SUMIII!! Y es un orgasmo infinito, porque, encima, tenemos un apertura venido del cosmos que pateo como dios y cada vez que el árbitro pita golpe a nuestro favor, el equipo pide tirar a palos. Entonces aparece Andrei, pelo lacio rubicundo, ojos azules, tez bronceada como si viniera de la dacha, y chuta. El melón se transforma entonces en un *sputnik* al que pone en órbita y cruza indefectiblemente el espacio entre los dos palos, cobrando el equipo sus puntos. Es el mejor pateador del mundo y esa mañana está con nosotros. La tribu está dichosa. Marcador a favor, compadreo, copas y tías que por una vez nos resultan invisibles. ¿Qué más podemos pedir? Discurrimos a volumen brutal, somos los amos de las nubes y señores del viento, héroes de cuento. El Barón Rojo enfrentándose solo a todo un escuadrón. En otro episodio, el ucraniano del Chami se zafa con clase y abre la jugada, casi siempre con el pie, donde tiene un radar de corrección de tiro como el de los MIg-29. Ya le hemos hecho colegial. ¡¡¡KOOOOOOO-VAAA-LEN-KO, A-DIECISÉISSS!!!- aúlla la masa, concediéndole sin sorteo previo la mejor habitación del colegio, individual con vistas a la piscina y bañera para orgías sin profanar. Tacho y Juan Muñoz ríen, pero saben que es inevitable. Llega el descanso, que en torno a nuestro banquillo gesta un torbellino. La grada se abalanza dando ánimos, un remolino en el que Chicho grita las instrucciones en medio de un ambiente que ya no huele a vinazo porque empezamos a apestar a victoria, pura y heroica resistencia: somos la séptima sinfonía de Shostakovich en el cerco de Leningrado. Kovalenko no habla ni una palabra de español,



Foto del partido (Grupo) ¿quiénes?  
Sumi Cortés, Jesús Miguel Cortés “Sumi”  
y Juan Antonio Sápaba

pero entiende lo que le dicen. Entonces alguien –el “Gallego”– me pregunta cómo se dice “¡vamos!” en ruso. “Pues *davai!*”, le soplo. “¿Y rápido, más rápido?” “*Bystro, bystreie!*”, remato. Y el “Gallego” primero y los demás después nos vamos a tirar todo el segundo tiempo gritándole al ex soviético que vamos-vamos, y rápido-más-rápido.

Comienza la segunda parte y seguimos aguantando el tipo. Bueno, la sangría no: con la emoción ya nos la hemos estallado toda. Pero da igual; es como si viniéramos de caernos en una olla de pócima gala y, además, ya hemos entablado conexión primaria con nuestros quince compañeros del césped, apuntando todo a catarsis. Pero los nuestros están recibiendo trompazos por todos los lados y, aunque en mi cabeza sigue sonando Manowar, ahora lo hace el tema de Aquiles profanando el cadáver de Héctor, cabreadísimo por la muerte de su colega Patroclo. Un *panzer* del Cisneros traspasa nuestras líneas como un cuchillo la mantequilla y logra un ensayo incontenible, mas el entusiasmo no decae. “*Gracias, Mati*” –le suelta sardónicamente Chicho al ilustrador imposible de tarjetas navideñas, que ha fallado el placaje y entablado un Jesucristo en su lugar. Pero da igual: aunque la mañana no apuntaba machadiana, la emoción pura nos va embargando, pese a que cada vez nos están forrando a más y más hostias, algunas muy licenciosas.

Aquí va a arder Troya. A pie de campo, un par de colegiales proyectan un par de salivazos a Mano de Piedra según pasa corriendo por su lado, obcecado como iba a comerse a cualquiera de sus contrincantes. Es lo que tiene Manolo García, intelectual vitriólico. La final avanza y el Cisneros se pone por delante, aunque de manera exigua, porque Sumi, con alas en los pies como Hermes, nos trae un pedacito de su futuro, un mensaje de los dioses, y vuelve a ensayar. ¡¡¡SUMIII!!! Ése es nuestro Sumi, capaz también de meter una canasta desde medio campo y de espaldas el día de la Fiesta de Primavera, cosa que le reportó dos cajas de cervezas del bar... En fin, todo está en un puño. Quedan unos minutos y todo es posible, desde una clase magistral de literatura universal en un suspiro, hasta la enunciación de una ecuación de trayectoria balística en un instante. Y llega EL momento que habrá de confirmarnos como nación.

El genio colectivo del equipo obra una sufrida falta a su favor en el último segundo. “¿Qué hacer?”, escribió Uliánov. Sin dudarle un momento, los nuestros piden tirar a palos. Es una distancia enorme, línea 10, a unos cuarenta metros por el flanco izquierdo, un disparo muy complicado incluso para los superclases. Pero allá que va el ucraniano y futuro internacional por España, que antes ha colado dos balones algo menos difíciles. Entonces todo el Chaminade se transmuta en un grito mudo de ruego, encomendándonos al dios eslavo. El tiempo se derrite como en los relojes de Dalí y los segundos en que nuestro último héroe se concentra junto al ovoide, se alargan lo que un trayecto de Madrid a Sajalín. Si la mete, ganamos. Si no, perdemos y autopista hacia el infierno. Como siempre, hay que meterla. El ucraniano alza la mirada sudorosa a través de sus mechones empapados y, majestuoso, toma carrerilla. Qué estilazo. Es Koroliiov calculando la trayectoria de la nave Vostok con Gagarin dentro, es Gógol burlándose con su pluma del orden jerárquico establecido. Centenar y medio de pares de ojos siguen la parábola de triunfo, centenar y medio de gargantas corean la elipse apasionada, casi Pushkin declarándose a Natalia Goncharova. El vuelo del cuero es magnífico y lleva dentro más de trescientas almas colegiales, todas llamadas Ícaro. Va entrar, está casi dentro... Y cuando va a entrar, de manera increíble, por algo intangible, el balón choca con el palo y rebota fuera. ¡NO ENTRA!

Sobreviene un instante interminable en el que me quiero morir, una sensación aplastante. Por un segundo, el graderío, medio colegio,

es un funeral católico. Por un momento, todo se funde a negro. No suena ningún disco sobre la hierba. Pero, acto seguido, un chute de adrenalina nos devuelve a la realidad en manada, mezclados con los héroes de nuestro tiempo, alborozados por nuestra inmensa no derrota. Ya no somos un funeral apostólico y romano, ahora estamos en un rito ortodoxo de exequias, con su pila de comida y vodka. Somos el Electric Funeral de Black Sabbath y acabamos de descubrir que el infierno *ain't-a-bad-place-to-be*, que atruena a base de corriente alterna y corriente continua. Sumi está hundido, pero en adelante el Real Canoe y la selección le esperan. Kovalenko está llorando avergonzado porque no comprende a santo de qué tanta alegría, porque no sabe que acaba de engrandecernos, de hacernos inmensos, de hacerse uno de los nuestros. Atiende desconcertado mis ánimos en mi ruso maquinal y de decibelios excesivos. No se figura que él se ha hecho Quijote y nosotros Raskólnikov. Y eso que él no ha acometido molinos de viento y nosotros no hemos matado a una vieja de un hachazo.

El partido ha acabado, pero ya es eterno. Ni humillados ni ofendidos, aun cuando nos hemos quedado sin ínsula. No ha sido fallo de nadie, es el no acierto de todos. No hay crimen y el castigo nos sabe a premio. Hasta la victoria, siempre.

Es 1994 y Yeltsin preside beodo la salida precipitada de medio millón de militares rusos de Alemania oriental para llevárselos a la estepa a morir en tiendas de campaña hasta que venga Putin. Y Cuba, sin Moscú, está en pleno periodo especial.



## “CUALQUIERA TIEMPO PASADO...”

Jaime Prujà-Artiaga (1987-1994)

Dicen que veinte años no es nada y hace ahora casi veintiuno, alguno más cuando leáis esto, que dejé de ser, formalmente, colegial del Chami. Formalmente, porque aunque pueda parecer raro, sigo viéndome como un chico chami. Ya, lo de chico a los cuarentaymuchos -creedme, esos veinte años han sido mucho más que nada- supone un ejercicio de imaginación tal vez excesivo, pero la parte chami es siempre clara.

Hace apenas cuarenta y ocho horas me encontraba deambulando solo, en medio de la noche, con la luna y las estrellas –en su mayor parte desconocidas para mí y brillantes como sólo pueden serlo a casi 4.000 metros de altura y lejos de la contaminante luminosidad urbana- como única compañía, por el Salar de Uyuni. Un vasto mar de sal, reflejando en plata la luz de la luna llena, en el que, sin referencias ni distracciones externas, sólo

puedes hacer, alternativamente, dos cosas mientras caminas: escuchar a todo trapo la música que llevas en el móvil (Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia, me había recomendado Pink Floyd, pero siendo quien soy, la elección final recayó en Abba) y pensar. Mirar dentro de ti mismo como sólo se hace cuando no te queda otra, cuando no hay otro sitio donde mirar. Mirar hasta que te encuentras a ti mismo, hasta ver no sólo cómo eres, intelectual, afectiva, socialmente, sino por qué. Y es curioso,

algo que siempre he sabido pero que nunca había racionalizado, apareció muy claro.

Si a mi madre y a los Corazonistas (Vitoria) les debo mi hechura intelectual (ya sé que empieza a sonar pretencioso pero es lo que hay), esa confianza en que mi inteligencia y mi conciencia son los instrumentos que Dios o el Universo me han dado para actuar como jueces supremos de lo correcto (el bisturí de la razón) y de lo bueno (mi brújula



Ficha de Jaime Prujà

moral); y a mi familia (a mi madre, a mis hermanas, a mis tíos, a mi prima, a mis sobrinos) y a mis amigos les debo mi hechura afectiva y emocional, que me ha dado la fortaleza para seguir adelante a pesar de los palos recibidos; sin duda alguna, al Chami le debo mi hechura social, la capacidad de vivir en sociedad, de participar en ella responsablemente (casi siempre) y de adaptarme y ser capaz de funcionar en y disfrutar de casi cualquier entorno.

Parecerá exagerado, pero en el Chaminade aprendí el valor de la convivencia, del compromiso, de respetar a los demás al tiempo que exijo el mismo respeto para mí mismo. Aprendí a reconocer esas sutiles diferencias que distinguen al amigo del amiguete, del compañero, del conocido, del vecino no siempre agradable. Pero también aprendí que todos ellos son buenos, necesarios, para desarrollar plenamente todas las facetas del animal social, el *homo politicus* por utilizar la expresión platónica, que somos.

Aprendí a establecer esas a veces complicadas barreras entre lo íntimo y lo social, entre lo privado y lo público, entre lo mío y lo de todos. Aprendí a compartir, a convivir. Aprendí que uno puede ser muchas cosas, hacer muchas cosas, sobre todo cuando cuentas con los demás. Aprendí que el cine no está reñido con el rugby, ni el teatro con los derechos humanos, ni la música con el estudio. Aprendí que tengo derecho a equivocarme, derecho a cambiar, derecho a ser yo mismo.

Puede parecer obvio, superficial... Pero os aseguro que no lo es.

El niño de 18 años recién cumplidos, estudiante de teleco, con fama (injustificada, debo aclarar) de empollón y a veces relamido que llegó al Chami en septiembre del 87, era muy diferente del algo malhablado, extrovertido y extrañamente (des)equilibrado individuo que salió de allí en el 94. Si le preguntáis a mi madre, sin duda responderá que ¡el del 87 le gustaba más!

Me habían dado plaza también en el Moncloa (¡ouch!) y el Ahuja, pero Carmen, la hija mayor de una buena amiga de mi madre y una de las primeras mujeres ingeniera de minas en España, ex-colegial del Roncalli, había dejado claro cuál era la mejor opción y dónde se organizaban las mejores fiestas. Todavía no sé cómo a Tacho se le ocurrió ofrecerme una plaza. La invitación a la entrevista llegó en la repesca, en plenos sanfermines y el 9 de julio me presenté en el Chami vestido de pamplonica... y con los dos brazos en cabestrillo. ¡Menuda tarjeta de presentación!



Celebración del 25 aniversario (diciembre 1991)

Era el Madrid de los últimos coletazos de la movida, el Madrid progresista de Barranco y el segundo gobierno socialista. Un Madrid sinónimo de libertad, lleno de posibilidades y peligros, especialmente para alguien que venía de provincias.

El Chami era el colegio mayor por excelencia, el paradigma de esa sociedad libre en el que convivían chavales de todos los rincones de España y todas las extracciones sociales, el colegio mayor más progresista y al mismo tiempo más *cool* del campus. Y no sólo era el Chami, era Aula7. Automáticamente, desde el día uno del curso de introducción para los nuevos colegiales, te convertías en parte de una especie de club mixto de colegios mayores que te abría las puertas a una vida social inesperada, a un menú de actividades culturales que para alguien que llegaba de un colegio del Opus Dei en Pamplona, resultaban simplemente deslumbrantes.

Fue un año intenso académica y socialmente. Un año en el que conocí a algunos de los que siguen siendo mis mejores amigos, en el Chami, el Mara y el Negro: Raquel, José Luis, Marian, Andrés. Un año de participación febril en la vida colegial, en las aulas de cine, de teatro, en las tertulias, en las asambleas (un ejercicio real de democracia práctica que para mí era toda una novedad). Un año de lucha contra las novatadas, de conversaciones en la sala de periódicos, de pinchos de tortilla y cacaolas en el bar, cuando por fin conseguimos entender el enmarañado acento de Germán. Un año de compartir tiempo y experiencias, no sólo con amigos sino con gente completamente distinta a mí y disfrutarlo.

Un primer año de un modelo distinto a todo lo que había conocido y que funcionaba. En gran medida gracias a la gente que lo hacía posible: a Tacho y a Juanma, cuya estatura como seres humanos no dejaré nunca de admirar y a quienes apreciaré de corazón hasta que muera; a Encarnita, sin cuya presencia el Chami hubiera perdido gran parte de la calidez que lo ha hecho único (y claro, la principal fuente intracolegial de noticias y verdadero pegamento social del colegio); a Serafi, su hermana, una segunda madre protectora, primero en el comedor y después en portería; a María Jesús en administración, el discreto “3en1” del sistema.

Un primer año en el que, tal vez, me dejé llevar demasiado por mi recién estrenada “libertad”, en el que exploré el Madrid de los Austrias, el Madrid del Prado (nunca olvidaré mi primera visita al Casón del Buen Retiro y al *Guernica*, que me impresionó tanto que literalmente me revolvió el estómago) y la Biblioteca Nacional, del Café Gijón, del Círculo de Bellas Artes y del Rastro, de Chueca, Chamberí y Malasaña, el Madrid de la movida, el Voltereta, el Escuerto, el Cutre Inglés, el Yazzta, el No se lo Digas a Nadie, el Zenit, el Archi, el Amnesia, el Madrid nocturno en el que te codeabas (no es que supieran quién eras pero te veían tanto que hasta te decían hola y charlabas o bailabas con ellos) con Almodóvar, Bosé y Banderas, Sabina y Tino Casal, Villena, Molina Foix, Alaska, Rossy de Palma, Paco Clavel, Fabio McNamara. Un primer año en el que decidí que lo mío no era la ingeniería sino el periodismo, un primer año en el que finalmente y de forma algo dramática, decidí salir del armario.



Mentiría si dijera que descubrí algo nuevo sobre mí mismo. Siempre he sabido que soy gay. Pero eran los 80, en Pamplona, el hijo mayor y único varón de una viuda, en una familia considerablemente religiosa, y haciendo el bachillerato y el COU en un colegio del Opus Dei. Os podéis imaginar. En realidad, a mis amigos y amigas se lo dije muy temprano, poco antes de Navidad de aquel mismo año. Pero a finales de curso llegaron ¡los fuegos artificiales!

Era el Madrid del final de la movida y en ciertos ambientes estaba incluso bien visto. (Cuántas veces he oído aquello de “Jaime no es maricón, va de moderno”.) En la Universitaria, en general, no tanto. No en realidad. Los continuos chistes de maricones, los comentarios despreciativos a espaldas de la gente, incluso las bromas pesadas, eran el pan nuestro de cada día.

Todos sabíamos que había algún que otro gay en el colegio. No diría que algunos se ocultasen, para nada, aunque jugaban más bien con la ambigüedad. Pero nadie lo decía claramente, la práctica de esa doble moral decimonónica de provincias: se sabe pero no se dice, por lo menos no a la cara. Y las pocas veces que el tema surgía en público, poco menos que se negaba. Otros sí, escondidos al fondo del armario y la puerta cerrada con llave. Era todavía un tema tabú. Y tuvo que venir un adolescente de provincias, cansado de mentir y ocultarse, a romperlo.

Nunca fui consciente de todo lo que ello supuso, no sólo para mí, hasta que hace poco Tacho mencionó el hecho en una conversación y me forzó a pensar en ello. Para mí fue algo natural. Reventé, dije quién era y al diablo con las consecuencias. Gracias a Dios, el Chami, Tacho, Juanma estuvieron ahí para mí. Y desde luego, mi familia (no sin drama a veces) y mis nuevos amigos.

Siendo 1988, supongo que no pudo ser de otra manera. Mi salida del armario, que ya fue estruendosa, continuó de la forma menos discreta posible, extravagante tal vez sea una buena descripción: la Facultad de Ciencias de la Información, reputadamente el bar con más gays por metro cuadrado en la Universitaria, una vida nocturna intensa que se incrementó cuando empecé a trabajar para una conocida discoteca y luego varios bares, amigos y amigas de lo más colorista que venían de visita, un vestuario (nocturno) propio de una película de Almodóvar (sí, reconozco que me sonrojo cuando veo alguna de aquellas fotos), todo combinado con una cierta militancia gay tal vez algo excesiva (o necesaria si uno piensa que en 1991 un grupo de skinheads casi me

mata de una paliza y no era algo completamente anormal en aquel tiempo) y, medio en risa, medio en serio, un alter-ego, un personaje contestatario y algo estrafalario (Vanesa, un ex-camionero travesti) en un programa nocturno en Radio Saigón, la radio “pirata” del colegio. Nunca se me ha dado bien callarme y sin quererlo, pero por méritos propios, me convertí, aunque imagino que algo alejado de los estereotipos, en el “gay” oficial del colegio.

No diré que fuera fácil, y sí, generó problemas y situaciones conflictivas, pero la aceptación y el cariño fueron la norma general. Con el tiempo, desde luego, las aguas encontraron su cauce y ser gay se convirtió, para mí y para los demás, en una cosa más, como ser de Pamplona o Barcelona (o las dos), pertenecer al aula de teatro o tener un sentido del humor algo peculiar.

Tacho me dijo algo hace poco que, casi treinta años más tarde, me causa gran satisfacción, y es la razón por la que os cuento esto: mi salida del armario, aparentemente la primera como tal de un colegial viviendo en el Chami, sirvió para que otros adolescentes como yo, más allá de los que yo conocí en mis años de colegial (me tocó dar más de un consejo), que después llegaron al Chami algo perdidos, en ocasiones en conflicto consigo mismos, especialmente en los 90, lo tuvieran un poco más fácil.

“Mariconadas” aparte, el resto de los años en el colegio -incluido un break de dos años viviendo por ahí en los que, como mi querida Marta (una de nuestras mejores novelistas contemporáneas y casi colegial de honor) dice, mi piso de Argüelles se convirtió en una sucursal del bar del Chami- se cuentan entre los mejores de mi vida. El cine y el teatro eran una parte tan importante de nuestras vidas como la universidad, salir por la noche, pasar horas jugando a juegos de rol o pelearnos, desde el aula de Derechos Humanos, contra la recién aprobada e injusta Ley de Inmigración. Pasamos horas y horas hablando, discutiendo, planificando en aquellas interminables comidas de cine y teatro de Aula7. Los ciclos sobre Almodóvar, Fassbinder, Wenders o el neorrealismo italiano fueron auténticos eventos culturales en un Madrid que no andaba escaso de ellos. Programábamos, escribíamos, proyectábamos. Algunas de nuestras puestas en escena marcaron hitos importantes en el teatro universitario de la época (aunque es cierto que éste ya había entrado en declive). Escribíamos, diseñábamos sets y vestuarios, dirigíamos, actuábamos.



~~~~~  
Cartel del ciclo Pedro Almodóvar

En las comidas y en las cenas, en las mesas del bar -entre partida y partida de mus, el ritual sagrado después de la comida-, en los bancos de la entrada (central intercolegial de cotilleo universitario), en los “desayunos” a media noche (con la guarrada favorita oficial, la tostada Chaminade, una torre de rebanadas de pan bimbo impregnado en mantequilla, pensada sobre la plancha hasta que apenas tenía el grosor de una hoja, untada en

paté, o su versión sándwich, con dos capas y un relleno de chorizo, y por supuesto mojada en el colacao de rigor) durante las noches interminables de “estudio” en la biblioteca, entonces tal vez más que nunca, se hablaba de todo: de los últimos ligués en los colegios vecinos, de Roldán y los GAL, de las andanzas de alguno de los canarios o de los sempiternos rumores sobre la entrada de chicas en el Chami. Éramos una buena panda de adolescentes y jóvenes medio descontrolados con una increíble conciencia social y política, tan interesados en pasar horas arreglando el mundo como en ligar o cruzar la calle y pasarnos de rosca en el Friolera.



~~~~~  
Tertulia con Antoni Ros Marbá 1988 (JP)

Fueron años de cimentar amistades dentro y fuera del colegio, amigos que lo siguen siendo a pesar del tiempo y la distancia: Marta, Fran, Gabriel, Claudio, Segui, Marcos, Nacho, Manu, Mara... Y aquellos a los que, tal vez sin haber sido amigos del alma, me sigue uniendo un vínculo de cariño especial, ese que te hace seguir en contacto ocasional en facebook o emocionarte sinceramente cuando te encuentras por casualidad, en Madrid o en los rincones más alejados del mundo.

Y los veranos del Chami, el cachondeo-chami en esteroides. Las dos hornadas de extranjeros (casi todo americanos, bueno, americanas) entre julio y septiembre. De nuevo alguno de mis mejores amigos: Michael, mi hermano del alma, Caroline, Bernardetta, Annalisa.

El Chami no sería el Chami sin sus veranos, sin sus becas de portería, sin sus tardes de piscina, sin sus caipiriñas y fiestas en el sótano, sin escaparnos a reventar el nuevo piso de Sacha, o celebrar mi cumpleaños acabando en masa en el Joy, sin las salidas en grupo a las terrazas y discotecas de moda (no diré que no se me ha pasado por la cabeza que ése era el verdadero secreto de mi módicum de popularidad), sin las dudosas expediciones nocturnas a las piscinas de otros colegios, sin Elías en portería, sin Magdalena, la profesora argentina de la Universidad de Columbia que se convirtió en elemento imprescindible de esos veranos.

Vivimos en el Chami el paso del Madrid movido de Barranco al más aburrido y controlado de Álvarez del Manzano, la primera huelga



Con Josechu en cafetería en verano 1991

general de la democracia, la decadencia y la corrupción inexcusable de los gobiernos socialistas, el terrorismo de ETA, la caída de Pinochet, la primera Guerra del Golfo, la retirada sui generis del eterno pretendiente presidencial Fraga, la intervención de Banesto y las primeras emisiones de la televisión privada, las Olimpiadas de Barcelona, el nacimiento de los Tres Tenores, el lanzamiento del Hubble, la liberación de Nelson Mandela (a quien me emocionó conocer en Sudáfrica años más tarde), el espectacular y endeudador crecimiento del Metro de Madrid con Ruiz Gallardón, la matanza de Puerto Hurraco, la elección de Mary Robinson como primera mujer Presidente de Irlanda, el auge creciente de los nacionalismos, el esplendor de *El País* y la decadencia de *Diario 16*, el nacimiento de *El Mundo* (y el imparable inflamamiento del ego de Pedro J.), el triunfo de Clinton (Mónica tuvo que esperar a que yo me fuera del colegio), la desaparición de Ylenia, la guerra de Bosnia, los acuerdos de Oslo, la transformación de la sociedad postfranquista en una sociedad casi moderna, europea y europeísta, el nacimiento de la pasarela Cibeles, el fin de la movida, la evolución del universitario medio de novato Erasmus a bilingüe sin complejos (aunque sólo fuera por ligar con las susodichas americanas, o americanos en algún caso), la llegada del porno con Canal+, la desintegración de la Unión Soviética, el comienzo de internet, la caída del Muro de Berlín.

Todo tuvo su debida importancia. Todo nos ha dejado huella. Y en todas esas huellas, un elemento común: lo vimos en el Chami, lo comentamos en el Chami, lo celebramos en el Chami, lo lloramos en el Chami, lo vivimos en el Chami.

Dice Jorge Manrique en sus *Coplas* que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”. No diré lo mismo pero sí que fueron tiempos realmente extraordinarios y que lo fueron más porque los vivimos en el Chami.

,

# 1990

Ricardo Vázquez Almagro (1989-1994)

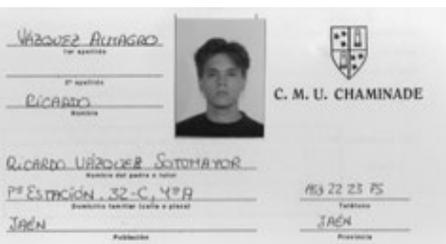
## DIÁLOGO Y PLURALIDAD

Llegaba a Madrid en septiembre de 1989. Llegaba provinciano, de pensamiento muy conservador y poco autónomo, repitiendo opiniones que tomaba del *ABC* de Anson, que compraba a diario y leía desayunando en el bar del Chami, porque tenía turno de tarde. Me recuerdo defendiendo en el comedor, frente a un César Olano escandalizado, la tesis de los obispos contra la *peligrosa* campaña “póntelo, pónselo” del Partido Socialista, que sólo conseguiría fomentar la promiscuidad y, a la postre, los embarazos no deseados y el aborto. Afirmaba que la síntesis liberal-conservadora del Partido Popular, recién nacido de Alianza Popular y puesto en manos de Aznar, traería el bienestar para nuestras empresas y, todos en el mismo barco, se traduciría indefectiblemente en el bienestar de todas las capas sociales. De cosas así había yo hablado

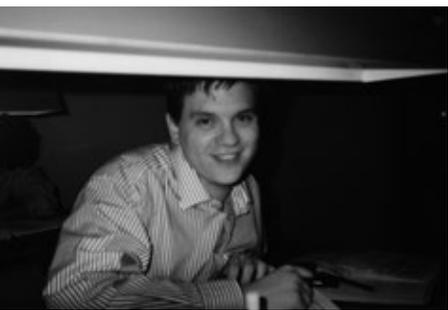
en mi entrevista con Tacho: ¿Por qué me había dado plaza? Porque el perfil de colegial que ha buscado siempre el Chaminade nunca ha sido izquierda o derecha, sino que, a diferencia de otros mayores, lo buscado en realidad era lo plural. Y aquel adolescente reaccionario que yo era aportaba al crisol del colegio. Veinticinco años más tarde me encuentro en las antípodas ideológicas,

felizmente casado con otro chico y con dos hijos por acogimiento. Y en el camino de crecimiento que me ha llevado de un sitio a otro, el Chaminade tiene un papel esencial al haberme sumergido, en el momento preciso en que empezaba a convertirme en adulto, en un contexto de la máxima pluralidad posible. Frente a la discusión, el Chaminade me descubrió el diálogo. Y de ese diálogo —¡tantos diálogos!—, surgió otra persona, surgió quien hoy soy.

Uno de esos contextos de diálogo que me salvaron durante mis años en el Chaminade fue la comunidad cristiana que llevaba José



Ficha de Jaime Prujá



Retrato en la sala de estudios, 1991 (RVA)



Comunidad Cemi con José Antonio (RVA)



Fotografía del paquete devuelto

Antonio Romeo Horodiski —mi querido José Antonio, que está en el cielo de los que hicieron felices—, una de las comunidades CEMI.

## TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

Busqué una comunidad cristiana al llegar a Madrid porque en Jaén participaba de un grupo diocesano, Nuevos Sarmientos, que hasta entonces había significado mucho para mí. Pero lo que encontré en las CEMI era otra cosa. Eran tiempos de Teología de la Liberación: los oprimidos como motor de su propio cambio y factores de su emancipación, articulados en América Latina en las que se llamaban Comunidades Eclesiales de Base, que resultaban para nosotros una inspiración, pero que eran de verdad un grave problema para los poderosos. Sus pensadores conocieron las paredes del Chaminade: Ignacio Ellacuría dio una conferencia para la Cátedra de Teología un año antes de ser asesinado en El Salvador, el 16 de noviembre de 1989, junto con otros seis miembros de su comunidad. El colegio le había enviado el libro en el que se publicaba su charla, pero vino devuelto porque Ellacuría ya estaba muerto. Hoy ese paquete devuelto está en el despacho de Sergio Suárez.

Personalmente conocí a través del Chami y de CEMI al único superviviente de aquella matanza, Jon Sobrino; a Benjamín Forcano, a quien expulsaron de la diócesis de Madrid por su *Nueva Ética Sexual*, cuyo capítulo sobre homosexualidad, lleno de sensibilidad y sentido común, me ayudó mucho en mi integración personal y en la profundización de mi autoaceptación; a Evaristo Villar, a Juan

José Tamayo, a José M.<sup>a</sup> Castillo, a Enrique de Castro... teólogos y curas revolucionarios y que revolucionaron mi vida. Y es incontable

la cantidad de gente anónima del ámbito de la Iglesia de base que la comunidad del Chaminade nos dio la oportunidad de conocer. Y con cada encuentro, crecer. Hasta que conocimos a la comunidad de Emaús, de Málaga. Ellos eran lo que nosotros queríamos ser: una comunidad de vida viviendo el Evangelio en un barrio marginal, en una corrala okupa, que nos hizo descubrir que la lucha por la justicia no era incompatible con la fiesta, la alegría y la vida sexual de cualquier orientación. Y ese fue precisamente nuestro adiós al Chaminade: tras cinco años, cuatro amigos de la comu, Raúl Rodríguez, Ramón de Francisco, Javier Fresneda y yo, nos fuimos a vivir a San Blas, cuando San Blas era San Blas, a una casita baja donde estuvimos diez años.



### INSUMISIÓN

Pero en mi viaje a la izquierda no sólo tuvo que ver la comunidad cristiana del Chami. En agosto de 1990 Irak invade Kuwait y George Bush padre inicia la primera guerra del Golfo. Resultaba muy evidente que era una guerra de sangre por petróleo (recuerdo un texto que publiqué en cartelera al respecto), pero mi *ABC* de cada mañana expresaba lo contrario: que aquella era una guerra justa y necesaria. La manipulación informativa tan indisimulada del *ABC* me hizo buscar alternativa: Acababan de nacer tres nuevas cabeceras de prensa en Madrid: *El Independiente*, *El Mundo* y *El Sol*. *El Independiente*, de Pablo Sebastián, era un periódico de izquierda, a la izquierda del PSOE, pero definitivamente me devolvió el placer de la lectura de prensa diaria. En él leía a gente que interpretaba la guerra en los mismos términos que yo, leía también en artículos de opinión a teólogos de la liberación y, desde ahí, fui acercándome a otros puntos de vista políticos que maduraban en mi cabeza en el caldo de cultivo del Chaminade. Aquella guerra nos hizo izar la bandera de la paz en el mástil del colegio. La guerra tenía mucha presencia real entre nosotros porque en 1990 se hacía la mili. Y fue en gran medida gracias a ella que la objeción de conciencia, que durante los 80 había estado

~~~~~  
Conferencia de Jon Sobrino en la Cátedra  
con José Antonio, 25 febrero 1997

tan mal vista socialmente, “salió del armario”: la inmensa mayoría de los colegiales nos hicimos objetores y el movimiento antimilitarista cobró gran fuerza. Y hubo algunos que, siguiendo la estrategia diseñada por el MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia), decidieron no sólo no hacer la mili, sino negarse también a hacer una prestación social sustitutoria que formaba parte del mismo engranaje militarista: nacía la insumisión. Y mi gran amigo y compañero del Chami Alberto

Escudero se insomietió. Recuerdo verle en un programa de debate en la recién inaugurada Antena 3 TV defendiendo su postura con fuego en los labios: “yo de hecho hago voluntariado social. Pero como castigo a mi antimilitarismo no pueden obligarme a hacerlo. Porque el trabajo social debe ser un trabajo voluntariamente asumido: a uno no le pueden obligar a limpiar el culo de un viejo, porque si te obligan, se lo limpiarás mal”. Todos le escuchábamos en éxtasis.

De aquella guerra del Golfo heredamos el presente y espeluznante terrorismo yihadista. De la insumisión, sin embargo, aprendimos que la desobediencia puntual es un instrumento de lucha ciudadana y de ejercicio directo del poder de la soberanía, abriendo nuestra cultura política a la participación directa y la democracia real, de lo cual el 15M ha sido heredero en nuestro siglo.

### EL 0,7 Y EL FLUJO DEL CHAMI

En cierta medida estos pensamientos y otros se iban haciendo acciones. En 1991 hicimos campaña para recoger cientos de cajas de suero contra el brote

de cólera epidémico que azotó el Perú. Aquel verano nuestro amigo Manu Oliver lo pasó entero en Calcuta, con la madre Teresa en persona, atendiendo a los pobres de entre los pobres.



Foto en la cafetería con Alberto Escudero e Iñaki Cívico (RVA)



Bandera de la Paz

Y cuando el 15 de octubre de 1993 la Plataforma del 0,7 inicia una huelga indefinida de hambre exigiendo que el 0,7% del PIB se destinase a ayuda al desarrollo, el Aula de Derechos Humanos del Chami se metió de lleno en el movimiento, que derivó en la famosa acampada en Castellana: cientos de tiendas durante meses. Y todas estas inquietudes, este hervidero de pensamientos, buscaron expresión. Se nos ocurrió que podíamos crear una revista del colegio:

*El Flujo del Chami* (y sí, queríamos jugar

con la paronimia). Y sin quererlo hicimos quizás lo más contrario al espíritu del mayor: no lo propusimos en asamblea. Con los limitadísimos medios informáticos de los que disponíamos en la época, nos parecía que era necesaria una prueba de concepto antes de presentar nada a asamblea, y obtuvimos para ello el visto bueno de la dirección. José Miguel Gil ilustraría aquel número cero (era quien dibujaba los carteles que publicaba en cartelera nuestro colectivo “Ha sido Sulfúrico”). Nuestra inquietud colectiva era la devolución de la centralidad a la persona, humanismo que representamos con una portada dedicada a Da Vinci. Días antes de que viera la luz pusimos carteles por todos los colegios de la zona: “ya nos viene”, “nos llega el flujo”. Con una tirada de mil ejemplares, unos 250 se quedaron en el colegio y el resto los repartimos por los demás. ¡Estábamos tan orgullosos! No podíamos prever lo que se nos venía encima: carteles pidiendo nuestras cabezas. Habíamos publicado una revista a espaldas de todos para hacerla a nuestra imagen y semejanza. Fueron días muy duros; no nos atrevíamos ni a salir al pasillo. La dirección medió y devolvió las aguas a la calma. Y llegó a hacerse un segundo número en el que especialmente los más críticos con nosotros aportaron cosas muy bien hechas y muy interesantes —recuerdo un interesante cómic de Fernando Ruiz de Azúa, por ejemplo—. Fue una forma elegante de hacernos sentir el perdón que nos concedían. Supongo que básicamente habían llegado al convencimiento de que no habíamos obrado de mala fe. Aquel número llevaba en portada a Einstein y fue el último: supongo que la batalla nos había dejado mal sabor de boca a todos y nos había quitado las ganas del esfuerzo, que era mucho.



~~~~~  
Iñaki Cívico, Alberto, RVA  
y Tino Toledano, 1991

Enmascarados con “El Flujo”,  
noviembre 1991 (RVA)



### LA CAÍDA DEL MURO

Resulta curioso que aquel verano hiciera yo amistad precisamente con los miembros de “Qué buenas están las tías que están buenas”, el colectivo que más beligerantemente había reaccionado frente a *El Flujo*. Compartimos viaje a la URSS, de la mano del Chaminade y del Instituto Pushkin para la lengua rusa. También en eso el Chaminade era puntero. Acababa de caer el muro de Berlín, acababa de terminar la guerra fría, eran los tiempos de la *perestroika* de Gorbachov: el desmantelamiento de 70 años de régimen soviético. La todavía URSS admitía ahora abrirse al mundo occidental, y ahí, junto con la Coca Cola, colamos nosotros, en un programa de un mes en verano en Odessa (actual Ucrania) para aprender ruso. Recuerdo mi visado, en cirílico, lleno de hoces y martillos. Del país me llamó mucho la atención lo degradado de todo lo público: el tren que nos llevaba desde Kiev tardaba 13 horas en hacer 475 kilómetros; una media de 35 km/h. Los vagones, estructurados por departamentos y hechos de madera, debieron de haber sido bonitos un día. Sus baños estaban anegados de orín, un par de dedos sobre los que tenías que pisar sin remedio. Luego descubrí que nadie parecía limpiar ningún baño público: tampoco en el colegio mayor en el que unos estudiantes latinoamericanos que conocimos nos invitaron a fiestas. Estaban becados por la Unión Soviética en una época en la que cuidaba la cantera en países del tercer

mundo. Los pisos donde vivía la gente estaban dignos, pero todos sus elementos comunes, todo lo público, estaba en un estado deplorable.

Dos años antes había pasado yo el verano estudiando inglés en Pensilvania, con una familia universitaria, sencilla, pero culta. Hablábamos mucho de política y en una de esas conversaciones ella expuso un argumento tan simple como irrefutable: de Rusia la gente se quiere ir, aquí la gente quiere venir; algo bueno tendrá nuestro sistema, algo malo tendrá el de ellos. Mi viaje en primera persona a la Unión Soviética de la mano del Chami no pudo contradecir aquellas sencillas palabras, y así se lo hice saber en una postal que les envié... con la cara de Lenin.

### LA POSMODERNIDAD

La pluralidad que brindaba el Chaminade no era sólo ideológica. Cada día te sentabas a la mesa con personas que estaban profundizando conocimientos a nivel universitario en las más variadas disciplinas. En la comida lo mismo se hablaba de transistores que de Kant, planos-secuencia o delito de cohecho, y a poca curiosidad que se tuviera, era fácil ampliar los horizontes de tu mente. Para mí era ése el espíritu auténticamente universitario, más que el propio de la facultad. Imbuido de él participé en seminarios y cursos promovidos por otros colegiales que nada tenían que ver con el Derecho ni con la Economía que yo estudiaba formalmente. Recuerdo un curso de MINIX —predecesor del Linux, que aún no se había inventado—. Algunos me preguntaban que qué hacía yo en aquel curso, si yo estudiaba Derecho, y es curioso que a la vuelta de los años mi desarrollo profesional haya sido finalmente la informática. Pero el seminario que me fascinó fue el de metafísica y metapolítica que organizó mi amigo Alfonso Carrascosa, estudiante de Música y de Filosofía, trayendo para ello durante muchas semanas a Quintín Racionero, brillantísimo profesor de su facultad. Quintín me reveló el contexto de pensamiento en el que se estaba desarrollando mi vida en el Chaminade de 1990 (¿el que seguimos viviendo hoy?): la posmodernidad (la metapolítica). Frente al contexto filosófico de la Ilustración y la modernidad (la metafísica), según el cual existe la Verdad, aprehensible por la Razón y que legítimamente puede imponerse a los demás, a otros pueblos, a otras culturas, la posmodernidad plantea que no existe la Verdad sino sólo las verdades. Y la manera de convivir cuando cada uno tenemos nuestra propia verdad es consensuarlas: la política, el pacto. Toda verdad es respetable. El valor supremo no es la

Verdad, la Razón, el Bien o la Belleza: el valor supremo es el diálogo, la tolerancia. Es el tiempo del respeto, de la multiculturalidad, de la diferencia, del relativismo. Me sorprendió descubrir cómo el pensamiento filosófico ponía palabras a lo que yo estaba viviendo, con décadas de antelación a la realidad política y social.

Para mí en cuanto gay es éste el mejor de los mundos posibles, porque la asunción de la diferencia está inscrita en el mismo ADN del pensamiento posmoderno. El heterosexual puede entender que la atracción sexual que él vive como evidente puede no serlo para otra persona; y, desde ahí, puede respetarme. Creo que los años de extraordinarios avances en la conquista de derechos LGTB que hemos vivido han sido posibles gracias a este contexto filosófico, luego social y político. En aquel seminario del Chaminade nos explicaron el presente y nos adelantaron el futuro.

### TEORÍA DE GÉNERO Y CHAMI MIXTO

Pero a toda esa pluralidad que describo, signo de identidad del proyecto educativo del Chaminade, le faltaba la más obvia de las diversidades, la diversidad de sexos: mi Chaminade era sólo masculino. A muchos de nosotros nos rechinaba aquello, y decidimos convocar una asamblea —las asambleas eran el otro gran signo de identidad: la participación asamblearia de los colegiales en asuntos de funcionamiento del colegio, que ayudaba a respetar las decisiones tomadas por todos, como que no hubiera novatadas, nos contaban nuestros mayores del Aula de Derechos Humanos—. Invitamos a que estuvieran presentes algunas amigas del Isabel de España y lo que tuvieron que escuchar nos dio vergüenza. Los argumentos contra el colegio mixto se resumían en dos categorías: los del tipo “no voy a poder tirarme ‘peos’ por el pasillo de camino al baño” y los del tipo “es que serán chicas a las que no podré tirarme, porque si me tiro a una tía no quiero encontrármela al día siguiente comiendo en mi comedor; y si no me la puedo tirar, para qué la quiero aquí”. Era triste ver que consideraban que la mujer no podía enriquecer la dinámica del colectivo, no podía aportar nada nuevo a la vida colegial ni a nuestro crecimiento y maduración como personas; era triste que se ignorara la importancia de introducir la visión femenina en el colegio. No se daban cuenta de que esto convertía al colegio en un semillero rancio de machismo y patriarcado. Aquella votación la perdimos, aunque por muy poco. Pero quiero

creer que sembró la semilla del actual Chami mixto. Diez años después pasé un verano en el colegio e hice amistad con colegialas chicas, y me sorprendió comprobar que eran mujeres pero que al mismo tiempo tenían un perfil claramente “chaminade”, resultando dos categorías compatibles.

Nuestra batalla por un Chami mixto tenía un correlato en la sociedad que vivíamos. Desde finales de los 80 habían empezado a florecer en nuestras universidades los estudios de historia de la mujer y más adelante el género como categoría analítica. La primera vez que yo tomé conciencia sobre esta perspectiva de análisis de la realidad fue cuando mi gran amiga filósofa y vasca

Malen Álvarez, una de las personas a las que tengo en más alta estima intelectual, inició su doctorado sobre pobreza y género en América Latina. El descubrimiento me resultó fascinante. Poco después mi amigo Ernesto Esteso sería cofundador de un grupo de hombres, que buscaba repensar la masculinidad. Muchos años más tarde me llenó de orgullo saber que en el Chami había una activa Aula de Género.

Los roles de género nos oprimen a todos: no es sólo una cuestión de liberación de la mujer; es también el varón quien debe liberarse de corsés que coartan su crecimiento, el pleno desarrollo de su personalidad y hasta su felicidad. Se nos inculca desde muy temprano el orgullo por la trascendencia de nuestro sexo como compensación por todas las frustraciones que nos hacen padecer. Pero el patriarcado es también nuestro enemigo.

## ARMARIO Y LUCHA LGTB

Bueno, para mí fue más fácil terminar dándome cuenta de la trampa del patriarcado y revelarme frente a su corsé, porque una de sus normas es la heterosexualidad.

Aquel adolescente imberbe que llegaba a Madrid con 18 años se negaba a admitírselo a sí mismo, aunque yo ya lo sabía desde hacía



~~~~~  
Foto en la terraza 1992 (RVA)

mucho y llegaba a Madrid enamorado hasta los huesos de mi amigo Fernando, a quien dejaba allí en Jaén y a quien escribía cartas, aun sin confesarle nunca mis sentimientos. Y a los pocos meses en Madrid sentía atracciones muy difíciles de controlar —¡ay, hormonas y adolescencia!— por varios de mis nuevos compañeros de colegio mayor y alguno de la facultad. Pero yo me había dado a mí mismo lo que yo llamaba una “moratoria” hasta los 21 años: si a los 21 seguía sintiendo igual, haría algo al respecto —el qué, no lo sabía; y me angustiaba mucho—. Y fue una muy mala idea, porque fueron los peores tres años de mi vida.

Una vez más, el que el colegio mayor fuera sólo masculino no me ayudaba nada. El ambiente machirulo se retroalimentaba y se enrarecía.

Es difícil encontrar palabras para expresar lo diferente que era la sociedad española de 1990 respecto al tema LGTB. Realmente, siento el privilegio de haber podido vivir una revolución histórica en este asunto, que, por otra parte, tan directamente me concierne. No es sólo una cuestión de leyes: es toda una reconquista de dignidad en la conciencia social.

Mis referentes en Jaén, de donde venía, eran un librero, del que mi padre me dijo una vez en voz baja que de él se decía que tenía sexo con chavales a los que “corrompía” en un chalet que tenía a las afueras, que tenía que tener cuidado con él; y un peluquero rubio teñido y amanerado. Esas personas no tenían nada que ver conmigo, y yo no sabía de nadie más que sintiera como yo. Me sentía de verdad solo en el mundo. Yo no podía ser como ellos. La lucha que se libraba dentro de mí era desgarradora. Aquello era algo monstruoso y tenía que luchar contra ese monstruo dentro de mí.

Para un chico gay de provincias<sup>5</sup> como yo, tan absoluta ausencia de referentes resulta lo esperable. Pero es que tampoco es que Madrid tuviera tanto así una vida gay abierta y positiva: en el año 1993 había únicamente siete locales de ambiente gay —hoy se cuentan más de

---

<sup>5</sup> Al llegar a Madrid escuché por primera vez esa expresión: “ser de provincias”, como las provincias del Imperio Romano, como si Madrid no fuera también una de las cincuenta provincias; más tarde entendí la diferencia entre lo capitalino y lo provinciano.

cien—, según listaba la revista *Entiendes?*, que publicaba por aquel entonces un Cogam (Colectivo Gay de Madrid) que, fundado en 1986, hacía poco había aceptado ser también un colectivo de lesbianas. Y el barrio de Chueca de los años 80 era un barrio extremadamente peligroso y degradado debido al tráfico de droga. Vaya, que el nacimiento de la ciudad abierta y tan *gay-friendly* que es ahora lo viví yo: Madrid y yo salimos del armario en paralelo.

Naturalmente, no tenía yo tampoco ningún tipo de referente icónico: no los había en televisión; series como *Aquí no hay quien viva* o *Al salir de clase* llegaron muchos años más tarde (la historia de amor de Santi y Rubén comenzó en agosto del año 2000). Era literalmente impensable que pudiera hablarse de este tema en televisión; y de lo que no se habla, no existe.

Tampoco había referentes en el cine que distribuía el circuito comercial; y muy poco en circuitos alternativos. Algunas películas españolas de Eloy de la Iglesia sacaban a chaperos, al igual que también a navajeros o a drogadictos, clasificadas “S”, tratando el tema siempre como algo que debe ser ocultado porque es indigno, que debe ser relegado a las alcantarillas, que pertenece a los márgenes, a lo subterráneo. Yo no podía ser aquello.

La primera película que vi que tratara el tema de una manera bella, respetuosa y desde la perspectiva del amor fue *Maurice*, la adaptación de James Ivory de la novela de Forster. ¿Y dónde la vi? La vi en el Chamí. Se proyectó en el salón de actos. La trajo el Aula de Cine, cuando las películas se traían en tres o cuatro bobinas enormes de celuloide. La vi junto a mis amigos del colegio, que aún no sabían nada de mí. Con el corazón a ciento sesenta pulsaciones por minuto. Asustado, sobrecogido, pero emocionado.

Mi historia de salida del armario es una historia del Chamínade.

Aquella Nochevieja de 1992, de cotillón con los amigos de Jaén, decidí que había llegado



al límite de mi aguante. Vi a mi amigo Rafa bailando una lenta con su novia y pensé: “¿y no podré tener yo nunca derecho a bailar una lenta con alguien a quien quiera y que me quiera?”. Sentí que tenía que levantar la pesadísima losa que sentía sobre mi cabeza. La alternativa era el suicidio. Debía levantarme y buscar la felicidad. Nadie iba a ser feliz por mí. Costase lo que costase, cayese quien cayese, yo iba a luchar por mi felicidad.

Así que decidí que el mismo día de mi vuelta de vacaciones iría a Sol y compraría revistas, como aquellas que ya me había atrevido a comprar a hurtadillas de segunda mano, pero actualizadas, que contuvieran contactos: seleccionaría unos cuantos y les escribiría. En 1993 no es que no existiese el *Grindr*, no es que no existiese el *chat*, es que no existía ni Internet<sup>6</sup>. Así que salí de Atocha y fui a Sol la tarde del 11 de enero de 1993. Mi vida frenaba en seco y cambiaba de dirección: de vivirla con la marcha atrás, pasé a echar el freno y a meter primera. Pasar del 0 al 1 no es sólo un cambio cuantitativo, es, sobre todo, un cambio cualitativo.

Recorrí todos los quioscos de Sol mostrando las revistas de segunda mano de las que quería número actualizado, pero en todos me decían lo mismo: “Lo siento, esas cabeceras es que ya no se publican”. Hasta que llegué a un quiosco ya de la Gran Vía, cerca de Plaza de España, donde una quiosquera, a quien no olvido, me salvó la vida: “esas revistas ya no se publican, pero tengo otras parecidas. Si quieres, te las dejo y echas un ojo, a ver si alguna es lo que buscas”.

Allí estaban: revistas gais que tenían páginas de contactos.

Volví al Chami. Me encerré en mi habitación bajo llave. Leí cuidadosamente los contactos de las tres o cuatro revistas que había comprado; seleccioné cuatro. Encendí mi “portátil” —un 286 que pesaba siete kilos, con su pequeña pantalla en blanco y negro y su ultimísimo Windows 3.1 beta que un teleco del Chami me había pasado hacía poco en nueve disquetes—, arranqué el *Write* y me puse a redactar la carta que les

---

<sup>6</sup> El primer navegador gráfico, el Mosaic, vio la luz en abril de 1993, y en España la conexión a Internet no empezaría a entrar en las casas más apasionadas por la tecnología hasta 1995.

En portería con Élias, Ramón,  
Manu Oliver y Tino (RVA)



escribiría. Tardé horas en que me satisficiese el resultado. La imprimí con mi flamante DeskJet, con la novísima tecnología del chorro de tinta, en aquel papel ecológico reciclado que se llevaba entonces, sin blanquear bien, en tono amarillento. Al día siguiente fui yo mismo a echarlas al buzón; no las dejé en portería.

Cuando días más tarde apareció en mi casillero del colegio mayor un sobre manuscrito, el corazón dio un solo latido que retumbó en mi cabeza, que hizo que todo cuanto me rodeaba se silenciase como cuando entras bajo el agua; luego paró; luego ya sólo podía oír corazón, retumbando en mis oídos; todo lo demás era silencio. Me metí a leerla tranquilamente en los servicios de mi pasillo; eran comunes entonces los del pabellón pequeño.

Y aquella lectura fue mi primera gran experiencia de liberación: ¡me entendían! Alguien me entendía porque había pasado por lo mismo que yo había pasado y por lo que yo estaba pasando en aquel momento. Sentía lo que yo. Le pasaba lo que a mí. Yo no estaba solo en el mundo.

La correspondencia que durante los siguientes meses siguió a aquella carta con tres de aquellos chicos fue tan frenética que dio al traste con mis exámenes de febrero. En aquel momento, aquello era lo absolutamente más importante en mi vida.

Pero mi plan era mantener una doble vida: nadie en el colegio debía saber qué estaba pasando, ni mis mejores amigos.

En una de aquellas revistas había encontrado para mi sorpresa que existía en Madrid un grupo cristiano gay. Decidí ir. Les escribí a su

apartado de correos. Se reunían medio en secreto en el piso de alguno de ellos, en una finca muy antigua en la calle de la Cruz. No me gustó nada (tenía todavía demasiada homofobia interiorizada yo como para eso, me llamaba a escándalo hasta que se saludaran con dos besos), y un señor con bigote que no me gustaba nada me pidió el teléfono —no: tampoco había móviles—. Y empezó a llamarme al Chami. Y yo no lo cogía. Y los amigos se daban cuenta de ello. Y Encarnita diciendo mi nombre por megafonía. Y yo sudando frío. ¡Y así durante casi dos días! Hasta que no pude más y decidí que tenía que hablar con José Miguel Gil, mi gran amigo canario que estudiaba cine —compañero de clase de Amenábar—. Sabía que Jose no me escupiría en un ojo, pero lo que me sorprendió —porque no lo esperaba— fue su capacidad de empatía con mi dolor, su rabiar conmigo por todo el sufrimiento que yo había pasado. La siguiente vez que dijeron mi nombre por megafonía porque me llamaban por teléfono fue Jose quien lo cogió: “Mira, que a mi amigo Ricardo no le interesa hablar contigo. No le molestes más”. Ya no estaba solo. Haber hablado con Jose había resuelto mi problema de acoso. Y descubrí la liberación de abrir tu alma a tus amigos, de crear espacios de libertad en los que poder expresarte y ser tú mismo; y descubrí que mis amigos no dejaban de serlo por saber que yo era gay. Hoy puede parecer una obviedad, pero fue la hostia. Y ese espacio de libertad que me salvó estaba en el Chaminade.

Hasta este momento de mi vida yo creía sinceramente que a mí no me gustaba la marcha. Y hay que reconocer que las fiestas del colegio eran un desfase como para haber disfrutado: recuerdo, por ejemplo, encontrarme a un muchacho a quien no reconocía, pantalón bajado, “culeando” sobre una chica, ambos tirados en el pasillo por el que se llegaba a mi habitación. Y sin embargo yo, cuando se hacían fiestas en el colegio, me encerraba en mi cuarto con tapones y música clásica a todo volumen para poder dormir. Tampoco salí nunca de copas por la noche, ni siquiera al Don Friolera ni luego al Campus cuando lo abrieron. Yo sólo sabía que salir de copas me aburría. No era yo consciente de que lo que me aburría era salir de copas “hetero”. Al fin y al cabo, lo divertido de las salidas nocturnas es la tensión sexual, aunque al final no te comas una rosca, eso da igual; sin ese elemento, la vida nocturna es un aburrimiento.

Así que fue al salir del armario cuando descubrí —para mi sorpresa— que salir por la noche me gustaba — ¡y mucho! —, aunque

durante meses no tuve con quién. Jaime Prujá, con quien ya me había atrevido a hablar —“en el Chami entendemos treinta que yo sepa; y de ti no sabía...” —, me dijo —, me había ofrecido salir con su grupo de amigos..., pero no fui capaz de tomarle la palabra. Así que eran mis amigos heteros del Chami quienes se prestaban a acompañarme en mis primeras salidas por Chueca.

Siguiendo la revista *Entiendes?*, había yo elaborado una lista de sitios posibles a los que ir. Yo no sabía que Chueca fuese el barrio gay, de hecho tan sólo lo era incipientemente; pero la mayoría de las direcciones publicadas en la revista indicaban como metro “Chueca”. Debe de ser ésa la zona de *ambiente* en Madrid, pensé. Siguiendo aquella lista, el primer sitio en el que entramos fue el *Blanco y Negro*, en Gravina con Libertad. Y fue entonces y allí donde vi por primera vez un beso en la boca entre dos chicos. Recuerdo mirarlo y recuerdo los bombeos de mi corazón al mirarlo. Fue una experiencia brutal. También recuerdo a Alberto Escudero quejarse con simpatía de que le habían tocado el culo; ciertamente, Alberto lo merecía. Aún hoy, si se tercia una copa en el B&W, tengo una sensación de “vuelta a casa”.

Después de aquella noche siguieron otras tantas. Mis amigos se aburrían pronto y, sin embargo, yo no quería cerrar la noche nunca: ¡detrás de cualquiera de aquellas puertas de aquellos bares podía estar el hombre de mi vida! Hasta un año más tarde no encontraría compañero de salidas nocturnas, Keko Navarro, de nuestras comunidades cristianas. Nunca nos comíamos una rosca, pero lo pasábamos muy bien y más de una noche ya había amanecido cuando salíamos del Refugio, esa gran discoteca gay de los bajos del teatro Calderón, hoy tristemente desaparecida; con sus estalactitas y estalagmitas, sus jaulas de gogós y la Juli en la puerta de aquellos peculiares baños. Había estado tan equivocado: ¡me encantaba salir! Del *Refu* era también muy asiduo Amenabar, ¡que solía salir solo y sin amigos! Del B&W, Gurruchaga, Luis Antonio de Villena o Eduardo Mendicuti, en esa mezcla de generaciones que sólo en el mundo gay he visto tan natural.

Recuerdo también llevarme al Chami a dormir a mi primer novio, Francisco, uno de los doce cantantes de Brotes de Olivo, un grupo de música cristiana. Supongo que las paredes del Chaminade han contemplado la *primera vez* de muchos de sus colegas. Así fue para mí. A Serafi —mi adorada Serafi Santos, de portería— le solté que era mi primo. Pero al verme la cara cuando llegó debió de darse cuenta de

todo, porque vi cómo intentaba disimular su escándalo. Supongo que de mí no se esperaba algo así.

Tuve mi momento heroico de activista —que aún no era— viendo en el Elías Ahúja la película *Speed*, protagonizada por Keanu Reeves, con mis amigos del Chami. De Keanu se comentaba por aquel entonces que había tenido una relación con River Phoenix, quien recientemente había fallecido, y que ahora se había “casado” en una ceremonia privada con un conocido productor de Hollywood. Así que, desde el primer momento en el que él sale en pantalla, cada vez que aparecía, un impresentable con un coro de adeptos gritaba “¡Maricón!”. Cada insulto de este chico, expelido como gracieta, con inconsciencia, era un ladrillo: era un ladrillo de los que construían aquella pared enorme de opresión, aquella losa, contra la que yo tuve que levantarme en mi vida. Eran el material de construcción de la opresión a las personas LGTB en estado puro. Era eso lo que, a lo largo de mi vida, oído aquí o allá, expresado de esta o de aquella manera, había estado llenando mi cabeza de odio hacia mí mismo, había estado destrozando mi capacidad de ser feliz. Así que oírlo allí estaba haciéndome bullir la sangre. Me rodeaban mis amigos del Chami, ya tan ofendidos como yo; pero no sabíamos qué hacer. ¿Qué podía hacer yo? ¿Gritarle “¡intolerante!”? Aquello sólo podía conseguir que se rieran más de mí.

Pero de pronto lo vi claro. La palabra que debía decir se iluminó dentro de mí como un rayo. Se acercaba el final de la película. Era evidente que el chico terminaría besando a la chica y que aquello volvería a disparar el insulto que periódicamente profería aquel chico. Cuando volviera a gritarlo, yo estaría preparado. Efectivamente, el beso y “¡pero si a ti eso no te gusta, maricón!”. Entonces yo me levanté, me di media vuelta en la oscuridad, miré hacia el fondo y grité, parando en cada ese, con un grito desgarrador que hasta a mí mismo me estremeció: “¡Fascista!”. La sala entera quedó en un silencio que podía cortarse. Tras un momento de desconcierto, se atrevió a responderme con una voz entrecortada y desempoderada: “¡Rojo!”.

Con mi solo grito y de un solo golpe había destruido todo el muro de homofobia que él había estado construyendo a lo largo de la proyección. Y con los ladrillos de su sociedad vieja había construido una nueva sociedad nuestra.

Cuatro o cinco chicos se acercaron a mí antes de que saliéramos de la sala, ya terminada la película, para darme las gracias. Alguno del Chami, alguno hetero.

Y había sido el Chami el que me había enseñado que gritar esa palabra, “fascista”, era un poderoso insulto.

Cuando años después de dejar el Chaminade, ya viviendo en nuestra casita baja en San Blas, en comunidad de vida, nos llegó Sergio Suárez comentándonos que le habían ofrecido sustituir a Juanma Guillem en la subdirección cultural del Chaminade, nuestra respuesta fue aplastante: acéptalo. Acéptalo, porque el Chaminade ha sido para nosotros el más importante contexto educativo de nuestras vidas, en el más amplio sentido de la palabra. Es una pena que hoy la tendencia sea que los chicos y chicas se queden sólo tres años. Porque aquellos cinco años de mi vida fueron la más enriquecedora de las experiencias educativas posibles. Haber leído estos brochazos de mi historia en el Chaminade os habrá ayudado a entender por qué.



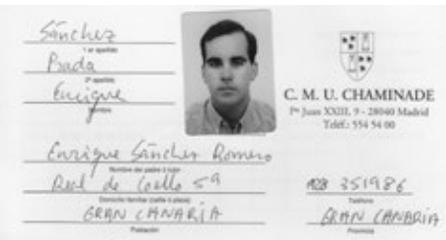
# UN FORO DE DEBATE, ESTUDIO Y RESPETO

Enrique Sánchez Prada (1992-1998)

Han pasado más de veinte años desde que los de mi generación llegamos al Chaminade, el paso del tiempo ha difuminado los recuerdos, algunos rememoro en estas notas, muchos quedaron en el olvido, pero todos ellos marcaron profundamente la forma de ser de cada uno de nosotros. Nos juntábamos doscientos cincuenta estudiantes de todas las regiones del país, con culturas, ideologías, educaciones diversas y con grandes ilusiones para el futuro, y sobre todo muy jóvenes.

Nuestro colegio estaba en los años noventa en constante ebullición, las actividades se organizaban casi todos los días en torno a las llamadas “aulas” que eran de lo más diversas; cine, teatro, conferencias políticas, juegos de rol, informática, fotografía, tuna, equipo de rugby en la liga universitaria, campeonato mundial de Wall Contact, esgrima, en fin la lista daría para mucho. Era casi imposible que el más indiferente colegial no acabara participando en alguna de ellas.

Al menos en esos años, la dirección del colegio recibía a los nuevos colegiales unos días antes de que llegaran el resto para que nos fuéramos conociendo. Dedicábamos la mayor parte del día a unas conferencias en varios colegios mayores de la zona: en el C.M.U. Loyola nos dio una soporífera charla el decano de derecho del ICADE, en el Poveda otra a cargo de la juez Manuela Carmena, que en el año 2015 se convertiría en alcaldesa de Madrid; conferencia y después comida en el mismo colegio mayor con las nuevas colegialas. Algunos comentaban que había que ir obligatoriamente, que los directores controlaban la asistencia. Evidentemente ni Tacho, ni Juanma ni Juan se fijaban en esos detalles. Allí comenzabas a darte cuenta de que las cosas habían cambiado, que eso ya no era el instituto.



Ficha de Enrique Sánchez Prada

La mayoría llegaba a Madrid de vivir en casa con sus padres, muchos de colegios religiosos, mayormente marianistas, y en el C.M.U Chaminade comenzaba una experiencia vital de la que guardaríamos un recuerdo imborrable. Además esa diversidad que mencionábamos anteriormente sirvió para muchos como una primera inmersión en la vida real.

En España hubo unas movilizaciones contra la pobreza en esos años, que en poco tiempo se agruparon en torno al lema ¡0,7% y más!, liderada por los grupos de cristianos de base. Lo que comenzó como reuniones en las parroquias de los barrios se transformó en un movimiento ciudadano de alcance nacional con una fuerza especial en Madrid. Organizaron concentraciones, manifestaciones y las primeras acampadas en el centro de la capital que se recordaban. Todo con un fin: propiciar que el Estado cediera el 0,7% del Producto Interior Bruto a los países más pobres del planeta o, como decían sus activistas, “para los países empobrecidos”.

Aquellos fueron también los últimos años del servicio militar obligatorio. Unos aceptaban hacer la Prestación Social Sustitutoria, otros muchos hicieron la mili; y algunos se proclamaban antimilitaristas e insumisos. La insumisión fue un motivo de acendrado

debate. Para algunos era una imposición trasnochada del poder que había que superar; otros, sin embargo, tenían la idea de que su abolición forzaría a los que tuvieran menos recursos a hacerse cargo de la defensa de España.

Particular actividad desarrolló el Aula Taurina; nos visitaron desde toreros hasta periodistas destacados como Manolo Molés, del Canal+. Estas iniciativas fueron organizadas por colegiales, pero apoyadas con intensidad por la dirección del colegio, en este caso por Juan Muñoz. Gran éxito de participación tuvieron



~~~~~  
Cartel de la Jornadas Taurinas

las capeas en Colmenar Viejo, donde muchos se animaban a dar pases de pecho y derechazos, pero donde lo que más se veían eran volteretas, golpes y... más golpes. Aún se puede ver el vídeo editado por los hermanos Roquette en el canal YouTube. También celebramos cenas en el comedor de invitados. Una de ellas con el director de la Escuela Taurina de Madrid, ex torero además, que llegó a la portería y dejó estupefacta a Encarnita con su presentación: “soy Francisco, matador de toros”; ese invitado nos enseñó fotos de un niño que no tenía ni diez años y que él creía que iba a ser toda una figura del toreo, era “el Juli”.

Por otro lado “La Trinchera”, interesante coloquio por el que durante al menos dos años pasaron personajes de máxima relevancia del país. Estuvieron el director del periódico *El País*, Joaquín Estefanía y también Antonio García Trevijano, un personaje provocador y contestatario que aspiraba a presidente de la III República Española. En octubre de 1994 presentó públicamente su libro *El discurso de la República* en el Paraninfo de la Universidad Complutense de Madrid; y poco después vino al Chaminade, acto excitante para muchos jóvenes estudiantes y también nostálgicos, con vivas a la República en los momentos de mayor pasión del orador. Y después a tomar un par de whiskies, con el conferenciante, a Don Friolera. Fue tal la afluencia de público que se cambió el lugar habitual, frente a la “pecera”, celebrándose en esa ocasión en la capilla. Al término de su conferencia, poco faltó para salir en manifestación a la calle para pedir la III República.

En este ciclo de conferencias también estuvo el Premio Nacional de Literatura, poeta y catedrático, Agustín García Calvo; una persona



brillantísima y que, lamentablemente, en ese momento se hizo famoso no por su obra, sino por pedir ayuda, mediante un anuncio en prensa, para pagar a Hacienda diez millones de pesetas, dado que reconocía no haber hecho nunca la declaración de la renta

Los políticos que dieron conferencias fueron de todas las formaciones: el coordinador general de Izquierda Unida, Julio Anguita; diputadas feministas como Cristina Almeida; el que luego fue secretario general del PSOE, Joaquín Almunia. También ex ministros de la UCD como Luis Gámir; futuros ministros como Cristóbal Montoro; y asimismo empresarios mediáticos como José María Ruiz Mateos, o escritores como José Luis Sampedro, entre otros. No siempre la asistencia era suficiente, sobre todo si había partido de fútbol, y en esos casos los organizadores atrapaban a cualquier amigo que anduviera por los bancos de la entrada para que hicieran bulto en la sala.

En este tipo de actividades siempre estaba dispuesto a colaborar Juan Manuel Guillem, con “eme” como él repetía insistentemente. Era la persona que prestaba su despacho para hacer las llamadas telefónicas necesarias para organizar las diferentes conferencias. Pero además también dirigía la Cátedra de Teología Contemporánea, entre otras muchas actividades, la que sorprendentemente para muchos llegaba a llenar la capilla o la sala de conferencias para tratar asuntos apasionantes como el ecumenismo y la eclesiología.



Mesa redonda sobre la economía española, 26 abril 1955, con la participación de Cristóbal Montoro (PP), Josep Sánchez Llibre (CIU), Juan Francisco Martín Seco (IU) y A. Martín Mesa (PSOE)

El Aula de Música Clásica organizó varios conciertos corales. En el colegio, además de estudiantes de Ingeniería de todos los tipos, también había tres que estudiaban la carrera de Música. Aquí se organizaban asimismo turnos para hacer las colas de la temporada de ópera de Madrid, en algunos casos durante toda la noche en el Auditorio Nacional. No siempre con suerte, dado que los primeros puestos los controlaban revendedores profesionales. En esos años el Teatro Real estaba cerrado por obras y las entradas que compraban eran para el Teatro de la Zarzuela.

Y también Onda Mayor, donde muchos estudiantes de Periodismo hicieron sus primeros programas deportivos con estilos similares a los de los dos periodistas del momento: José María García y José Ramón de la Morena. Además abundaban los debates políticos, reflejo casi siempre de las diferentes tendencias del colegio (liberales, conservadores y socialistas). Allí se aprendía a debatir, a defender posiciones en algunos casos estudiadas horas antes en la sala de prensa. Se debatía a trompicones sobre si Felipe ya estaba achicharrado por los casos de corrupción; o si Aznar carecía de carisma para ser el líder de la oposición... Y mientras tanto, ETA y sus salvajadas siempre presentes en la actualidad de esas tertulias radiofónicas. También tuvimos buenos programas de cine y de teatro; todos preparados con ahínco y minuciosamente, sintiendo la responsabilidad de la audiencia, que podría llegar al “Johny” o a la esquina del Mara.

Me atrevería a decir que nuestro colegio era el que más actividades organizaba en la Ciudad Universitaria; además lo hacía de forma constante, durante todo el año y con actividades de todo tipo; lo que la iniciativa de los colegiales proponía se acababa llevando a cabo.

Otro lugar de discusión era la sala de prensa, allí leíamos *El País*, el *ABC*, y hasta la mitad de la década de los noventa el *Diario 16*, periódico combativo como el que más, pionero en el periodismo de investigación en España. Fue el responsable de descubrir los escándalos que durante muchos años coparon las portadas. Primero de ese diario y más tarde del resto; no fue un asunto menor, no sólo por la novedad de que un diario pusiera en un brete al gobierno de la nación, sino porque a la postre esos escándalos mermaron la hegemonía del PSOE, en el poder con mayoría absoluta desde 1982; y que en 1993 la perdía y comenzaba a necesitar de los partidos nacionalistas para mantenerse en el gobierno y en 1996 cedía la mayoría al PP de José María Aznar.

Desaparecía en esos años el *Diario 16* pero llegaba *El Mundo*. También teníamos en la sala el diario barcelonés *La Vanguardia* donde te podrías refugiar si te exasperaba la riña política constante entre Felipe y Aznar. Unos que si carecía de liderazgo el representante del mayor partido de la oposición; otros dándole en el cogote mañana y tarde con los casos de corrupción de Roldán, Mariano Rubio, y el archirrepetido... “váyase señor González”.



Foto de la sala de periódicos  
@ (Manuel Maese)

Además de estos periódicos teníamos los deportivos *As* y *Marca*. La sala de prensa era una parada obligatoria a cualquier hora del día y sobre todo minutos antes de que abriera el comedor al mediodía, con el ruido de fondo de los jugadores de ping pong de la sala anexa.

Y también era parada obligatoria el “tablón de anuncios”, corcho ubicado a la entrada de la sala de estudios y la sala de periódicos, donde teníamos libertad de expresión total para opinar, reclamar, protestar, proponer. Este tablón se llenaba en época de exámenes de notas variopintas, léase la famosa firmada por “Ramón Vélez y 22 colegiales más” criticando

a la dirección del Colegio.

Nuestro colegio era adusto, tenía lo justo. Las habitaciones eran espartanas, pero casi todas individuales y muchas tenían baño, y eso ya era una diferencia importante con respecto a otros colegios mayores de la zona. No teníamos wifi, internet ni teléfono en las habitaciones, eso llegaría mucho después. Pabellón grande, pabellón pequeño, barrio sésamo, el seminario, el submarino, la casita y la A16 que contaba con bañera..., cada zona de habitaciones tenía su nombre y peculiaridad.

El personal de recepción usaba la megafonía y las “chicharras” para avisar a los colegiales cuando recibían llamadas telefónicas a la centralita del 915545400. No había móviles aún y las colas para usar las cabinas a partir de las 22:00h para llamar a casa con las tarifas económicas de Telefónica eran habituales.

La comida era excelente durante todo el año, pero hay que destacar las jornadas gastronómicas con la que nos sorprendían una semana al año, realmente eran espectaculares, ya sean las de comida regional o internacional.

Durante unos meses tuvimos como responsable de la cocina al señor Centeno que revolucionó el comedor. Aquello era increíble por la cantidad y variedad de la comida, era llamativo leer en cartelera los platos que a diario nos preparaba y que no sabíamos que eran: poupieta, blanqueta a la anciana, gratinado Chaminade, brocheta meridional. Una maravilla; aquello duró pocos meses y pronto volvimos a la normalidad.

El comedor grande tenía y aún tiene mesas hexagonales con rejilla bajo el tablero para dejar la vajilla del primer plato. ¡Más de un novato comió el primer día el filete de segundo plato con su plato sopero sucio del primero encima de sus rodillas!

Durante todo el año los colegiales iban antes de la hora de la comida a reservar su lugar para poder estar con su grupo más allegado y tu sitio habitual; vasos encima de los platos era la manera de reservar aunque había otras más sofisticadas.

Por otro lado, las asambleas fueron múltiples, desde la que se convocó para instalar, en la sala de ping pong, una mesa de billar y algún que otro artilugio más; hasta la más recordada, aquella en la que un compañero de Mallorca, Toni Munar, propuso que el colegio fuera mixto, y se montó la marimorena, lleno hasta la bandera con unas ganas tremendas de confrontar los argumentos. Aunque ahora parecerá extraño muchos se opusieron y derrotaron la propuesta. Recuerdo que los contrarios achacaban a los defensores estar únicamente interesados en incrementar sus posibilidades de éxito con las futuras colegiales. Si se me permite recordaré textualmente el argumento más repetido: “no os vais a comé na”. Ese año no salió la iniciativa pero hoy, sin embargo, es una realidad.

Tacho, que cada año que pasaba estaba más joven, era el indiscutible señor de la asamblea. Ya le podían dar tarascadas sin parar que las aguantaba con tranquilidad y elegancia: “antiguamente los colegiales...”, “es que el Patronato...”, “la dinámica del colectivo...”. En fin, un maestro que bajaba la mano y lentamente mandaba, se pusiera como se pusiera el más bravo de los colegiales, que los había.

Las asambleas eran nuestra reunión más importante. Debatíamos de todo: la comida, las trifulcas de las fiestas del colegio, si las chicas debían o no pagar en las fiestas, las tanganas que se montaban fuera del Chami cada inicio de curso en las prohibidas novatadas,... Después de esos follones, la dirección llevaba a debate la conveniencia o no de expulsar a los más destacados compañeros en esos eventos. Además

discutimos, artículo por artículo, la nueva guía colegial. Era nuestra “Constitución”, a la que se dedicó innumerables asambleas.

En el Chamí estaban prohibidas las novatadas y verdaderamente no se hacían; cosa distinta es que los colegiales se unieran voluntariamente en la semana de las novatadas a las visitas nocturnas al Colegio Mayor Moncloa, tradición que en esos años se fue perdiendo, y que reunía a decenas de estudiantes de muchos colegios de la zona para decirles de todo porque eran del Opus. En una ocasión, eso acabó con la llegada de los jeeps verdes de la Guardia Civil y con algún compañero detenido en Guzmán el Bueno hasta que se le pasara la melopea.

En otro orden de cosas, el Aula de Cine organizó una visita del director Juan Antonio Bardem, tío del famoso Javier y del que dijo que, después de ver unas escenas de su sobrino en la película *Perdita Durango*, le mandó al cuerno. Vino y nos colocó un delicioso bodrio de la historia del comunismo en Alemania; según dijo era su estreno en España y la había hecho veinte años antes. Él sentado en la primera fila explicando por qué puso la cámara en ese lado y lo pelmazo que era no sé qué actor que aparecía por ahí en ese momento.

Tuvimos un Congreso mundial de anarquistas en el salón de actos durante todo un fin de semana. También hubo momentos para olvidar, el más lamentable fue cuando dejamos que dieran una conferencia dos representantes del partido político que defendía a los terroristas de ETA, Endika Garai y Sabin del Bado. Nos visitaron y llenaron a rebosar el salón de actos, y por supuesto no condenaron ni los asesinatos ni los secuestros. Para ellos todo lo provocaba una cosa que nunca entendí que llamaba el “conflicto”. En esos años 90 poco sorprendía que algún compañero llevase camisetas con el lema “Jo Ta Ke”, que usaban los proetarras para animar a los suyos a que mataran a los otros. Eso también ocurría en nuestro colegio.

En cuanto al personal que trabajaba en el Chaminade, es justo destacar a las hermanas Encarnita y Serafi que le daban mucho cariño al trabajo que hacían. Elías, una gran persona, ocupaba la portería por la noche los fines de semana, hombre muy amable con todos y exquisito en las formas. Por las mañanas Eduardo, parco en palabras. También Salgueiro, responsable de arreglar los desperfectos de las habitaciones y del resto de las instalaciones.

Josechu, de nombre vasco, pero nacido en Galicia (Finisterre: fin de la tierra, según decía él), era el personaje de aquella época. Unos decían

que había sido director general de algún gobierno de la transición, también que era abogado del Estado, aunque muchos no tuvimos nunca claro qué parte de verdad había en ello. Desde luego era una persona de gran viveza y rapidez en la argumentación: “a ver chaval ¿qué dice el artículo seis de la Constitución de Cádiz? ¡Los españoles serán justos y benéficos! ¡Es que no te enteras!”. Él participaba como uno más en las actividades del colegio. Veía los partidos de fútbol en las salas de TV y, la verdad, en ocasiones mortificaba a Serafi y a Encarnita, y exasperaba a Elías cuando hacía del banco de la entrada su particular dormitorio de verano.

También Dani, propietario del quiosco, colocado primero a la izquierda de la entrada del colegio y mirando hacia la cuesta de Santiago Rusiñol; y años después a la derecha y mirando hacia nuestra fachada.

En la cafetería, lugar de reunión diaria, entró una nueva concesionaria, que organizó una inauguración por todo lo alto con canapés y bebidas para todos. Los camareros, uniformados con chalecos rojos y pajaritas, servían excelente café italiano. Aquello era un lujo, pero claro, en un entorno estudiantil como el nuestro ese proyecto iba a durar más bien poco; allí lo que se buscaba eran buenos bocatas y café cuanto más barato mejor para pasar la tarde jugando al mus o a la pocha (vamos a “pochar”, se decía).

En verano compartíamos el colegio con extranjeros y extranjeras de todas las nacionalidades y escuchábamos por megafonía cómo comenzaban a llamar a supuestos estudiantes alojados en el colegio: Michael Jordan y George Bush entre otros. Eran cosas del agobio de los exámenes de junio.

El Chaminade nos marcó a todos, nos encontramos en un entorno de libertad un lugar donde estudiábamos, sí, pero no sólo eso. Un lugar en el que prevalecía la convivencia, muy intensa, seguramente por el ímpetu de la juventud, un foro de debate, estudio y respeto. Un centro donde se estimulaba y apoyaba a los colegiales para que tuvieran iniciativa, que pasaran de hablar a hacer. Un gran recuerdo.

Quiero agradecer la participación en la elaboración de estas notas del colegial Guillermo Legorburo Serra y también de Rayco Rodríguez López.



## UNOS AÑOS INOLVIDABLES

### DAVID GONZÁLEZ ORTEGA (1996-2004)

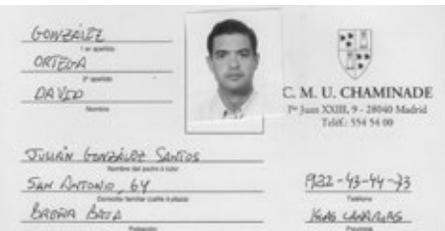
Yo tuve la suerte de llegar al Chaminade en una época en la que el acceso a ciertos colegios mayores como éste era muy difícil. Ya vivía en Madrid, lejos de la escuela de ingeniería donde estudiaba mi carrera y, queriendo estar más cerca de la Ciudad Universitaria, tanto por logística como por vivir el ambiente de los colegios, llegué a la conclusión, después de tener suficientes referencias de todos los de la zona, de que para ambos propósitos el sitio ideal era este Mayor. Y pude conseguirlo. Fue desde octubre de 1996 hasta junio de 2004.

Vivir en el Chaminade significaba un auténtico privilegio, por la comodidad material que ofrece y por las posibilidades de crecimiento personal que brinda. Uno no es consciente de este extremo hasta que pasa

algo de tiempo después de abandonar el Mayor. No obstante, para alguien que tenía que superar unos estudios bastante difíciles, había que administrar con responsabilidad el tiempo y saber priorizar y elegir entre las muchas opciones que el colegio mayor y la ciudad de Madrid ofrecen a todo joven universitario de provincias, con una mente curiosa e inquieta. Aquello era un motivo de preocupación constante para mí. Sólo la madurez que la propia experiencia

da es la que al contemplar el camino andado descubre cómo ciertos rodeos eran innecesarios, ciertos repechos que parecían difíciles no lo eran tanto, o también contrariamente, con qué despreocupación se bajaban a toda velocidad ciertas cuestas, más peligrosas de lo que en aquel momento parecían, en lo académico y en lo personal.

A este Colegio llega gente de todas las carreras, de todas las universidades, de todas las regiones del país, de toda clase y condición y, en definitiva, de todos los ámbitos sociales, dentro de la tipología que puede presentar el conjunto de universitarios que viene a estudiar a Madrid. Allí se da una mezcla muy llamativa de personalidades, con sus distintas formas de entender la vida. Llegar a conocer estos distintos planteamientos no puede ser nunca un ejercicio analítico,



Ficha de David González Ortega

oral o escrito, confinado en un lugar y en un tiempo programado, por muy bien que se hayan estudiado y diseccionado. Entre tal opción y el extremo opuesto, imposible de efectuar, de vivir cada una de esas vidas, la relación continuada en el Mayor con las personas que encarnan dichas opciones es una de las mejores maneras de aproximarse a su conocimiento, en una época, la juventud, donde todavía se están explorando muchos caminos de definición individual, tanto en el fondo - los intereses personales, lo ético, lo ideológico, lo social- como en las formas -el lenguaje, la expresión corporal, la vestimenta-. El contacto continuo y la aprehensión de los cientos de detalles y opiniones que de forma involuntaria tiene lugar día a día, charla a charla, en momentos de ocio de los fines de semana o compartiendo una comida, una cena, un café o una actividad cultural, se hace de forma inconsciente y sin el coste en tiempo o esfuerzo propios de una labor planificada, y tiene un altísimo valor, para quien sabe apreciarlo.

Además de gozar de esa riqueza sociológica, de esas experiencias nacen las más robustas y duraderas amistades. Personalmente he de mencionar al grupo con el que compartí tantos ratos y en el que fui integrado nada más llegar al Colegio y durante mis primeros años, los inolvidables *Procs* -en referencia al grupo *The Proclaimers*- que creció en torno a un núcleo de colegiales de la generación de 1976. Posteriormente frecuenté otro grupo más heterogéneo, alrededor de colegiales nacidos en 1980, con referentes como Ángel Olmedo, Alberto Carrillo -miembros de la Mesa Colegial- y otros. Gracias a estas amistades compensé algunos malos ratos, que los hubo, en lo personal. En el recuerdo quedarán cientos de momentos de diversión, entre los

Foto de grupo  
disfrazados de marineros



que aquí pueden destacarse las *míticas* -por usar un adjetivo muy de la jerga colegial de la época- fiestas del Chaminade.

Mis primeros años fueron una época del contexto histórico en la que empezaban a germinar situaciones que más adelante tendrían grandes repercusiones. El segundo mandato de Clinton en Estados Unidos y la primera guerra del Golfo. Tony Blair en el Reino Unido, su Tercera Vía y la incipiente pacificación en el conflicto de Irlanda del Norte. En Alemania Schröder sucede a Kohl. España, donde el PP llegaba por primera vez al gobierno después de catorce años de gobiernos del PSOE, entra en la estructura militar de la OTAN, y en los tiempos en los que esta organización era presidida por el socialista español Javier Solana, se ordenan los bombardeos sobre Yugoslavia. Eran los años del primer gobierno de Aznar. Los años del entendimiento con los nacionalistas catalanes, vascos y canarios, los años del *España va bien*, que según muchos analistas trajo un apreciable crecimiento económico mediante el saneamiento de las cuentas nacionales a través de la contención del gasto público y de la venta de empresas estatales, y un notable desarrollo de los sectores asociados a la construcción y los servicios.

Como no ha dejado de ocurrir en el Colegio, durante ese tiempo se desplegó una enorme oferta de propuestas culturales, desde las más relacionadas con las inquietudes sociales -Aula de Derechos Humanos, Aula de Pensamiento y Ciencias Sociales- a las más cercanas a las artes -cine, teatro, rock, tuna- o el deporte -rugby-, pasando por las científicas -Aula de Astronomía-, literarias -Aula de Literatura- o religiosas -la asistencia de los sacerdotes marianistas y la CEMI-, etc. A través de las aulas o de la iniciativa puntual de los colegiales se desarrollaron multitud de actividades. Lo mejor es que son los colegiales los que configuran y protagonizan esa agenda cultural. No conseguí aprovechar todas estas actividades lo suficiente, pero me considero afortunado por haber participado en algunas de ellas, como las charlas, las famosas *trincheras* en la entrada del Colegio, ciclos de cine, cursillos, o cuando asistíamos a algún evento deportivo donde el Mayor disputaba una final importante. Debo agradecer al Chaminade el haber introducido en el mundo del deporte a alguien que nunca lo había practicado y que descubrió en él un modo de mantener la salud, la fortaleza mental, el afán de superación y todas esas virtudes que se le atribuyen.

Durante todo el tiempo que estuve en el Chaminade participé de forma continuada en la tuna. Para muchos, que no habíamos recibido



Foto del disco,  
carátula y trasera

formación musical ni cultivado ningún arte escénico, fue una penúltima oportunidad de aproximarse de manera informal a ambas formas culturales. Fue para algunos nuestra primera actividad en el Mayor y nos permitió aprender a tocar un instrumento y conocer y apreciar el valor de la música, no solamente la que se hacía en la tuna, sino toda ella. También una modesta manera de experimentar la pasión de todo artista por transmitir emoción al público y recibir su aplauso. Fueron muchas noches de ensayo, lunes y jueves después de cenar, y por supuesto el ejercicio del oficio en muchas rondas y pasacalles. Hay que incluir algunos viajes y amores, aunque siempre muchos menos de los que hubiéramos querido. Y además muchos certámenes de tunas,

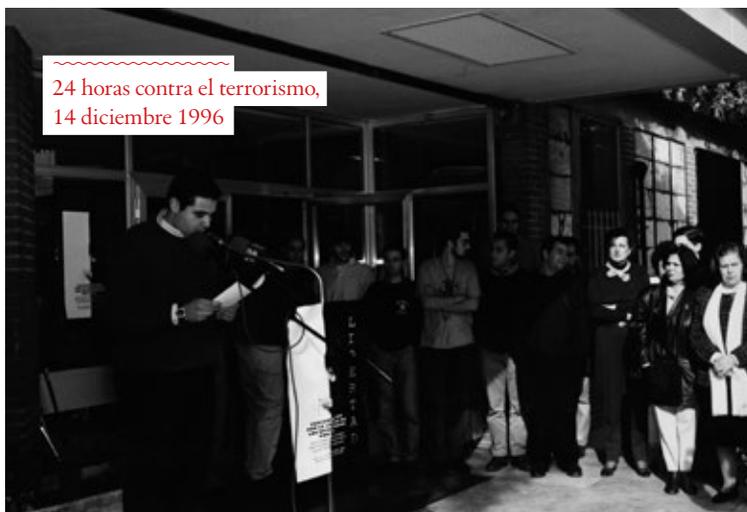
felizmente ganados la mayoría. Tuvimos incluso la oportunidad de grabar un disco. Además de lo que a nosotros nos dio personalmente, la Tuna llevó el nombre del Colegio fuera del ámbito de la Ciudad Universitaria por muchísimos sitios. Aquí no puedo dejar de recordar a muchos amigos, pero sobre todo a quien fue nuestro director musical durante aquellos años y artífice del éxito de la Tuna, José Luis García Villard -*Patata*-, cuyo completo desempeño como tuno, tanto por su virtuoso manejo de los instrumentos, como por su amplio repertorio de canciones, así como por la siempre adecuada manera de ser y estar ante el público, admiré desde el primer día.

La vida universitaria y colegial es muy particular. Se veía muy poco la televisión, y muchos pequeños debates y episodios originados allí no llegaban a la comunidad colegial de la misma manera como lo hacía al conjunto principal de la sociedad. Por otro lado, desde el Chaminade, a través de conferencias y coloquios, se accedía al testimonio directo de muchos protagonistas de esos asuntos. Por todo ello, las claves de la discusión de muchos temas puntuales y su importancia relativa era algo diferente desde el Colegio: el primer ser vivo clonado, -la oveja Dolly-, la terminación de la Estación Espacial Internacional, la fenomenología climática de El Niño, la detención en Londres de Pinochet, u otros temas más ligeros como los deportivos -el fin de la carrera de

Induráin y el comienzo de las victorias de Lance Armstrong-, los éxitos cinematográficos como el de *Titanic*, o los de crónica social como la muerte de Diana de Gales o la boda del entonces Príncipe Felipe.

Para otros temas de más calado las apreciaciones eran más cercanas a las de la opinión general. Como ejemplo el caso de la banda terrorista ETA, que seguía siendo un protagonista fundamental en la España de aquellos años. Después de un intento inicial de negociación con la banda por parte del Gobierno que resultó fracasada, se producen varias acciones armadas esporádicas pero muy significadas, algunas tan destacadas como el secuestro de Ortega Lara o el asesinato de Miguel Ángel Blanco. También una breve tregua denominada por el gobierno de Aznar como ‘tregua trampa’. Mucho se habló y se debatió en el Chaminade sobre ese asunto, y se trajo a muchos protagonistas destacados, desde el entonces ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja, hasta miembros de Herri Batasuna, estos últimos después de resolver una gran controversia en el Colegio sobre lo apropiado que podría ser el recibirles, pasando por el que a la sazón era consejero de Interior del Gobierno Vasco, Juan María Atutxa, entonces declarado por ETA objetivo número dos de la banda, después del rey Juan Carlos I.

Según fueron pasando los años el panorama iba cambiando: la llegada al poder de Putin en Rusia y el comienzo de los llamados “gobiernos populistas” en Iberoamérica: Hugo Chávez en Venezuela y más tarde Lula da Silva en Brasil o Néstor Kirchner en Argentina, a



los que posteriormente sucederían otros. En EE.UU. la controvertida primera victoria de George Bush y unos meses después el gran punto de inflexión en la historia reciente: el atentado del 11-S. Vinieron luego la invasión de Afganistán, la segunda guerra del Golfo en Irak y todo el movimiento internacional en contra de la guerra. En Europa se ponía en circulación el euro. Y en España los años de la mayoría absoluta del PP, con un notable cambio de talante político y sobre todo el distanciamiento entre el Gobierno y los ciudadanos en el tema de la invasión de Irak, tras los atentados del 11-S. Las manifestaciones del 'No a la Guerra' y la gran conmoción final con el atentado de Madrid del 11 de marzo del 2004, a tres días de las elecciones generales, tras las que volvió al poder el PSOE de Zapatero.

Todo lo relacionado con la fuerte oposición que se iba generando contra el gobierno de Aznar por su alineamiento con Estados Unidos, y la polarización del clima político según iba acabando aquella legislatura, tuvo un fiel reflejo en la vida colegial, donde también se reproducían los esquemas de opinión de la sociedad. Con cierto consenso sí que se acordó a nivel institucional una postura común de oposición a la guerra de Irak, que se manifestó en varios actos, y por supuesto una total adhesión en la condena de los atentados del 11-M.

En aquella época, cuando el debate público estaba dominado por la temática que el PP, el PSOE y los nacionalismos dictaban a través de los medios de comunicación más o menos afines, en el Chaminade se prestaba algo más de atención a lo que pasaba fuera de nuestras fronteras y sus raíces históricas, como por ejemplo y sin ir demasiado lejos, la situación del Sáhara Occidental, por citar uno de ellos, y en lo nacional, a temas más teóricos o académicos, como podían ser el análisis de la arquitectura del Estado, de la relación entre administración central y periféricas, o la hipotética instauración de una república en España. Era tal vez una forma más intelectual de plantear temas que unos cuantos años después la crisis económica espolearía, y donde las redes sociales y algunos medios de comunicación necesitados de audiencia se encargarían de descubrir a la opinión pública un sistema agotado, corroído por una corrupción generalizada, aceptada y silenciada, y por un lenguaje político instalado en la mentira permanente, factor necesario para rechazar así el modelo de debate tradicional y apoyar nuevas opciones políticas, con diverso grado de participación popular y de organización. Todo este tipo de discusiones se formalizaban para

conocimiento general en la cartelera del comedor, lugar de paso obligado donde se avivaban las polémicas a través de las notas redactadas por los colegiales, unas peores y otras sencillamente geniales.

También dejaban huella en la memoria colectiva las asambleas colegiales, que siempre fueron un modelo de autogestión, de democracia participativa, donde era inevitable establecer analogías con el sistema político e incluso, en épocas pretéritas al que escribe, con los procesos de la novel democracia española, y así, mientras allí se promulgó la Constitución, aquí se escribía una Guía Colegial, que ordenaba muchos aspectos del régimen interno de funcionamiento. Con las asambleas los colegiales se convertían en protagonistas del proceso decisorio completo, típicamente con un debate en la cartelera, previo a la Asamblea, y luego dentro de ella, tras el que finalmente se votaban las resoluciones correspondientes, en un proceso administrado por la Mesa Colegial, símil para otros aspectos de una especie de poder ejecutivo, democráticamente elegido entre los colegiales, y en un equilibrio de poder con la Dirección. Las similitudes de los distintos grupos de opinión, dentro del colectivo colegial, con las opciones políticas de fuera, eran obligadas y constantes.

En mis últimos años en el Chaminade se acometieron una serie de importantes reformas: primeramente en la infraestructura, modernizando habitaciones y zonas comunes, y posteriormente en el régimen de funcionamiento, abordando definitivamente un tema que siempre estuvo pendiente: la conversión a un colegio mixto, abandonando la originaria definición masculina de la comunidad colegial. Aunque la dirección apostaba decididamente por el “Chami mixto”, tema ya tenido en cuenta en el planteamiento de las obras que se habían hecho, entre los colegiales se encontraron las dos posturas, con apoyos bastante sólidos en ambos casos. Finalmente, tras una asamblea dedicada al tema, los colegiales dieron su apoyo a la nueva opción y en el curso 2003/2004 el Chaminade empezó a ser mixto.

Personalmente, siempre fui partidario de que los colegios mayores y residencias universitarias fuesen centros mixtos. No había motivo en la sociedad occidental y libre del siglo XXI para que cada cual administrase de forma exclusivamente personal, aunque siempre respetuosa con el distinto, su manera de relacionarse con los demás, y particularmente en este caso, con las personas del otro sexo. En el Colegio existía un argumento, por parte de los defensores de preservar

la definición masculina, basado en mantener la tradición original para no malograr el ambiente colegial genuino, las esencias que cimentaban un tipo de amistad que crece en los ya poco frecuentes ambientes segregados, en los que no existía la interferencia que suponía la dimensión de la diferencia sexual en la relación entre personas, y sin la distinta logística con la que habría que desarrollar la convivencia en el caso de compartir residencia con chicas. Mi postura siempre fue que, admitiendo esas realidades, no eran razón suficiente para impedir, precisamente, la superación de esos inconvenientes y la posibilidad de generar un ambiente colegial igualmente genuino y realmente identificado con la realidad de un “mundo mixto”. Sinceramente creo no haberme equivocado, porque desde el primer año de colegio mixto se produjo un normal y positivo clima, sin duda distinto al previo, pero tan característico como el anterior.

Durante esta época se produjo la propagación en España de Internet y de la telefonía móvil. La fundación, crecimiento y hegemonía de Google. De leer la edición escrita de los diarios en la sala de prensa pasamos a poder ver en Internet desde nuestra habitación la edición digital de esos mismos periódicos, que se actualizaba con las últimas noticias en tiempo real. De guardar turno para llamar por teléfono desde las cabinas telefónicas o esperar una conferencia, a empezar a relacionarnos con amigos y familiares mediante el teléfono móvil. Al mundo de las redes sociales y las aplicaciones para móviles todavía le faltaban unos años. Ya desde entonces esto restó algo de ambiente colegial, aunque siempre pueda argumentarse que así se fortalecen otras relaciones que permitían a los colegiales tener un mejor contacto con otros ámbitos externos al Mayor, derivándose finalmente otro tipo de efectos positivos para el Colegio.

En mis últimos años pude contemplar con la perspectiva adecuada la llegada de generaciones bastante más jóvenes que la mía. Esto me permitió hacerme una opinión sobre ese tópico referente a ellas y el “ya no son lo que eran...”, muy falaz a mi modo de ver. Todo cambia, efectivamente, pero no necesariamente siempre a mejor o a peor. Cierto es que era patente observar en los nuevos colegiales, si bien más conocimiento de idiomas, de viajes y experiencias fuera de casa, y una mejor interacción con las nuevas tecnologías, también un bagaje de algunos conocimientos generales bastante más liviano, fruto de un sistema educativo que pese a haber contado con mayores medios que

antes, no terminó de rematar el asunto de la calidad y la eficiencia en la enseñanza. Lo que no cabe duda es que la gente llegaba con menos miedos y complejos que mis coetáneos, más libres de prejuicios y capaces de emprender proyectos nuevos y difíciles, contrariamente a lo que muchos pudieran pensar, tal y como pude comprobar en aquellos últimos años y posteriormente mediante el contacto que he seguido manteniendo con el Mayor. Ellos están afortunadamente más preparados para afrontar una madurez, la suya, que me temo se va a desarrollar en tiempos más difíciles y complejos de entender que los que corren en el momento de escribir estas líneas. Mucha suerte les deseo a ellos y a nosotros...

Los veranos en el Chaminade son una faceta tal vez poco recordada en estos ejercicios de memoria, pero cabe destacar con nostalgia aquellos últimos días de curso donde de repente todo cambiaba: se juntaba la tensión de los exámenes finales y las primeras temperaturas insoportables del verano, que se podían ahogar a ratos en la piscina recién abierta. El Colegio empezaba a funcionar también como residencia, mixta en ese caso, y llegaban pintorescos grupos de residentes que se hospedaban por unos pocos días o semanas. Tenían un origen muy diverso: profesionales de todo tipo que acudían a algún congreso



que tenía lugar en Madrid -sacerdotes, matemáticos, médicos, expertos en energía nuclear...-, opositores, grupos de turistas, y sobre todo universitarios extranjeros que venían a estudiar español y conocer el país, mayormente durante aquellos años procedentes de Estados Unidos. Desde adolescentes hasta gente entrada en la senectud, nacionales algunos, extranjeros los que más, con los que entablábamos fugaces pero interesantes relaciones. Y lo mismo volvía a ocurrir a quienes teníamos pendientes asignaturas que recuperar en septiembre, al regresar durante esas semanas al Chaminade y reencontrar ese ambiente tan provisional y distinto. Algunos que pasamos allí algún verano completo, en la época en la que empezamos como becarios en distintas empresas, disfrutamos de ese ambiente tan especial que se presentaba en una época en la que todavía, en aquellos años, y también de forma singular, Madrid se convertía en una ciudad casi desierta.

No se debe dejar de hacer mención al trabajo de la administración. Sin dudar de que *el que mucho hace mucho yerra*, y de que existirá una gran diversidad de opiniones sobre la gestión de la dirección, a juicio del que escribe estas líneas estamos ante un trabajo llevado a cabo con admirable acierto. Durante todos los años vividos en el Mayor fui testigo de una ininterrumpida entrega por parte del equipo de dirección a esta labor: José Ignacio Gautier, Juan Muñoz y tanto Juan Manuel Guillem primeramente, como posteriormente Sergio Suárez, que superaba de lejos el ámbito de lo meramente laboral para entrar de lleno en el terreno de lo personal, dando cuenta de la dimensión vocacional y humanamente enriquecedora de este trabajo. En todo el tiempo que lleva el equipo directivo, en el que tanto ha variado el panorama social y educativo del país, que es el entorno en el que se mueve el Colegio, la dirección ha sabido armonizar la tarea meramente administrativa, que permite la supervivencia de la institución, con la atención al proyecto educativo, las circunstancias personales de todos los que viven o trabajan en el Mayor, y el mantenimiento en el Chaminade de un ambiente genuino pero siempre actual, apreciado y respetado, tanto dentro, por los colegiales y el personal, como fuera, por el resto de la comunidad universitaria, lo que sin duda ha valido el refrendo constante por parte del Patronato del Mayor y demuestra ser el motivo de la longevidad de ese equipo. El carisma, la cercanía y la autenticidad de los directores también han contribuido a este logro. Y cómo no, también tantos y tantos miembros del personal, valgan

como ejemplo las inolvidables Encarnita y Serafi, y otros muchos compañeros de viaje cuya mención no cabría en el espacio previsto para este que escribe, los que con mucha paciencia en tantas ocasiones, unos durante menos años, otros durante toda su vida laboral, hicieron y siguen haciendo hoy día que el Colegio mantenga abiertas sus puertas. Mi agradecimiento y homenaje desde aquí.

A modo de conclusión final, y a riesgo de visitar un lugar común, algo que creo justificado en el propósito de este escrito, puedo decir que mis años en el Chaminade fueron toda una experiencia de crecimiento personal en mi juventud, de valor incalculable, y que guardaré como un tesoro para toda la vida. ¡Aúpa Chaminade, y que viva otros cincuenta años más!



# “NOSOTROS SIEMPRE ANTICIPAMOS”

Miguel Pérez Alvarado y Diego Agúndez Calvo (1997-2003)

*Miguel Pérez Alvarado y Diego Agúndez Calvo fueron colegas entre 1997 y 2003. Como ambos creen que lo propio del Chami no fue nunca el soliloquio, sino la conversación, en vez de escribir cada uno por su cuenta sobre aquellos años en Madrid decidieron ponerse a hablar sobre ello. Uno desde Canarias, el otro desde Bruselas, como quien sale a hacer un “córner” y sabe que en la memoria no existe distancia que no pueda ser derrotada en el espacio abierto por un buen puñado de palabras compartidas.*

C.M.U. CHAMINADE

1997  
1º Apellido  
ALVARADO  
2º Apellido  
Miguel José  
Nombre  
28 de 1979 - LOS PALMOS DE G.C.  
Fecha y lugar de nacimiento



**MIGUEL PÉREZ ALVARADO.**-El Chami cumple este año medio siglo de existencia, pero el tiempo no sólo pasa para él, sino también para nosotros, que cumplimos casi dos décadas desde que llegamos allí. ¿Eres capaz de evocar desde 2016 qué esperabas encontrarte cuando entraste por aquel hall en septiembre de 1997?

**DIEGO AGÚNDEZ CALVO.**-Die-

ciocho años, justo los mismos que teníamos al llegar al Chami... Esto que propones es un ejercicio muy difícil, porque de una forma o de otra el Chami es como un libro tremendo que te leíste una vez y que está ahí, en la estantería de tu vida, donde puedes recordarlo de cuando en cuando. Lo curioso es el momento anterior a la llegada, la perspectiva... Para mí aquella fue una situación de total desorientación. Antes de ser aceptado había leído los principios fundamentales del colegio, recuerdo que te pedían escribir un texto explicando por qué querías entrar allí... ¡Y yo que sé! Chaminade, Loyola, Mendel... Había que entrar en alguno, yo no tenía ninguna referencia y el Chami fue el primero en darme plaza. Todo muy prosaico.

Sí recuerdo que a mi llegada el Chami se parecía poco al Chami, porque eran mediados de septiembre y aún había poca gente. Mi despiste

AGUNDEZ  
CALVO  
DIEGO ANTONIO  
Nombre  
DIEGO AGÚNDEZ GÓMEZ  
Nombre del padre o hijo  
C/HERNAN CORTÉS 20 3ºA  
Dirección de correo electrónico  
CÁCERES 16002  
927 241749  
Teléfono  
CÁCERES



C. M. U. CHAMINADE  
Pº Juan XXIII, 9 - 28049 Madrid  
Teléfono: 554 34 00

Fichas de Miguel Pérez Alvarado  
y Diego Agúndez

era total y mi primera sensación yo creo que fue: “esto es un sitio la mar de aburrido”. Y seguramente me bajaría al banco de la puerta a marear.

Y tú, ¿contabas con referencias? ¿Cómo fue tu primer contacto con “nuestro Chami”, en portería, y luego en la entrevista con la dirección, llegando desde Canarias? ¿Puedes desligar la primera impresión de Madrid de la del colegio?

MPA.-Ahora, en perspectiva, puedo decir que, estando todavía en Canarias, conocí el Chami de una forma muy *chaminera*. Fue por boca de un primo mayor que yo, que había sido colegial varios años atrás y al que llamaban el *Chispa*, que escuché las primeras historias sobre el colegio. Recuerdo claramente que me resultaron al mismo tiempo tan estimulantes como absolutamente inverosímiles. Aunque, siendo sinceros, creo que no fueron tan determinantes para mí a la hora de elegir destino, ya que en parte me pasó como a ti: acabar aquí fue una más de mis opciones, junto al Negro, al Johnny o el Loyola. En el fondo, para aceptarte todos te preguntaban cosas, como tú bien recuerdas, a las que, de una forma u otra, te veías abocado a responder en función de lo que creías que iba a ser mejor recibido, algo que por otro lado estábamos acostumbrados a hacer tras un mes intenso de exámenes de selectividad. Pero una excitante incertidumbre estaba ya colocada en el centro mismo de ese modo de selección, ya que a diferencia de lo que nos ocurría con la selectividad, para cuyas pruebas nos preparábamos durante todo un curso, al menos a mí no me quedaba claro qué era lo que decir para ser bien recibido en un colegio mayor, lo cual, pienso ahora, no es sino una forma indirecta de reconocer que no tenía ni idea de lo que iba a pasarme allí a partir de septiembre.

De mis primeros días en el Chami recuerdo que seguía pareciéndome un lugar en gran medida inverosímil, y que seguía sin creerme las historias que sobre él traía en la memoria. Eso lo puedo decir tan rotundamente a partir de la rememoración de detalles que en aquel momento me pasaron inadvertidos, pero que ahora me resultan reveladores, como el hecho de que durante las primeras semanas, siempre que estaba en la habitación, pusiera mucho hincapié en comprobar que la puerta del cuarto quedaba bien cerrada con llave, porque no me creía en absoluto ese rumor que corría por los pasillos de que allí no se hacían novatadas. Centrado en esas pequeñas luchas contra la inverosimilitud, y me imagino que también que entregado a la enorme cantidad de emociones y asuntos que uno tiene que afrontar al entrar

a esa edad en ese espacio nuevo, me doy cuenta ahora que converso contigo que las historias que me contó mi primo pasaron enseguida a un segundo plano, y que no volví a recordarlas y comentarlas con él hasta un par de años después, cuando el que empezó a contar con la misma pasión estimulante y poca verosimilitud las historias del colegio mayor empecé a ser yo mismo.

Eso me recuerda aquellas discusiones que a menudo repetíamos, sobre todo en nuestros últimos años, en las que tratábamos de dilucidar, un poco estérilmente, creo, si no vivíamos allí como en una especie de “burbuja” de la que era necesario salir pronto para no perecer en la inflación de una vida paralela...

DAC.-Ah, la conversación como terapia para matar el tiempo yo creo que se inventó en el CMU Chaminade. A todas horas y en todo lugar; servía para comentar la rabiosa actualidad y la calma tensa, o la crisis, o las más irrelevantes cuestiones y cotilleos de tal o cual. Quizá es porque el lugar era especialmente propicio, con trescientos elementos más o menos en edad juvenil y sobre todo hambrientos de “cosas” capaces de alterar la rutina. Cada uno en lo suyo, me atrevo a asegurar que muchos debates seguían la mejor tradición argumentativa, que es la de discutir por discutir sin ningún interés mayor que el de marear la perdiz, darle la vuelta a las razones y retorcerlas como juguetes.

Que el Chami era una burbuja dentro de Madrid y hasta de la Ciudad Universitaria para mí lo prueba nuestro sentido deportivo de las cosas. Esa capacidad de alejarse de la realidad (porque hasta cierto punto estábamos cerca y lejos) y valorarla desde la risa era una oportunidad muy sana y también muy difícil de repetir en otros sitios. Pero en segundo lugar tendríamos que preguntarnos si en realidad la burbuja era también Madrid a su manera. El Chami nunca será representativo más allá de ciertas élites y clases medias, pero desde luego tiene elementos que reflejan la diversidad de manera mucho más fidedigna que los chelis capitalinos. Gente venida de su padre y de su madre -es verdad que desde posiciones económicas más o menos acomodadas- que al final conformaba un mosaico (no sé si llegaba a mezcla) de puntos de vista muy enriquecedor, lo que no siempre era el caso en otros ambientes. Burbuja yo, pero tú más, Madrid (acuérdate del artículo aquel de Haro Tecglen después de su conferencia: “me invitaron no tanto para vernos, sino para que nosotros les viéramos a ellos”). Como si fuéramos setas raras en un invernadero de Metropolitano.

O sea que, uno, discutir sobre causas perdidas era nuestra principal causa ganada y dos, que estando en Madrid no éramos realmente Madrid. Pero se me ocurre que tú lo que pones sobre la mesa, me parece a mí, puede que sea no tanto lo que nosotros discutíamos o no, sino el propio sentido del Colegio dentro de Madrid, una especie de no-lugar dentro de la capital... En ese sentido, puede que dependiéramos nosotros tanto del colegio como el colegio de nosotros.

MPA.- ¡Menudo no-lugar más *lugarísimo* sería el Chami, con su perfil tan singular de paredes de ladrillo rojo que encierran casi trescientos cuerpos ansiosos por bullir a cada instante, con su *hall* lleno de sentido precisamente gracias a la luz concreta entrando por todos los frentes y haciendo más transparentes los mareos y las conversaciones, con sus *corners* de ida y vuelta delimitando el espacio exterior de sus alrededores! Yo diría en todo caso que el Chami era un *ultra-lugar*, y que durante casi todo el tiempo para muchos lo que prevalecía era la tentación de sentir Madrid como un no-lugar, y no al revés. Aunque eso que planteas sobre los vínculos con la ciudad es muy interesante. Por un lado, esa experiencia de intercambio tan intenso y plural creo que sería, por la composición política y social de este país, muy difícil que se diera en otro lugar de España, lo cual no es necesariamente una virtud, sino quizás un lamento. Pero por otro lado, no creo que en Madrid sea posible encontrar una diversidad tan natural dentro de un mismo espacio como la que teníamos allí, o la que supongo que tenían otros colegios mayores de la zona. No es que en Madrid no haya diversidad, pero sí que creo que la misma está, como quien dice, “repartida por barrios”, y que encontrarla explosivamente mezclada dentro de cuatro paredes, y que el resultado en el día a día diese lugar a una fluidez tan interesante no es la tónica habitual. Y lo digo con experiencia, pues aunque ahora escribo desde el regreso al *hogar canario*, pasé casi diez años viviendo en Madrid tras mi paso por el Chami.

Sobre la otra cuestión que planteas, yo soy de la opinión, aunque suene un poco abstracto, de que la apuesta del CMU Chaminade descansa no sólo en un núcleo duro de valores básicos muy democráticos y muy liberales (en el sentido más digno del término, no en el sentido que le ha dado la política y la economía desde los 80), sino en el hecho de que su *manera de ser* no está predeterminada obsesivamente por un programa ideológico o formativo o por unos criterios fijados por la Dirección, sino que junto a los anteriores siempre tienen un peso

significativo las interacciones de los colegiales en cada momento. Al menos en esa ilusión hicimos nuestro el Colegio Mayor. Por supuesto, no se trata de pensar que los colegiales parten de cero cada vez para construir el colegio a su medida, pues no sólo siempre hay una tradición (unos mitos, hubiéramos dicho en nuestra época allí) que recoger y hacer propia, sino que el sistema de renovación del colegio por cuartos o por tercios siempre permite que todo se vaya adaptando de manera rítmica y no a golpes desde la nada. En ese sentido, sí que creo que alguien que observase el Chami en el tiempo desde fuera con ojos neutros, tendría una curiosa colección de fotografías en las que, junto a la continuidad de unos claros rasgos comunes, resaltarían las vivencias de unas generaciones y unas personas muy concretas.

Pero por cierto, ahora me doy cuenta de que antes saqué a colación el famoso tema de la burbuja y no te transmití mi opinión. Porque ese era precisamente uno de los temas que mascábamos y mascábamos, y nunca me convenció del todo. Tampoco está muy claro qué quería decir la gente con eso de la burbuja. Si se refería a que éramos unos pocos afortunados de clases sociales medias y medias altas los que por allí pululábamos preferentemente, eso tampoco es decir mucho, pues lo determinante de una burbuja es que te obliga a permanecer aislados, y fue precisamente en el Chami donde muchos adquirimos conciencia social y política de los problemas que nos acucian en este país y en este mundo a principios del siglo XXI. Si por burbuja se quería poner el hincapié en que allí dentro compartíamos intereses o preocupaciones diferentes a las de la mayoría, no se me ocurre casi ningún tema de los que tan frecuentemente se habla ahora en estos momentos de crisis política, social y económica que no hayamos tratado en aquellos días nuestros, y en una época en la que precisamente la prensa o las instancias políticas apenas se preocupaban por ellos. Si por burbuja se referían a que el Chami *acabaría*, arrastrando en ese final el mundo de desfreno universitario a los pies del castrante mundo laboral, no se me ocurre qué épocas no están destinadas a ser superadas en el siguiente paso vital, y no por ello las consideramos burbujas, sino precisamente etapas. Y además, aquí y ahora me resulta casi imposible reconocermelo claramente antes de los años en el Chami, por lo que deduzco que más que burbuja que me aislara fue lugar donde hice y *contrahice* mucho de lo que después, “lanzado al mundo”, como dirían los teóricos de la burbuja, he pasado a considerar mi identidad personal.

De alguna manera, al menos en mi experiencia, la única burbuja en la que ciertamente creo que estaba asentado el Chami era en su condición de colegio masculino. Y con esto quiero decir que el Chami consiguió hacer normal lo que para mí, y para muchos de nosotros, no era normal cuando llegamos a Madrid: el de mantener segregado entre hombres y mujeres el espacio de la convivencia (colegio o instituto, familia o amistades). No hablo de negar las diferencias de género, sino de reconocer la evidencia de que, también en ese punto, vivir las diferencias lo más cercanamente posible nos hace más grandes, y desvirtuar lo que no son sino tópicos acerca de lo que nos separa nos hace precisamente más iguales. Como te digo, al menos yo venía de un colegio y una familia que en Canarias nunca había basado sus valores en nada que tuviera que ver con una segregación por sexos, sino todo lo contrario, y curiosamente fue algo que, si bien me llamó la atención al principio de manera algo desagradable, en seguida pasó a segundo plano cuando empezamos a convivir. De hecho, cuando el Patronato nos planteó, ya en nuestro sexto año, que iba a avanzar en la dirección del colegio mixto, y que lo haría no por motivos económicos, como otros colegios y residencias del entorno, sino por convicción ideológica, lo primero que se me vino a la mente fue darme cuenta de que ésa debería haber sido, junto a otros asuntos que tanto habíamos reivindicado en los años anteriores, una inquietud presente por nosotros desde el principio, pero que, al menos en nuestro entorno, tampoco había sido motivo siquiera de excesiva conversación. Mucha República, mucha Literatura, pero poco Colegio Mixto en nuestro *programa colegial*. Lo que vino luego, un puñado de meses defendiendo esa opción contra quienes, en un debate que llegó a ser ridículo, defendían las esencias masculinas del colegio, habrá pasado, con la naturalidad de los años, a ser parte del anecdotario más mitológico del Chami. *El colegio lo hacían los colegiales*, (aunque entonces el masculino no abarcaba el femenino como aún quiere la RAE), esa era su esencia; *las colegialas y colegiales lo hacen ahora*. Casi lo mismo, aunque un poco mejor. La cuestión es, ¿querríamos haber vivido el colegio mixto?

DAC.-Aquel debate fue más apasionado que apasionante, principalmente porque el sentido común yo creo que funcionó como una apisonadora argumental frente a razones, digamos, más o menos emocionales o basadas en el “ser” del colegio (esa concepción un poco rancia para la cual las chicas podían ser sólo invitadas). Quizá habría

que preguntar a quienes se pronunciaron en contra del mixto lo que opinan hoy de aquella opción que tomaron y los calientes debates que precedieron a la conversión del colegio. La verdad es que en perspectiva aquel debate, con toda su carga simbólica, tenía un solo resultado lógico: el que fue.

Quisiera eso sí hacer un apunte sobre el hecho de que la “conversión” nunca figurara entre las prioridades de los colegiales: para mí, esto puede obedecer en parte a que en realidad la segregación tenía un componente normativo, pero la propia realidad universitaria tendía a disminuir su significado. A cincuenta metros tenías los colegios femeninos y el contacto era constante dentro y fuera de la Universidad. En el Chami la libertad de circulación era notoria y las interacciones frecuentes, con independencia de la residencia de cada uno o cada una. Yo creo que al llegar uno se acomodaba al orden establecido sin llegar a poner en duda el modelo, pero con el modelo puesto en duda... No sé si el proceso llegó a estar en peligro en algún momento. Recuerdo que en plena fiesta de primavera todo el colegio (más bien los que quedaban en pie) se pusieron a vociferar aquello de “Chami mixto no”. Y lo hacían como quien gritaba más en broma que en serio lo de “Tacho dimisión”, puro pataleo por el ánimo de hacerse un poco los flamencos y molestar sin molestar.

Creo que en perspectiva podemos estar orgullosos de que en un momento dado, si llegara el caso, nuestras hijas puedan vivir el Chami como lo hicimos nosotros, sin diferencias ni discriminación. Pero dicho esto, creo que frustrarse ante cosas u oportunidades que no vivimos es inútil. En ese sentido, estoy razonablemente contento con la época que nos tocó vivir en el Chami y estoy convencido de que la mayoría de los ex colegiales dirían lo mismo de la suya, por mucho que cada uno tengamos los recuerdos de las generaciones concretas aun habiendo paseado por los mismos espacios...

Y hablando de recuerdos, a ver qué me cuentas si te pregunto por un recuerdo, uno solo, una experiencia vivida o presenciada que para ti resume tu estancia o la explica, o que simplemente crees que merecería por sí sola la respuesta a esta pregunta. Te lo dejo abierto.

MPA.-Esta pregunta me la venía temiendo desde el principio, y reconozco que tenía esperanzas de poder plantearla en primer lugar, para ver cómo te zafabas de la dificultad que supone elegir un momento entre todos los que pudimos vivir en seis años en el Chami. En todo

caso, y después de darle muchas vueltas, voy a optar por elegir uno de ellos y explicarte luego por qué, si me tengo que quedar con uno, me quedo con éste. Y el porqué será conveniente, no sólo porque no me quedo contento eligiendo una sola anécdota, sino porque en parte creo que la he elegido con la intención de que pudiera ser representativa o de interés para quien lea este texto, y no tanto por la intensidad con que me queda en la memoria frente a otras.

La anécdota en sí es bastante sencilla. Un grupo de nosotros que no debía ser mucho mayor de una decena, con nocturnidad y armados de unas tenazas y un candado enormes (¿de dónde habrían salido?), nos encaminamos prolongando lo que solía ser el recorrido propio de un *cómer* girando a la izquierda frente al Mara hacia las instalaciones de atletismo de La Almudena, entre la Facultad de Pedagogía y el Colegio Mayor África. La anécdota acaba enseguida, cuando uno o dos minutos después ese grupo se acerca a la valla que mantiene cerradas las instalaciones deportivas, dispone hábilmente las tenazas sobre la cadena que impide el paso, la rompe y sustituye después el candado allí colocado por la contrata de seguridad de la Universidad Complutense por el que traíamos nosotros. Después de comprobar que era nuestra llave la que abría el candado, retorna el grupo al Chami, quizás por el mismo camino o quizás por la calle, más empinada, que atravesaba el Isabel y el Alcalá. No recuerdo que la noche acabase con épica, y si me obligan a elegir, desde luego la confundo con otras muchas que caracterizaban, en el *hall*, el encuentro con las personas más diversas y las conversaciones más inesperadas.

Éste es el corazón de la anécdota que elijo y que es, como ves, no muy personal, poco mítica, e incluso apenas definida, pues ni siquiera recuerdo quiénes estábamos ni qué hicimos después del excitante momento en que las tenazas reventaron la, por otro lado, ridícula cadena. Ahora vienen los contextos. Estamos a mediados de marzo de 2003, en la inminencia de la *invasión preventiva* de Irak por parte de una coalición liderada por EE. UU. y en la que participa España en contra incluso de las movilizaciones sociales que habían mostrado crecientemente su oposición al posible conflicto. No habían pasado muchas semanas desde que en Ciudad Universitaria, y con impulso motriz en el Chami, se había fundado junto a una veintena de colegios mayores la plataforma *Universitarios contra la Guerra*. De hecho, una de las decisiones de la plataforma había sido la de montar una



Foto de la acampada,  
2003, Jon de la calle etc

acampada testimonial de protesta, y aquella misma mañana habíamos mandado una carta al Rector de la Complutense solicitándole un lugar donde hacerla. Si no recuerdo mal, tú mismo firmabas en nuestro nombre. Como la respuesta sabíamos que iba a ser negativa, y calmados por la diplomática estrategia de entregar en registro la carta un día antes de proceder a instalarnos en el campo de atletismo de La Almudena, pergeñamos esa hermosa muestra de civismo rebelde que nos permitió entrar al día siguiente no tumbando la valla a base de golpes y serruchazos, sino con las llaves en mano, como conocidos vecinos del barrio que hacen uso de unas zonas comunes. Todo ello ante la cara estupefacta de los guardias de vigilancia, porque junto a las tiendas de campaña traíamos con nosotros la amenaza de unos camiones de transporte que cargaban con los materiales para montar un escenario que habíamos conseguido para los actos festivos programados ese día y que nos financiaba, ni más ni menos, el Ayuntamiento de Rivas Vaciamadrid, el *reducto rojo* por aquellos años de la Comunidad de Madrid.

Y ahora, comparto contigo los motivos que me han llevado a elegirla frente a otros recuerdos más intensos, de impacto más duradero en mi propia *educación sentimental*, más divertidos incluso... En primer lugar, me gusta esta anécdota porque está embadurnada del ambiente de las cosas rutinarias, de los paseos nocturnos por Ciudad Universitaria, y eso a pesar de que realmente se insertaba en el centro de un cogollo de decisiones y actividades con una dimensión, podríamos llamar, de activismo universitario. Obviamente no estábamos ante una subversión ni una lucha urbana de alto calado, pero para los que participaron en ella estoy seguro de que fue un ejercicio de movilización social y política como pocas veces habíamos podido experimentar. En segundo lugar, me resulta muy tierna porque en el fondo, y frente a lo que cabe esperar de unos ardientes colegiales implicados políticamente con tantas causas de cartelera, el origen de la conciencia de que había que reaccionar desde Ciudad Universitaria a las decisiones que en materia de política exterior estaba tomando el Gobierno no surgió de nosotros, sino de José Antonio Romeo, el mismísimo cura del Chami con el que casi ninguno de nosotros tenía trato habitual. Recuerdo perfectamente el día que se nos acercó Tacho para contarnos que José Antonio le había preguntado cómo es que nosotros no estábamos haciendo nada al respecto. Esa imagen de nosotros que nos devolvía... ¡un cura! tuvo el valor de activar nuestra reflexión y nuestro pequeño orgullo y dar lugar a una de los acontecimientos que más nos acercaron a una causa común, no la del antibelicismo en sí mismo, sino sobre todo la de ponernos de acuerdo entre nosotros y con otros muchos colegiales del entorno para hacer algo conjunto y algo que tenía que ver, además, con la realidad que nos acompañaba más allá de las paredes de ladrillo del colegio. Es cierto que la acampada contra la guerra fue la culminación de otras iniciativas que nos habían conectado intensamente con otros muchos colegios mayores, como la participación en el Foro Social en París o las actividades de la CUPDH, pero creo que ninguna fue tan intensa como ésta. Y por último, la elijo también porque representa para mí el intenso espíritu de convivencia intergeneracional que ha tenido siempre la vida en el Chami. Recuerdo que la movilización contra la guerra nos unió a todos, veteranos y novatos, no tan veteranos y no tan novatos, y que la tomé como mía, y eso a pesar de que estando en mi último año ni siquiera participé como podría haberlo hecho en mis primeros cursos. De hecho, recuerdo que tú te quedaste

a dormir en varios de esos turnos que hacíamos en la acampada, pero yo no recuerdo haberlo hecho nunca. Pero eso no significaba que no formase parte de ello, sino que era una evidencia más de que uno podía hacer propio lo que era en cierto sentido el resultado de una interacción colectiva. Cuántas veces hemos contado una anécdota del Chami como si la hubiéramos vivido en primera persona a pesar de no haber estado realmente allí... Creo que eso sólo puede pasar cuando hay un sustrato de convivencia más allá de la presencia física, y tiene naturaleza participativa. Y eso, aunque suene turbio, era para mí el *espíritu colegial*. Bueno, creo que me he extendido demasiado, y que te toca a ti ahora hacer el esfuerzo de elegir una sola anécdota, un solo recuerdo de todos los vividos en el Chami.

DAC.-Éste que cuentas fue un momento hermoso y sobre todo justo, entendida la justicia en un sentido más amplio que el de la ley, ¡civismo rebelde! Estoy de acuerdo con esa distinción tuya entre recuerdos personales, algunos ciertamente divertidos, y otros que son más representativos de un modo de ser y decidir colectivo. Entre los primeros, seguramente compartimos algunas anécdotas rutinarias, como las idas y venidas por Reina Victoria, las ritualizadas comidas y cenas de domingo, los escándalos *tontunos* del comedor, las actividades en la radio o los ciclos de cine, los intensos períodos de exámenes con sus mareos o las juergas imborrables de la Fiesta de Carnaval y demás. Y entre los segundos, pues también hay un gran número de sucesos irrepetibles, como el día que todo el colegio apagó a una el incendio junto a la piscina, o aborrecibles, como aquella batalla campal contra el Alcalá que parecía sacada de *La guerra de los botones* y que casi acaba en denuncia contra el sujeto que disparó no sé qué escopeta y en razón de los destrozos de lo que llamábamos la “Intifada”. En la distancia, sería estupendo reunirse un día cuantos más mejor y hacer memoria colectiva de todos estos momentos generacionales. Convendrás conmigo en que la *micronación chaminera* es muy rica y además va creciendo, pero sus hitos no son muy exportables: uno inventa el *wall-contact*, otro se sube a un quiosco, otros lanzan un satélite...

Volviendo al tema: el momento que elijo es la conferencia que dieron dos diputados de Herri Batasuna en el salón de actos en nuestro año de novatos. Esta elección no obedece obviamente a ninguna relación de simpatía. Algunos detalles los guardo borrosos (corrígeme si me equivoco), pero para mí lo fundamental fue tanto el debate previo que

precedió a la conferencia como el propio ambiente pegajoso y tenso de la intervención de estos diputados (uno de ellos era, creo recordar, Sabin del Bado). Te acordarás que un grupo de colegiales, algunos vascos, promovió la idea de la conferencia como una forma de dar voz y conocer de primera mano las posiciones de todas las fuerzas políticas que estaban presentes en el ámbito político vasco, por mucho que pudieran algunas de ellas emparentarse con el punto de vista del verdugo, en ese período en el que los atentados de ETA eran aún frecuentes (el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco se había producido unos meses antes). El proyecto, que incluía la presencia de HB, fue llevado a cartelera e inmediatamente suscitó la oposición más o menos vehemente de algunos colegiales con argumentos del tipo “no quiero a esta gente en mi casa”.

Aquellos colegiales tenían mucha razón: realmente no es posible defender sin matices la presencia de quien no respeta el derecho a la vida, sea de obra o de palabra. Recuerdo que nuestra presencia en aquel debate era casi de observadores, estando recién llegados al colegio. Creo recordar también que entonces fui de la opinión de que, en aquel ambiente universitario, nuestro deber era poder escuchar todas las opciones políticas, por detestables que fueran sus premisas. La decisión que se adoptó (¿fue por votación colegial en comedores?, ¡qué gran instrumento!) fue la de tolerar la conferencia con la condición de no darle ningún tipo de publicidad exterior (tanto tiempo después creo que esa prohibición ha prescrito).

Vinieron los dos diputados y el salón de actos estaba lleno, llenísimo. Era una de esas veces que se sudaba de pura aglomeración. El ambiente era tan opresivo que parecía que quien iba a aparecer era un tipo con capucha y pistola, una pura ensoñación. Evidentemente no fue así. Los diputados negaron con vehemencia que su actividad pudiera circunscribirse a ETA y entonces... ¿cómo fue aquello? Creo que Del Bado preguntó retóricamente si pensábamos que era un asesino y entonces uno de nuestra generación le gritó en voz alta que sí...

¿Hicimos lo correcto al dejar el estrado a Herri Batasuna? Para mí esa es hoy una cuestión abierta porque encubre un dilema ético y político vigente, pero a la vez está claro que en aquel momento ese partido celebraba mítines por todo el País Vasco, y en ese sentido una conferencia política tampoco era algo “rompedor”, salvo porque fue en Madrid.

Así es como llego a la razón de haber elegido este momento. Esa conferencia no es realmente “representativa” *per se* de nuestro paso por el colegio, pero sí fue lo que los franceses llamarían un “*faitmarquant*”, un momento crítico que al menos a mí me sirvió para comprender el “espíritu colegial” que mencionas y que de alguna manera me sirvió para afrontar cuantos debates más o menos políticos fueron luego sucediéndose en cartelera a lo largo de los años: el Chami mixto, las actividades contra la guerra, la desaparición del Aula Taurina... Con lo de HB éramos nuevos entonces en el Chami; quizá en ese momento en el que todo deja una huella más fuerte, y aquella conferencia me hizo entender que el colegio era un espacio libre: al quite de los asuntos de actualidad pero a la vez un poco alejado de la opinión pública. El Chami no era “la media” y tal vez eso permitía planear actividades desde un punto de vista bastante libertario o llevar a cabo pequeñas barrabasadas en nombre del arte.

Haber asistido a una conferencia de Herri Batasuna era algo que muchos de nosotros no habríamos podido hacer en otros lugares, en nuestros lugares de origen. Por lo demás, los parlamentarios no convencieron a nadie. Me atrevo a decir que incluso reforzaron nuestro convencimiento de su camino errado, pero esa nueva certeza intelectual fue prueba de que el colegio era un lugar único para acceder virtualmente a cualquier circuito de ideas. En parte, los ciclos de debate sobre el País Vasco fueron la semilla para muchas otras conferencias de todo tipo, a menudo pronunciadas por figuras importantes, que servían no sólo para llenar las tardes, sino para fomentar un espíritu crítico en ese pleno sentido que todo universitario debería tener.

MPA.-Recuerdo perfectamente aquellos momentos que rememoras. Nosotros recién llegados casi, y se monta aquel debate tan intenso. Creo que los recuerdos no se acabarían nunca, porque vistos en perspectiva, de casi todos ellos, incluidos los más aparentemente intrascendentes, se podrían hacer lecturas que permitiesen reflejar la dimensión social e histórica que tuvo el colegio. Por cierto que resulta curioso, y esa sería una reflexión final que comparto contigo para cerrar esta conversación, que se haya dado la hermosa coincidencia de que la celebración del medio siglo de existencia del Colegio Mayor coincida con la despedida que se le debe brindar a Tacho por su jubilación como director del mismo durante las últimas décadas. Es difícil para mí al menos separar ambas cuestiones, ya que, aunque a la razón le resulte evidente que

el Chami existió antes y seguirá existiendo después, y de la misma forma que aquella esencia del espíritu colegial no ha sido nunca monopolio de ninguna generación pero al mismo tiempo ha estado abierta a expresarse de acuerdo con el latido que cada una de ellas le imprimió, me parece indiscutible que la intensidad de nuestra vida en el Chami se debe también a la labor con que Tacho ha dado forma personal al proyecto educativo que ahora cumple cincuenta años, y que, visto desde el tiempo, eso sólo puede tener lugar cuando la dedicación profesional se hace indistinguible de la pasión y la amistad con que se vive el tiempo entregado al disfrute de la libertad.

DAC.- Conuerdo, conuerdo. Para mí, como bien dices, nuestro Chami no se entiende sin Tacho y es una pena que le “dimita” la edad. Bien se ha ganado un homenaje. Y llegados a este punto y a modo de despedida, quisiera lanzar dos maldiciones, un compromiso, y una reflexión final que en realidad es tuya.

Mis dos maldiciones, en la mejor línea del “espíritu colegial”, son las siguientes. La primera, que el Chami no podrá cerrar sus puertas mientras el número de tunos que han pasado por él sea superior al de personas que hayan registrado una patente o un libro. Teniendo más tunos que inventores y poetas (y hablo de un cómputo histórico) no podrá pensarse que su misión está cumplida. Y segundo, que mientras no sea encontrada la cápsula del tiempo que unos cuantos enterramos secretamente un día en el perímetro del colegio, en este país no podrá declararse una república.

El compromiso es que para nosotros de manera directa e indirecta el Chaminate reflejó como ninguna otra instancia las ideas de libertad y espíritu crítico, sin nada que envidiarle a lo que, por ejemplo, debió de ser en su momento la Residencia de Estudiantes. A mí me gustaría que ese compromiso quedara blindado en los tiempos venideros, tanto por parte de los colegiales, como del Patronato y cualquier otra instancia política. En la propia Ciudad Universitaria ha habido últimamente algunos ejemplos inquietantes.

Y termino con la reflexión final que en realidad es tuya, y que para mí es una consecuencia de lo anterior. Sabes que al hilo de esta conversación estos días hemos estado hablando de estos y algunos otros temas, y el otro día dijiste algo recordando las conferencias que organizábamos que yo pondría incluso como lema del colegio: “Nosotros siempre anticipamos”. Y es verdad. Muchas de las cosas que discutíamos entre

nosotros o con los invitados que traíamos luego pasaban al debate más general de la opinión pública. Pasó varias veces. Nos adelantamos muchas veces, y esta es una gran virtud del Chaminade, ese colegio que (casi) siempre estaba un paso por delante.

MPA.- Dices mucha verdad, y creo que esa imbricación entre pasado, presente y futuro tiene que ver con el poder transformador que tiene la memoria, un poder que se descubre en la práctica, y no en la teoría, habitando lugares como el Chami. Por cierto, que después de tus últimas palabras, que suscribo, a mí sólo me queda pedir enfáticamente a esas generaciones por venir que no tarden mucho en encontrar aquella cápsula del tiempo, para que podamos ver en vida esa III República que tanto urdió de sueños nuestro ya de por sí intenso día a día.



# CMU CHAMINADE: UN LUGAR CULTO (Y DE CULTO)

Ángel Olmedo Jiménez (1998 – 2003)

Parece que no hubieran pasado ya casi diecisiete años, pero recuerdo como si fuera ayer aquel 27 de septiembre de 1998 en el que, por primera vez, cargado de maletas, desembarcaba en el CMU Chaminade (el Chami, que para eso estamos en familia) y, concretamente, en la habitación B-31 (de aquéllas, el pabellón

pequeño contaba con duchas comunes al fondo de cada ala y las habitaciones con un mínimo lavamanos [un entorno que cuadraba a la perfección con el principio de austeridad que presidía los principios de la Guía Colegial]).

Aquel día, Abraham Olano vencía la quincuagésima tercera edición de la Vuelta Ciclista a España y, como solía ser habitual, el centro de Madrid se llenaba de esforzados ciclistas portan-

do sus coloridos maillots para deleite del público que les esperaba y jaleaba tras las vallas.

Para un chico de provincias (Tomelloso, Ciudad Real), que iniciaba su andadura universitaria en la capital, la llegada a Madrid presagiaba una auténtica cascada de nuevas experiencias y nada le hacía apostar porque, en el futuro, quedaría tan marcado por su paso por el Chami (tanto que, todavía, cuando por avatares de la vida me encamino por el Paseo de Juan XXIII, no me resisto a entrar a sus instalaciones, visitar su mítica Cartelera y tomar una cerveza en la Cafetería, como si fuera posible recuperar los momentos ya vividos [y sus sensaciones]).

En el Colegio tuve ocasión de participar, en varias de sus aulas (la Taurina [en la que se fomentaron certámenes literarios y de fotografía para impulsar el conocimiento de la Fiesta Nacional, además de celebrar conferencias con importantes personalidades del mundo del toro], la de Radio [narrando partidos con hombres que hoy son profesionales

C.M.U. CHAMINADE

OLMEDO  
1º Apellido  
JIMÉNEZ  
2º Apellido  
ÁNGEL  
Nombre  
46-X-3320-A LICENCIADO  
Fecha y lugar de nacimiento



Fichas de Angel Olmedo

de la materia] o el Aula de Ciencia Jurídica [que procedió a refundir la Guía Colegial] y de sus equipos (el de Fútbol-Sala y el de Balonmano), en su Mesa Colegial (el órgano de representación colegial y de interlocución con la Dirección del Mayor, en dos ocasiones con “Miguelón” [Pérez Alvarado] y David Fernández y en otra con Alberto Carrillo [“el Juli”, por su parecido con el matador de toros] y el lamentablemente desaparecido Astiazarán) en tres de mis cinco años y como organizador de conferencias (especialmente, una dedicada al mundo del ciclismo, con presencia, entre otros, del por entonces seleccionador nacional, Francisco Antequera [principal artífice de los oros de Freire, 1999, 2001 y 2004, y Astarloa, 2003, de las dos platas de Valverde y de dos bronce, también de Valverde y Freire]).

Sin embargo, y por encima de esa presencia en las múltiples actividades que se fomentaban en el Colegio, y que suponen una auténtica seña de identidad, el mayor de los privilegios que me deparó el Chaminade fue relacionarme con gran parte de los que hoy conforman mi núcleo duro de amigos; un cúmulo de colegiales, llegados de los lugares más variopintos del territorio nacional, que ocupan parte importante de mi existencia personal y que llevan con orgullo (y por bandera) su calidad de ex- colegiales del Chami (eso que, en la jerga habitual, se conoce como el *espíritu colegial*).

## LA ESPAÑA (Y EL MUNDO) DE FINALES DEL SIGLO XX

A buen seguro, los colegiales que hoy tengan ocasión de detenerse en este (necesario) libro, *Historia(s) del Chaminade*, que, justamente, celebra el cincuenta aniversario del Colegio, visitarán estas narraciones y apenas serán capaces de reconocer las vivencias o ese hilo conductor que subyace en gran parte de los avatares aquí relatados (porque, a fuer de ser sinceros, el mundo ha cambiado notoriamente en estos años).

Lo cierto y verdad, y éste es un punto esencial para comprender la vida colegial de los años que finalizaron el siglo XX (y el milenio) y principiaron la actual centuria, es que se trataba de épocas en las que la irrupción e influencia de las redes sociales eran nulos (o mínimos), lo que propiciaba, obviamente, el establecimiento de un tejido de relaciones más cercanas (y personales).

A nadie escapa que, en aquellas fechas, los colegiales ya contaban con teléfonos móviles pero la aplicación estrella de éstos era la de los sms, que, con el tiempo, ha cedido por mor de la inmediatez (y

presunta gratuidad) de las mensajerías instantáneas de Whatsapp o Line, entre otras.

El Chaminade de finales de milenio poseía una sala de ordenadores en la que se podía acceder a Internet y no fue sino hasta el comienzo del año 2000 cuando se dispuso (en una medida no exenta de cierta polémica) con Internet (y teléfono) en las habitaciones (previamente las llamadas eran desviadas desde la mítica centralita, con la inconfundible voz en la megafonía de Serafi, Encarnita, Eduardo o Martín, a los puestos [comunes] de teléfono que existían en las plantas).

Huelga referir que, en un entorno como el antes dibujado, las oportunidades de que un colegial (o un grupo de ellos) se recluyera en su habitación eran mínimas y ello concitaba, a mi modesto juicio, al despliegue de una más nutrida vida colegial en los pasillos (ejemplo imparangonable de dicha actividad, el más conocido como “mareo”, que permitía aprovechar estupendos momentos debatiendo en el *hall* de entrada o en el banco que siempre se hallaba dispuesto en la entrada exterior del Colegio, o el “corner” [un paseo desde la puerta del Chami hasta el final del largo de la calle en su lado izquierdo] que se efectuaba a la finalización de la comida o cena con los compañeros de mesa o cualquier otro colegial que se animara a tal periplo).

A mayor abundamiento, la España de los años (limitados) que contra esta personal Historia del Chaminade fueron muy interesantes desde el punto de vista político y social, lo que aviva (siempre) el movimiento en las elitistas esferas universitarias (algo a lo que, como es obvio, el Colegio no resultó ajeno).

El 12 de marzo de 2000, José María Aznar (Partido Popular) refrendaba su Gobierno y obtenía, por primera vez, una mayoría absoluta para un partido de centro(derecha), con lo que se le abría la puerta a obviar los pactos de gobernabilidad que, previamente, se había visto obligado a suscribir con sus socios nacionalistas (CiU, PNV y Coalición Canaria).

Durante su presidencia (marzo de 2003, en la aciaga cumbre de las Azores), Aznar comprometió la suerte de España atendiendo la llamada de George Bush y Tony Blair y llevando a nuestras tropas a luchar a Irak, lo que generó un movimiento ciudadano de repulsa e indignación ante tal situación (el todavía hoy famoso “NO A LA GUERRA”) que tuvo especial eco en Universidades y Colegios Mayores (de la pared lateral de la fachada del Chaminade, en otra decisión muy discutida [y discutible] colgó, durante esos turbulentos meses, un cartel que replicaba el que se había hecho ya, por méritos propios, un eslogan ineludible).



Pancarta del no a la Guerra

En 2002, el Prestige (un petrolero liberiano) se hundió en costas gallegas, originando una catástrofe medioambiental de magnitudes inusitadas y la Universidad respondió con una demostración de enorme solidaridad para acudir a la limpieza de las costas gallegas, desafiando condiciones de todo punto insalubres.

Ese mismo año, la noche de celebración de su inicio, comenzaron a deambular las monedas y billetes de euro (en un paso adicional para la unidad de Europa) que arrastraban a nuestras pesetas a una cruel inutilidad. Nuestra economía lucía mejor que en la actualidad y al presidente Aznar no le dolían prendas en afirmar que “España iba bien” (no en vano, las cifras de crecimiento económico nacional, entre 1995 y 2007, reportaron una media del 3,5% anual).

La banda terrorista ETA continuaba matando (52 personas entre 1998 y 2003) y la preocupación por su erradicación se hallaba tan acentuada como el debate sobre la necesidad del diálogo para solventar el conflicto.

Desde punto de vista mundial, el mayor acontecimiento de esta época fue el atentado del 11 de septiembre de 2001, promovido por la banda terrorista yihadista Al-Qaeda, que segó la vida de casi tres mil personas en Estados Unidos y que modificó la concepción de la seguridad, debilitando la creencia de superioridad de la sociedad norteamericana a la par que alertando de una nueva ola de terror

(de la que, lamentablemente, Madrid no fue ajena aquel aciago 11 de marzo de 2004).

En todos estos eventos, capitales para el entendimiento de la sociedad española, europea y mundial, y de un modo u otro, el Chaminade se hizo presente y, sobre todo, sirvieron para generar un enriquecedor debate entre posturas que, como es lógico en un colectivo cercano a los trescientos colegiales, distaban mucho de estar siempre conciliadas.

Y, para los que, como yo somos amantes de los deportes, aún no había llegado la bautizada como “Edad de Oro” y se tenían que rumiar las decepciones vividas en aquellas épocas a nivel de la Selección Nacional de Fútbol (eliminación en el Mundial de Francia en primera ronda, derrota en cuartos de final en la Eurocopa de Bélgica y Holanda, ante los franceses con el penalti errado por Raúl, y un auténtico atraco [también en cuartos de final], a manos del colegiado egipcio Gamal Al-Ghandour frente a Corea del Sur, en el Mundial que éstos organizaban junto a Japón, y que concluyó con un lanzamiento desde el punto de penalti marrado por Joaquín) al tiempo que se disfrutaba de la gloriosa época internacional del Real Madrid que anudó tres Champions League (1998, 2000 y 2002) y dos Intercontinentales (1998 y 2002).

Este entorno global, unido a un sinfín de manifestaciones culturales y sociales, conformaba, a grandes rasgos, el escenario vital del quinquenio de referencia.

### **EL CHAMINADE COMO LUGAR DE DESARROLLO Y EJE VERTEBRADOR DE LA PERSONALIDAD DE SUS COLEGIALES (CULTURAL, SOCIAL, DEPORTIVO Y LÚDICO)**

El Chaminade, sin perjuicio de las vivencias y recuerdos personales de cada cual, no puede ser entendido sin recurrir a su condición de instrumento conformador (por creativo) de la personalidad de sus colegiales.

En este sentido, el Chami podía presumir de alimentar un ambiente democrático que se personificaba en tres aspectos fundamentales: (i) la Mesa Colegial, órgano de representación de los colegiales, compuesto por tres miembros, y elegido por sufragio directo, democrático, libre y secreto; (ii) la celebración de las Asambleas Colegiales, en las que se abordaban todos los asuntos necesarios para el buen funcionamiento de la vida colegial (y que iban desde cuestiones como la organización de las fiestas [Novato, Carnaval y Primavera, incluso una de Navi-

dad y, especialmente, el modelo de invitación o la prohibición de la entrada a personas ajenas al Colegio, excepto chicas] hasta el estado de la comida); y (iii) la Cartelera, auténtico foro de participación y hervidero intelectual, cultural, político y social, en el que cualquiera de los colegiales podía exponer sus opiniones (firmando su nota con su nombre y habitación) y recabar, en su caso, el apoyo de sus pares o, de modo más habitual, recibir la réplica de aquél (o aquéllos) que consideraban su posición desacertada.

Esa participación cívica y democrática en la vida colegial, auspiciada por la Dirección del Colegio, y ejemplificada por los integrantes del Chaminade, es uno de los mayores (y emblemáticos) valores que el Mayor ha preservado durante toda su existencia, transmitiéndolo de generación en generación como seña identitaria ineludible (hasta el punto de que la Guía Colegial calificaba como motivo de expulsión la retirada de notas de otro colegial).

De aquellos años, y por particularmente relevantes, se pueden destacar las disputas que en la Cartelera originaron la mayoría absoluta obtenida por el Partido Popular y sus decisiones estratégicas, la colocación de la bandera de España en la Plaza de Colón, la ilegalización de Batasuna u otras de más íntima raigambre de la vida colegial (como podía ser la conveniencia de acudir a los comedores en pijama, la pertinencia de que Dirección pudiera acceder a las habitaciones de los colegiales, sin su permiso en caso de necesidad, o la relativa a la conversión en mixto del Colegio [que por su relevancia merecerá tratamiento específico]).

Nadie sabrá apreciar el valor de un espacio dinámico, abierto, democrático como el compuesto por este organismo vivo que era el Colegio Mayor salvo que haya podido disfrutar de él.

Y, como correlato ineludible de esa vida democrática, se ha de mencionar al cúmulo de conferencias y encuentros que, desde el Chaminade, se desarrollaron durante los años que ahora desempolvamos.



~~~~~  
Pancarta del no a la Guerra



Foto en la radio del Chami. Alvaro, Alejandro Bonis, Jon de la Calle, Carlos Morales Luchena, Jorge Duato, Pablo Cofan, Ángel Olmedo

Por el salón de actos, las salas de conferencias o en las cenas-encuentro pasaron políticos como Esperanza Aguirre, Julio Anguita, Juan Fernando López Aguilar, Juan Carlos Monedero, periodistas como Eduardo Haro Tecglen, Boris Izaguirre, Jacinto Vidarte, Martín Tello, deportistas como Manolo Sanchís o César Argilés (el seleccionador nacional de balonmano), además de una miríada de cantautores (cuya mera cita convertiría esta colaboración en un nutrido repaso de la flor y nata de la rama lírica), lista con carácter meramente ejemplificativo de las inquietudes que siempre poblaron los pasillos de nuestro Colegio.

Además, la inquietud colegial se reflejaba en los cientos de actividades que las diferentes Aulas propiciaban y que hacían que fuera imposible encontrar una tarde (o una noche) en la que no se tuviera ocasión de participar en charlas, conferencias, demostraciones, juegos, etcétera.

Tal era el nivel de dinamismo que, incluso durante la época de exámenes, se disfrutaba de un pródigo (culto y hondo) ciclo de cine, en el que los colegas, además de poder saborear películas del cine de autor, podían dar rienda suelta a la tensión acumulada por las largas sesiones de estudio.

Todo lo precedente evidencia, bien a las claras, que la máxima del Chaminade fue, siempre, la convivencia pacífica y presidida por

el respeto al desigual. No puede evitar señalarse que, sin perjuicio de su condición de Marianista, el Mayor siempre tuvo un marcado carácter progresista (republicano, afirmarán algunos), pero, incluso con ésas, las diferentes opiniones fueron siempre escuchadas y admitidas, permitiendo a todos y cada uno de los colegiales expresar y vivir sus convicciones en un entorno de profunda libertad.

Como mejor muestra de lo anterior, me permito traer a colación dos polémicas que me conciernen directamente.

La primera de ellas data de marzo de 2003, a resultas de la actuación de Dirección respecto de los movimientos de apoyo al “NO A LA GUERRA” (en concreto, permitiendo la celebración de un concierto en las instalaciones del Colegio que convirtió sus pasillos y zonas comunes en una suerte de “gran festival” y mercado no siempre lícito), pedí, en la Cartelera (en una nota que leída en aquel momento [y ahora] es muy dura, pero de la que no me arrepiento ni un ápice), su dimisión, finalizando mi pensamiento con un párrafo que reproduzco ahora aquí:

*“Don JOSÉ IGNACIO GAUTIER, Don SERGIO SUÁREZ y Don JUAN MUÑOZ deben dimitir de sus cargos. Su permanencia en los mismos ayudará a la muerte de un Colegio que ya ha comenzado a sufrir ataques constantes en cuanto a su ideario, al menos en la imagen que a muchos nos fue transmitida y con la que nos comprometimos en su momento. QUE DIMITA DIRECCIÓN”.*

Esas líneas demuestran, palpablemente, el carácter abierto y democrático del Chaminade y la capacidad de sus órganos directivos de asumir (e incluso alentar [la historia principia con una reunión el mismo día del concierto entre Tacho y yo y una nota de Dirección justificando el evento y tachando de comportamientos antidemocráticos a los que considerábamos su celebración “y el modo en que se estaba ejecutando” una tropelía]) el debate y la generación de opiniones discrepantes.

Pocos meses después, cuando se anunció la conversión del Colegio a Mixto, volví, junto con otros colegiales, a enfrentar la decisión adoptada, esgrimiendo (en diversas comidas mantenidas tanto con el Patronato como con la Dirección), entre otros, un argumento que, aún a día de hoy, no ha recibido réplica; el relativo a que la progresiva supresión de los Colegios Mayores masculinos contribuiría a erradicar un modelo que funciona y que la sociedad no proporciona ya casi en ningún ámbito. Así, la idea que defiende que los núcleos cerrados en los que sólo tienen cabida individuos de un mismo sexo son un exponente del

*conservadurismo* y limitan las posibilidades de desarrollo de esas personas incurrirían (en nuestra visión) en un error de análisis a posteriori, toda vez que, al menos en el Chaminade, el modelo masculino nunca derivó en problemas en el trato con las mujeres.

La realidad es palpable, el Chami es hoy mixto y, a buen seguro, gran parte de mis compañeros (yo abandoné al acabar mi Licenciatura el Colegio en su último año antes del cambio) que tuvieron la oportunidad de vivir tal transición no tendrán más que buenas palabras para con el modelo resultante.

En ambos casos (y en muchos otros), enfrenté las posturas de Dirección (y el Patronato) de un modo firme, vehemente, tanto que, en ocasiones, podría entenderse que lindaban con lo personal (si bien nunca fue el caso) o con una suerte de ataque directo (que ése sí existió, pero en los términos dialécticos comúnmente aceptados).

De todos modos, dichas polémicas, que, desde luego, no llevaron la sangre al río son una seña inexcusable del “espíritu Chaminade”, hasta el punto de que un año después (en septiembre de 2004), Dirección me eligió para confeccionar, junto a otros ex colegiales, varios documentos de trabajo (dirigidos a reflexionar sobre el “espíritu colegial” y los modos en que se podía mejorar la convivencia) que, en mi caso, titulé “Una visión ‘comprometida’ con y para el CMU Chaminade” y del que no sé resistirme a recuperar esta pequeña cita, pues demuestra que, incluso ya fuera de sus pasillos y habitaciones, había quedado prendado de la necesidad de dirigir el foco de debate a todas las voces, por muy extremas o minoritarias que pudieran parecer:

*“Ése, el objetivo de conseguir un compromiso de todos y cada uno de los colegiales, de todos y cada uno de los trabajadores, de todos y cada uno de los componentes del Patronato y de cada uno de los miembros de la Dirección, ha de ser primordial si se pretende que el Chaminade funcione como una Institución seria y respetada. Sin la participación de todos los núcleos en el debate sobre la realidad del Colegio, el análisis pecará de sesgado y, posiblemente, ajeno a numerosas disyuntivas que derivan en irremediables para determinados componentes”.*

No podría finalizarse el ámbito de análisis del Colegio (de aquella época) sin un repaso a dos de sus cúlmenes integradores, las Fiestas y los equipos deportivos.

En lo que hace a las fiestas, la del Novato (que servía de acogida a los nuevos [esencial en una organización que tiene prohibidas las

novatadas]), la de Carnaval (posiblemente la de mayor afluencia y que, en alguna edición, llevó al subdirector Juan, con objeto de poner freno a sus dimensiones y evitar peores consecuencias a pronunciar la mítica frase de que “*Esto* [por el Chaminade] *no es el Pachá*”) y la de Primavera (que contaba con un fin solidario, dirigida por el Aula de Derechos Humanos).

El poder de esas movilizaciones festivas fue tal que, incluso, durante un año, se instauró una adicional, de Navidad, que se ofició siguiendo los trámites al uso (con utilización de los comedores pequeño y grande como salas de discoteca) y con una afluencia que no desmereció a lo que venía siendo habitual en las ya tradicionales.

Finalmente, el Colegio siempre atesoró, como una de sus actividades más que propiciaban la convivencia y la cohesión, los diferentes equipos deportivos (rugby, fútbol, fútbol-sala, baloncesto, balonmano, tenis o bádminton, entre otros).

Los encuentros de dichos grupos (sin perjuicio de reportar los beneficios de la práctica deportiva para aquéllos que conformaban las escuadras) eran, además, un motivo más para que los colegiales no participantes acudieran a animar y apoyar los colores del Chaminade en los diferentes torneos (el de El Corte Inglés o en los maratones solidarios, como el del vecino Negro [aunque en este último no era necesaria la participación como Colegio]).

Este acelerado resumen demuestra que el Chami ofrecía una pannotia (rica y extensa) de acciones para desarrollar y vertebrar la personalidad del colegial en sus más variadas facetas.

### **EL CHAMINADE DE TODOS (Y EL DE CADA UNO)**

Es imposible, como se subrayaba al principio, establecer una definición del *espíritu colegial*, es radicalmente inabordable tratar de configurar un ámbito aglutinador de lo que la idea de Colegio significa con intención de que la misma integre un sentimiento único y común. Porque, en definitiva, la percepción (e influencia interna) del Chaminade es un concepto netamente personal y depende de las vivencias individuales de cada cual en sus pasillos.

Pero, independientemente de lo anterior, existe algo (una esencia) que permite a todos los colegiales sentirse reflejados en ese Colegio que les acogió y del que, sin duda, hablan con cariño y respeto cada vez que la ocasión es propicia (y en muchas otras sin que lo sea).

Cincuenta años es una cifra redonda (y un punto tan bueno como cualquier otro) para aplaudir el trabajo bien hecho y el esfuerzo de un colectivo humano que hoy, y siempre, puede mirar orgulloso cómo las personas que han pasado por las instalaciones del Paseo de Juan XXIII, 9 guardan con celo y cariño inaudito su estancia y la impronta transmitida.

El Chami ha ido variando durante todo este medio siglo de existencia y la más rotunda demostración de ello es la voz coral que, en este indispensable volumen, luce y compone una biografía atípica narrada por parte de los que fuimos sus actores, con sus perfiles divergentes, con sus sensaciones encontradas pero, en todo caso, con un denominador común del que todos comulgan, la marca que nuestro Colegio dejó en nuestras existencias.

Mirar al pasado supone correr el riesgo (a menos a mi juicio) de caer en una (indeseable) complacencia. Por ello, este cumpleaños debe servir, asimismo, para alentar los movimientos de trabajo entre colegiales, ex colegiales y demás órganos directivos de Dirección y el Patronato, sin olvidar a los trabajadores del Colegio, para que la esencia del Chaminade se perpetúe y consolide.

Hace unos años, en junio de 2007, y gracias al impulso de colegiales como Mariano Banzo, Borja Monreal, Fernando Fernández-Monge y Luis Gutiérrez, se trató de construir una asociación de antiguos colegiales. Desafortunadamente, el proyecto no culminó, a pesar de que la idea y el trabajo realizado era muy competente y correcto.

Es hora de recuperar ese ánimo y, ahora que la ocasión nos reúne con motivo de la festividad y la celebración, continuar trabajando en esa idea que fortalezca los nexos de unión de los ex colegiales que, humildemente, podemos ayudar a los actuales tanto en su faceta personal de vivencia del Colegio como en el ámbito profesional, construyendo una red sólida que “hermane” y soporte a los miembros del Chaminade.

No puedo concluir este, necesariamente breve, escrito sin lanzar una última (y muy personal) afirmación. Me sentí durante cinco años miembro de un Colegio al que dediqué gran parte de mi tiempo, mis ocupaciones y preocupaciones. El Chaminade (y sus gentes) me devolvió un cariño, una gratitud y una influencia de incalculable y prodigioso valor.

Hoy, pasado el tiempo, y al socaire de este aniversario del cincuenta anual de nuestro Chami, me siento orgulloso (una vez más) de poder

levantar la voz, y, a modo de cumpleaños feliz, entonar el mítico “*Alé, Chaminade, alé, alé*”, que acompañaba esos momentos finales de las fiestas en las que, apagada la música (tras escuchar abrazado “El Cadillac Solitario” de Loquillo o el “*With or without you*” de U2), se intentaba prolongar un poco más, exaltando la amistad, la camaradería y el sentimiento de pertenencia hasta límites insospechados.

Feliz cumpleaños, Chami. Y (siempre), muchas gracias.

*Madrid, capital del reino, 12 de febrero de 2015  
(festividad de Santa Eulalia de Barcelona)*

## REFLEXIONES CHAMINEIRAS

Niko de la Serna (2000-2004)

Mirar atrás para encontrarse resulta a veces complicado, así que no sé si a lo largo de estas letras podré decir la verdad y nada más que la verdad. Nunca tuve una memoria prodigiosa y es por esto que cuando busco entre mis recuerdos tiendo a mezclar lo vivido con lo contado. Sueño, realidad y leyenda serán ingredientes con los que iré cocinando este repaso a los tiempos en que este hermoso lugar inundó mi vida.

A Madrid llegué pagando en pesetas en una soleada mañana de octubre del 2001. Catorce años han pasado de aquellos primeros pasos en la capital y... ¡vaya si hemos cambiado! Recuerdo las palabras de un veterano en una de esas cenas interminables en que la conversación fluía por doquier –Aprovecha tu tiempo en el colegio porque cuando te quieras dar cuenta habrán pasado cuatro años- ¡Qué agorero!, pensé inocentemente, ¡si acabo de llegar!

C.M.U. CHAMINADE

\_\_\_\_\_  
SERNZ  
1º Apellido  
\_\_\_\_\_  
LA SERNA  
2º Apellido  
\_\_\_\_\_  
NICKOAC  
Nombre  
\_\_\_\_\_  
28-09-82  
Fecha y lugar de nacimiento



Ficha de Niko de la Serna

Unos cuantos años después pude comprender que aquellas palabras contenían una lección más allá de nuestra experiencia chamineira. Efectivamente, el tiempo estaba cambiando de dimensión aunque esto poco importaba. Lo único importante eran mis sueños y la oportunidad que se abría ante mí. Entonces tampoco lo sabía pero esa oportunidad se llamaba Chaminade y acabaría siendo el espacio perfecto para dar rienda suelta al corazón.

Eran los años del “milagro económico español”, tiempos de bonanza que forjaron la personalidad de una sociedad que caminaba erguida hacia el sueño de la clase media. Todos a la universidad, todos de vacaciones, todos propietarios, todos consumidores de ocio, todos con coche y tal y tal... Si el salario no daba, no importaba porque ahí estaban los bancos para echarnos una mano con el fin de que las sensaciones no cambiaran; éramos clase media y no había un paso atrás. El futuro sólo podía depararnos un lugar mejor, la vida sería lo

que nosotros quisiéramos que fuera. Sólo había que elegir el camino porque el resto, si hacíamos lo que debíamos, estaba más que solucionado. Nosotros éramos los herederos de todo esto y el Chami el lugar indicado para dar rienda suelta a esa cantidad ingente de sueños que traíamos bajo el brazo.

Llegué al Chaminade de rebote, casi por casualidad y sin conocerlo demasiado. Deshice el equipaje en una habitación de los subsuelos del colegio y despedí a mi familia. Cinco minutos después ya estaba compartiendo ilusión con gentes venidas de todo el país. Una hora después brindaba con mi primera cerveza y al rato ya participaba de la fiesta universitaria junto a cientos de personas. Un par de días bastaron para saber que lo que estaba por venir superaba con creces cualquier expectativa que me hubiera podido crear. Pronto comenzaron las reuniones con los colegas que dinamizaban las innumerables actividades que se podían realizar. Había espacios para todos los gustos: radio, literatura, arte, música, deporte, derechos humanos, cine, teatro, y un etc. tan largo como lo eran las inquietudes de todos aquellos habitantes. Innumerables instalaciones servían para desarrollar todas estas inquietudes y otras que estuvieran por llegar. Definitivamente, había llegado al lugar indicado. Mis expectativas de aprendizaje estaban a buen recaudo bajo el techo chamineiro.

Recuerdo la alegría con la que iban pasando aquellos primeros días en el colegio. Era excitante acostarse cada noche después de haber conocido a tanto personaje singular. Todos esos estímulos a mi alrededor me convertían en un ser afortunado porque la cosa, en realidad, era bastante fácil. Sólo tenía que tocar la puerta de un compañero para volverte a la habitación con algún libro, disco o película bajo el brazo. Recuerdo pasarme por el cuarto del Torres con cierta frecuencia, un veterano del colegio que tiempo después se convertiría en un hermano. Su cuarto era una fuente de inspiración para un recién llegado como yo. Libros, discos, carteles y papeles por toda la habitación decían mucho de aquel personaje que además era un músico excepcional. –Toma, Niko, échale un vistazo a estos escritos del subcomandante-. De repente, así sin haberlo pedido, uno tenía la sensación de contar con maestros a su alrededor a los que podía recurrir sin quitarse el pijama. Porque la inspiración flotaba por cada rincón del colegio. Un día era el Torres, al otro un tal Javi Gala, la tarde siguiente un chico de Oviedo al que llamábamos Balú o un riojano loco al que decían Asti y que

te hacía poner el cerebro a funcionar con cada conversación. El loco aquél se acabó convirtiendo en el maestro Astilla, otro hermano y uno de los tipos más estimulantes que jamás haya conocido. Fueron muchos los amigos e incalculable lo aprendido. Lo mejor, dadas las circunstancias, era convertirse en una esponja para aprovechar todo ese ingenio de incalculable valor.

En lo político, todo era estimulante. Para alguien como yo, venido de Euskadi y cansado de tanto ombligo en esto de analizar la realidad, Madrid y el Chami supusieron un gran soplo de aire fresco. Al poco de llegar, ya pude colaborar en la organización de las famosas Jornadas Republicanas junto a un puñado de colegas que más allá de la nostalgia por lo perdido, soñaban con una España más justa y democrática. Aquel sueño pasaba ineludiblemente por la consecución de una tercera República. Gracias a estas jornadas pudimos compartir charlas, mesa y discusión con algunos de los personajes más representativos de la escena política y cultural de la historia española. Y es que el Chami era eso. El colegio ponía a disposición las instalaciones y apoyaba cualquier emprendimiento venido de sus habitantes. Sólo había que tener la actitud de promover y organizar, el apoyo del colegio no iba a faltar. Y ahí radica el valor de una institución que sigue manteniendo las mismas señas de identidad: al Chami habíamos llegado para aprender y nosotros éramos dueños de un camino con el que nos debíamos comprometer. Los responsables del colegio no estaban ahí para servirnoslo en bandeja sino más bien para acompañar y facilitar cualquier iniciativa venida de nuestra parte.

En el Chami también aprendí a vivir en el desencuentro. Gentes de todo color se habían convertido en vecinos, una suerte de compañeros de piso a los



~~~~~  
Asti y Jon de la calle en el foro social de París, noviembre 2003



~~~~~  
Cartel de las II jornadas republicanas (2000)



Foto del coro republicano (Santi Alonso) Niko, Ángel Gotor, Alberto Torres, Jon de la Calle, Miguelón, Javier Ruiz Guillén, Rafa Álvarez, Asti, Josete

que yo no había elegido pero con los que tocaba convivir. Y es que en el colegio había que lidiar con pensamientos y postulados que, en muchos casos, se situaban en las antípodas de los propios. Así que sí, esa España conservadora que había visto en películas y leído en libros, ahora se encontraba frente a mí y había que lidiarla sin tapujos y con el mayor de los respetos. Quizá a alguien le parezca extraña la reflexión pero uno no estaba acostumbrado a estos menesteres y, la verdad, necesité un tiempo de adaptación. Y es que en el ámbito de los valores, la cosa era bastante más diversa de lo que, fruto de mi experiencia vital, había podido conocer hasta mi llegada al Chaminade. Las diferentes procedencias de todos nosotros, los diversos engranajes culturales y sociales que nos habían llevado hasta ese Madrid del 2001 se convertían casi siempre en obstáculos insalvables. Pero a pesar de ello, había que hacer el esfuerzo de encontrarse para avanzar porque aquel lugar nos pertenecía a todos. Este afán por converger en lugares comunes que nos permitieran progresar fue fuente de muchos dolores de cabeza pero sin duda sirvió también para aprender que en la vida, más allá del desencuentro, hay que ser tolerantes con aquellos que nos cuesta comprender. El respeto al otro se convertía así en el máximo exponente de nuestro aprendizaje, un valor absoluto que no podíamos ningunear. Se podían hacer muchas cosas de “dudosa” moral en el Chami pero una falta de respeto suponía una infracción de alto valor, el mayor de los pecados que se podían practicar. La cartelera del colegio era un perfecto ejemplo de esta dinámica: se podía decir lo que fuera pero cada nota y

opinión debían ir acompañadas de la firma de su autor. Cualquier acto de vandalismo o de falta de respeto sobre la nota de un compañero era motivo de denuncia pública y sanción. Ojalá nuestros representantes públicos siguieran estos mismos parámetros de respeto... Seguro que nos iría bastante mejor...

Los días empezaban a volar en este rincón de Madrid y, la verdad, poco más hacía falta. Bueno sí... ¡Allí no había chicas!, pero... ¿cómo podía ser que en una sociedad del siglo XXI me pasara el día rodeado por hombres rebosantes de testosterona? Reconozco que aquello no me sentó del todo bien. Toda una vida acostumbrado a un entorno mixto para llegar a Madrid y encontrarme a 250 tíos con los que compartir vida a cada rato. Algo había que hacer al respecto y además, había que hacerlo rápido. Así que me puse a investigar: -Oye, ¿alguna actividad que incluya la dulce compañía del género femenino?-. Y en éstas apareció el teatro, Fernando, su método Stanislavski, las chicas, el amor y algunos de los momentos más entrañables de aquellos años. Como en todo lo demás, la cosa era fácil: uno terminaba de cenar, se fumaba un cigarrillo y al salón de actos a disfrutar de un nuevo aprendizaje, otro más en este templo del conocimiento. Del teatro me enamoré para siempre; de los ensayos infinitos, del fragor de la batalla en los días de la representación, de la intensidad y el cariño con que vivíamos cada una de las obras que escenificamos. Y es que era bastante fácil vivir con tanto cariño aquellas horas de fantasía e ilusión que nos traía el maestro Fernando cada semana.

Con el tema de la ausencia de mujeres en el colegio pronto llegarían buenas noticias. La dirección informaba de que había tomado la decisión de convertir el Chaminade en un colegio mixto. Espléndida noticia para muchos pero... de forma inesperada, con ella llegaron algunos de los momentos más complicados de la época. Muchos otros colegiales no estaban de acuerdo con la decisión. El Chami era lo que era y según su visión, debía seguir siéndolo por los tiempos de los tiempos; ¡amén! Así que la batalla estaba servida. De un lado, los que pensábamos que la decisión era oportuna, de otro los que la repudiaban y en el medio... unos cuantos que no lo tenían del todo claro. Aquel primer año de Chami mixto fue muy difícil de gestionar. Las primeras chicas en la historia del colegio debieron convivir con situaciones de máxima tensión. Un sector de los colegiales no estaba dispuesto a consentir que las cosas cambiaran y pusieron todo su empeño en

lograr su cometido. Y es que aquella discusión se movió en el terreno de lo personal, como si la decisión de avanzar de forma mixta hacia el nuevo milenio hubiera llegado motivada por el deseo de perjudicar a quienes no pensaban de esta manera. A mí me tocó formar parte de la mesa colegial que abría aquel curso y un par de meses después ya habíamos tenido que dimitir. El clima de las discusiones era desaforado y el respeto en ocasiones brillaba por su ausencia. Los principios más elementales del colegio empezaban a ser pisoteados y nosotros éramos tristes protagonistas de este devenir. Aquellos días se sufrieron con sudor y lágrimas. Siempre pensé que mi decisión de abandonar el colegio al año siguiente tuvo en parte que ver con el cansancio acumulado en aquel difícil curso del 2003/2004.

Pero la cosa acabó, y acabó bien. Y es que muchas de las chicas que formaron parte de aquel primer año mixto del colegio lo tenían muy claro: éste era su colegio y nadie, por muy veterano que fuera, iba a decirles lo contrario. Nombres como el de Almudena, Rocío, Leire o Amaia (me dejó unos cuantos en el tintero) son parte fundamental de la historia de esta santa casa. La entrega y dignidad con la que vivieron aquellas intensas jornadas de su primer año permanecerán para siempre en mi memoria. Las generaciones que vendrán deberían tener presente este recuerdo y saber que hubo un tiempo en que la convivencia entre géneros distaba mucho de ser “lo normal”. ¡Aprovecho estas líneas para mandar un abrazo a ese batallón de grandes mujeres chamineiras!

Derechos Humanos fue el aula que más llamó mi atención y se acabó convirtiendo en uno de mis espacios de referencia a lo largo de los tres años que pasé en el colegio. Como cualquier generación, éramos hijos de nuestro tiempo y nuestros ojos estaban secuestrados por la realidad de lo vivido. Nuestras preocupaciones dentro del aula y las actividades que promovíamos estaban claramente ligadas al contexto político y social de la época. En aquellos años las prioridades eran otras. La economía española marchaba viento en popa, las pensiones, la sanidad y la educación pública parecían garantizadas y aunque no faltaban voces críticas, daba la impresión de que algunas de las cosas que hoy nos preocupan estaban solucionadas. Nuestras acciones, como las de otros muchos movimientos sociales de la época, se regían desde el ámbito de la solidaridad con los sectores más vulnerables de la sociedad. Trabajábamos con las personas sin hogar, con los migrantes que recién llegaban al país. Apoyábamos luchas como la de los trabajadores de

Sintel y mirábamos la pobreza desde la distancia. Porque entonces, la pobreza era algo del sur, un desajuste inherente a la globalización. Las corrientes desarrollistas tenían ya un peso específico en las miradas de movimientos y organizaciones sociales españolas. Nos preocupaba el desorden mundial y queríamos estar en esa batalla.

Y es que, aquellos primeros años del nuevo milenio fueron los tiempos del movimiento alterglobalizador. Antes de mi llegada a Madrid, ya habían acontecido algunos hitos históricos que comenzaban a dar forma a este movimiento y que, sin lugar a dudas, estaban ya forjando nuestro espíritu revolucionario. Chiapas había marcado el camino con la celebración, en 1996, del primer encuentro Intercontinental por la humanidad y contra el liberalismo. Pocos años después, en 1999, la televisión nos mostró a una muchedumbre de 50.000 personas en Seattle plantando cara a la Organización Mundial del Comercio. En 2001 nacía en Porto Alegre el primer Foro Social Mundial y con él, toda una generación de jóvenes a lo largo y ancho del planeta comenzaba a poner nombres y apellidos a los nuevos enemigos de la igualdad: se llamaban FMI, Banco Mundial y OMC. Y, claro, teníamos nuestros referentes, autores que nos contaban el relato y analizaban la realidad de esa globalización que tanto nos indignaba. Léamos a gente como el Subcomandante Marcos, Noam Chomsky, Ignacio Ramonet, Eric Toussaint o Samir Amin.

Uno de los hitos históricos que nos tocó vivir en aquellos años fue el de la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y sus aliados. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 ponían de manifiesto un cambio en el escenario geopolítico internacional y auguraban años de duro conflicto. Pocas semanas después, el 7 de octubre de ese mismo año, Estados Unidos y Reino Unido iniciaban una oleada bélica en Afganistán invadiendo y ocupando el país asiático frente a la condescendencia del resto de actores internacionales. Lo acontecido en ese fatídico 11 de septiembre dotaba a los estadounidenses de la legitimidad suficiente para hacer y deshacer a su antojo y Afganistán era sólo el principio. Poco tiempo después comenzaba a prepararse el ambiente para una nueva operación militar que ahora ponía sus miras en Irak. Y en esta ocasión la contestación social de ciudadanos y líderes políticos de todo el mundo fue ejemplar. Las capitales europeas se llenaron de color para pedir a los grandes mandamases que cambiaran la dinámica de los acontecimientos. El “No a la Guerra” atronaba en



Pancarta del no a la guerra



cientos de ciudades y España, con un PP que anhelaba protagonismo internacional, sería uno de los países donde más se evidenció esta movilización. Aznar y su gobierno querían ir a la guerra pero la calle nunca cejó en su empeño de poner freno a una contienda en la que pocos creíamos.

Aquellos meses de movilización frente a la guerra de Irak fueron tiempos de tremenda excitación. Estábamos convencidos de que seríamos capaces de parar todo aquello y trabajábamos a destajo para lograrlo. Muchos pusimos un paréntesis al resto de nuestras vidas para dedicarnos por entero a la misión de convencer a nuestros gobernantes de que aquella aventura infame que estaban por comenzar no era más que un despropósito. El apoyo por parte del Colegio era total y absoluto. Es más, la iniciativa de comenzar una movilización en la Ciudad Universitaria llegó desde el patronato y la dirección. –Chicos, con la que está cayendo y, ¿no vais a hacer nada?-. Aquel toque de atención sirvió para ponernos las pilas. Lo primero era hablar con el resto de colegios mayores para unir las fuerzas necesarias.

Pocos días después nacía en el salón de actos del Chamín la plataforma de “Universitarios contra la guerra” y, con ella, comenzaban los meses más intensos de nuestras vidas. Todo tipo de acciones eran necesarias para explicitar nuestra posición y lograr adherir al mayor número de ciudadanos posible a la causa pacifista. La acampada contra la guerra fue uno de los hitos de aquel Madrid que gritaba contra la guerra, un espacio de encuentro por el que pasaron cientos de personas y que acabó convirtiéndose en uno de los epicentros de las movilizaciones. En aquellos días hablamos con todo el que pudimos hablar, organizamos eventos de toda índole, gritamos hasta quedarnos sin voz, luchamos sin dilación contra un reloj que avanzaba y que, poco a poco, iba confirmando nuestros peores presagios: la guerra, a pesar de todo lo que acontecía en su contra, seguía formando parte del discurso de sus promotores. Recuerdo una pancarta en particular que aparecía bien visible en el centro de la acampada y que resumía bastante bien nuestro pensamiento. La había escrito Jon, otro de esos locos queridos y decía: “¿dónde queda el amor en todo esto?”. Efectivamente, el amor no contaba para aquellos que habían decidido llevar la muerte a miles de personas. Pronto se confirmaron nuestros peores presagios. Fue en una noche de marzo del 2003, estábamos en la acampada y Enrique, uno de esos militantes de la vida, apareció con una radio en sus manos: -Acaba de declararse la guerra- dijo con voz entre cortada. Aquellas palabras dolieron como una puntada en el corazón. Después vinieron el silencio, los llantos y la desesperación. En Irak, comenzaba a morir gente y nosotros poco podíamos hacer; habíamos fracasado y nuestro tiempo de revuelta llegaba a su fin.



~~~~~  
Pancarta de universitarios  
contra la guerra

La época que pasé en el Chami dio para otras muchas cosas. Una pequeña vida concentrada en tres años en los que nunca tuve tiempo para el aburrimiento. Hubo *basket*, mi deporte preferido, y el de otros tantos compañeros con los que pasamos buenos ratos en la cancha. Mucha clase concentrada en un puñado de amigos con los que disfrutamos de lo lindo. La estrella se llamaba Ojaldre, un mago con la pelota y un genio también sin ella. Incluso ganamos un título, el del Marqués de la Ensenada y el único campeonato que he conseguido en mi vida. Fueron, de hecho, mis mejores tiempos en las canchas del *basket*. Luego vino la retirada... Había que dejarlo en lo alto.

Hubo mucha música, mucho rock, mucha sala de ensayo. Porque en el Chami había ¡una sala de ensayo! Yo venía de tocar el bajo en una banda un tanto punk de mi querida Vitoria, así que este espacio fue un caramelo en dulce. Pronto me junté con mi nuevo amigo Pablo y montamos una bandita para animar el cotarro. Las bandas fueron cambiando, luego vinieron Teo, Fary y compañía. Lo importante no era el quién sino el cómo. Fueron largas sesiones de birra y ensayos en los que, como siempre, gozábamos del momento como si no hubiera mañana. Y es que, por haber, había hasta un Chamirock. El evento más irreverente del colegio y, para muchos de nosotros, el día más grande. Un buen montón de colegiales nos echábamos al escenario para hacer temblar los cimientos de nuestra casa con unas cuantas notas de rock. Aquí, una vez más, aprendí de grandes maestros. Gente capaz de tocar a las mil maravillas estaban a tiro de piedra de mi habitación, todo un lujo sin duda; nombres como Torres, De Lis, Airán, Ojaldre, Fary o Del Rey deleitaban nuestros oídos con sesiones musicales para todos los gustos. Algunos de mis recuerdos más gamberros e inconfesables tuvieron lugar al amparo del humo que inundaba el salón de actos chamineiro. Espero que a las generaciones futuras no les falte nunca un espacio para el rock.

El Chami también me concedió la oportunidad de hacer mis primeros pinitos en la radio. Uno de esos maestros que pululaban por ahí se llamaba Pedro Manuel Moreno; entrañable personaje y uno de los profesionales más valiosos que haya podido conocer. Comandaba un magazine llamado “La Tetería” y me invitó a formar parte de su elenco de contertulios los sábados por la mañana. Así que ahí estaba yo, recién llegado a Madrid y ya participaba en el programa de radio más famoso de la Ciudad Universitaria. Pedro se comportaba como un gran



Cartel del Chamirock 2002

profesional y siempre consiguió que su programa funcionara como la seda. Tenía sus propios enviados especiales y siempre traía grandes personajes de los que sólo cabía aprender. A los mandos técnicos de todo aquello estaba su gran amigo Ibai Aramburuzabala, otro gran profesional. Ibai, además, era el tipo que conseguía que en el Chamirock, algunos sonáramos mejor de lo que sonábamos en realidad. Otro maestro.

El Chami era amor y amistad, eran alegrías, encuentros, llantos y decepciones. El Chami eran toda esa infinitud de sentimientos que nos guían en este “no sé qué que todos persiguen”. El Chami era pura vida y nosotros meros pasajeros. Porque el Chami sigue ahí, latiendo cada día en el corazón de sus nuevos protagonistas, dotando a sus actuales habitantes y ayudándoles a caminar con un poquito más de sapiencia.

Más allá de lo aprendido, más allá de los recuerdos, mucho más allá de todo esto, quedan las amistades logradas, quedan las largas horas de charlas y fiesta al calor de su compañía. Perdonen esta retahíla de nombres pero algunos de mis hermanos de hoy fueron compañeros en aquella dulce travesía y estas palabras carecerían de sentido sin nombrarlos. Hoy tengo la suerte de contar con ellos, más allá de la distancia, a pesar de la ausencia. Sé que están ahí, sé que lo estarán, ahora sí que sí, por los tiempos de los tiempos.

A todos ellos les debo parte de lo que soy, con todos crecí y de todos aprendí. Hablamos de mis queridos Ángel, Pepe, Asti, Torres y Javitxu. Pienso en Teo, Gus, Anuska, Josete, Sito, Maira, Cris, Iago, Almu, Frías, Laso o Mariano. Me acuerdo también de Varela o Miguelón, de Edu y Balú, de Manex, de Pablo, Kaleko, Amaia, Santi, Leire...

Me quedo también con la amistad de los rectores del colegio. Tacho, Juan y Sergio fueron parte indispensable del camino, piezas fundamentales en la consolidación del imaginario chamineiro. Sin ellos otro gallo hubiera cantado. Han pasado los años y el contacto sigue

latente. Siempre respetuosos, siempre generosos, siempre solidarios. Otros muchos trabajadores del colegio también dotaron de sentido al mencionado espíritu e hicieron nuestra vida un poquito más agradable si cabe; gente como Encarnita, Serafi, Susana, María Jesús, Lucía y Salgueiro forman parte de todos estos entrañables recuerdos.

Así que sólo queda decir ¡Zorionak! a mi querido Chaminade por este cincuenta aniversario. El Chami nos sobrevivirá sin duda y con él perdurará para siempre un pedacito de todos los que tuvimos la suerte de formar parte de su historia.

¡Larga vida al Chaminade! ¡Larga vida al Rock&Roll!

## ESTAMPAS

Miguel Frías Hernández (2001-2007)

[...]

y habla de nuestro amor como si no hubiese de acabar, siempre doloroso, siempre doloroso de tanta perfección

[...]

VASCO GRAÇA MOURA

En: *Antología de los sesenta años*

### LLEGAR-MARCHARSE

Si la memoria no me falla, la primera vez que pisé el Chami fue el 10 de mayo de 2001. Fue el mismo día de mi entrevista, y creo recordar bastante

bien mi primer contacto con el Chami. El día anterior había tenido un examen de filosofía, con Descartes como parte fuerte, y dormí peor antes de mi viaje a Madrid que la noche previa a un examen para el que me importaba mucho la nota –por la media de selectividad-. Recuerdo que me encontraba muy nervioso, porque tenía muchísimas ilusiones puestas en poder vivir en el Chami y también me acuerdo de que en aquella primavera hizo muy

buen tiempo ya desde fechas muy tempranas –incluso en el pueblo, cosa extraña-, y Madrid estaba lleno de luz, la Ciudad Universitaria parecía un jardín. Aunque no había visitado nunca la zona –sí otras de Madrid-, llevaba mucho tiempo informándome acerca de los Colegios Mayores, y casi cada día miraba la información disponible sobre el Chami, que era con mucha diferencia en el que quería vivir mis años de universidad. Por eso, porque hacía tiempo que me había imaginado viviendo allí, el trayecto entre la calle donde mi padre aparcó el coche y el *hall* del Colegio fue como jugar a reconocer lo que había visto en imágenes de folletos y en planos y callejeros de Madrid. Y por fin, se hizo reconocible la figura del transatlántico en el que yo quería embarcar después del verano.



Ficha de Miguel Frías

Al llegar, en el Colegio se respiraba mucha vida, había muchos colegiales en el *hall* –mareando- y el estallido de las bolas de madera del fútbolín de la cafetería se escuchaba con mucha claridad entre las risas de los colegiales. Me gustó mucho el ambiente familiar, alegre y desenfadado, y también la amabilidad de la gente. De hecho, hasta ese día nunca había experimentado tanta amabilidad en un grupo de gente tan distinta los unos de los otros; parecía que entre aquellas paredes se hubiese transmitido una manera de ser que había contagiado a todos los que allí habitaban.

Eduardo, el conserje –con quien ya casi no coincidiría más-, me indicó dónde tenía que ir para esperar mi entrevista, y María Jesús me entregó el test cultural en la sala de trofeos. Me sobró algo de tiempo, y contemplar tantos logros y tantas fotos de antiguos colegiales no sé si ilusionaba o más bien intimidaba. Finalmente me recibió Sergio Suárez en su despacho y, colocando una silla a la misma altura que la mía, comenzó a conversar conmigo. Lo cierto es que yo me esperaba prácticamente un interrogatorio o una sesión de preguntas-trampa para eliminar candidatos, pero me encontré una situación totalmente distinta e inesperada. Sencillamente conversamos sobre muchos temas, casi todos eran aquéllos que me interesaban y que, además, Sergio tenía perfectamente señalados en mi solicitud. Rápidamente me sentí muy cómodo en aquella situación, intercambiando intereses e ideas. En realidad estaba muy claro, en el Chami las cosas eran diferentes, aquel planteamiento de inicio no podía ser un hecho aislado o un comportamiento gratuito. Poco a poco iría comprobando que formaba parte de un todo, de una manera de hacer las cosas, de un ideal formativo que integraba muchas dimensiones humanas.

La entrevista fue muy bien, y tras nuestra conversación final, la admisión era tan probable que en los días siguientes anulé las otras entrevistas que me habían concedido –si no recuerdo mal, en el CMU Loyola y en el CMU Ntra. Sra. de África-. Después de la entrevista tenía muy claro que el Chami debía ser mi Colegio.

Ese mismo día conocí personalmente a David González Ortega, que sería un buen compañero y amigo, con quien había contactado muy tempranamente y que me había explicado en qué consistía un Colegio Mayor. Recuerdo perfectamente el *tour* que me hizo por el Colegio para que lo conociese –y mi impresión fue que debía ser alguien muy

conocido entre los colegiales-. Todavía hoy mantenemos contacto, afortunadamente, y aprovecho para agradecerle todas sus atenciones.

Tras pasar por primera vez –la primera de tantas- por el kiosco de Dani y comprar una publicación –aquel día de ciclismo-, regresé a casa, a terminar los estudios, la selectividad y a dejar pasar el verano, consciente de que en septiembre mi casa sería el Chami.

\*\*\*\*

Me marché del Chami el 26 de junio de 2007, tras haber pasado allí lo que estoy seguro que han sido los mejores años de mi vida. Me gusta menos hablar de mi despedida que de mi llegada, y supongo que en general es así para todos los que hemos vivido en el Colegio, de hecho muchos me han hablado de su llegada, pero casi nunca nadie lo ha hecho de su salida. Mi último año como colegial tuvo muchas cosas que recuerdo con cariño, pienso que fue un buen año, muy enriquecedor en lo personal, y creo que me hubiese quedado otro más estudiando un posgrado de no haber sido por un proyecto más amplio que me surgió a final de curso.

Me marché con cierta tristeza, por la tarde, entre un montón de cajas y con los ojos llorosos. Realmente no me iba lejos, porque me trasladé al número 17 del Paseo de Juan XXIII, pero esos metros me parecían ya el océano. Aquella tarde sólo me alegraba un poco el pensar que tenía por delante el reto de completar una empresa muy estimulante.

Lo primero que hice al día siguiente fue visitar el Chami nuevamente, ya como ex-colegial. Fui a la cafetería, y cuando terminé mi desayuno, la inercia de tanto tiempo me condujo hasta mi última habitación. Pero ya no era mi habitación. Parado frente a la puerta: un golpecito con la palma de la mano en la frente, un suspiro, y un recuerdo en un segundo que va desde que Emmanuel Aller “Merlín” me guió por primera vez a la A-11, hasta cuando cerré la puerta de la 209 por última vez.

\*\*\*\*

Pienso que tengo buena memoria, en general recuerdo bien las cosas, las fechas, las imágenes... Sin embargo, no hay tantas cosas que recuerde con tanta nitidez y fidelidad como mi primer contacto con el Chami y mi incorporación de septiembre –por supuesto, antes he resumido mucho-. Puedo pensar en mi primer día de universidad, el final de mi carrera universitaria, el primer día de máster, etc., y recordaría bastante fielmente muchas escenas o la gente con la que estuve.

Pero la nitidez con la que veo el Chami en esos y en muchos otros días no existe prácticamente en otros procesos de mi vida.

¿Por qué razón? Seguramente porque el Chami ha dejado una profunda huella en mí como persona, como seguramente les sucede a la mayoría de los colegiales; porque allí encontré mi manera de estar en el mundo, de interpretar la realidad; porque allí, puesto que el Chami nos llega en el momento justo, me convertí en mí mismo a base de unas experiencias que son inimaginables en otros ambientes, y es que el Chami nos llega en ese momento vital clave que nos define como individuos, al igual que la influencia de toda esa gente que te acompaña durante ese viaje. Es imposible no recordar esta etapa con la singularidad que merece, puesto que es la etapa que te alimenta interiormente, que te inspira vitalmente y que te sitúa en el mundo con un bagaje, con un sistema de valores que te permite afrontar la vida con una plenitud difícil de alcanzar sin haber vivido en este contexto, en este conjunto de institución-personas-vivencias compartidas.

Decía Miguel Torga que *es necesario encontrar las Indias que están dentro de nosotros*, y el Chami nos ayuda a hacerlo. Mientras tripulamos el gran barco, nos vamos haciendo a nosotros mismos, nos descubrimos. Por eso hay nitidez en los recuerdos.

## DOS CHAMIS Y MEDIO

Durante mis dos primeros años viví la etapa final del Chami masculino, seguidamente asistí al cambio al modelo de Colegio mixto con su periodo de transición –en el que los chicos fueron durante dos años una importante mayoría-, y el final de mi estancia como colegial lo viví en un colegio mixto con una población de chicos y chicas ya estable y equilibrada en número.

Cuando llegué el Chami debía de parecerse bastante al Colegio que había sido en las décadas anteriores –me refiero sobre todo a su aspecto-. Las habitaciones tenían una numeración diferente a la actual –el primer año ocupé la A-11 y la B-29 tras un cambio-, y no tenían las mejoras que experimentamos con motivo del paso al Colegio mixto. Por ejemplo, el mobiliario era muy antiguo –supongo que el original-, había un lavabo dentro de la habitación, ventanas que ya no siempre cerraban bien, techos desnudos con tan sólo una bombilla como fuente de luz, suelos de terrazo como el del hall, un cabecero de cama a base de láminas de madera, y recuerdo el viejo armario ropero

que casi nunca se cerraba, el armario de metal con algo de óxido para las cosas de aseo, y las chicharras. Ah, y los pomos de las puertas eran muy característicos. La mesa de estudio, la frágil estantería y las sillas creo que resistieron la obra de reforma, por lo menos sus estructuras metálicas.

El pabellón de las habitaciones individuales ya se había reformado, y allí vivían sobre todo los veteranos, puesto que no tenían que compartir el baño, como todavía nos ocurría a los nuevos en el pabellón que hoy tiene habitaciones dobles. Además, en el pabellón de las individuales ya había un tímido acceso a Internet y una red local, todo en un estado primitivo, pero funcionando y augurando el futuro digital. Incluso puede ser que ya hubiese teléfono interno. A pesar de todo, los pequeños retoques se sucedieron cada año: una cajonera por aquí, unas puertas nuevas por allá...

Las zonas comunes eran muy diferentes a las que las últimas dos reformas nos han dejado. La zona alemana al comedor pequeño era un gran salón donde había cabinas de teléfono y una zona de sofás cuando llegué. En su primera reforma, por ejemplo, las cabinas desaparecieron, se creó la renovada sala del médico –donde Ignacio Tuduri y Santos Jiménez me trataron tantas veces–, la sala de bambalinas del salón de actos y todas las demás salas de esa hilera. En la última reforma aquel gran salón casi ha desaparecido al incorporarse las nuevas y acogedoras salas del lado de la cristalera. También recuerdo la aparición, entre otras, de las salitas de estudio de la planta principal, que, con su aire acondicionado en cada espacio, se convirtieron casi en un *lujo asiático* frente a las salas antiguas. Hoy esas antiguas salas de estudio grandes han pasado a formar parte de la última ampliación del hall, al igual que la biblioteca. La sala de conferencias, que se convertía en sala de estudio temporal, también se reformó, pero ya mucho más adelante. Los espacios que han desaparecido en la planta principal han pasado, en general, al laberíntico sótano, pero en este espacio ya me pierdo. En realidad en estos años se han renovado muchos espacios vitales, otros se han reubicado, y otros se han transformado.

En el final de mi primer año la “pecera” también cambió. Durante un tiempo todo el equipo, todo el material se tuvo que colocar en una mesa en el hall, fuera de la “pecera”. Los conserjes parecían los telegrafistas de un barco o los operadores de radio del general Patton. Como se iban a introducir los teléfonos internos –además

de otros sistemas-, era necesario cambiar todo el equipamiento de la recepción. Ese fue el final de las chicharras de las habitaciones y de su código *despertador-te llaman por teléfono-te esperan abajo* que todos aprendíamos nada más llegar. Ya nunca más habría que ser el *Hijo del viento* para coger una llamada en los teléfonos del pasillo, ni someterse a las colas para poner una conferencia telefónica por pasos en la cabina que estaba donde hoy se sitúan los baños del hall. Después, otro día, apareció una barricada construida por los obreros de la empresa de reformas entre la capilla y la cristalera del hall. Ese era el principio del fin de los baños comunes, de las habitaciones antiguas del pabellón grande, de las chicharras, y de muchas otras cosas, algunas ya un poco anacrónicas y otras que a veces llegamos a echar de menos porque decíamos que creaban más interacción. Sin embargo, era el principio del paso hacia una nueva etapa, aunque la reforma estructural sólo fuesen a disfrutarla chicos durante el año siguiente. Tengo grabada la imagen simpática del cartel que alguien colocó en la barricada de los obreros. Decía: “no pasarán”. Seguramente fue el grupo que organizaba las Jornadas Republicanas.

Así, en mi segundo año aparecieron las habitaciones dobles del pabellón grande tal y como las conocemos hoy, y también Internet por cable en todas las habitaciones y los teléfonos internos. El Colegio se convirtió en un lugar más cómodo, pero no necesariamente más “habitable”, puesto que, bajo mi punto de vista, la habitabilidad siempre había estado mucho más en relación con el grupo humano y, aún reformado, continuaba siendo un lugar austero y que conservaba muchos vestigios del pasado. Podría pensarse que realmente el Colegio fue “parcheado”, y que quizá podría haberse sometido a una reforma integral tal y como se hizo en otros Colegios de la zona. Sin embargo, creo que acometer una actualización de las instalaciones de forma parcial, por zonas, manteniendo vestigios del primer Chami, y sin cortar la vida colegial de varias generaciones fue uno de los mayores aciertos de la Dirección, así como orientar esos cambios a la transición hacia un modelo de Colegio mixto. La continuidad se impuso a la renovación de los espacios y, para mí, esa decisión fue toda una declaración de que importaban más las personas que las comodidades hoteleras. Aquella etapa debió de ser un gran reto para la Dirección, pero su esfuerzo y el acierto de sus decisiones es algo que debemos agradecer. Gracias a ello se mantuvo la esencia del Colegio.

En mi primer Chami, el de los dos años de Colegio masculino conviví con muchas generaciones de colegiales. Eran los últimos tiempos de las estancias prolongadas más allá de los cinco años de licenciatura. Cuando yo llegué había algunos colegiales –excepciones– que llevaban alrededor de diez años en el Colegio, y era habitual encontrar un nutrido grupo en el entorno de los cinco años –algunos más, y algunos menos–. En este grupo había sobre todo ingenieros, arquitectos o médicos cuya carrera se había prolongado un poco más, colegiales que habían empezado un posgrado o doctorado, y entusiastas –comprendo muy bien a los últimos–. En aquel momento la estancia media en los Colegios Mayores era mucho más alta que en la actualidad, y era habitual terminar la licenciatura completa. Además, las estancias de un curso en el extranjero no eran una práctica habitual, de hecho eran prácticamente inexistentes justo en ese momento –en los años finales de mi estancia el disfrute de las becas Erasmus se generalizó–.

Esta situación me aportó muchas cosas en el plano personal. Los colegiales más veteranos, generalmente, aportaban estabilidad al Colegio, y daban salida a sus intereses a través de las Aulas contagiando a los nuevos. Me parece que las iniciativas y los contenidos estaban bastante reflexionados, y que la presencia de tantas generaciones juntas forzaba una convivencia muy interesante, con unos intercambios muy ricos por lo heterogéneo del grupo. Para mí fue una experiencia singular, tuve mucha suerte de participar –aunque fuese por poco tiempo– de una estructura de Colegio como aquella. Incluso puedo decir que la vida en el Chami tenía cierto toque romántico, por sus pequeños anacronismos. Por ejemplo, ya casi todo el mundo tenía un teléfono móvil, y algunos ya tenían un ordenador portátil, pero la mayor parte de la vida se organizaba en un trato *de tú a tú* –sin plataformas digitales–, se llamaba por teléfono como en 1985, todos veíamos más o menos los mismos medios y canales, y nuestras fuentes de ocio eran muy homogéneas –actividades colegiales– y casi siempre internas –normalmente siempre dentro del Chami–.

El final de mi segundo año fue la antesala de lo que podría llamar mi *segundo Chami*. Aquel año resultó convulso, porque ya sea más en serio o más en broma, no todo el mundo estaba de acuerdo con que el Chami se convirtiera en un Colegio mixto. Sea como sea, el proceso coincidía con el final de la reforma del Colegio y con una salida importante de colegiales veteranos que ya habían vivido su etapa colegial

–bajo mi punto de vista casi nadie abandonó el Colegio por un cambio de modelo, aunque quizá alguno sí lo hizo, quién sabe–.

En mi tercer año comenzó la andadura del Chami mixto, con una gran mayoría de chicos en el total de colegiales. Si no recuerdo mal, como la política fue de ir equilibrando la población poco a poco y en base a un reparto equitativo de las plazas que iban quedando libres cada año, en ese curso sólo vivieron en el Chami cuarenta y cinco chicas. Y el equilibrio tardó en llegar un par de cursos más.

Creo que hacer la transición al modelo mixto era necesario, casi un imperativo social, sobre todo en un Colegio donde siempre se habían defendido los principios democráticos o el valor de igualdad. Continuar en un modelo exclusivamente masculino iba contra el propio espíritu del Chami, o por lo menos de puertas afuera se habían transmitido siempre mensajes socialmente avanzados y vanguardistas, pero de puertas adentro no estábamos siendo coherentes con nuestro discurso. Era justo que las chicas pudieran vivir en el Colegio, que su presencia allí fuese de pleno derecho –siempre se había admitido su presencia e incluso su participación en actividades–, que pudieran disfrutar de la vida en el Chami como cualquier chico había podido hacerlo hasta el momento.

La incorporación no fue fácil, de hecho fue bastante trabada. Pero afortunadamente, entre el reducido grupo, hubo algunas chicas que se significaron bastante, y que valientemente asumieron el papel de presentar su voluntad de insertarse en el colegio en condiciones de igualdad, con la justicia que ello merecía. Hay que reconocer que no todo el conjunto se lo puso fácil –cuestión de la que no me enorgullezco como colegial–, pero con esfuerzo, coraje y la fuerza de la razón, consiguieron encontrar su merecido lugar. Creo que merecen el debido reconocimiento, pues facilitaron mucho la normalización del proceso de transición.

Fueron años diferentes en algunos sentidos, ni mejores, ni peores. Fueron diferentes, y en el fondo no lo fueron tanto. En el primer año de Colegio mixto quedaban algunos colegiales veteranos de la etapa final del Chami masculino, y eso provocó que muchas de las características de la vida colegial pervivieran. Por otro lado, el aporte de una vida mixta era el de una mayor naturalidad en lo cotidiano, mayor riqueza en la convivencia, más coherencia ideológica y horizontes nuevos, porque el barco debe navegar.

En esa segunda etapa, sobre todo desde la salida final de los colegiales más veteranos –aquéllos que venían del Chami masculino-, es cierto que algunas cosas fueron cambiando, pero debido más bien a las dinámicas externas que a las internas. Por ejemplo, el tiempo medio de la estancia se fue reduciendo paulatinamente hasta quedar en el entorno de los cuatro años cuando yo abandoné el Colegio en 2007, se generalizaron las rupturas en la estancia debido al disfrute de becas Erasmus, los medios digitales se fueron generalizando –lo cual diversificó mucho más los canales de comunicación y las opciones de ocio-, etc.

Estancias más cortas afectaron al número de veteranos que recibían a los nuevos año a año, por lo que en ocasiones creo que se instaló en el colectivo una especie de urgencia por mantener una serie de referentes que pudieran pautar un poco más los usos, las dinámicas y los ritmos del Colegio. Sin embargo, bajo mi punto de vista, las cosas fueron bastante parecidas a etapas anteriores, con algunos cambios, sí, pero no necesariamente a peor, incluso creo que la variedad aumentó. Los cambios no son malos *per se*, pero es cierto que deben ser gestionados, y creo que el Chami se ha ido adaptando a todos los nuevos tiempos y contextos, y pienso que las generaciones que iban llegando durante los años del Colegio mixto traían su propio bagaje, sus propias maneras de hacer las cosas y de entender la actividad, la sociedad o el ocio, y aportaron muchísimas cosas buenas al colegio. Los grupos humanos son organismos vivos, y sus aspiraciones cambian, sus visiones cambian, sus paradigmas cambian...; desde 1966 el Chami ha visto muchos cambios, y sin embargo, todos nos reconocemos en una serie de valores y de actitudes vitales compartidas.

En el final de mi estancia no tenía sentido caer en la famosa afirmación de que *cualquier tiempo pasado fue mejor*. No creo mucho en ello, o por lo menos no me gustaría cerrar los ojos y despertar en medio de la Guerra de los Cien Años. Y lo sé, mi argumento también es injusto, y quizá lo justo sea decir que todos hemos tenido nuestro momento en el Colegio, y a todos nos ha parecido el mejor, porque es el nuestro, porque son nuestros mejores años. Pero las pasiones no son objetivables. Entonces me inclino por pensar que el Chami ha seguido siendo un lugar extraordinario, mejorando año a año.

Cuando hablo de dos Chamis y medio, con ese *medio* me refiero a que desde que me marché en 2007, mi contacto con el Colegio ha sido muy regular y bastante intenso. Al seguir en contacto directo con el mundo

de los Colegios Mayores he podido ser un observador privilegiado de la evolución del Chami y de los nuevos retos a los que se enfrentan tanto el Colegio como los colegiales actuales. Es por ello que a veces me parece que durante un tiempo he vivido un *medio Chami* más.

La llegada del Plan Bolonia, el acortamiento de las carreras, el aumento de las tasas universitarias, una nueva caída generalizada de las estancias medias, el estallido de la crisis económica, las dificultades para la inserción laboral, la crisis política actual, las desigualdades sociales tan acentuadas, la crisis de valores de nuestras instituciones, etc., son algunas de las cuestiones que creo que han podido ir afectando en estos últimos años al Chami y a los colegiales. Sin embargo, cuando cada día paso por la puerta del Colegio, se sigue respirando dinamismo, la frescura de siempre, la solidaridad de siempre, y el Chami continúa a la vanguardia, abriéndose paso y adaptándose a todos los tiempos y eventualidades, ofreciendo horizontes a los colegiales, cumpliendo su compromiso con la sociedad.

### COLEGIO VERSUS UNIVERSIDAD

La Universidad me defraudó un poco durante la licenciatura. Después de resolver las dudas que muchos tenemos a la hora de elegir una carrera decidí estudiar Historia en la Universidad Complutense, y tenía grandes expectativas e ilusiones puestas en mis estudios, pero finalmente no se cumplieron en su mayoría. Sin embargo en el Colegio todo fue al contrario.

Si se cumpliera la ortodoxia reglamentaria, creo que un Colegio Mayor debería ser el complemento de la formación académica que proporciona la Universidad, que debería, además de proporcionar alojamiento, completar todas aquellas facetas formativas a las que la Universidad no puede dar cobertura. Pero el caso del Chami no cumple la ortodoxia –afortunadamente-, y se convirtió en el sustituto de la Universidad. A casi todos nos ha ocurrido que hemos hecho nuestra vida universitaria más en el Colegio que en la Facultad, que hemos tenido nuestros grandes amigos más en el Colegio que en la Facultad, y así, si sumamos las posibilidades formativas que nos ha ofrecido el Chami, tenemos que prácticamente el Chami ha sustituido a la Universidad en nuestra etapa como colegiales.

Un día, recién llegado, no recuerdo bien si fue Diego Agúndez, Miguel Pérez Alvarado, Javier Ruiz Guillén o Miguel Ángel Fernández,

uno de ellos en medio del grupo me dijo algo así como: “vente con nosotros, que vamos a organizar cosas”. Y ahí empezó todo, comencé a descubrir todas las posibilidades que podía ofrecer el Chami. Era un ambiente con un dinamismo contagioso, y la variedad era, por momentos, inabarcable. Realmente, comparando la Universidad con las actividades del Chami, el Colegio resultaba infinitamente más estimulante, era mucho más enriquecedor y mucho más práctico. Poder generar tus propios contenidos, compartirlos con compañeros de disciplinas afines y totalmente diferentes, contar con el apoyo institucional, gestionar los procesos..., era algo insólito, único, extraordinario. Aproveché mucho las oportunidades que el Chami ofrecía, y también traté de aportar en lo posible.

Un antiguo proverbio dice que *una rana en un pozo no puede concebir el océano*, y seguramente es así. De hecho, creo que sin mi paso por el Chami y sin la participación en las actividades, cursos, seminarios, deportes, aulas, etc., me habría ocurrido como a la rana del pozo. Gracias al Chami, a su planteamiento formativo –que cede la iniciativa a los colegiales-, y a mis compañeros, creo que en mi etapa colegial mi percepción de la realidad se amplió de una forma colosal. Sin este proceso, muy probablemente no hubiese alcanzado mucha solidez personal, quizá presentaría bastantes carencias que el Chami me ayudó a solventar.

Recuerdo con especial cariño las Jornadas Republicanas, en las cuales comencé ayudando en lo posible, y más adelante fui co-organizador. También tengo un gran recuerdo de las Jornadas de Arte que un año organicé junto con Eduardo Mascagni. Y en general, si hago memoria, recordaría muchas tertulias en el comedor de invitados –algunas memorables y casi con desayuno-, conferencias, coloquios en el hall, programas de radio, ciclos de música, salidas a conciertos, exposiciones, certámenes, las reuniones del Aula de Literatura, iniciativas solidarias, luchas sociales y humanitarias, partidos de fútbol a vida o



Cartel II jornadas de arte 2005

muerte, propuestas extravagantes, teatro, seminarios, cursos... Habría demasiadas cosas que contar.

Quizá lo importante es que el Chami ha apostado siempre por un modelo donde las actividades culturales y formativas, y la toma de iniciativas por parte de los colegiales, son un pilar fundamental del Colegio. El Chami siempre ha estado poblado por gente dinámica, con ganas de hacer cosas, con la voluntad de ofrecer a los demás y de aceptar el ofrecimiento de los otros, generándose así un intercambio muy valioso. Creo que este modelo me inspiró para diversificar mis estudios incluso antes de terminar la carrera y, sobre todo, supuso la mejor experiencia formativa de mi vida. Creo que nunca cambiaría una charla con mis compañeros o las actividades que organizamos por la mayoría de las clases a las que asistí en la Universidad. Me formé en el Chami. A mis compañeros y a la Dirección les debo mucho en este aspecto.

Hoy el Chami sigue siendo un Colegio plagado de actividades, y son de muchos tipos; la variedad sigue siendo muy amplia. Yo veo muy a menudo los carteles de sus actividades y los contenidos son fascinantes. Incluso recientemente se ha celebrado un encuentro de circo (EUCIMA) organizado por el Aula de Circo del Colegio, lo cual denota la gran variedad y riqueza de actividades que tienen cabida en el Chami.

Parece que hoy por hoy las actividades culturales no resultan tan atractivas en los Colegios Mayores, o por lo menos ese es el comentario generalizado, junto con el de que la cantidad de actividades organizadas es menor. Creo que el Chami es hoy el Colegio Mayor que más actividades promueve, y además, los colegiales continúan tomando la iniciativa. Creo que el Chami continúa a la vanguardia cultural en la zona, que se ha sabido adaptar a los cambios de tendencia, y pienso que los colegiales siguen demostrando la capacidad del Colegio para tratar los principales temas de actualidad, que sigue siendo un Colegio solidario y comprometido con la transformación de la sociedad. El Chami continúa fusionando a la perfección lo académico con lo social.

## LA MESA COLEGIAL

En mi tercer año en el Chami, coincidiendo con el primer año de Colegio mixto, pasé a formar parte de la Mesa Colegial, y sucedería lo mismo en los tres años siguientes, hasta mi salida del Chami. Recuerdo

muy bien a todos mis compañeros de las diferentes Mesas, y creo que todos trabajamos con ilusión y generosidad, o por lo menos lo hicimos lo mejor que pudimos.

El curso comenzó de una forma convulsa, puesto que todavía planeaba sobre nosotros el descontento de un grupo numeroso de colegiales por la conversión del Chami en un Colegio mixto. Muchos afirmaban que el problema, que el motivo del descontento no era el haber pasado a ser mixto, sino el cómo, la manera en que se hizo. La cuestión es que el Chami ya era mixto y había unas cuarenta y cinco chicas entre nosotros solamente. Esta descompensación, sumada al descontento y a cierto clima de crispación entre el conjunto de los colegiales –un poco divididos por la situación–, propició un curso más movido de lo habitual.

El debate empezó a tomar rápidamente la dirección del modelo de fiesta que debía plantearse en el Colegio. Anteriormente esto no suponía un problema, porque a la fiesta del Chami podían entrar chicas sin límite y gratuitamente, mientras que los chicos no colegiales no podían entrar en las fiestas –salvo aquéllas en las que se permitía un invitado–. Pero ahora, al parecer, existía un problema, y es que en el Colegio había cuarenta y cinco chicas, que el curso siguiente serían unas cien, y el siguiente algunas más de cien. Y además eran colegialas, con plenos derechos, con un estatus de igualdad. Podemos suponer las claves del conflicto.

A pesar de que los debates nacían en la cuestión de las fiestas, bajo el paraguas del cómo se tramó la conversión en mixto, creo que, como en tantas otras discusiones que se mantienen en las Asambleas por otros temas, en esta subyacían muchas cuestiones relacionadas con la igualdad, la dignidad, la independencia personal, etc. En algunos momentos me pareció estar ante un *ser o no ser* como Colegio, a pesar de que el tema que abría los debates –a veces encarnizados– era la fiesta colegial. Por cierto, el cartel de la primera fiesta de ese curso fue el del famoso sándwich mixto “con muchos huevos”.

La primera Mesa Colegial del curso tuvo que dimitir tras las primeras Asambleas. Creo que el ambiente era muy tenso, y quizá la Mesa era percibida como demasiado homogénea, lo cual no ayudó mucho a generar una distensión o una conciliación para avanzar en el proceso de integración. Recuerdo bastantes tensiones, y recuerdo que se tuvo que abrir un periodo de reuniones con Tacho en la sala de juntas para

poder crear un ambiente más distendido y amistoso entre los grupos más situados a los extremos –nos reunimos varias noches-. Muchas asambleas de ese curso incluso acabaron en conversaciones en los bares de la zona con Tacho como mediador, solamente para poder generar un clima de entendimiento.

La nueva Mesa Colegial que se formó imagino que resultó ser un poco más moderada o heterogénea a ojos de los más beligerantes, lo cual creo que pudo ayudar a ir desatascando el proceso, a veces mejor y a veces peor, pero en un clima más relajado. Incluso poco a poco se pudieron ir controlando más las formas y las fórmulas de respeto en las asambleas.

La mayor parte de la agenda de la Mesa Colegial en ese curso y en los dos siguientes estuvo ocupada por cuestiones relacionadas con la transición al Colegio mixto, con la integración de la todavía minoría de chicas de una forma justa y equitativa, y con la definición de los nuevos modelos de fiesta colegial al hilo de todo lo anterior. El último curso lo recuerdo como el único estable, donde se plantearon otro tipo de problemas e incluso empezó a sonar una posible reforma de la Guía Colegial de la que yo ya no llegué a participar.

Otros episodios que me vienen a la cabeza en relación con la Mesa son, por ejemplo, cuando acompañamos a un sociólogo al que la Dirección le había encargado un estudio de valores en el Colegio, una comparativa con la juventud española en general. Nuestra misión fue darle algunas claves de cómo funcionaba el Colegio, cómo nos relacionábamos entre nosotros, qué ideologías imperaban en el Colegio, etc., para que él pudiera componer una batería de preguntas que conformase la encuesta. Fue muy interesante, al igual que los resultados, y pienso que fue una buena iniciativa.

Por otro lado, recuerdo haber participado junto con mis compañeros por lo menos en dos ocasiones en sendos debates acerca de las novatadas con representantes de otros Colegios pertenecientes a la ya extinta Aula 7. Creo firmemente que las novatadas no son necesarias para la integración en la vida colegial, y creo que la decisión de prohibirlas que tomaron los colegiales del Chami hace décadas es la vía correcta. En esos debates me di cuenta de que el Chami hacía veinte años que tenía veinte años de ventaja sobre los otros Colegios.

Teóricamente los Colegios Mayores deben tener una Asamblea Colegial. Así debería ser, y muchos la tienen, y creo que la mayoría tienen

sus representantes colegiales –cada uno según su forma y tradición-. Sin embargo, mi experiencia es que no existe ningún Colegio Mayor donde la Asamblea tenga el valor, la importancia ni la capacidad de toma de decisiones que tiene la del Chami. Es más, no sólo es eso, sino que se trata, a la postre, de una experiencia formativa y, de algún modo, cívica.

Este modelo –que es un tesoro para los colegiales- no sería posible sin la Dirección del Chami. No cualquier Dirección está dispuesta a asumir un régimen participativo y de cogestión, no cualquier Dirección es capaz de establecer un diálogo con los colegiales para generar procesos de toma de decisiones. Creo que la Dirección del Chami ha sido siempre valiente a este respecto, y desde hace mucho tiempo viene haciendo una apuesta que para muchos otros sería excesivamente arriesgada, incluso incómoda. Y, sobre todo, siempre han estado dispuestos a hablar con los colegiales sobre cualquier asunto. Nunca he percibido ánimo de manipulación o imposición, sino todo lo contrario. Esa labor es encomiable, y cuanto más tiempo pasa, más me doy cuenta de lo importante que ha sido para el Colegio y para los colegiales poder contar con estos mecanismos de diálogo, de encuentro, de debate y, al fin y al cabo, de convivencia. También nosotros a veces hemos sido ejemplares poniéndonos de acuerdo.

## DOS HERIDAS

No pretendo ser exhaustivo en esta parte, puesto que habría muchas cosas que contar, pero sí quería incluir algunos comentarios sobre dos acontecimientos que viví junto con mis compañeros durante mi estancia en el Chami. Fueron dos sucesos que forman parte del mismo proceso histórico –uno es seguramente consecuencia del otro-, y ambos creo que supusieron para mí y para muchos otros una pequeña herida o un momento de amargura.

En 2003, en el inicio de la primavera de mi segundo curso, el Gobierno de España decidió formar parte de la coalición liderada por Estados Unidos para la invasión de Irak, en base a los argumentos que ya todos conocemos de la existencia de armas de destrucción masiva en ese territorio, de la liberación del pueblo iraquí de la tiranía de Sadam Hussein, y la lucha contra el terrorismo. Por supuesto, todos estos argumentos podían ponerse en duda porque nunca llegaron a demostrarse, pero lo cierto es que aquella foto de George W. Bush en las Azores, flanqueado por Tony Blair y José María Aznar, junto con



el dueño de la finca, Durão Barroso, nos iba a arruinar la primavera. Si quisieron hacerse una gran foto histórica al estilo de las de las grandes conferencias del pasado –Yalta, Teherán, etc.-, sólo consiguieron una foto ridícula en la que algunos lacayos flanquean a un demente. Las intenciones de esos individuos no parecían sanas ni justas.

El Chami se movilizó contra aquella locura. Los colegiales, como la inmensa mayoría de la sociedad española, no querían que nuestro país entrase en una guerra en aquellos términos. En primer lugar, era una guerra –y eso ya era absolutamente rechazable-, y, en segundo, no era una guerra justificable. Por eso, el Colegio reaccionó contra ese proceso.

Se creó una plataforma de Universitarios Contra la Guerra, y se coordinaron todo tipo de actos, manifestaciones, comunicados e iniciativas para que el Gobierno abandonase sus intenciones, que iban contra el clamor popular. No sólo el Chami se movilizó, también lo hicieron otros Colegios Mayores, pero mi recuerdo es el de un Chami volcado y jugando su sempiterno papel de institución comprometida.

De aquellos días recuerdo todo el movimiento en el hall, las asambleas para tomar decisiones urgentes, la elaboración de pancartas, la impresión de hojas volanderas, los actos con personalidades, la presencia de estaciones móviles de radio en la puerta, la acampada en la Almudena, una huelga de hambre encadenada, mucha participación en las manifestaciones, muchas notas en la cartelera colegial, y el famoso concierto contra la guerra en aquella tarde de lluvia en la que el P. José Antonio Romeo llegó a ofrecer la capilla para que no se echase a perder.



El Colegio fue un hervidero durante ese tiempo, la cafetería era el centro del mundo por momentos, y creo que cada uno, dentro de sus posibilidades, aportó su granito de arena para intentar evitar lo que, finalmente, fue inevitable. España participó en aquella guerra a pesar de las manifestaciones masivas en contra de la misma, a pesar de que la ciudadanía dijo clamorosamente “no a la guerra”. Asistimos con abatimiento y cierta amargura a una decisión tomada en contra de la inmensa mayoría, a una intervención militar infame.

El otro episodio amargo fue el atentado del 11-M de 2004. Durante mis dos primeros cursos, en algunas ocasiones todavía se habían producido algunos atentados perpetrados por ETA, y siempre habían causado rechazo, angustia y tristeza en el colectivo colegial. Sin embargo, lo que se vivió en el 11-M de 2004 –que alcanzó unas dimensiones más allá de la barbarie-, sembró un profundo dolor entre el grupo. Además, aunque el Gobierno no dio una información honesta y real sobre los hechos, y la prensa tampoco alcanzó a arrojar la suficiente luz sobre lo sucedido en los primeros momentos, todo apuntaba a que el acto terrorista podía relacionarse muy directamente con la presencia española en la intervención en Irak.

Ese día hubo una huelga de estudiantes, creo que debida a que el Plan Bolonia ya empezaba a amenazar con fuerza, y probablemente eso contribuyó generosamente a que ningún colegial se viera involucrado en el centro del desastre. Yo recuerdo que pasé gran parte de la noche anterior estudiando, por lo que me levanté un poco tarde y no

escuché las noticias de la radio matinal –como solía hacer-. Al bajar a la cafetería para desayunar algo, encontré la estampa más desoladora que he visto jamás en el Chami. El abatimiento y el nerviosismo era generalizado, igual que la tristeza y la impotencia. El Colegio estaba en estado de *shock*. Nunca voy a olvidar esa sensación de angustia.

Los colegiales se organizaron rápidamente durante ese día, y pronto el Chami se sumó a las muestras de apoyo, a las manifestaciones, a la recomposición de la fe en lo humano, y a los debates en relación a las causas y las responsabilidades de la barbarie. El Chami es un Colegio generoso y comprometido, y aunque aquello fue un duro golpe, creo que el colectivo estuvo a la altura de las circunstancias, como siempre lo ha hecho.

En los días sucesivos asistimos a un proceso electoral, a un cambio de Gobierno, a promesas de retirada de tropas y a un intento de vuelta a la normalidad perdida -o al inicio de la construcción de una nueva etapa-.

En el Colegio no dejó de hablarse de estos dos acontecimientos que he citado durante todo el curso, y para mí todavía hoy son dos estampas que recuerdo con cierta amargura, aunque también soy consciente de que el Colegio se comportó de una forma extraordinaria.

## LA INSTITUCIÓN

Al final de mi carrera tuve que hacer un trabajo con fuentes de archivo, y se me ocurrió la idea de que podía trabajar con el archivo del Chami para hacer una localización de documentos relacionados con el Colegio y el tardofranquismo. La Dirección me dio permiso para hacer uso del archivo, y pronto lo que menos me importó fue el trabajo que tenía que entregar en la Universidad.

El archivo era un conjunto de cajas llenas de documentos, notas de cartelera, actas de reuniones y asambleas, informes, fichas, cartas, un dossier sobre el proceso de eliminación de las novatadas, etc., que abarcaba desde los años 60 hasta los primeros 90 si no recuerdo mal. Había muchas inconexiones, lagunas y desórdenes, pero también muchas aclaraciones sobre cuestiones que a veces han sido más mito que realidad, y muchísimas cosas curiosas.

Leyendo esos documentos, poco a poco fui adentrándome en la Historia del Chami, y las reflexiones y preguntas acerca del origen y el sentido de la institución fueron inevitables. Tacho me regaló un ejemplar del libro del 25º aniversario del Colegio, y cualquier con-

versación con él sobre etapas pasadas fue siempre muy esclarecedora. Pensemos que Tacho, desde que respondió aquello de “hombre, la idea no me disgusta” a la propuesta de ser el director del Chami, ha pasado por casi todas las etapas del Colegio, por lo que tiene una posición privilegiada para hacer un relato de su origen, su evolución y su sentido.

Una de las cosas que más valoro de la institución es que desde el origen hizo la arriesgadísima apuesta de preferir la *libertad francesa* frente al *orden prusiano* en un proyecto formativo que se había de desarrollar en el complejísimo escenario que es el de un Colegio Mayor. La opción del orden hubiese sido en general mucho más fácil de acometer, y la autoridad se habría generado por unas fuentes mucho más oficiales y difícilmente contestables. Sin embargo, el papel protagonista de los colegiales no habría existido de la misma forma, el juego de equilibrio entre la libertad y la responsabilidad no se habría desarrollado tal y como lo hemos vivido, y seguramente el Colegio no habría supuesto una influencia tan crucial para sus colegiales ni tampoco hubiese sido el lugar tan singular que ha resultado ser. Con la llegada de Tacho, creo que la apuesta por un modelo de libertad pudo alcanzar su máxima expresión, pero no debemos olvidar que el Chami nunca ha caído en el individualismo ni en la insolidaridad, sino todo lo contrario. Quizá en la mezcla de estos tres factores reside su carácter tan particular, y ello es posible en gran parte gracias a la labor de su equipo directivo, que cree firmemente en este planteamiento.

Han pasado cincuenta años desde la fundación del Colegio en aquel contexto tan particular de los años del *desarrollismo*, y he tenido la suerte de conocer a muchos antiguos colegiales de etapas muy anteriores a mi estancia, y también a muchos colegiales de la etapa posterior. Creo que hay cuantiosos elementos compartidos por todos nosotros a pesar de una existencia tan dilatada en el tiempo y de tantos contextos sociopolíticos que han marcado a las distintas generaciones, y eso da una idea de la solidez de la institución, de su coherencia, de su capacidad para transmitir una serie de valores, del continuo ejercicio de memoria que se realiza, y de su carácter abierto. Creo que los colegiales nos reconocemos los unos en los otros, o por lo menos es la sensación que yo tengo cuando veo a compañeros de cualquier etapa. Cuando paso por el Chami sigo sintiéndome muy integrado aunque ya no viva allí, no participe de las actividades, o no conozca a la mayoría de los colegiales.

Sigo sintiéndome en casa, y muchas veces recorro a ese espacio cuando necesito encontrar el camino adecuado ante los problemas, los dilemas y las encrucijadas. Pasar por el Chami aclara la mente, te recuerda quién eres y te indica el camino correcto, porque al fin y al cabo fue allí donde empezamos a *sabernos* a nosotros mismos. Algunas veces ayuda mucho hacer ese ejercicio de auto-reflexión y de reafirmación cuando nos enfrentamos a situaciones extremas o incómodas, como cuando Harold Abrahams sentencia “yo soy un hombre de Caius” ante las presiones del Preboste en la película *Carros de Fuego*. “Yo soy un hombre del Chami” contiene mucha carga en relación con todas nuestras dimensiones humanas, y la posibilidad de reafirmarnos permanentemente para encontrarnos con nosotros mismos es un legado que nos ha dejado nuestro paso por el Colegio.

Cuando llegué al Colegio, el Chami pasó a denominarse *Fundación Universitaria Guillermo José de Chaminade-Colegio Mayor Chaminade*. Yo entonces no sabía muy bien en qué podía consistir ese cambio, ni me importaba. Seguramente era un cambio necesario, una manera de garantizar la viabilidad del proyecto, o quizá una manera de mejorar lo que ya había. En ese momento no me preocupaba. Tan sólo me resultó relevante la aparición en escena del Patronato de la Fundación, que no dejó de ser para nosotros un grupo de personalidades misteriosas hasta que se personaron en el Colegio en aquella Fiesta de Navidad con motivo de la transición hacia el modelo de Colegio mixto. La conversión del Colegio en Fundación, la existencia del Patronato y la transformación del Colegio en mixto fueron tres cosas que para los colegiales de ese momento estaban férreamente interrelacionadas, y todas ellas formaron parte de la gran polémica que atenazó el Colegio en ese curso. El Patronato también se hizo presente más adelante en algunas comidas con colegiales y con otras iniciativas tales como la organización del Foro Social Chaminade o la realización de aquel estudio de valores. Sin embargo, su irrupción en el Colegio creo que pudo ser un poco turbulenta en el sentido de que para el colectivo colegial supuso la presencia de un ente casi misterioso que podía influir en la dirección estratégica. Entonces la mirada era recelosa y desconfiada. Creo que después de los encuentros iniciales, el acomodo de este órgano en la vida del Colegio se realizó con normalidad, desde un punto de vista colaborativo y constructivo.

El Colegio se convirtió con el cambio de siglo en una institución formalmente como muchas otras que hoy tienen presencia entre nosotros. Sin embargo su esencia se ha mantenido intacta, su fondo continúa siendo el mismo de siempre. Y eso me parece muy importante, porque hoy, cuando asistimos a una crisis generalizada de las instituciones, a una situación de desconfianza hacia las mismas, y a un déficit de capacidad de gobierno, el Chami me sigue haciendo creer que es posible confiar en una institución, participar de la misma, sentirse parte de la misma, ser apoyado por la misma, que puede ser gobernada con honestidad y solidaridad, y que ésta puede ser fiel a sus fines y a su discurso. Tacho, Juan y Sergio han mantenido y mantienen una forma de dirigir el Colegio y de relacionarse con los colegiales que me sigue haciendo pensar que es posible la ejemplaridad, la honestidad y el buen gobierno en una organización. En esto, el Chami también está demostrando estar a la vanguardia. Es un Colegio para los colegiales.

Me gustaría agradecer a Tacho, a Sergio y a Juan todo lo que han hecho por mí y por el resto de los colegiales en todos estos años, y también el que me honren con su amistad. Me gustaría dar las gracias a todos mis compañeros durante estos años inolvidables, y también quiero tener un recuerdo muy especial para todo el personal que ha dedicado su vida a trabajar para hacer nuestra estancia en el Colegio mucho más agradable.

Y finalmente, quiero recuperar una frase que pronunciaban los navegantes antiguos, para ti, que tienes forma de barco, pero entendida como Fernando Pessoa nos la trasladó:

*Navegar es necesario; vivir no es necesario.*

Muchas gracias por todo, Chami. Muchas felicidades, y que cumplas muchos más.



# NOSOTROS, HIJOS DE LAS CLASES MEDIAS

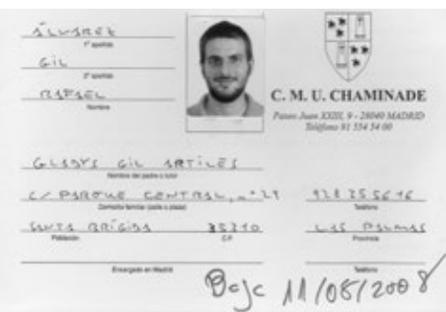
Rafael Álvarez Gil (2002-2008)

Ya superé la nostalgia. Confieso que la llevé conmigo al retornar a Gran Canaria durante un tiempo, sin saber cuánto duró. Pero es verdad que a la par que intentaba abrirme camino e iniciaba una nueva andadura (adulta y profesional) y deshacía las cajas repletas de recuerdos

de los años en el Colegio Mayor, caía Lehman Brothers como símbolo del pistoletazo de salida a la Gran Recesión de 2008. Por supuesto, no supe en ese momento interiorizar la magnitud de la noticia ni tampoco atisbar las múltiples y cruentas adversidades que como país nos aguardaba; pero sí sabía que una fuerte desdicha económica acontecía y que, para sorpresa de algunos, se acababa el relato intergeneracional de prosperidad siempre creciente que había distinguido a España como al resto de Europa desde la bienandanza

sesentera. Dicho de otro modo, que a diferencia de la década anterior, ahora vendrían mal dadas.

Volví a casa, sí, después de varios años; pero yo ya no era el mismo. Mantenía intactas las mismas inquietudes y las ganas de comerme el mundo; pero el paso por el Chaminade me había permitido, a todas luces, afianzar mi personalidad, enriquecerme mutuamente con amistades pluriprovinciales valiosas, muy valiosas, compartir ideas políticas y, cómo no, lecturas a mansalva. Y aquellas tertulias innumerables (cada una con sus anécdotas y perfiles) descargaron en mí, como intuyo que igualmente en los otros, olfato y ambición ennoblecida por el saber. Estaba convencido que mi regreso al hogar coincidía con un punto de inflexión, no sólo el personal y familiar, que también, sino el de la sociedad en su conjunto. Se había producido una coincidencia caprichosa.



Ficha de Rafael Álvarez

No muy lejos del Chaminade, y por supuesto aún sin construir, un grupo de universitarios de la clase acomodada madrileña abanderaba por primera vez una firme contestación al régimen franquista. Fue en 1956, veinte años después del inicio de la Guerra Civil, ¡veinte años!, cuando surgió la primera crítica a la dictadura. Incompleta y de andar por casa, pero crítica política al fin y al cabo. Aquellos estudiantes (entre los que se encontraban Enrique Múgica, Javier Pradera, Dionisio Ridruejo, Ramón Tamames y tantos otros) firmaron un manifiesto que comenzaba diciendo “Nosotros, hijos de los vencedores y los vencidos” como soporte intelectual a sus reivindicaciones. Ahora, más de medio siglo después, me permito la licencia de retomar esa afirmación como encabezado para subrayar que hay algo que mi generación vivió y, por el contrario, se ha acabado con el riesgo de que quizá tarde otras tantas décadas en volver. A saber, las clases medias como garantes de una cohesión social brindada por el Estado de Bienestar que ahonda en la calidad democrática. En 1956 no la había, pese a la advertencia por tenerla, y hoy por hoy requiere preservarla desde el pensamiento sustentado de razones en el espacio público compartido.

Mis años en el Chaminade, junto a los que rondaron entonces por aquellos pasillos, fueron precisamente los espoleados por el frenesí de la bonanza, el crédito fácil y la riqueza ficticia de los nuevos ricos. Era la España incrustada en la jactancia de la liberalización del suelo y la burbuja inmobiliaria. Se pensaba fatuamente que los jóvenes estábamos destinados, con estudios o sin ellos, a proseguir con la estela de nuestros padres. Es decir, que al rondar los treinta años tendríamos un trabajo (aunque fuera mileurista), nos emparejaríamos de una forma u otra, tendríamos descendencia y rubricaríamos una hipoteca por los siglos de los siglos. Vaya por delante que ese método de embaucamiento hacia la vida adulta ni es idílico ni sacrosanto; pero ofrecía una gran virtud: la estabilidad dada por los planes vitales inquebrantables al azar. Con todo, lo que prima ahora es la incertidumbre socioeconómica, la ausencia de vislumbrar proyectos a medio plazo y el empleo precario o desempleo recurrente o mutante entre desdichas aleatorias. Carne de cañón del acontecer tornadizo y cotidiano que la eventualidad nos ofrezca.

Una tarde de septiembre de 2002, sin cumplir aún los 18 años, llegué al Chaminade. Como pretendido universitario ir a Madrid y poder estudiar aquello que hacía tiempo que fervientemente deseaba fue una gran oportunidad que, pasado el tiempo, considero que supe

aprovechar y saldar con el destino trascendental de la vida. Como canario fue la ocasión, nada fácil, mis paisanos bien lo saben, de romper con la insularidad. Me lanzaba en el momento adecuado y de la manera más fraternal posible; rodeado de semejantes, cobijado en el Colegio Mayor y todos decididos a cumplir con metas y desempeños similares.

El curso 2002-2003 fue precisamente el último del Colegio Mayor masculino. Por tanto, tuve la ocasión de vivir en primera fila el debate que supuso convertirse en mixto. Quizá, lo de debate es un hablar; ya que desde primera hora se oteó que la decisión venía sobradamente impulsada desde la dirección. Con todo, de aquel proceso quedarán las asambleas interminables, las reticencias del equipo de rugby y el sector taurino, las conversaciones recurrentes en el comedor y, las cosas como son, las ensoñaciones de naturaleza juvenil sobre qué chicas vendrían. Fue lo habitual para nosotros. Y, ciertamente, desde entonces el Chaminade fue otro; progresó hacia una nueva dimensión que pronto se consolidaría. Hubo cambios y desapareció la tuna, imagino que no fue casual, pero el avance y el enriquecimiento de la convivencia lo merecieron con creces. El Chaminade se convirtió todavía en más maduro, en un enclave de convivencia acorde a las inquietudes que afloraban en la juventud de aquel momento.

Después de todo, hubo una nota caracterizadora que acusé para bien desde el inicio. La oportunidad, la gran oportunidad, de tropezarme en mi trayectoria vital con un acompañamiento cristiano en el ámbito universitario de carácter abierto, enriquecedor y que cultivó en mí las mejores intenciones espirituales. Un repertorio interior que ha quedado alojado para el resto del tiempo; sobre todo, porque me permitió concordar con un carisma cristiano tolerante, comprometido socialmente y sostenido en sacerdotes (que no lo parecían) ostentadores de un andamiaje intelectual que casaba con las hornadas de jóvenes universitarios que llegábamos. Pronto, se podía constatar que el espíritu rompedor del Concilio Vaticano II no sólo había promovido el Colegio Mayor Chaminade en sus comienzos sino que también, y no siendo menos, seguía presente de manera respetuosa y al alcance de cualquiera que quisiera acercarse para vivir de forma directa un cristianismo que, por fortuna, se alejaba del arquetipo imperante del alzacuellos neoconservador.

Es más, a estas alturas del texto en el que estamos entre amigos, tengo una confianza que compartir: en el Chaminade, en serio, de

verdad, por primera vez encontré un espacio recíproco y grato en el que vigorizar mi cristianismo y carisma espiritual. Por fin, me sentía cómodo.



~~~~~  
Foto de Gaspar Llamazares



Foto de  
Santiago Carrillo

Por otro lado, la pasión política fue la otra clave que desplegué con creces. Tuve el honor como delegado de coordinar el Aula de Política en unos años en los que los actos, las conferencias y las cenas en el comedor de invitados fueron práctica habitual semana tras semana. Fue una oportunidad inolvidable de atestiguar inquietudes con personajes políticos, intelectuales y públicos de primer nivel. Santiago Carrillo, Joaquín Almunia, Juan Carlos Aparicio, José María Fidalgo, Santos Juliá, Jordi Sevilla y tantos otros nombres con sobrada suficiencia intelectual, que haría interminable nombrarlos, compartieron veladas entrañables en el Aula de Política. Experiencias, anécdotas y debate, mucho debate, se exprimió en las tertulias de aquel comedor de invitados que facilitaba un contacto diferente al protocolizado y ordinario de la calle. Por no hablar de aquellos conferenciantes, como por ejemplo Gaspar Llamazares, que pronunciaron su conferencia en la misma capilla; una muestra descomunal de librepensamiento inigualable que distingue de por sí la pluralidad del ideario del Chaminade.

Una noche fui a recoger a Marcelino Camacho y a su esposa a su casa del barrio de Carabanchel. Recuerdo que fue prácticamente imposible conseguir un taxi, pues había un partido de fútbol de ámbito europeo que reunía a todos en los bares. Pero al final Camacho compartió con nosotros una cena a pocos días de las elecciones generales de 2004. A la mañana siguiente, en escasas horas tras la velada, se produjeron los atentados de Atocha del 11M. De repente, el silencio y el recogimiento se instalaron en todo el Colegio Mayor. Hasta el domingo en el que se celebraron los comicios, el ambiente estaba por momentos enrarecido y a ratos triste. Por supuesto, muchos participamos (incluido el personal

del Chaminade) de la manifestación institucional en el centro de la capital. Pero siempre tendré asociado la matanza de Madrid a la cena la noche anterior con Camacho, como si dos retazos históricos de España casaran en nuestra memoria universitaria y personal.

Me tocó desde el Colegio Mayor acontecer al país de la mayoría absoluta de José María Aznar en su segunda legislatura que vino presidida por los rumores continuos sobre quién iba a sucederle y el primer mandato de José Luis Rodríguez Zapatero así como su reelección en 2008. Todo ello marcado por un ciclo económico de enorme expansión que revivió el espejismo del nuevo rico en una España donde todos éramos clase media, nadie se consideraba trabajador y los peores puestos de trabajo eran ocupados por los inmigrantes. La bonanza campó a sus anchas aquella década y el bipartidismo gozaba de una credibilidad política acorde a la alta legitimación del sistema constitucional de 1978 en el que habíamos nacido y sido educados. Fuimos los últimos. En breve, a la salida del Chaminade, nos encontramos con el comienzo de otra realidad muy diferente y adversa al irrumpir la Gran Recesión de 2008. Por consiguiente, nuestra incorporación al mercado laboral (o su intento) fue abrupto; fuimos una generación que no tuvimos una transición pausada de la etapa estudiantil a la adultez que rinda cuentas (si es que se puede) en su empresa o entorno laboral. Con nosotros se finiquitó el relato de prosperidad intergeneracional que llevaba décadas imperando y, cómo no, crecimos con la convicción de que el futuro que nos aguardaba no sólo sería mejor que el de nuestros padres sino que también podíamos, y debíamos, encauzarlo aún más para que luego nuestros descendientes recibieran un legado mucho más completo. No ha sido así. Al menos, por ahora. Y todavía desconocemos del todo las consecuencias socioeconómicas y políticas de la crisis de caballo que concierne al país. No tenemos ningún tipo de certidumbre que nos asista. Sólo que experimentamos un periodo de brecha histórica, donde todo está en vertiginosa transformación y donde nada volverá a ser lo que fue. Y donde estamos obligados a convivir con la inestabilidad vital y laboral, desamparados de las certezas que brindaron a nuestros progenitores en época del tardofranquismo, la Transición y la consolidación democrática en un país que a la vez, ¡y por fin!, se europeizaba. Pero ni la arquitectura constitucional de 1978 ni la incorporación a la Unión Europea fueron tan idílicas como siempre creímos. Se cometieron excesos y hubo errores congénitos que

toca ahora reparar si aún es posible. Tenemos una sensación en España a final de ciclo, que bascula entre el hartazgo cívico y la melancolía fustigadora de corte noventayochista, pero con la autosugestión de que pronto viviremos el arranque de una nueva etapa a modo de realidad que se antoja inexcusable tras el agotamiento histórico-político de un modelo que invoca a ser reformado seriamente o, según algunos, suplantar del todo. Se otea un debate colectivo arduo y nada sencillo al que todos estamos convocados. Aunque el lugar para ello es otro y no viene al caso en esta semblanza de un universitario canario en sus años en Madrid y en el Colegio Mayor que enseguida sintió como propio.

Permítanme la licencia de cerrar con un agradecimiento colectivo. A la dirección y personal del Colegio Mayor Chaminade, a todos ellos, uno por uno, por hacer agradable y sentirme recíprocamente querido en mi estancia en la Ciudad Universitaria de Madrid. Un entorno único en el que la memoria histórica de las Facultades y los paseos por el frente de guerra se entremezclaron con las idas y venidas a las librerías. Todos hicieron mucho más fácil que aquel joven canario aprovechara el tiempo y fuese a su vuelta, y para siempre, ya otro. Pero también vaya por delante un abrazo a los amigos, uno por uno, por todo lo que me aportaron y los momentos que juntos vivimos justo en una etapa personal que para todos resultó decisiva.

En fin, demasiadas incógnitas aguardan por ser despejadas. Con el envite de que deben ser resueltas precisamente por nosotros que por oportunidad y formación, tenemos el deber de reemplazar a los cuadros de la estructura nacional en todos sus contornos institucionales, económicos y sociales. A la próxima generación le corresponderá, en su caso, valorar nuestra contribución dentro de las posibilidades y límites que a su vez ahora nos encontramos. Pero esa ya es otra historia. Porque antes, en nuestro Chaminade, tuvimos unos años inolvidables que considero con especial cariño. Sobre todo, porque el Colegio Mayor fue el soporte idóneo para enraizar con Madrid. Y, es verdad, acaso no lo duden, confieso que fui feliz.

## LLEGAMOS PARA QUEDARNOS

Rocío Flores Fuertes (2003-2007)

Corría el año 2003, y España estaba convulsa: Aznar había decidido apoyar la ocupación en Irak y hacer a España parte del Trío de las Azores, con la mayoría de la sociedad en contra de dicha decisión. Fue en aquel año en el que terminé mis estudios de bachillerato y me embarqué en lo que sería mi vida universitaria, que viví dentro del cálido útero que representó el Chaminade para mí en aquellos años.

Recuerdo aquel primer día de septiembre con nitidez. Llovía y Madrid ya olía por entonces a espesa contaminación, de modo que cuando caían esas primeras gotas después del verano, todo acababa teñido de gris sucio y recuerdo tener la sensación de que la ciudad me iba a costar. Entré ya de madrugada en ese hall -que años adelante me arrancarían horas y horas de intensas conversaciones y alguna que otra confidencia-, y me acomodé en la habitación 138, colocando en apenas una hora cada cosa en su recién estrenado lugar, forzando



Ficha de Rafael Álvarez

hacer míos aquellos escasos nueve metros cuadrados. Sentí miedo a la soledad y bajé a deambular por los pasillos de mi nuevo hogar, a tratar de buscar algo o alguien que al día siguiente ya pudiera ayudarme a sentirme más en casa. Y lo encontré.

Lo cierto es que aterricé en el Chami en un año especialmente intenso. Por un lado, fue el primer año mixto del colegio y por tanto yo formé parte de esa primera hornada de chicas que viviríamos en el colegio en plenas condiciones de igualdad con los chicos. Y es que, según cuentan los veteranos, en el Chami ya antes había trasiego de chicas -amigas o novias de colegiales que se alojaban puntualmente allí-, por lo que nunca fue raro ver a chicas en los pasillos, habitaciones y fiestas del colegio. No obstante, lo que sí se apreciaba como una novedad era que las chicas por primera vez entrábamos a formar parte activa de la

vida colegial y que ya no seríamos sus invitadas, sino sus compañeras. Este cambio para algunos colegiales fue una decepción porque alegaban que ellos entraron años antes en un colegio masculino, que nadie les había pedido su opinión sobre el cambio y que querían mantener el espíritu del colegio que identificaban, entre otros, con ese rasgo segregador. Por tanto, ese primer año el debate sobre si fue oportuno o no haber hecho el colegio mixto –e incluso si era conveniente y deseable promover que todos los colegios mayores universitarios adscritos a la Complutense dieran ese mismo paso– era objeto constante de cuestionamiento. Éste fue un debate con el que yo, como muchas de nosotras, nos topamos cuando llegamos al colegio sin haber sido previamente conscientes de que nuestra llegada no era para todos una bienvenida. Durante esas primeras asambleas colegiales, las recién llegadas nos manteníamos tímidas ante las réplicas y contrarréplicas de los grupos de colegiales pro-Chami mixto y anti-Chami mixto, que acaparaban horas y horas de discusión tras las cenas y que venían a establecer los cambios que la nueva estructura mixta traía consigo. He de reconocer que, al menos yo, al principio me sentí cuestionada y molesta con aquellos compañeros que rechazaban nuestra compañía, y aunque durante los primeros meses muchas nos mantuvimos a la sombra de



Un grupo de primeras colegialas (Irene Herrero)  
d Irene, Anina, Ana Jaca, Rocío Flores y Cristina

un grupo de veteranos que desde el inicio defendieron y aplaudieron el carácter mixto del nuevo Chaminade, poco a poco fuimos ganando confianza y tomando conciencia de que no debíamos pedir disculpas a nadie y que éramos tan colegiales como cualquiera de ellos, por lo que fuimos entrando a participar activamente de la vida colegial y a defender nuestra posición allí. Habíamos llegado para quedarnos y defendíamos una universidad mixta.

Además, recuerdo también que durante aquel primer año se vivía en España un periodo especialmente politizado. Era la segunda legislatura de Aznar, y la referida guerra de Irak había diezmado sustantivamente su apoyo popular, ya que aquella fue una decisión a la que se opuso gran parte de la sociedad, e incluso gran parte de su electorado. Este hecho sacó a la calle a miles de españoles que se manifestaron contra el gobierno, por lo que ese curso 2003-2004 resultó para la vida en el Chami un escenario idóneo en el que se representaron las mismas tensiones que estaban teniendo lugar en la calle.

A mi llegada al Chami podían identificarse claramente dos posiciones políticas entre los colegiales, que se enfrentaban en cada ocasión posible en la arena de las asambleas colegiales en las que siempre mantenían posturas contrapuestas. Por un lado, los progresistas o izquierdistas, que contaban con más apoyos entre los colegiales y que tenían una postura claramente contraria a la invasión iraquí, y en general, al gobierno de Aznar. Este grupo lideraba las aulas de derechos humanos, de política, literatura, cine, y otras relacionadas, y en general mantenían el apoyo al Chami mixto. Por otro lado, los más conservadores e identificados con el centro-derecha, que lideraban el aula taurina, la tuna y el equipo de rugby, y en el que muchos se oponían a la conversión del colegio en mixto. Sin perjuicio de que es difícil la catalogación de las personas en grupos y que todas las generalizaciones son inexactas, lo cierto es que esta dicotomía que se apreciaba en el Chami era a mi juicio una reproducción de lo que estaba ocurriendo en la capital y en España. Fue un año de numerosas asambleas colegiales, que eran laboratorio para los que nos iniciábamos en la técnica de la dialéctica y del consenso, y en las que creo que todos aprendimos que la realidad en España es plural y que los máximos requisitos para la buena convivencia son el respeto, la tolerancia y la búsqueda de los lugares comunes. Y creo que puedo afirmar que en aquellos años todos conseguimos un máster en estos valores, sin perjuicio de que hubo

muchos tiras y aflojas y posiciones encontradas, pero lo cierto es que al final del día todos éramos compañeros.

Aquellos trémulos años me recuerdan en parte a los que vivimos hoy, con una España que ha vuelto a despertar la conciencia política de los ciudadanos y que ha desplazado al centro del debate institucional y social nuevamente la ideología, entendida ésta como una reflexión sobre los modelos de convivencias que queremos implantar en el país y los valores que queremos abanderar, sin quedar éstos subordinados exclusivamente a parámetros de eficiencia económica. Al menos yo llevo años sintiendo -desde la irrupción de la crisis económica que me pilló con un recién conseguido título universitario y con pocas oportunidades de estrenarme profesionalmente-, que la sociedad se había acomplejado por no poder entender un montón de tecnicismos económicos y financieros que estaban acaparando las decisiones políticas y definiendo por tanto la vida de los ciudadanos. Este complejo del que se siente ignorante porque le han repetido mil veces que las soluciones son mucho más complicadas de lo que creemos y que no estamos a la altura para debatirlas, nos desarmó como sociedad y nos hemos quedado años esperando a que los técnicos tuvieran razón y obrasen el milagro de las vacas gordas. Hoy, los ciudadanos han dejado de esperar los milagros y quieren ser parte y autores de los pequeños avances, de esos que suceden paso a paso.



Tertulia con Luis Eduardo Aute, ¿cuándo?,  
Gotor, Irene y Garmón (Irene Herrero)

Volvamos a aquellos años. Recuerdo también en esos primeros tiempos una intensa sensación de decepción con la universidad. Con unos 18 años recién cumplidos y una personal tendencia a idealizar ciertas instituciones, me vi aquel primer día de clase ansiando encontrarme con la meca del saber y con profesores que guiarían al alumnado en formación crítica y analítica, encontrándome por el contrario con una facultad impersonal y automatizada, de la que me sentí ajena. Este vacío en la universidad me impulsó a centrarme y a buscar esa vía de formación en el marco del colegio mayor, y lo cierto es que disfruté avaramente de aquellas charlas con políticos, cenas con artistas, proyecciones de películas desfasadas y conferencias con activistas. Todo ello fue una oportunidad extraordinaria de la que me siento especialmente cómplice y que considero uno de los fuertes de mi experiencia Chaminade.

Lo cierto es que si tuviera que resumir en una sola palabra qué significó el Chami para mí, sin duda elegiría la de estímulo. Fue efectivamente un estímulo intelectual por las oportunidades de actividades formativas que ofrece, pero fue también un estímulo para tomar conciencia social y ganar en responsabilidad como ciudadana, a lo que ayudó sustancialmente el vivir en una comunidad asamblearia donde cada colegial podía sentir que tenía iniciativa para regular la convivencia con los otros. Pero sobre todo fue un estímulo afectivo y emocional donde conseguí hacer una segunda familia, que aún a día de hoy me sigue siendo fiel, y a la que vuelvo cada vez que hay motivos para celebrar y motivos para lamentarse. El Chami está lleno de momentos de risa a pulmón lleno, de esos que provocan el hipo; está lleno de momentos de comedor a compartir con conocidos y desconocidos; está lleno de horas en las salas de estudio buscando la excusa para que llegara el ansiado descanso; está lleno de fiestas y fiestas y más fiestas; lleno de despertadores que siempre suenan más tarde de lo que deberían y de noctámbulos que esperaban las 3 de la mañana para recenar –o para predesarayunar-; está lleno de “corners” que a veces eran la única oportunidad de salir de esas cuatro paredes; está lleno de tardes en la cafetería hablando de todo y de nada; está lleno de sueños, música, fútbol, partidos y piscina, asambleas... pero sobre todo de vida.

En fin, desde aquel primer día que pisé el Chami hasta el día que me despedí lo cierto es que sentía que aquello iba a acabar definiendo en gran parte lo que iba a ser en adelante. Y sí, lo ratifico.



Retrato de Rocío por Koldo

Por último, quiero recordar que creo que detrás de esa gran hazaña que es hacer que un montón de adolescentes con ambiciones y sueños salgan del colegio con una postura más reflexiva y responsable pero manteniendo los valores y la reivindicación, se debe en gran parte a ellos, a Tacho, Sergio, Juan y Julio, que fomentaron ese espíritu de superación y respetaron la idiosincrasia de todo el que pasaba por allí, lejos de los dogmatismos. Esa libertad que venía unida a la formación en la responsabilidad fue una apuesta de éstos, mis héroes, que creo que han ayudado a parir a un montón de jóvenes en una versión mejorada de sí mismos y de los que admiro su limitada injerencia pero al mismo tiempo su capacidad para transmitir apoyo personal e impulsar proyectos que definitivamente ayudaron a conseguir ese espíritu crítico.

Y aunque hay mil batallitas que contar, creo que lo anterior en un resumen breve y exacto de mi experiencia por el Chaminade. Y ante todo, gracias y a seguir formando mentes libres.

FICHAS DE GORKA, KOLDO Y MAIALEN SAEZ DE BIKUÑA  
(GKM1, 2 Y 3)

## EL TXAMI: UNA DÉCADA, TRES GENERACIONES

Gorka Saez de Bikuña (1999-2003)

SÁEZ DE BIKUÑA  
1º apellido

SALINAS  
2º apellido

GORKA  
Nombre



C. M. U. CHAMINADE  
Pº Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID  
Telf.: 554 54 00

JAVIER  
Nombre del padre o tutor

GERMÁN LANDARREAL, 9  
Calle del domicilio familiar (padre o tutor)

1.945.814310  
Teléfono

ARAIA (ARAIA) 01250  
Población

ÁLAVA  
Provincia

Mª ANGELES SAEZ DE BIKUÑA  
Encomendada en Madrid

43055007  
Teléfono

Boje Junio 2003

SÁEZ DE BIKUÑA  
1º apellido

SALINAS  
2º apellido

KOLDO  
Nombre



C. M. U. CHAMINADE  
Paseo Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID  
Teléfono 91 554 54 00

JAVIER  
Nombre del padre o tutor

GERMÁN LANDARREAL, 9  
Calle del domicilio familiar (padre o tutor)

945-000141  
Teléfono

ARAIA  
Población

ÁLAVA  
Provincia

GORKA SÁEZ DE BIKUÑA SALINAS  
Encomendada en Madrid

95352145  
Teléfono

Boje = 30/06/07

SÁEZ DE BIKUÑA  
1º apellido

SALINAS  
2º apellido

MAIALEN  
Nombre



C. M. U. CHAMINADE  
Paseo Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID  
Teléfono 91 554 54 00

JAVIER SÁEZ DE BIKUÑA MARTÍNEZ DE MARIAGORTA  
Nombre del padre o tutor

GERMÁN LANDARREAL, 9  
Calle del domicilio familiar (padre o tutor)

945-000 381  
Teléfono

ARAIA  
Población

ARAIA  
Provincia

GORKA SÁEZ DE BIKUÑA SALINAS  
Encomendada en Madrid

Boje = 30/06/2010

Durante mis tres primeros años en el Chami me pasó todo lo que me vaya a poder pasar nunca en la vida. Simplemente empecé a ser yo.

Tal y como recuerdo perfectamente que le respondí a Tacho (Sergio me asegura que fue a él...) en la entrevista de acceso de junio, a la pregunta de qué es lo que esperaba de un colegio mayor como ése, mi única intención al dejar atrás muy a mi pesar, mi tierra y mi gente, era la de estudiar. ¿Y el colegio? Pues el colegio un simple instrumento que utilizaría en mi beneficio para poder concentrarme más y mejor en lo único que me preocupaba, estudiar (bis), para terminar así cuanto antes eso que ni si quiera había empezado, la carrera. Jode, cada vez que lo recuerdo... ¡Pobre ambicioso niño imberbe con gafas! Recuerdo bastante bien también cómo Tacho (Sergio según él...) me comentó, con la sutileza de quien no quiere arruinar los recién paridos y frágiles esquemas mentales de un todavía adolescente, que quizás no lo supiera, pero que en la universidad pasaban más cosas además de las clases, los apuntes y los exámenes. Yo en cambio, terco y seguro de mis

Ficha de Gorka, Koldo y Mailalen

convicciones (a pesar de que la realidad me vapulea constantemente, siempre tiendo a sobrevalorar mis capacidades), le insistí que no, que todas esas chorradas (eso sólo lo pensé, no lo dije) me parecían perfectas, pero que yo lo único para lo que quería todo aquello era para dormir, comer y minimizar así la fuga de distracciones. Que el esfuerzo que hacían mi ama y mi aita llevándome allí era demasiado grande como para que yo perdiera el tiempo en todo lo que me alejara de la consecución de mi propósito. En serio, me da la risa cada vez que lo recuerdo.

Así, y con la penitencia de tener que pasear un sentimiento de culpabilidad casi diario (al menos yo), a Mikel y a mí se nos escapó, entre fiestas a las que nos apuntábamos sólo en el último momento, sobremesas infinitas, documentales y películas, charlas sobre casi todo, escaladas y pasatiempos chorras improvisados (los más avispados se habrán percatado de que no he hablado de chicas), un año entero casi de ensueño sin percartarnos. Fue como una acampada entre colegas de nueve meses de duración. Y aun así (todavía no sé cómo), sólo suspendí una. Mikel lo bordó.

En nuestro segundo año, la cosa cambió. O mejor dicho, el cambio se gestó. En uno de mis primeros y escasos arrebatos de madurez hasta la fecha, decidí cambiar desde el principio lo único que el año anterior me había hecho sentirme mal, la evasión de mis obligaciones (procrastinar se llama ahora). Y me hizo sentir bien. Y me gustó. Y gracias al delicioso sometimiento a la disciplina hice el primero de varios de mis grandes descubrimientos vitales en el Chami: descubrí como nunca antes lo había hecho el placer de comprender, el amor por el conocimiento, por estudiar para entender. Y me fascinó. Me fascinó tanto que me atrapó. Y fue entonces cuando inevitablemente, casi sin quererlo, empecé a dejar atrás el camino de lo establecido que sentía como poco a poco me asfixiaba, para emprender el mío propio. Empecé así con la locura que más adelante me acercaría a la cordura. Pero claro al mismo tiempo, y de la mano de todo esto, sobrevino mi colección de frustraciones. No entendía cómo nadie entendía. Ni entendía, ni me entendía. El mito de la Universidad como templo supremo del conocimiento se empezó a tambalear para mí.

En medio de esta devastación emocional de incompreensión, apareció ella como para rescatarme. Porque aunque no pedí auxilio, porque estaba muy decidido a seguir irremediamente adelante con mi aventura, la fuerza de nuestra complicidad me hizo sentir invulnerable. Casi

me hizo volar. No creo que pueda volver a sentir nunca más la magia que me regaló Lucía aquel año.

Y entre tanto, ya sumergidos en la deriva del tercer curso, aislados en la acogedora intimidad del que fue nuestro refugio ese año, la casita, y consecuencia de tanta obstinación introspectiva creo, me encontré de bruces con mi tercer gran descubrimiento: descubrí que la mayor parte de lo que era, no era por casualidad. Reconocí en mí montones de los rasgos de la personalidad de mi aita y de mi ama que hasta el momento había pasado del todo por alto. Fue un poco como una revelación, como identificarme de repente como su hijo pero en el sentido más profundo. Jode, fue un filón que disfruté mucho exprimiendo, porque entre otras cosas me hizo consciente del poderoso vínculo que nos unía, lo que me ayudó a empezar a quererlos con devoción.

Mientras tanto, durante estos dos años también pasaron más cosas: pasaron muchas escapadas con Mikel, David, Sergio, Ricardo, Carlos, Ibai, Edu y tantos otros, a La Pedriza, a Patones, al Vellón, a Gredos y a la Cabrera, incluso a Pirineos. Pasaron unas escaladas que me han marcado de por vida. Paso el rocódromo también (bendita Aula de Montaña...). Pasó un curso de taxidermia con el Aula de Ecología, y otro de reconocimiento y de recolección de setas. Pasaron infinidad de charlas





Cartel de la jornadas sobre droga y sociedad

y cenas en el comedor de invitados con políticos, científicos, periodistas, alpinistas, que revolucionaban nuestros interiores y catapultaban nuestras capacidades para soñar la vida despiertos. Cada sobremesa en él era como un pequeño punto de inflexión en nuestras absorbentes personalidades

que a partir de ahí se disparaban... Recuerdo salir casi siempre de allí levitando de ganas de todo. Pasaron más fiestas claro. Intensas, brutales, a veces incluso desgarradoras, en el buen y en el mal sentido. Pasó Juan Ramón y sus clases de yoga, otro descubrimiento más para la lista, por cierto; otra pequeña revolución. Pasaron muchos libros. También películas. De Arístarain, Luppi, Tarantino y otros cuantos. Y el renacer de mi pasión por colorear libremente paisajes y emociones de la mano de Nacho en el Aula de Arte (¡gracias!). Pasó bastante THC y no la suficiente psilocibina por nuestros cerebros, que no nos acercaron precisamente a la cordura que se esperaba de nosotros y de la que huíamos porque era una locura. Pasaron tantas cosas, que con ellas al final acabó pasando otra vez el curso entero.

Y en el septiembre siguiente, por fin llegó Koldo. Era algo con lo que realmente no contaba, pero que en cambio, y sin entender muy bien por qué, me agradaba mucho. Nunca nos habíamos llevado especialmente bien, tampoco mal (bueno él quizás, con la colección de hostias que recibió de crío en mente, opine distinto). Nos queríamos porque éramos hermanos, y ya está, supongo. El caso es que yo quise hacer de súper hermano mayor, pero sin que se me notara. Quise enseñarle, protegerle y ayudarle, pero sin interferir ni moldearle. Era mi cuarto año y yo estaba sumergido de pleno en mi pequeña cruzada personal hacia la libertad total de espíritu, así que lo último que pretendía era influirle con mis chaladuras. Él tendría que descubrir las suyas propias. Cosas todas esas que en seguida entendí que no harían falta, porque además de que era y es un puto fenómeno (no está bien que yo lo diga)... ¡estaba en el Chami! ¡El mejor escenario posible para echar a volar con 18 años

y practicar funambulismos intelectuales e introspectivos sin miedo a estrellarte de morros contra el suelo!

Fue ya al final de ese curso que yo me iba para siempre (al menos en mi condición de colegial de pleno derecho), cuando descubrí que además de un hermano, en Koldo tendría el que sería con toda seguridad el mejor amigo que nunca pudiese encontrar. Entender eso, fue seguramente lo mejor que me pasó ese año. El último gran descubrimiento que me brindó el Colegio en su despedida.

Con el verano ya en sus últimas, me fui a Friburgo a pasear durante un año mi “pedrada” por Alemania... Es curioso, porque en ningún momento recuerdo que me diera pena dejar el colegio atrás. Quizás porque aunque en aquéllas todavía no lo supiera, no iba a ser del todo así (me esperaban a mi vuelta otros seis años como colegial itinerante, una variante de excolegial bastante habitual por cierto). O seguramente porque mi etapa en él había sido tan completa (incluso tan suficiente), había vivido un ciclo que se cerraba de manera tan oportuna, que me encantaba imaginármelo con un final un poco hollywoodiense que evitaba de paso que se pudiera estropear más adelante.

A la vuelta de mi periplo teutón como Erasmus (el mejor año de mi vida blablabla..., la dichosa crónica que todos hemos oído ya un millón de veces en boca de algún colega o conocido y que yo por supuesto me voy a ahorrar porque no viene en absoluto a cuento), Koldo emprendía el tercer año de su particular andadura universitaria, y yo, durante ese curso y el siguiente (el inicio de los más convulsos a nivel personal a causa de la dirección que había decidido adoptar para mi vida), me limité a orbitar en torno al cole con la excusa/aliciente de disfrutar de mi hermano. Me gustaba la idea de saber que podía seguir “explotando” todas las cosas buenas que me ofrecía éste cuando me apeteciera. Aunque hubo gente que me echaba en cara no haber sido capaz de superar mi etapa chamineira (más a modo de vacile quiero pensar), lo cierto es que no entendía porque tenía que renunciar al yoga, el rocódromo o sus charlas y conferencias (bueno, y a alguna comida y cena caritativa de más, lo admito). Así que seguí haciéndolo.

Y así se nos escaparon esos dos años y por fin llegó Maialen, la hermana pequeña que yo había dejado en casa siete años atrás irradiando alegría por doquier. Era y es una de las personas que conozco que más brilla, por eso cuando a veces se nos apaga un poco, todo a su alrededor se resiente. Nos tiene demasiado mal acostumbrados. Una rubia enana

a la que un poco sin querer, y por culpa de ese empeño mío por ser yo mismo y blablablá, obligué creo a madurar de forma acelerada en casa.

Todavía recuerdo sus súplicas telefónicas, en las que me pedía que vale, que hiciera lo que quisiera, pero que hiciera. Aguantó el envite como una campeona, en parte supongo porque un poco de alguna manera ya sabía que el Chami le esperaba, y sobre todo en parte (me gusta pensar) porque en el fondo me entendía.

Y así en el 2006, como decía, siete años después de que yo cruzase con Mikel por primera vez esa fachada de caravista rojo, aterrizó Maialen con toda su fuerza en la que sería su nueva casa durante los siguientes cuatro años. Igual que en mi último año cuando llegó Koldo, mis hermanos pequeños compartieron su respectivos final y comienzo del mágico periplo emancipador. Fue un año del que no recuerdo demasiado, sólo que dentro de las pocas posibilidades que me permitía mi atormentada conciencia, me reconfortaba mucho tenernos tan cerca de nuevo. Es la primera vez de la que recuerdo tener conciencia de sentirme súper orgulloso de formar el equipo que formábamos. Mi mejor amigo, mi mejor amiga y yo. Y de nuevo en parte gracias al Chami (¡eh, pero sólo en parte!).

Luego llegó el turno de Koldo, que al año siguiente decidió rematar su formación en Toulouse. Así que de nuevo sólo dos. Durante aquel tiempo realmente ya no pasaron tantas cosas para mí. De esas que te revolucionan el interior quiero decir. Yo ya estaba metido de pleno, y bien metido además, en mi pequeño gran viaje sin retorno, por lo que me convertí, o mejor dicho continué funcionando, igual que a mi vuelta de Alemania (y en mayor medida seguramente), como una especie de visitante esporádico (y no tan esporádico a veces) y simple observador de lo que acontecía por allí. Casi como en un mero espectador. Porque aunque seguía interactuando con la vida del colegio, paseando habitaciones y pasillos, visitando y conociendo a Maialen y su gente, entrenando en el rocódromo, asistiendo a los fiestones camuflado tras mi cara de niño, disfrutando de alguna que otra conferencia memorable y su correspondiente cena en el comedor de invitados, me distancié bastante más que en mi primera etapa como ex colegial.

Eso sí, lo que sí que hizo esta última etapa (ahora ya sí definitiva) en el C.M.U. fue regalarme su último gran descubrimiento, casi como a modo de despedida final, o de bienvenida para toda la vida quizás. Fue entonces cuando descubrí en Sergio, Juan y Tacho, a tres increíbles

amigos que a pesar de haberlos tenido delante todo ese tiempo, nunca los había considerado como tales. Para mí eran simplemente los tres mejores directores que podía tener un sitio como ese, tipos por los que sentía un respeto y una admiración tremendos, con los que sentía una conexión especial, pero los que en cambio en ningún momento pensé como en lo que realmente se habían convertido, amigos. Hasta entonces, que la lógica se impuso. Fue la culminación perfecta al increíble proceso de emancipación que acunó durante una década el mejor sitio en el mundo que se me ocurre para que eso pase.

En definitiva, mis años en el Chami fueron para mí una sucesión ininterrumpida de reconfortantes encuentros con mi relativa y diminuta verdad interior, de pequeñas revoluciones en secreto de mi porculero y soñador corazón, de preciosos descubrimientos y eureka de vida que me ayudaron a comprender mi entorno (en el sentido más amplio de éste), a encontrarme con él, a respetarlo y en consecuencia y sobre todo, a quererlo profundamente, que con el tiempo me he dado cuenta es la mejor forma, si no la única, de poder sobrevivirlo en moderada felicidad.

Porque si hay algo que me llevo en herencia de mi paso por el número 9 de Juan XXIII es precisamente eso, el amor a la práctica del respeto, catalizador fundamental de todo lo demás. Tantas interminables discusiones en el comedor y la portería, en cartelera, o en cualquiera de las aulas, pasillos y habitaciones, si me enseñaron algo es a reconocer que las verdades absolutas sólo existen dentro de la física teórica (y por estar ésta llena de supuestos que la restringen claro), que en el mundo de las personas de carne y hueso, las verdades relativas de todos y cada uno de nosotros, son las que conforman la teórica única realidad en la que navegamos a la deriva. Que el milagro de entender la del otro, solamente se consigue mediante el valiente ejercicio permanente (casi obsesivo y obstinado) de la empatía. Un recurso de kamikazes que nos enseña a tolerar otras posturas y nos obliga además a entender mejor la nuestra propia para poder explicársela así de vuelta a los otros.

Aunque a día de hoy todavía, en pequeños arrebatos de fanfarrona arrogancia, muchas veces pienso que el hecho de que el Chami fuese testigo de todo esto fue pura casualidad, que el grueso del mérito de lo que pasó durante esos años fue sobre todo mío (y por supuesto del ama y del aita que desde el sufrimiento en la sombra me apoyaron constantemente sin entender muy bien por qué), inmediatamente me

percato de que fue una casualidad que se dio en muchos de los que conozco que paseamos nuestra recién estrenada juventud por allí. No sé, mucha casualidad quizás...

Por si acaso, muchas gracias a los tres grandes artífices de todo esto de corazón, por haber hecho y seguir haciendo posible esta mágica, imparabile y casual revolución: ¡milesker bihotz-bihotzez!



Foto de la entrada del Chami en B/N

### KOLDO SAEZ DE BIKUÑA (2002-2007)

Empecé a oír hablar del *Txami* con quince años, vaga y lejanamente, a través de mi hermano Gorka, que por aquel entonces se lo había llevado a Madrid. Enseguida me cayó bien ese tal *Txami*: gracias a él tuve por primera vez mi habitación para mí solo. Recuerdo no tener

un recuerdo concreto de aquel lugar porque para mí tenía nombre de persona y que, necesariamente, había de escribirse con “tx” porque sonaba a vasco a todas luces. Con quince años estaba del pavo hasta el pico: con ortodoncia, mil inseguridades, confundido con los roles del enjambre social, pocos amigos y amigas menos. Ninguna para ser más exactos. Mi mundo se reducía a mi pueblo, Araia, la ikastola, música folklórica y la *kuadrilla*. El concepto “mujer” lo conocía empíricamente a través de mi madre, pero por lo demás no era más que eso, un concepto abstracto: una tribu extranjera con la que interactuaba a distancia, cuyo comportamiento era imposible de descifrar ni predecir, y por tanto me mantenía alejado; o que me mantenía alejado, y era por tanto imposible de descifrar ni predecir. De cualquier manera, eran cometas de mi sistema, acontecimientos astrológicos que iban y venían fugaces, y yo disfrutaba de su pasar al regazo de mi planeta.

Al *Txami* lo conocí finalmente en el verano del año 2000, y descubrí, para mi sorpresa, que no se llamaba *Txami*, ni siquiera *Chami*. Tenía el mucho menos sexy nombre *Chaminade* (¡copón que nombre!). Gracias a que no se cumplieron ninguna de las profecías de fin del mundo de vete tú a saber quién, me tocó una grata visita con

estancia corta en la habitación con baño compartido de mi hermano. Experimenté el tórrido calor madrileño, y al principio –ingenuo juicio que regala la novedad– me pareció hasta divertido el dormir con sábanas, o incluso encima de ellas, casi como de campamento de verano. Y es que parecía un campamento de verano en una burbuja de monstruocidad. Allí y entonces descubrí por primera vez la “Comunidad Chaminade”: con los baños compartidos, los “te esperan en portería”, las chicharras con su código morse, el teléfono común del pasillo, las comidas en mesa hexagonal, la piscina, la cartelera, las mil y una anécdotas (como la mítica “propuesta de reparación” de aquella ventana que Salgueiro ofreció una vez a un colegial “¿abierta o cerrada?”). Por aquel entonces, el Chami era masculino exclusivamente (cosa que nunca entendí) y se fumaba en el comedor después de cada comida (cosa que nunca compartí).

El año que yo entré *Txemari* decidió unilateralmente enviarnos, o enviar soldados en nuestro nombre, a la dichosa Guerra de Irak: una de las Grandes Cruzadas Internacionales contra el terrorismo yihadista. Hubo mucho movimiento en cartelera, y por supuesto no faltaban los colegiales que apoyaban la invasión, aunque sólo fuera por el saludable hábito de llevar la contraria para que haya contienda sofisticada. Decidimos en asamblea, por inmensa mayoría, hacer algo colectivamente al respecto. Así pues, el Txami se puso contra Txema, y le colgamos un discreto panegírico de tres metros por diez (para que no hubiera dudas) de “NO A LA GUERRA” en la fachada de nuestra querida abadía. Fue creo mi primera colaboración con el Aula de Montaña, ayudando a mi hermano, Mikel de la Cuerda y David Tena, si mal no recuerdo, a colgar la susodicha pancartita. Por si fuera poco el meneo cartelero, aquel año además se nos informó de que la Dirección había tomado la decisión de dejar atrás la época oscurantista y hacer del Chaminade un colegio mayor más acorde a la realidad social que lo rodeaba. Con el “Chami mixto” llegó también el “¡Chami mixto no!”, del mismo grupo de colegas que se oponían por religión o tradición (o ambas). En aquella yo no entré mucho al trapo y más que nada sonreía (sonrisa de espectador de teatro de humor, más que de sarna cínica): era divertido ver que los más *radicales* del colegio eran de hecho los más conservadores. Supongo que me hacía gracia la extraña sensación de sentirme por una vez en “el lado vencedor” de aquella mini-sociedad, de mi nuevo pueblo.

Después de la experiencia del primer año, en el que me sentí arrojado a una completamente nueva realidad, políticamente convulsa, altamente interactiva y participativa, empecé a engranar en la gran maquinaria Chaminade. Las Aulas como mecanismos de experimentación e iniciativa, fueron todas y cada una pequeños templos de aprendizaje más valiosos que ningún otro curso que jamás realicé en la Universidad. Siempre desbordantes de actividades, cenas, excursiones y seminarios interesantes, entendí pronto que la tarea más compleja a acometer durante mi periodo universitario sería la de funambulista: qué elegir y cuánto involucrarse para no perder el precario equilibrio entre la Carrera –la oficialmente principal tarea– y el Colegio –el oficialmente mero habitáculo. El Chami, la auténtica Universidad de la Vida.

Así pues, el tiempo corrió y como era lógico, el Chami mixto llegó. Y lógicamente, llegó también mi primera novia, Rocío, y una de mis mejores amigas. No faltaron las bromas de aquella relación, todo un precedente de la película *Ocho apellidos vascos*... La actividad frenética de las Aulas me llevó a colaborar y participar en las de Montaña, Yoga y Fotografía. Jugaba en el equipo de baloncesto, echaba pachangas de futbito y acudía gratamente a cenas con personajes ilustres, a charlas y seminarios. Discutía en cartelera y la seguía a diario, ya que era básicamente el Diario particular de “nuestro pueblo”. Más tarde me impregné de la magia de las *veladas literarias*, cuando adquirí el lujo (por cambio de calendario escolar a vespertino) de trasnochar algún jueves en aquella catacumba, acogedor refugio y subterfugio de poetas bohemios y almas errantes. Hubo también *veladas rojas*, positivando e imprimiendo hasta las tantas en el Aula de Fotografía. Hubo *veladas cannábicas*, cual *rendez-vous* de los míticos Hashischins parisinos, reuniones *underground* para excursiones psíquicas controladas. Éstas obviamente no eran anunciadas en cartelera ni financiadas por el colegio, pero resumaban el mismo espíritu de experimentación responsable, de curiosidad infantil pero con donaire de adulto. Disfruté de la música en los Chamirocks, de las Mayores Tardes y las CUPDHs, de las representaciones teatrales de fin de curso. Me renové cada domingo por la tarde con las sesiones magistrales de Juan Ramón (más conocido como “JR”), nuestro inigualable “doctor chiflado” de Yoga. Procrastiné mis quehaceres en tertulias de cafetería infinitas. Prolongué mis tertulias de café con “córneres” infinitos... En la sala de TV (por aquel entonces con VHS) me desvirgué con el cine de Kubrick y por primera vez lloré delante de una pantalla (viendo *Gandhi*).

Reí como un niño con los ciclos de cine en exámenes, descargando el estrés a carcajada limpia con películas como *Rambo 3*. Nunca olvidaré la astronómica coincidencia, una auténtica genialidad que nos regaló el épico final de aquel film lleno de perlas de “Johnny” ayudando a los talibanes a librarse de los malvados invasores soviéticos. Después del mítico “The End”, oraba: “esta película está dedicada al valiente pueblo afgano”. Recién les habían marcado como amenaza terrorista internacional y les dedicaban, también, las bombas que entonces les tiraban. Si la vida se ceba de cinismo, la Historia es puro sarcasmo. En fin, por dónde iba... ¡ah, cómo no mencionar los desayunos nocturnos! De ellos guardo los más hilarantes recuerdos: cuando se mezclan en una misma sala estrés pre-exámenes, extenuación y adrenalina post-exámenes, pueden salir las conversaciones y putadas más estrambóticas (como por ejemplo, abusar de la ausencia de un pobre exhausto estresado para echarle medio bote de sal en su cola-cajo caliente: ¡pruébalo con tus amigos, difícilmente te reirás tanto!

Somos la generación del cambio. Estrené la ESO, el Plan Nuevo de mi Escuela, fui la última generación de nuevos colegiales masculinos y la primera del mixto, vi planear, vacilar y finalmente llegar al Plan de Bolonia, los nuevos Grados y Másteres... Aun así, soy consciente de que “somos el cambio” suena a panfleto, que también podrían decirlo nuestros padres (y razón no les faltaría). Pero eso era antes, ahora es esto. Ahora hay días en los que, sin duda, se hace dura la digestión racional de tanta sinrazón, la gestión emocional de tanta rabia frustrada, de tanta indignación. El milagro ocurre cada día que un cuerdo más sobrevive cuerdo en un mundo con tanto tarao. Sabemos que todo acto de violencia es un fracaso de la razón. Pero eso era antes, ahora es esto. Y ahora, en mi delirio, tiendo a generar afecto por lo próximo, a sentirme casi partícipe de “nosotros”... tiendo a creer que el cambio es *ahora*, que *somos nosotros*, que *podemos*.

Un lustro me robó el *Txami*, y un millón de experiencias y recuerdos le robé yo a cambio. De Madrid migré a Toulouse, a finalizar mi proyecto fin de carrera (la técnica aeronáutica) y de allí volé a Copenhague, a hacer un Máster en Energía Sostenible, donde ahora trabajo (doctorando) y resido. Desde que dejé Madrid me sentí en deuda con la “Comunidad Chaminade”, con la sociedad incluso, con mis padres por supuesto. Me siento un grandísimo afortunado (soy consciente de la probabilidad estadística, de la lotería que me cayó en gracia) por

la inolvidable e increíblemente enriquecedora experiencia que me regaló el colegio. Desde entonces, siempre he pensado que el concepto Chaminade de convivencia respetuosa, plural y responsable, debería existir por todo España, por Europa incluso. Una red pública parecida a la red de Residencias Universitarias francesas, una galaxia de pequeños pueblos urbanos, laboratorios socio-políticos de debate y aprendizaje, neo-escuelas filosóficas y filántropas griegas de nuestra era.

Me fui y se me quedó una espinita clavada en la garganta (el 2º Ciclo sobre Drogas y Sociedad que no conseguí llevar a cabo), aunque también me apunté una pequeña victoria, mi pequeño *odgullo* y *satisfacción* personal. Me gustaría compartir con vosotros un escrito que he recuperado, con fecha incierta (no me gusta llevar nota del tiempo): un vómito en verso de la simiente que inspiró a la creación del Aula de Ecología:

### HABLA UN HOMBRE MODERNO DESENCANTADO:

*Idolatráis al progreso  
mientras yo lloro en silencio.  
Celebráis la victoria del asfalto  
frente a los tiernos brotes de hierba.  
Los últimos vestigios naturales  
se conservan en reservas;  
hitos de la tragedia urbana.*

*El humo engulló el aire,  
el río, seco o contaminado,  
no existe y persiste  
un arcoíris mustio y ceniciento.*

*Ya no admiro el paisaje:  
sólo veo anuncios.  
Ya no escucho a la gente:  
sólo oigo ruido  
–conciertos de sirenas, motores y cláxones,  
nueva orquesta sinfónica cosmopolita.  
Ya no respiro la brisa:  
inhalo gases de escape.  
Ya no degusto mi comida:  
ingiero calorías con prisas.*

*Ya no toco ni me tocan:  
sólo hay desconfianza.*

*Camino siempre ajeno, impasible, frenético,  
en mi burbuja de cristal higienizado,  
de la celda de mi hogar,  
a la cárcel de mi trabajo.*

*Sé que la primavera está aquí,  
pero no la siento;  
ni la veo, ni la oigo, ni la huelo.  
Quiero llorar y una lágrima  
desalada y desecada,  
corre invisible por mi mejilla.*

### MAIALEN SAEZ DE BIKUÑA (2006-2009)

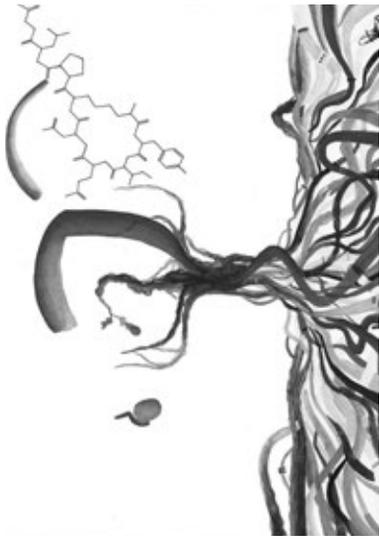
Y entonces llegas a ese lugar y reconoces el olor tan característico de esas esquinas en las que ya has latido antes. Sin embargo, todavía no te has nacido y todos los muros te asfixian con cada contracción y las paredes vacías de tu habitación se vuelven cada vez más blancas, que blanqueándose te muerden.

Ese olor desengrana tu memoria porque lo que la nariz te cuenta lo desmienten tus ojos. Te declaras extraña.

Respiras profundamente para acabar de impregnarte con todo lo familiarmente desconocido mientras tu estómago te recuerda que la felicidad depende de la capacidad de adaptación al aura de lo que te rodea. Se sube el telón.

De pronto y pronto, te sorprendes feliz, extasiada, aunque de forma inversamente proporcional, perdida y he de confesar que este segundo útero que la vida me regaló y que también





Dibujo de Maialen

pude compartir con mis dos hermanos, me hizo inmensamente feliz.

El “Txami” es un santuario maoísta, un culto a los límites y las extravagancias, los cuatro hemisferios en exponencial, el norte y el sur y el izquierdo y el derecho; la certeza de los posibles. Al llegar, una mayoría se casa con su apellido, otros con su carrera o su geografía. Otros pocos nos mantenemos indemnes.

Se te otorgan tres cifras que se convierten en tu nueva dirección, tu firma, tu sello de identidad, tu aval en “cartelera”. Hay otro número que tatúa toda tu ropa que los del banco hacia afuera no acaban de comprender.

Las frecuentes quiebras emocionales se discuten en eternas sobremesas mientras restos de comida gotean sobre tus rodillas como un reloj de arena recordándote que tienes que enfrentarte a alguna de las cuestas que rodea tu zona cero.

De vez en cuando te das cuenta de que habías olvidado que hay vida fuera, más calles abrazando el catamarán, completando el mapa en blanco. Fue en este nido donde mi cerebro esbozó por primera vez la idea de la “familia de corazón”, que siendo ajena a la de sangre llega a ser más raíz y más gerundio que ésta. Al huir en Barajas, me reafirmé.

Inspiración, expiración, respiración de conciencia. Rotación y traslación. Dar vueltas alrededor del sol no implica envejecer. Envejecer es un defecto del cuerpo, no del ser, que siendo ahí, tan vapor y tan entrópico, congela el tiempo; dilata instantes y pupilas. Rotación del pensamiento, traslación de emociones.

Ajena al tiempo y a las estaciones, cuando volvíamos de los campamentos a casa, llovían hojas en mi cuarto y por primera vez en todo un año, desoxidaba la cerradura.

Txami, infinito hogar,  
horizonte vertical,  
utopía tangible.

La nostalgia de los lunes que ya no caen en sábado.  
Creí que podía olvidarte sin más.  
Y no estás tú.

# LA LARGA TRAVESÍA DEL N21

MATEO GARCÍA PRIETO (2005-2009) Y SANTIAGO GIMENO (2005-2010)

*Mateo y Santi (o Santi y Mateo) se conocieron el 1 de octubre de 2005, cuando les tocó compartir baño en una de las esquinas del pabellón pequeño. Desde entonces siempre permanecieron juntos, excepto un Erasmus en Lille y un regreso a Zaragoza. A la gente le costaba mencionar a uno sin nombrar al otro. Como si Santi fuera incapaz de hacer tal cosa sin Mateo, y a Mateo no se le pudiera ver por cualquier rincón sin Santi. Salieron del Colegio con la alegría de haber sabido aprovechar la experiencia. Agradecidos por haberlo hecho juntos, y con ilusión por seguir compartiendo historias.*

**C. M. U. CHAMINADE**  
Plaza Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID  
Teléfono 91 354 34 00

**GARCÍA PRIETO MATEO**  
Número del carnet o lista: 915545400  
Domicilio (nombre, calle y postal): ASTURIAS 615255703  
País: Asturias  
Escargado en Madrid: B=ic 27/06/08

**GIMENO SANTIAGO**  
Plaza Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID  
Teléfono 91 354 34 00

**DOROTEO GIMENO PELEGAY**  
Número del carnet o lista: 92691026  
Domicilio (nombre, calle y postal): ZARAGOZA 50015  
País: Zaragoza  
Escargado en Madrid: B=ic 30/06/2010

*Diez años después, recibieron el encargo de escribir para el libro de aniversario del Chaminade, y lo tuvieron que hacer desde la distancia. Aunque Mateo andaba por la capital de Europa, y Santi por la de Euskadi, a la gente le costaba nombrarlos por separado. ¿Qué harán el uno sin el otro?, se preguntaban.*

*Para recordar lo que había supuesto para ellos su paso por el Chami, decidieron compartir un fin de semana viendo películas juntos. Lo que sigue es una transcripción libre de conversaciones grabadas en audio durante un viaje al Festival de Cine de Rotterdam, del 30 de enero al 1 de febrero de 2015.*

*“Lo que recuerdo de los acontecimientos es un cierto sentimiento general, un estado de ánimo, un determinado color que no*

*siempre se ajusta a la realidad y que en pocas ocasiones encaja de verdad con la situación, excepto cuando mi subjetividad se sobrepone por casualidad a la realidad objetiva. Me quedo con algunos detalles absurdos e inconexos tan desprovistos de significado y tan deslavazados que, más tarde, cuando los reúno de manera artificial, descubro una imagen totalmente distinta de la real y que a veces no la refleja en nada.”*

Ana Blandiana, *Las cuatro estaciones*

## DEL CINE

- Fuera del Colegio y a pesar de la distancia, el cine es una de las cosas que nos ha mantenido unidos. Y sin embargo, la primera película que vimos juntos fue todo un fracaso.
- Acorazado Potemkin*, lo recuerdo perfectamente. Nos habíamos conocido sólo unos días antes y compartíamos una de las esquinas del pabellón pequeño. Por aquello de no ser menos que la gente de Comunicación Audiovisual con la que nos juntábamos, nos dio por ponernos semejante obra maestra después de comer, y, claro, con el sopor de la sobremesa nos fue imposible pasar de la escena del motín. También fue la primera siesta que nos echamos juntos.
- Gracias al Colegio el cine ha pasado a ser una parte importante de nuestras vidas. Allí tenías la oportunidad de aprender muchísimo, y no sólo a través de las actividades del Aula. Además de los ciclos

que podías organizar dentro del Colegio, te subvencionaban una parte de la entrada si salías en grupo a ver cine no comercial y en versión original. Pero lo realmente interesante era lo que te enseñaba cualquier colegial. Había gente que sabía una barbaridad y lo compartía contigo con un gran entusiasmo. Era su modo de conocer y entender el mundo que les rodeaba.

- Cierto. Yo viví un momento en el que empecé a comprender cómo el cine podía ser la mejor manera de representar la realidad, más incluso que el



~~~~~  
Fotomatón de Mateo y Santi

periodismo. ¿Te acuerdas del verano que trabajé en portería? Había gente de otros Colegios que se alojaba en el Chami para estudiar los exámenes de septiembre, y entre ellos un colegial del Moncloa que era un cinéfilo de mucho nivel. Por las noches entrábamos a la biblioteca, y él sugería un par de títulos, cine clásico casi siempre. Las proyectábamos en el salón de actos, con otras personas que había en el cole y luego hacíamos un coloquio improvisado que resultaba ser de lo más interesante. Me sorprendió lo fácil que fue congeniar con una persona ideológica y estéticamente tan diferente. Esa experiencia es un buen ejemplo de lo que ha sido el Chami para nosotros. No es algo acotado en el tiempo, de octubre a junio, ni a un espacio físico, ni a un grupo de gente. En nuestro caso, al menos, las barreras fueron mucho más flexibles, y empezamos a disfrutar de Madrid de la misma manera en la que lo hemos hecho una vez terminada la Universidad.

- El cine, además, era una excusa para conectar el Colegio con la ciudad en la que estaba ubicado. La Filmoteca era un rincón especial de nuestra particular geografía de bares, plazas y paseos que casi siempre empezaban y acababan en Lavapiés y Huertas. La Venencia, por citar el más importante de los sitios donde nos emborrachábamos, ya era otro de nuestros lugares habituales. El día que nos poníamos estupendos rematábamos con un mojito en La Tarasca o una caipirinha en el Begin the Beguine, sabiendo que luego nos esperaba la larga travesía del N21 para volver a Metropolitano.
- Hablabas de conectar el Colegio con la ciudad pero, ¿qué me dices de la dirección opuesta? No recuerdo que viniera mucha gente de fuera a las charlas y actividades que organizábamos, y mira que lo intentábamos con carteles por todas las Facultades.
- Efectivamente. Se estaba organizando el ciclo de cantautores y alguno de los que tocaban en el Chami, gratis, no arrastraban a más de treinta personas. Mientras que la misma semana habían tocado en Galileo con la entrada a diez euros y se había llenado. Ese era el principal motivo por el que se creó la revista mensual GOU (*Guía de Ocio Universitario*) que editó tres números en primavera de 2006, y que era como una prolongación de Onda Mayor. Aquello fue un proyecto bonito, de un grupo de colegiales que hemos seguido siendo muy amigos, pero también fueron nuestras primeras prácticas como periodistas, ¿no?
- Sí, ¡y estuvimos a punto de entrevistar a Resnais!

## DE LA POLÍTICA Y LA MOVILIZACIÓN SOCIAL

- El aterrizaje en Madrid significó un nuevo horizonte en la oferta cultural a la que teníamos acceso como estudiantes recién matriculados en periodismo. En las primeras semanas, donde todavía no había germinado la semilla del Chaminade, agotamos las posibilidades culturales que Madrid ofrecía. No quedaba conferencia, ciclo, festival, o cualquier otra forma de expresión artística o socio-política a la que no acudiésemos. En este aspecto, Madrid supuso un trampolín de acceso a una nueva forma de consumo cultural, participar en primera persona.
- Pasamos de leer en los periódicos las columnas o ver en la televisión las tertulias, a asistir como público.
- Ahora que lo dices, el Colegio fue un momento de ruptura con la tele. Pudimos sustituir la tele por los periódicos. Me consideraba muy afortunado por tener a mi alcance todos los periódicos de tirada nacional.
- Para mí este ha sido una de los principales recuerdos que me llevo del Colegio. El haber roto con la televisión.
- ¿Recuerdas la primera emisión del canal de televisión Cuatro?
- Sí, perfectamente. Un grupo de colegas bajamos a las aulas de televisión para ver el nacimiento del nuevo canal de televisión. Se inauguró con un informativo presentado por Iñaki Gabilondo, que, tras más de veinte años en la Cadena SER haciendo el matinal “Hoy por Hoy”, debutaba en la televisión.

– No se había creado ningún canal a nivel nacional desde el nacimiento de las cadenas privadas en 1990. Y fíjate ahora cómo ha cambiado el espectro televisivo con la Televisión Digital Terrestre (TDT) y el abanico de nuevos canales que ha traído.

– No sólo eso, también con los nuevos hábitos de consumo audiovisual, a través de nuevos soportes móviles, y catalizado por las redes sociales. En este nuevo modelo de consumo la línea entre información y entretenimiento es todavía más difusa si cabe.

– Aquí cobra importancia el hecho de que en el Chaminade se mantenga un espacio para la lectura sosegada del periódico en papel. Pero no sólo de lectura, también de debate improvisado. Casi un espacio de resistencia.



~~~~~  
Portada del número 1 de GOU

- Otro más.
- ¿Qué movilizaciones sociales recuerdas entre 2005 y 2010?
- ¿Te puedes creer que yo apenas recuerdo cosas importantes que sucedieran en esa etapa? El “Nunca Mais”, el “No a la Guerra”, el 11-M, todo eso pasó antes de nuestra entrada al Colegio. Y tras nuestra salida, el 15-M. Pero durante nuestra estancia... en 2008 ganó Zapatero por segunda vez.
- Sí que hubo alguna manifestación significativa en contra del aborto durante la segunda legislatura de Zapatero. Pero es verdad que no había movilizaciones sociales con un trabajo de base de calado. Quizás porque eran los tiempos de la bonanza económica.
- Sí, todavía respirábamos dentro de la burbuja.
- Lo que sí nos tocó muy de cerca pero no lo vivimos fue la caída de Lehman Brothers en 2008. Es un detalle importante. Ni lo notamos porque la repercusión mediática era diferente.
- Fíjate que a mí me queda una sensación rara, porque es verdad que en 2005, cuando entramos, era un momento en el que parecía que todo iba de puta madre en este país, pero sin embargo en 2010, cuando yo salí, la crisis era muy palpable.
- ¿Cómo no pudimos darnos cuenta de esa transformación en nuestros años en el Colegio Mayor?
- Hablabas de los movimientos sociales, es curioso como desde la izquierda desaparece el movimiento en contra de la deuda externa, el 0,7 %, el altermundismo, etc. Este movimiento quedó integrado en otros de mayor repercusión local y ciudadana, como por ejemplo la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) o las Mareas.
- Pero en el ámbito universitario sí que hubo ciertas movilizaciones o protestas estudiantiles. Por ejemplo contra el Plan Bolonia.
- La oposición al Plan Bolonia, sí. Casi nos burlábamos de los pocos colegiales que intentaban organizar cosas al respecto. Estábamos muy desconectados de los movimientos estudiantiles.
- Es que yo tenía la sensación de que eran organizaciones políticas y no estudiantiles. No dejaban de ser las juventudes de algunos partidos políticos. No me inspiraban mucha confianza, pero también porque nunca nos sentimos parte de la Universidad. El espacio, la institución. Pudo ser una actitud arrogante por mi parte, no sé si en tu caso pasó lo mismo. Pensar que aquello no iba a ningún lado,

- quizás por el monstruo en el que se había convertido la Facultad de Periodismo de la Complutense.
- El colegio ocupó esa figura y consiguió ensanchar los valores que la Universidad no era capaz de transmitir. El método asambleario, la cartelera como forma de expresión o la ausencia de novatadas por decisión propia, son sólo algunos ejemplos.
  - Las asambleas nos han dado muchas herramientas para tratar de utilizar la participación como forma de transformación social.
  - Cuando ocurre el 15-M ya estábamos fuera del colegio.
  - Sí, pero no es sólo el 15-M y lo que ocurrió durante aquellas semanas en la Puerta del Sol de Madrid. Es también comprobar que hay muchos otros espacios en Madrid donde había gente con el mismo espíritu crítico y de participación.

## DE LO FESTIVO

- Un hecho curioso, pero que no deja de ser en cierta medida triste, es que fuera del colegio, en Madrid, mucha gente sólo conoce el Chaminade por sus memorables fiestas. Y esto, por un lado, durante los primeros meses de estancia en el colegio y hasta que descubres el verdadero significado de todo ello, no deja de ser un orgullo. En cambio, por otro lado, una vez te has dado cuenta de lo profundo y complejo que es el Colegio, no deja de provocarte cierta molestia que sólo trascienda un evento como las fiestas.
- El consumo de alcohol estaba muy institucionalizado, ¿no?
- Como dijera aquel, “el alcohol es una droga social”.
- Sí, y no deja de tener razón. En el colegio se promueve un aprendizaje del consumo de alcohol, aprender a tomarse unas copitas de vino y un licor en una cena-tertulia, más que el abuso que se hace en otros entornos.
- Hombre, por un lado sí que es un aprendizaje, pero ese argumento no deja de tener cierto tufillo hipócrita. Las fiestas del colegio no se basaban únicamente en tomarse unas copitas, como tú dices. El principio fundamental es organizar una barra libre que empieza a servir alcohol hacia las once de la noche y que permanece abierta hasta casi las seis de la madrugada. El alcohol estaba muy presente en cualquier actividad, incluso los eventos deportivos tenían asociado un componente alcohólico, como las sangriadas para animar a los equipos o el tercer tiempo que organizaba el equipo de rugby después de cada partido.

- Yo sí que creo que hay implícito un aprendizaje en el consumo del alcohol y de otras drogas. Lo que ocurre es que esta institucionalización del alcohol no es un hecho que se pueda reducir al Chaminade, es un fenómeno que desborda las fronteras del Chaminade y es aplicable a la sociedad española. Hay pocas actividades sociales en España que no impliquen el consumo de alcohol en mayor o menor medida.
- Antes mencionábamos las fiestas como un icono del Chaminade. El concepto de fiesta tiene muchas aristas, hay muchos más grises que blancos o negros.
- ¿A qué te refieres?
- Incluso cuando vivíamos en el colegio, donde lo que primaba en este ámbito era la diversión que significaban las fiestas, nos dábamos cuenta de lo deficitarias que eran en el respeto de alguno de los valores del Colegio.
- Ya, te refieres por ejemplo a la ecología, ¿no?
- Daba igual que durante todo el trimestre se organizase correctamente una recogida selectiva por plantas, o que en el comedor se reciclasen los envases, si luego llegaba la fiesta y todo dejaba de importar. O la resistencia que generaba el simple hecho de utilizar un vaso reutilizable durante la fiesta para evitar aplicar el usar y tirar.
- Eso también formaba parte del aprendizaje, ¿no? También en cuestiones de género había grandes lagunas.
- Efectivamente, pero en eso creo que nuestra generación experimentó una ligera evolución. Cuando entramos al colegio, en el tercer año de convivencia entre chicos y chicas, todavía quedaban algunos resquicios de resistencia que aún entonaban el “Chami mixto no” o que pedían que se dejase entrar sólo a chicas a las fiestas. Pero después de cinco años, las chicas ganaron un poco de espacio.
- No sin muchas luchas. Ahí queda mucho por hacer todavía. Empezando por el reparto de tareas del personal. Los hombres son los que arreglan enchufes y las “chicas” las que reparten la comida. El Colegio era mixto, pero no paritario, porque siempre había un número menor de chicas. No deja de ser un hecho anecdótico, pero la Dirección siempre ha estado compuesta por tres hombres.
- Sin querer entrar en los elogios comparativos, lo que había alrededor estaba a años luz del Chaminade. La propia Universidad Complutense, institución a la que se adscribe el Chaminade, tenía

- unos colegios mayores que todavía segregaban por género, con lo que ello implicaba.
- Antes nos referíamos a las tonalidades de grises. Hasta ahora has mencionado los grises oscuros de las fiestas, pero los grises claros casi blancos también existen. No deja de tratarse de uno de los valores principales del colegio, en realidad dos: la libertad y la responsabilidad. Como colegiales teníamos la libertad plena para organizar una fiesta, un evento o una actividad siempre y cuando se respondiese con el mismo nivel de responsabilidad. Estos dos conceptos que caminan de la mano, acarician -por momentos- la falsa utopía de la autogestión.
  - Sí, pero había que participar en esa autogestión.
  - ¿Hasta qué punto es un proyecto autogestionado? Porque el principio en sí es bastante anarquista, hasta qué punto puede haber una dirección que le dice a los colegiales -véase clientes- lo que tienen que hacer y establece unas normas de obligatorio cumplimiento.
  - Hay una autoridad porque no es autogestionado, porque es la Dirección la que gestiona el dinero, es la Dirección la que gestiona la imagen y es la Dirección la que permanece, los colegiales siempre se van.
  - Un sistema mixto de anarquía, una anarquía con correcciones. Había iniciativas que a través del enfoque de la autogestión permitían que participara mucha gente.
  - No me estoy refiriendo sólo a la influencia en la convivencia, sino también a la hora de utilizar el nombre del colegio para organizar actividades como cenas, tertulias o conferencias. La libertad de poder invitar u organizar lo que fuese siempre y cuando se asumiese la responsabilidad de llevarlo a cabo de forma que revertisese en el aprendizaje de los colegiales.
  - Es cierto que si tuviese que describir el colegio con un solo adjetivo, creo que el más ajustado sería libertad.
  - En esa idea de libertad tiene mucho que ver la Dirección, no sólo por su interpretación de la libertad, sino también por su forma de transformar en realidad el significado de libertad.
  - Sí, sobre todo por la cercanía en el trato. De igual a igual. Sin complejos o ideas preconcebidas. Y lo curioso de esto es que los tres han llevado a cabo una vocación educadora sin tener las herramientas profesionales para ello, sin venir del ámbito de la educación.

- Recuerdo oírle comentar a Tacho alguna vez esa sensación de haberse desprofesionalizado, de haber roto con la que de alguna manera debía haber sido su proyección profesional. Y en referencia a esta desprofesionalización, quedarse sorprendido con la infinidad de elementos que tenemos los jóvenes actualmente para añadir a nuestros currículos. Sin embargo, él tiene en su currículo tantas líneas como nombre de colegiales que han pasado por el Chami.
- Esta reflexión puede aplicarse a los tres, en cierta medida.



## DE LAS CENAS Y LAS COMIDAS-TER-TULIA

- De entre todas las cosas que se organizan en el Colegio, disfrutaba especialmente de las comidas y cenas-tertulia. Es un espacio diferente, que te da también la posibilidad de conocer y entender a la Dirección. Creo que realmente existía la voluntad de escuchar a los colegiales, e incorporar su forma de ser a la naturaleza del Chami. Se generaba mucha complicidad, y también era muy enriquecedor escuchar historias del pasado del Colegio. Eras consciente de que, de alguna manera, existía un legado.
- En el comedor de invitados en el que se celebraban esas tertulias se creaba una atmósfera especial. Era casi como un ritual, con esos silencios incómodos del principio que sólo sabían manejar las personas más experimentadas, las que solían descorchar el vino. Después, la ronda de presentaciones en la que decías la carrera que estudiabas y tu lugar de procedencia. Cuánto más pequeño era el pueblo, con más orgullo pronunciabas su nombre, como queriendo decir “y miradme ahora, cómo me codeo con el poder”. Una vez roto el hielo, empezaba el festín de la palabra. A veces el tono era más cordial, y otras se generaban fuertes discusiones, pero nunca se perdía el respeto, al menos por parte de los colegiales.
- Muchas veces hemos intentado hacer una lista de los encuentros más memorables, pero cada uno tenía su punto. Para mí fueron

Portada del número 1 de GOU

muy interesantes todas los que se organizaron con periodistas especializados en información internacional, cuando se vivía un momento de declive en esos temas. Y lo más curioso es que frente a las historias del típico joven con barba y chaleco caqui, solíamos preferir a las señoras que parecían nuestras madres, pero que llevaban cuarenta años pateándose el mundo y cubriendo los conflictos más complicados. Eran más precisas, se centraban en las claves que andabas buscando, y no tanto en anécdotas personales llenas de testosterona.

- Yo pienso que poder compartir ese espacio con parte de la clase política fue un privilegio. En unos años en los que se distanciaron definitivamente de la ciudadanía, era una manera de que el poder palpara cómo les veíamos desde abajo, y viceversa. No sé hasta qué punto fuimos lo suficientemente exigentes en el debate, pero al menos la distancia corta te permitía conocer algunas de las dinámicas que funcionaban dentro de los partidos, y que luego han resultado en lo que ya conocemos.
- En cualquier caso, los momentos mágicos solían crearse en las comidas y cenas con gente del mundo de la cultura. Demostraban ser personas con mucha sensibilidad para hablar sobre aspectos de la vida que nos interesaban mucho, como el amor, la amistad, la política, y sobre todo, de lo festivo. De entre todas ellas nunca se me olvidará la de Alberto García-Alix y la pasión con la que reflexionaba sobre la fotografía. Traslataba la conversación a un nivel de emoción que ponía los pelos de punta.
- Cierto. En cualquier caso, lo bueno del comedor de invitados es que se convierte en un espacio transversal a todas las aulas y procesos del Colegio.

## DE LA (POST)JUVENTUD Y LA (PRE)MADUREZ

- Es curioso cómo funcionaba la implicación y la participación en aulas. Por un lado eran espacios en los que conocías a gente nueva, con la que no coincidías normalmente. Pero por el otro, se estructuraban en torno a grupos de amistades ya formados, que se consolidaban y tenían su propia personalidad colectiva dentro del Colegio, “la gente de la radio, de rugby, de derechos humanos...”.
- Sí, ahí funcionaban dinámicas parecidas a las de un pueblo. Más aun teniendo en cuenta la edad que teníamos en aquel momento.

Cada persona buscaba su lugar, en parte, a través de su perfil público. Creo que también se puede considerar un aprendizaje, la pelea entre quien eres y lo que quieres que la gente piense de ti. Y puede que sí que hubiera algo de postureo y un proceso de construcción de la personalidad a través de la pertenencia a grupos.

- Estoy de acuerdo. Esa idea de la esfera pública, aunque ahora pueda sonar un poco infantil, podía condicionar bastante. Recuerdo una conversación en el Iron Bar al final de nuestro primer año con un colegial veterano que nos dijo “joder, es que sois ya unos míticos”. Nos dejó destrozados, porque habíamos entendido que esa palabra que se usaba tanto, lo de ser una persona mítica, era un engaño. Te llevaba a creer que el micromundo del Chaminade era el todo, que no había una etapa posterior. Es decir, entender el Colegio como un fin y no como un medio.
- Luego había gente mucho más discreta, que pasaba de esa esfera pública y que no vivía de manera tan intensa la experiencia del Colegio. Aunque es una opción legítima, ¿no te da la sensación de que aprovecharon menos los aprendizajes que se nos ofrecían?
- Puede ser, pero de nuevo es un ejemplo de la diversidad que caracterizaba el Chami, y la libertad con la que cada persona elegía cómo lo disfrutaba. Había gente que pasaba allí muchos años, pero otra que en segundo ya se sentía un poco de vuelta. Decían que habían madurado, que no se veían compartiendo Colegio con gente de 18 años, y decidían no renovar.
- Éramos muy jóvenes como para tener tanta prisa en crear una personalidad. Yo ahora mismo, acercándome a los 30, siento que empiezo a tener algo parecido a “una forma de ser”. Y por supuesto que la etapa del Chami ha sido muy importante en ese proceso, pero no fue más que el principio.
- Es importante cómo la universidad nos preparó para algo que luego no ha sido.
- ¿A qué te refieres?
- Hemos salido con unas expectativas o ambiciones que nos habían vendido tanto en el Chaminade, como en la universidad, como en nuestras casas o en la sociedad en general, y que luego no se han cumplido. Me refiero a conseguir trabajo, teniendo un título universitario, idiomas, inquietudes, etc. Nos metieron en la dinámica del éxito sin prepararnos para el fracaso. Luego salimos y

- nos encontramos con las cifras de paro juvenil, las condiciones de precariedad, y la cruda realidad del mundo laboral. Fíjate cómo la mitad de nuestro grupo de amigos se ha tenido que ir de España. Esos son aprendizajes que nos han venido después y que están siendo mucho más profundos.
- A esa etapa intermedia desde que sales del Colegio hasta que tomas ciertas decisiones que te conducen a una vida más estable, ¿cómo la podríamos llamar?, ¿la pre-madurez?, ¿la post-juventud?
  - Hay muchas variables que influyen en esa transición. Por ejemplo la existencia de una pareja. Por cierto, ¿crees que el paso por el colegio configura la forma en la que buscas una pareja, las expectativas sentimentales?
  - Totalmente. Para empezar, el Colegio te proporcionaba un contexto muy abierto para descubrir tu sexualidad. Aunque con el paso del tiempo, me han surgido muchas dudas sobre si de verdad éramos capaces de disfrutar de una vida sexual plena. En el plano más sentimental, surgían relaciones entre gente muy diversa, de otras regiones, y con la que convivías veinticuatro horas al día. Como toda la experiencia en su conjunto, también pienso que el amor se vivía de manera muy intensa, para lo bueno y para lo malo.
  - ¿Y qué me dices de la amistad?
  - El otro día leí una cita de Pío Baroja que decía que “sólo los tontos tienen muchas amistades”. No estoy de acuerdo. El paso por el Colegio es un buen ejemplo de cómo se pueden establecer un buen puñado de amistades que permanecen en el tiempo. Otra cosa es que con algunas personas el contacto sea más intenso, exista más confianza... El Chami también era un buen espacio para generar ese tipo de lazos para toda la vida. Es fácil ver a parejas de amigos y amigas que por azar compartieron baño en el primer año, y luego se han convertido en inseparables.
  - Cuando ibas a las fiestas populares de la ciudad de procedencia de alguna de esas amistades del Colegio, era un momento muy interesante para las familias. Porque conocían a todas esas personas con las que estabas compartiendo la experiencia, les contabas anécdotas, veían la confianza con la que manejábamos esas relaciones. Podían llegar a entender lo que significaba el Chami para nosotros. ¿Crees que las familias entienden la experiencia que se vive en un colegio mayor?

-La gran mayoría creo que no. No creo que sean conscientes de lo que significa en profundidad, lo estimulante que resulta. Puede que sea un tema de comunicación. Si estás fuera de casa, es importante tener presente que durante la etapa universitaria puede dejar mucho que desear.

## DE IDEALIZACIONES Y APRENDIZAJES

- Mis padres veían que yo idealizaba el colegio por mis comentarios y ahora se habrán quedado con esa sensación, cuando en mí ese sentimiento ha desaparecido. Ahora no tengo idealizado el colegio como en el primer año.
- Yo sigo teniéndolo idealizado. Creo que todo el mundo debería tener la oportunidad de disfrutar de una experiencia así. Está claro que no todo el mundo aprovecha igual el Colegio ni que no todo el mundo va a querer hacerlo así. Pero lo que a nosotros nos enseñó, reforzar esos valores y principios... ¿no te parece?
- El aprendizaje de esos valores y principios no es sencillo, ¿no? A lo mejor en este libro se refleja que el proceso de formación integral de la persona que se propone en el Chami es un camino de rosas. Sin embargo creo que se generaron situaciones de conflicto complicadas que eran difíciles de asimilar.
- Esto es la consecuencia lógica de otra de las características del Colegio, la diversidad de personas que lo componen. Y supongo que también una oportunidad para aprender sobre la convivencia. Nos tocó vivir un contexto de división interna que era una especie de herencia de la etapa del “¡Chami mixto no!”, pero que también podía ser reflejo de una situación política de crispación, de vuelta a las “dos Españas”. Sin embargo, por iniciativa de las personas que componían el Colegio, se acordó acabar con ese ambiente enrarecido. Como resultado de aquello se reformularon las jornadas de integración, que se orientaron a propiciar una convivencia más sana, basada en valores comunes pero de respeto por la pluralidad.
- Por eso es un buen aprendizaje, porque está bastante conectado con la realidad. Y sí, también había muchas zonas oscuras. No sólo en el trato de personas que pueden, en mayor o menor medida, ser tus iguales. El Chaminade permitía esa diversidad que ofrece establecer relaciones con personas que no son ni de tu edad, ni de tu ámbito. La relación con el personal creo que fue uno de los puntos claves de

- mi aprendizaje en el Chaminade. Una de las maneras más sencillas de entender el funcionamiento de parte de las relaciones sociales. Cómo establecer un trato basado en el respeto y en la confianza.
- ¿En otro colegio mayor no habríamos aprendido lo que aprendimos en el Chami?
  - No sé si más o menos porque no he conocido otro, pero sí que considero que lo aprendido en el Colegio nos mantiene más vivos. Nos ha dado herramientas para interpretar y participar en el mundo de una manera diferente. La gente suele hablar de la etapa universitaria como “los mejores años de nuestras vidas”. Cuando la realidad debería ser otra. Lo bueno del Chami es que no son los mejores años de la vida, sino unos años en los que adquieres habilidades para que toda la vida se viva plenamente, con unos valores y principios. El Chaminade nos ha enseñado que los mejores años siempre están por venir.

## EPÍLOGO

*Como dice Ana Blandiana, la memoria y los recuerdos no dejan de ser una selección de sentimientos que reflejan un estado de ánimo puntual. Muchos de ellos, posiblemente, reconstruidos y con escasa cercanía a la realidad. Pero este ejercicio de memoria conjunto no ha significado un compendio de anécdotas ya secas de tanto recordarlas, si no el compartir ciertos sentimientos que han macerado en nosotros durante los diez años que han pasado desde que entramos al colegio y la grabación de estas conversaciones.*

*En este proceso de reflexión nos hemos dado cuenta de por qué alguien hizo que en aquel mes de octubre compartiésemos baño y esquina y ahora ese mismo alguien nos ha pedido que volviésemos sobre esos recuerdos con el prisma del aprendizaje y la enseñanza del Chaminade. Lo más bonito de este ejercicio ha sido comprobar que, pese a seguir caminos diferentes, hemos llegado a puntos muy cercanos. Y que gracias al CMU Chaminade tenemos las herramientas para saber leer esos recuerdos deslavazados, darles forma, y que tengan sentido por el hecho en sí del camino y el aprendizaje. Porque el Chaminade seguirá siendo un medio y no un fin en sí mismo.*

## FICHA DE DAMIÁN RIERA (DR1)

# ÚLTIMO CAMINO A LA MADUREZ

Damián Riera (2006-2011)

Con las camisetas de Onda Mayor y todo el equipo técnico sobre las rodillas nos montamos en la furgoneta de Jorge. Teníamos las acreditaciones de “prensa” recién impresas y nos dirigíamos a la Puerta del Sol donde empezaban a concentrarse miles de manifestantes. Era el origen del movimiento 15-M.

La entonces delegada del gobierno había declarado ilegal la ocupación y se esperaba un aparatoso desalojo, por lo que los accesos estaban controlados mediante un gran despliegue policial. Fue al segundo intento cuando logramos el éxito; el policía nacional miraba incrédulo la acreditación para el vehículo (un plastificado donde indicaba ser la “unidad móvil 2” de Onda Mayor). Le convencimos de ser un medio de comunicación potente y serio del que nunca había oído hablar y nos dejó

aparcar en la misma plaza.

Al final la emisión en directo no llegó al minuto de duración por problemas técnicos, no teníamos el equipamiento de Telemadrid, que estaban instalados junto a nosotros, pero nos sobraban las ganas. Gozábamos de la certeza de que podíamos lograr cualquier cosa. Una sensación que muchos llegamos a asimilar en nuestro día a día impulsados por las posibilidades y libertades que nos ofrecía vivir en Madrid bajo la “protección” del Chaminade. Para este momento ya había reconducido mis energías a objetivos más constructivos.

Dos años atrás todo era bastante diferente. Junto a mis compañeros nos habíamos organizado para, como decíamos, “hacer el mal”. Movidos por convicciones desequilibradas queríamos atacar “Colegios Mayores enemigos” que entendíamos no seguían nuestros principios.

Riera	C. M. U. CHAMINADE
Riera	Plaza Juan XXIII, 4 - 28040 MADRID
Damián	Teléfono 93 334 34 00
Foto	
DAMIÁN RIERA MENOR	
Por Camión 2 SB	
Prensa	07013
625320504	GALEAROS
30/06/2011	

Ficha de Damian Riera

Nos centramos en la retirada de símbolos de otros centros y en tratar de llegar al último rincón de sus instalaciones sin ser vistos. Fueron varias acciones en unos meses que dan para mil anécdotas, pero pronto nos empezamos a pasar de la raya. Nunca fuimos conscientes de las posibles consecuencias de nuestros actos hasta que nos pararon los pies en seco. Tras ser detenidos y pasar la noche en el calabozo se levantó el pastel. Fuimos expulsados dos semanas del Chami mientras teníamos que declarar en los juzgados de Plaza de Castilla y una vez readmitidos en el colegio trasladarnos a las habitaciones del viejo “submarino”, que para entonces no tenía ni internet.

Durante las semanas de expulsión empecé a hacer vida fuera de Ciudad Universitaria. La situación a la que habíamos llegado obligaba a reflexionar no sólo sobre la ilegitimidad de nuestros actos, sino a pensar algo más a largo plazo y replantearnos aficiones y convicciones. Podría decir que a partir de entonces empecé a apreciar realmente el Colegio Mayor.

Esa fue una época difícil para la relación con mi familia y mi vida en el Colegio. A mi mediocre rendimiento académico había que unir ahora esta situación. La decepción de mis padres me comía por dentro. Sentía cómo me habían dado todas las facilidades y libertades para cortarme las alas después por haber hecho mal uso de ellas. A pesar de todo, mi familia siguió apoyándome como siempre.

Después de la tempestad llega la calma y los momentos difíciles siempre traen consigo aspectos positivos. Iván, Lillo, Junior y yo reforzamos mucho nuestra amistad, nuestro grupo de amigos nos apoyó incondicionalmente tanto antes como después de nuestra expulsión. En el colegio empezaron a denominarnos en conjunto “El Comando”. Como mote nunca me hizo mucha gracia y algunos de nosotros preferíamos dejar atrás ese tema, pero una vez puesto el mote parecía grabado a fuego y no había marcha atrás.

El paso del tiempo en el Chami funciona diferente. Al inicio del siguiente curso -ya era nuestro tercer año- éramos parte de la mayoría de equipos y aulas exprimiendo a nuestra manera lo que el colegio podía ofrecernos. Logramos vivir todos en la planta 700 mientras la intensidad de nuestra vida social era abrumadora.

Igor se instaló en la habitación de su chica, también en la 700, y nos dejó montar “El Salón” en su habitación. Principalmente funcionaba como punto de encuentro para tomar unas copas o jugar a la play.

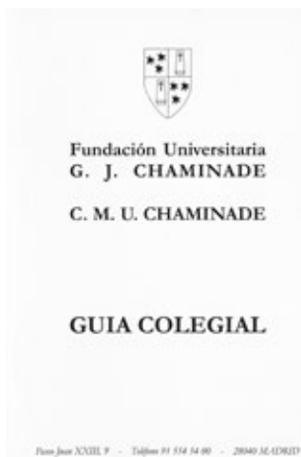
Incluso fue limpiado y reconfigurado para funcionar como sala de estudios durante la época de exámenes. Seguíamos relativizando las normas de convivencia, pero procurando no molestar a los vecinos. Nos sentíamos invencibles.

Pese a algunos conflictos que pudimos sufrir, la convivencia se nos dio bien. Si algo aprendes en el colegio es a respetar a los demás para poder convivir con ellos... Entre el personal, la dirección y los colegiales son más de 300 personas con las que cruzarte a diario, sentarte a la misma mesa, solucionar conflictos y compartir instalaciones.

Espejo de esta convivencia era el fascinante mundo de las asambleas, donde podían sentirse desde el primer año los diferentes sectores y corrientes de opinión. Sin ser nada organizado y respetando siempre las individualidades, los dos grandes grupos se instalaban siempre en las mismas zonas de la sala. Con sus portavoces improvisados se ceñían a su papel escenificando una distancia entre sus posturas que se fue diluyendo con el paso de los años. Mientras ellos acaparaban la mayoría de las intervenciones, entre discursos y alusiones intervenían diversos oradores que no formaban parte de estos grupos enriqueciendo el debate. Para seguir el hilo convenientemente muchas veces era necesario haber asistido a asambleas previas a tu llegada al colegio. Era una de las razones por la que los novatos raramente se sentían con fuerza de intervenir. En un momento llegué a plantear que todas las Asambleas quedasen grabadas y comenzar un archivo histórico en el servidor que daría mucho juego, pero tras mirarlo con Alberto García parecía técnicamente imposible recoger el audio de todos los intervinientes con un mínimo de calidad y no era operativo ir pasando micrófonos...

Llegaron los tres años de Mesa Colegial. Las asambleas eran diferentes desde el escenario, el debate se vive de otra manera. Se hace difícil dinamizar una discusión, a veces vacía o banal, para acelerar la toma de decisiones. Podía llegar a ser frustrante. Como anécdota recuerdo que siempre contábamos los votos a mano alzada con la mejor de las voluntades pero rara vez nos daba exactamente el mismo resultado. Aunque la diferencia sólo era de uno o dos votos y no condicionaba la votación este detalle siempre me molestó.

Algunas asambleas no tuvieron gran trascendencia pero sí hubo muchas llenas de contenido. Seguro que alguno se acuerda de algunas como la de las sanciones por “el uso indebido de internet”, o para colgar en la fachada la pancarta de apoyo a Aminetu Haidar, la asamblea



~~~~~  
Portada de la guía colegial

que cerró el proceso de reforma de la Guía Colegial, el intenso debate sobre la implantación de medidas de seguridad, y un largo etcétera, por no mencionar discusiones sobre el vaso ecológico y otros mil pormenores de las fiestas... Todo lo acordado se archiva a final de curso en el libro de actas que guarda Dirección. Recomiendo su revisión a todo el que quiera viajar en el tiempo para empaparse de la historia del colegio.

Aunque las asambleas eran lo más representativo del funcionamiento del colegio siempre preferí la dinámica de las comisiones. En nuestro microuniverso podíamos acabar debatiendo durante horas para encontrar solución a problemas que seguramente no merecían tanto análisis, pero los tratábamos como trascendentales asuntos de estado.

La más significativa de estos años fue la comisión para la reforma de la Guía Colegial. Trabajamos concienzudamente por encontrar la redacción idónea de las diferentes alternativas y dejarlas preparadas para la aprobación final de la Asamblea. Junto a Miguel Viguera, Aldo y Tiago entre otros nos reunimos en la sala de conferencias incontables horas durante meses hasta que nos sentimos satisfechos con las propuestas. Analizamos hasta el más profundo detalle las luces y sombras de la institución, desde las tarifas, formas de pago, becas o ayudas hasta el trato diferenciado a quienes profesaran la fe cristiana, pasando por las sanciones, derechos de los colegiales, legitimidad de asambleas o el funcionamiento del proceso de admisión. La reflexión estaba asegurada, aún más cuando te informabas del funcionamiento de otros colegios y tratabas de entender la fórmula del éxito o fracaso de todos ellos.

El apoyo al Sáhara y el nacimiento de la Plataforma Universitaria de Apoyo al Sáhara (PUAS) marco época en el colegio. Las principales actividades fueron la acampada “35 días de ruido” en la Almudena y los viajes al Sáhara. Forme parte del segundo viaje de colegiales a los campamentos de refugiados a las afueras de Tinduf. La experiencia fue increíblemente enriquecedora. El difícil equilibrio entre paisajes, gentes y la dura realidad te anulaba. Chavales de nuestra edad querían coger un fusil y reiniciar una guerra con tal de no seguir esperando para toda la eternidad. Era una guerra que no podrían ganar, y aun así no era fácil avistar otro tipo de solución a su situación.



Foto de los campamentos Saharaouis (dr)  
Sergio Belmonte, Mario Miguel, Alex Francos

Durante los días en el desierto te puedes dar cuenta de muchas cosas. Te fijas en detalles y te haces una idea de la realidad. Desde el funcionamiento del reparto de comida a la organización del campamento pasando por la rotundidad de algunos líderes locales o la precariedad del hospital que les atiende. A mayor conocimiento de la realidad más desorientado estoy sobre el mejor camino a seguir. Muy poco ha cambiado la situación a día de hoy.

Los proyectos de la CHASA sin embargo eran mucho más optimistas y desenfadados. La Chaminade Space Agency lanzó una primera sonda estratosférica, el ChaSAT-1, a más de 30 km de altura y lograron recuperarla de milagro. La sonda fue “liberada” no sin problemas en un pueblo de Segovia para reaparecer en Teruel a más de 270 km. La mala suerte la hizo aterrizar en una carretera siendo poco después atropellada por un vehículo que destrozó la mayoría del aparato.

Expusieron sus logros y los datos que pudieron recuperar en una elaborada presentación en el salón de actos. Con el fervor de los colegas ante la gesta el proyecto no se estancó y adquirió mayores dimensiones. Con lo aprendido se prepararon más sondas, llegando a demostrar la curvatura de la tierra al obtener fantásticas imágenes de la misma. Acompañarles y ayudarles en lo posible en los lanzamientos de Valladolid y Toledo hizo que los madrugones valiesen la pena.

Foto desde el Chasat II



Otra historia eran las fiestas del colegio. Tras ayudar en las del novato, carnaval y primavera acabamos presentándonos para organizar la del novato 2011. Para bien o para mal desde entonces colaboré en la organización de la mayoría de las fiestas que me quedaban por vivir como colegial. Fueron años en los que las fiestas evolucionaron sustancialmente. Comenzó el control de acceso serio y las limitaciones del aforo. Incluso se instauró la limpieza gratuita por turnos por parte de los colegiales, acabando con el modelo remunerado que funcionaba hasta entonces. El vaso ecológico iba y venía según las asambleas y la reforma de los espacios comunes obligó al cambio de localización de la sala y barra alternativas.

Por indiferencia o por confianza el grueso de los colegiales no se involucraba mucho en la organización, pero sabía que si por algún fallo se acababa el ron Arehucas antes de las cuatro de la mañana sería un drama. Lo bueno es que nunca faltó gente dispuesta a echar una mano y hacerse responsable.

Mientras tanto el rugby fue siempre una institución. Aunque cambió significativamente a lo largo de los cinco años de mi estancia no dejó de tener gran importancia para el colegio y para mí. Las sensaciones que se viven al jugar un partido son difíciles de superar. Año tras año encadenamos victorias más o menos épicas hasta enfrentarnos y caer siempre contra los mismos. La camaradería, la siempre presente cuba de sangría y las pizzas para la afición en el central enmarcaban nuestra lucha en el campo. Nuestra escasa técnica se compensaba haciendo correr sudor y sangre en el Cantarranas.

Durante esos años viajamos con el equipo a Granada y a Mallorca. Los viajes solían tener más folklore que deporte pero los disfrutábamos



igual o más. El viaje a Mallorca lo organicé con especial cariño. Mi equipo de Madrid se enfrentaría a mi equipo de toda la vida. El Toro R.C. nos pasó por encima como ya nos sucedió en Granada. Los dolores de cabeza nos hicieron pagar caro los pecados de la noche anterior, pero el resultado era lo de menos.

Vivimos también la creación del primer equipo de rugby femenino de los Colegios Mayores de Madrid de mano de Eva Ocón y compañía. Arbitré alguno de los primeros partidos, totalmente desastrosos, y desconfié de que el equipo fuese a perdurar. Da gusto descubrir que lo han sacado adelante y han organizado la competición entre colegios mayores, animando a la creación de muchos otros equipos en los otros centros y además superando victoriosas la competición año tras año.

La oportunidad de conocer a grandes personalidades públicas también acaba siendo parte de tu formación humana al escuchar todo lo que quisieran compartir y reflexionar al respecto. La afluencia de invitados del mundo de la cultura era copiosa, pero yo siempre preferí a los políticos. Antonio Basagoiti en coloquio, días después de la dimisión de María San Gil, fue espectacular. Recuerdo especialmente este encuentro dado que fue en un hall del colegio escasamente iluminado donde se creó un ambiente muy especial con todos los presentes a la misma altura que el invitado. Repasaba la situación en el País Vasco sin saber si sería relegado al olvido o nombrado nuevo líder del partido. Aún mejor fue conocer en primera persona al entonces Molt Honorable Jordi Pujol. Su capacidad de contar historias y manejo de los tiempos



Coloquio con Iñaki Gabilondo (Alberto García) Víctor Vega

eran únicos. Aun no estaba salpicado por los temas de corrupción y era una especie de héroe para mí. Estuvo unas cinco horas en el Mayor entre charla y cena. Parecía tener cuerda para hablar solo para el resto de la eternidad y yo, como la mayoría de los presentes, no nos cansaríamos de escucharle. Otro crack de la oratoria hizo su presencia poco después de que cerrara CNN+, su canal de noticias. Iñaki Gabilondo fue más dinámico y menos unidireccional. Por su porte y control de la conversación nos recordó a Tacho a más de uno. El formato escogido fue tipo entrevista y nos metió a todos en el bolsillo desde el primer momento (aún podéis encontrar el audio de la entrevista por internet).

Tuvimos también la suerte de coincidir con la refundación y evolución del Aula de Circo de la mano de dos buenos amigos. Empezaron organizando clases de iniciación a los malabares. Poco después se unirían acrobacias, telas aéreas, verticales, monociclo... Ahora ya es toda una escuela de iniciación al mundo del circo. Pensaron en hacer una pequeña demostración en el salón de actos a final de curso que con los años se ha transformado en el EUCIMA, el mayor encuentro de circo nacional, llenando el Circo Price, la Almudena y mejorando contenidos, repercusión y afluencia año tras año. Con más de treinta incombustibles voluntarios detrás es de las pocas actividades del colegio que ha logrado abrirse con tanto éxito al “mundo exterior”, creciendo de manera ininterrumpida por ya casi una década.

Todas las actividades son en realidad lo que mantiene al colegio con vida. Gracias a esta vida el colegio es mucho más que un montón de ladrillos

dando cobijo a estudiantes. Poder tener una idea algo descabellada y encontrar apoyo logístico o incluso financiación por parte de la dirección es un caldo de cultivo ideal para atreverte a emprender cualquier aventura.

Se puede entender la diferencia que causan la convivencia y las actividades en los periodos de vacaciones... El verano de 2011 trabajé en el Chami coincidiendo con la JMJ. El colegio estaba lleno hasta la bandera y todas las instalaciones a pleno rendimiento. A pesar de ello la sensación era completamente diferente. No había grandes conversaciones hasta la madrugada, ni sensación de grupo o buenas amistades. Las estancias de los “clientes” eran fugaces... Durante el curso sin embargo sales del comedor y lees la cartelera, sabes que habitas un centro vivo, donde todas las semanas hay actividades de calidad.

Cuando has vivido en el colegio y piensas en tus primeros años en la universidad es imposible que no te venga a la mente algún gran momento con los amigos, ese gran amor, aquella fiesta de locura o esa conferencia que recordarás toda tu vida.

El apoyo encontrado en la dirección durante mi último año fue una gran ayuda para seguir estudiando en Madrid. Las becas y facilidades de pago son una realidad en la Fundación y nos han ayudado a numerosos colegiales en circunstancias complicadas dando un paso más allá en la función social del centro. Además lo hacen de manera natural, comprensiva y cercana. Aprovecho para agradecer nuevamente la oportunidad que me brindaron.

Tratar de explicar con palabras qué fue el Chami durante esos cinco años y cómo fue mi experiencia personal es complicado. El Colegio Mayor es para vivirlo. Estos años marcaron significativamente mi vida sentimental, educación, convicciones morales y amistades. Las lecciones aprendidas en el colegio han guiado numerosas decisiones personales y profesionales. Para cada colegial su vivencia es completamente diferente, pero seguro que muchos compartís algunas de las sensaciones o recuerdos de este relato. Ojalá miles de chavales más puedan experimentar todo lo que el Chami puede ofrecerles durante al menos 50 años más.

¡Gracias Chaminade!



Foto del Eucima 2011



## MUCHAS PRIMERAS VECES

Macarena Soto (2007-2010)

Recuerdo las lágrimas y un respetuoso y me atrevería a escribir que estremecido silencio en la radio. Era la cena de despedida, junio de 2010, y llevábamos horas sentados en la mesa del estudio de las hermanas Santos. Desde mi silla de conductora radiofónica de *Este adiós no maquilla un hasta luego II*, había visto pasar muchas historias por esos micrófonos esa tarde, cargadas de risas, de anécdotas que todos conocíamos.

También habíamos recibido llamadas de otros que habían vivido lo que ese día nosotros experimentábamos, que nos alentaban a seguir ilusionados con lo que venía después del Chami. Sergio Suárez, acertado en el arte de las citas, disparó certero: “lo mejor siempre está por llegar”.

Pero las lágrimas no pararon, una simple pregunta, que yo había repetido hasta la saciedad esa tarde, que había provocado a todo el que se sentaba junto a mí y junto a Santi Gimeno, me tocó

Rosa  
Rosa  
Damián  
Damián FIBRA MENOR  
SOR RAFAELA 2 SB  
PAMELA DE MADRERA  
C. M. U. CHAMINADE  
Plaza Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID  
Teléfono 93 334 34 00  
625320504  
GALEAROS  
30/06/2011

Ficha de Macarena Soto

la fibra, me dejó muda.

Y las recuerdo, recuerdo las lágrimas ante “¿Qué significa el Chami para ti?”, esa pastelosa cuestión que únicamente no odias si has vivido y compartido en ese edificio con forma de catamarán.

Y ahora, frente a esta hoja prácticamente en blanco hago un ejercicio de memoria que Tacho, Juan y Sergio me invitaron a llevar al papel hace ya unos meses. Más allá de las lágrimas de esa tarde y de esa noche, recuerdo una sensación, la de haber dejado atrás un hogar y encontrarte con poco o ningún remordimiento por llamar “casa” a tu colegio mayor.

Como todos, yo iba *de provincia hacia la capital* y aún no sabía que la frontera se encallaría en la cuesta de Santiago Rusiñol. Corría octubre de 2007 y el final de la primera legislatura de Zapatero, aquella de

los derechos sociales, del semi ahínco en la igualdad entre hombres y mujeres, y el épico matrimonio homosexual; aquellos años en los que aún no se existía la palabra crisis y prácticamente nadie conocía el contenido del artículo 135 de la Constitución española.

Había ante mí 280 caras de gente joven que me envolverían, que se cruzarían conmigo en los pasillos. El primero de octubre de 2007 yo estaba hecha un flan a las puertas del CMU Chaminade, pero Mateo [García Prieto] me esperaba sentado en el sofá para llevarme a la 432, par, chimenea.

“¿Te acompaño?”, preguntó enfundado en su camisa de cuadros, confeccionada con un tejido que yo apenas había visto en el caluroso sur, la franela. Mateo me llevó, pues, a la que sería una habitación pequeña, con un baño también pequeño, en el que al sentarte en el water tocabas la pared con las rodillas.

Mi primera impresión de esas paredes blancas, de esos muebles marrón claro, no la recuerdo, pero sí recuerdo a Xisco, a Arantxa y a Nuria, mi vecina de enfrente que viendo mi cara de “qué coño hago aquí” me invitó a pasar un rato en su habitación de veterana. Después, una película en la 318 de Xisco, que ese día me haría pensar que había gente con la que no cuajaría en el colegio y que hoy se encumbra simplemente como mi hermano.

En la primera semana llegarían decenas de primeras veces: poner el plato hondo bajo la mesa, buscar papel higiénico como oasis en el desierto, clase en la universidad, escuchar tu nombre por la megafonía, anotar tu nombre en cafetería, firmar una nota en cartelera, el ragut, miércoles de leche y bollo, la pechuga villaroy.

Para las jornadas de integración ya las caras te sonaban familiares, tenías tu primer grupo de amigos que pasadas las semanas sería un bonito recuerdo del periodo de adaptación, pero que habría variado sustancialmente.

En noviembre ya ponías los pies en las mesas de la entrada, como yo había visto a Libe en una de mis primeras noches y que me hizo pensar que aquella chica alta, con un flequillo muy vasco, llevaría varios años ya en el Chami y, sin embargo, había llegado una semana antes que yo. A fin de cuentas eso era el Chami, llegar, besar el santo.

Noviembre también fue el mes de la primera gala de Onda Mayor para los novatos de 2007, ese lugar que tanto nos unió, que dio una

excusa a los gérmenes de periodista que habitábamos el colegio para madrugar y no ir a clase, una herramienta perfecta para evitar las salas de grabación de la facultad que tanto desánimo nos regalaba.

“Yo me matriculé en el Colegio Mayor Chaminade”, leí varias veces en el libro de homenaje a Asti, en una carta de motivación que él habría escrito para enfrentarse al competitivo mundo laboral. Es una sensación común a una generación, esa que pasamos días bajo el frío de una acampada, noches de cachimba planeando ciclos de cantautores, domingos por la noche cenando hamburguesas de pollo en un cuarto de 3x4.

El Chami, esa sensación, que aún hoy, cinco años después de dejarlo atrás, seguimos explicando a los nuevos amigos que entran en nuestras vidas, esos que en 48 horas hacen de los nombres de Casto y Salgueiro, Carmen, Serafi, Sonia, María Jesús, Inma o Susana, algo común, propio ante la omnipresencia de estos es nuestras bocas.

## EL SÁHARA O NUESTRA PRIMERA CAUSA POLÍTICA

Fue algo fortuito, poco planeado ni provocado por nuestra parte, algo que simplemente salió. Sato, precoz y adelantado gurú en tantas cosas, nos hizo llegar una idea de un grupo de estudiantes de Ciencias de la Información: un viaje “político”, escenificar “la Columna de los Mil”, pararnos frente a una franja minada de un desierto inhóspito donde a nosotros, churumbeles de dieciocho años, poco se nos podía haber perdido.

Lo que se planteó como algo posible pero lejano, acabó calándonos en el compromiso político. Descubrimos una historia que nos había sido negada como ciudadanos españoles, un abandono canalla de la que hasta 1975 fue una provincia española más.



Cartel de la mayor tarde 2007



Visita a los campamentos

Durante la preparación del viaje, recibimos y organizamos conferencias, festivales de música, de cultura saharauí, lecturas poéticas... sin saber que, poco a poco, íbamos formando un grupo que permanece hasta hoy, una amistad política que aunque esté formada por gentes muy distintas entre ellas, tiene un nexo de unión que sigue vigente.

La fiesta de navidad de ese año fue redonda, decidimos organizarla para intentar sacar unas perrillas para el viaje aunque, como en toda fiesta, al final muchos escogieron la cama ante la oferta de aguantar desfallecidos la limpieza de la mañana siguiente.

También la venta de camisetas, chapas y mecheros nos hizo a todos unos avispados comerciales; las “calimochadas” en Ciencias de la Información nos forjaron como profesionales del vino y la coca cola marca Día y al final conseguimos crear un grupo con el que pasar la primera Semana Santa fuera de casa.

Nuestras familias lo daban por sentado: después de varios meses en Madrid volver a casa era una seguridad con la que ellos contaban. Nada más lejos de la realidad, nosotros andábamos con las ideas en Argelia, en aquellas haimas que nos habían mostrado en fotos, aquel viento del desierto, aquel dialecto del árabe llamado Hassania, aquella injusticia.

Y entre calimochada y calimochada llegó, inexorablemente, la Semana Santa de 2008, cuando cogimos un vuelo charter con destino Tinduf, con escala técnica en Argel, sin saber que aquel viaje cambiaría gran parte de lo que éramos.

Ocho días en los campamentos de refugiados nos valieron para que aquellos niños sin zapatos y camisetas de clubes de fútbol español nos acogieran como el primo, la tía o la amiga que venía de lejos y que, a pesar de que se iba en unos días, no tardaría en regresar.

Muchos volvimos a Madrid con el alma hecha jirones. A las cuatro de la mañana del día de nuestro regreso entramos, con la inestimable ayuda de José María, en el comedor tras pasar veinticuatro horas de espera en el aeropuerto de Tinduf donde la comida no era la mejor receta para nuestras enfermedades estomacales.

Una ducha y a dormir, mañana sería otro día. Pero al amanecer al día siguiente, no era un día más, sino el día 1.

Recuerdo que Sira y Sato estaban convencidos de que una huelga de hambre atraería a los medios de comunicación: cincuenta estudiantes no comen por el Sáhara Occidental. Tenían que escucharnos, si nosotros un par de meses antes desconocíamos por completo la suerte de

esta población, en cuanto el resto escuchara nuestra experiencia, lo que veníamos a contarles... le daríamos un empujón a la resolución del conflicto.

Estaba claro, algo teníamos que hacer. Y de la inacción, de la tristeza y el cabreo, pero también de la esperanza, nació PUAS, la Plataforma Universitaria de Apoyo al Sáhara, que fue recibiendo y despidiendo a miembros según se renovaba el colegio, pero que se mantiene hasta ahora, con más o menos fuerza pero siempre con las ganas de conocer aquella realidad que, desgraciadamente, nos sigue siendo ajena.

Fueron tres años, de 2007 a 2010, en los que el Sáhara cobraba importancia en nuestros días, acompañado del resto de actividades del colegio y de las dinámicas universitarias de vida tranquila de octubre a diciembre y de marzo a abril, a estrés arrepentido de enero a febrero y de mayo a junio. En los que no sabíamos muy bien cómo enfocar nuestras ganas, nuestra rabia y nuestra deuda moral e incluso patriótica con el pueblo saharauí.

Y así, entre pequeña y pequeña acción, escrachear a Moratinos a las puertas del Ministerio de Exteriores, hacernos fieles a las manifestaciones frente a la Embajada de Marruecos, a las del 14 de Noviembre cuando Madrid amanece saharauí, se coció una idea que nos dio gran trabajo, mucho escepticismo y ahora, visto desde la distancia, la sensación de haber estado locos durante una época de nuestra vida pero también muy satisfechos con lo que éramos.

La citada idea, salida de la mente de Santi Gimeno, era permanecer acampados en Ciudad Universitaria tantos días como años llevaba el pueblo saharauí abandonado en el desierto. En 2010 eran ya 35, así es que nos pusimos a trabajar en ello: Karen, ex colegial ya en esa época, se curró, entre otras cosas, un logotipo y un lema para la Acampada: 35 años de olvido, 35 días de ruido.

Santi, Víctor, Miguel, Sato, Sara (colegial del Mara), Silvia (colegial del San Juan Evangelista), Adrián, Ana, Adriana, Raquel, Xisco, yo y tanta otra gente, en mayor o menor medida, nos pusimos manos a la obra para organizar no sólo una acampada sino un lugar de encuentro para conocedores y desconocedores del conflicto.

A Víctor le tocó una de las partes más desagradecidas de la acampada, la logística, pero qué habríamos hecho sin aquellos baños portátiles que tanto trabajo le dieron. Alberto, no relacionado con el conflicto pero siempre comprometido con la amistad, nos acompañó hasta no



~~~~~  
Con Aminetu Haidar (Santi) 2010 Sato,  
Yery, Fabiola

recuerdo muy bien qué pueblo periférico a recoger unas alfombras que ni usamos ni devolvimos.

Tacho nos acompañó a negociar con la Complutense la cesión de los terrenos de la Almudena, entre la Facultad de Educación y el Colegio Mayor Nuestra Señora de África, y que estaban en ese momento con un nivel bajo de utilización por parte de la comunidad universitaria.

Otros se encargaron de la agenda cultural, de los eventos que debían tener cabida en los 35 días, exposiciones de fotos, charlas, debates, ciclos de cine, conciertos, comidas populares...; también hubo a quien le tocó hablar con los colegios mayores para ver en qué podían colaborar, además de, ya en días de acampada, ir de cocina en cocina de los CMU's para hacerse con la comida con la que mantener los ánimos de un más que frío marzo.

También hubo encargado de prensa, técnicos de sonido, o responsables del buen funcionamiento de la carpa central en la que debían suceder todos los actos y que además acabó siendo el lugar para las horas de sueño en común, la de las grandes conversaciones y algún que otro enamoramiento.

En definitiva, decenas de jóvenes encontraron en una causa justa el lugar y el momento adecuado para unir fuerzas con amigos y desconocidos, para creer que acompañados todo es posible.

### EL COMEDOR DE INVITADOS

Una que iba *de provincia hacia la capital* poco podría imaginar lo que sucedía en un colegio mayor y menos aún en el Colegio Mayor Chaminade. Si bien el *buenrollismo* era una de las máximas del *cemeú*, era también de lo más esperado por los novatos: gente joven, con ganas de hacer amigos... nada podía romper la sintonía (aunque esto fuera así hasta cierto punto).

Algo más imprevisible era lo que sucedía en torno a las aulas y el trabajo de los mismos colegiales, factor diferenciador del Chami con

el resto de colegios y que aún hoy hace que se nos hinche el pecho cuando describimos el día a día de nuestros años universitarios.

De entre tanta vida colegial, podría destacar mil y una actividades además de las ya mencionadas, pero si hubo algo espectacular que probablemente no volvamos a vivir con esa naturalidad, fueron las cenas en el comedor de invitados.

En aquella mesa de unas veinte personas, ampliable cuando el invitado atraía con fuerza a las masas, vivimos conversaciones políticas, sociales, amistosas; sobre ciencia, derecho, religión.

También alrededor de ese tablero con forma rectangular, leímos poemas, escuchamos y cantamos, admiramos a personajes para nosotros desconocidos y discutimos con líderes políticos que poco tenían que ver con nuestra ideología pero que se presentaban, la mayoría, con la mejor de las disposiciones.

Recuerdo a Libe y a Maialen, que me acercaron la idiosincrasia vasca para mí absolutamente ajena antes de llegar al Chami, cenando con Basagoiti, líder del PP en Euskadi por entonces. Fueron casi tres horas de debate desde puntos de vista opuestos, aunque al final consiguieron hallar algún que otro lugar de entendimiento. Puede parecer poco significativo, pero por entonces era una muestra de que el diálogo entre vascos de ideologías contrarias era viable; se trataba de una escenificación minúscula de un proceso que se abriría poco después fuera del micromundo Chaminade.

Y es que si algo era el Chami era eso, un micromundo, una realidad paralela, donde todo funcionaba, donde todo era posible: tomarte una cerveza con Llamazares, fumarte (un algo) con Aute, cantar con Pablo Guerrero.

En el comedor de invitados, a donde también acudíamos en búsqueda de queso curado, aquellos canapés de hojaldre de los que por entonces nos hicimos *fan* y una copita de patxarán para cerrar la noche, también se alargaron nuestras propias cenas, cuando el invitado se excusaba al llegar la medianoche y algunos permanecíamos enfrascados en el debate, en el sano intercambio de ideas.

También algunas se nos hicieron más largas de lo que nos hubiera gustado y por ahí se cruzaban las miradas cómplices entre los colegas, pensando “que esto acabe ya” o “en cinco minutos me levanto esté diciendo lo que esté diciendo”.

A pesar de perdernos la sagrada combinación de leche y bollo, los lunes y los miércoles también se llenaban las cenas, también comíamos al mediodía con Julio, “el cura”, para hablar del aborto, del matrimonio homosexual y de tantas otras cosas que jamás imaginamos tratar con un cura.

Aquella mesa, en la que rápidamente descubrías dónde apoyar los pies, sirvió además para dar la bienvenida a los colegiales de primer año, que por pasillos, iban pasando junto a sus vecinos, por los brazos de ese rincón, decorado con pósters de actos de otras décadas que daban ya prueba de la consistencia del colegio antes de que tú dejaras tu impronta en él.

### LA UNIÓN HACE LA FUERZA O CONFERENCIAS EN EXÁMENES

“Bienvenidos a la mina.” Una frase, en un papel sucio arrancado de una libreta o en un folio doblado... cualquier soporte valía, aunque nunca supe quién ponía aquel cartel con dos palas de cavar dibujadas, que daba la bienvenida a los exámenes en la Sala de Conferencias.

Era una de las llamadas a la épica, tal y como lo eran las convocatorias para las finales del rugby ante el Nebrija o el Go and Back de Reina Victoria.

En febrero y junio, gentes dispares, de diferentes grupos dejaban de lado rencillas del curso y creaban un ambiente fraterno, donde se luchaba por la potencia del aire acondicionado, pero sobre todo por salvar los muebles del año universitario.

Los médicos, con Javi Leal a la cabeza como ejemplo de expresarse a sí mismo como un limón, llegaban ya con las últimas energías a los tramos finales de exámenes, donde muchos rezábamos por el 5puntoGracias.

Los periodistas nos agolpábamos en Conferencias mientras que era extraño ver a un aeronáutico o a cualquier otro ingeniero que se quedaban en las salas de estudio, y mucho menos a los arquitectos, condenados por el calendario a ir siempre a la contra de la mayoría.

Y los periodistas, esa fauna que puebla buena parte del colegio, elaborábamos temarios de forma colaborativa, compartíamos apuntes, trabajos, inspiraciones... y muchas horas en el porche: “¿un córner?”, “¿un piti?”, “¿un café?”; cualquier excusa valía para compartir el calor de la puerta del Chaminade en los agustiosos días del verano.

A las tres de la mañana, los pertinaces obtenían su recompensa, el desayuno nocturno, o lo que era lo mismo, aguantar para irte con la barriga llena a dormir, aunque también había quien aprovechaba los sandwiches mixtos y las sobras del bollo para coger fuerzas y encarar la noche.

A finales de junio, Conferencias estaba ya lleno de objetos personales. Calzado, ropa, muñecos, comida, mantas y bufandas (para combatir el aire acondicionado) y decenas de cartelitos que nos íbamos haciendo para decorar el lugar.

Y es que Conferencias era una muestra más de lo que sucedía en el Chami, al igual que los sondeos electorales mostraban la supremacía de la izquierda y algún despistado intencionado que siempre sacaba a Falange del olvido.

Lejos de representar un agobio insalvable, los periodos de exámenes se convertían en un momento común, donde no había otra que nadar en la misma dirección, donde todos nos sabíamos las fechas de comienzo y final de todos, donde todos jaleábamos cuando alguien se dirigía a su último examen de la carrera.

## LA AMISTAD

Hoy, cinco años después de dejar el Chami, escribo desde casa de Pedro, Javi y Adrián (tres ex colegiales), y es que no hay más Chaminade que esto, que sobrevivir al momento actual junto a los tuyos, los que son los míos desde el primer día en el que entrara por aquel portón del Paseo Juan XXIII número 9 de la Ciudad Universitaria de Madrid.

Y hoy, semanas después de cumplir con el encargo de Tacho, Juan y Sergio que me emocionó pero que también me ha costado plasmar en este papel digital, echo poética y ñoñamente la vista atrás y veo que muchas cosas han pasado por mi vida y también muchas de ellas han dejado huella, pero pocas (por no decir ninguna) como la del Chami.

Pese a que sigo frecuentando el colegio para disfrutar de las enormes ventajas de la ex colegialidad tales como el gimnasio, la piscina o la información sobre actos que fuera del colegio no se dan con esa naturalidad, ya no puedo sentirlo como mío.

Es una de las muchas conversaciones que hemos tenido en los últimos años, cuando en una noche de cañas estábamos quince ex colegiales y dos personas que nunca pasaron por el colegio pero que, por supuesto, han estado en alguna fiesta, saben qué es el Iron u Onda

Mayor. Que “el Chami ya no es lo que era” es un bucle en el que todos los que hemos aprendido a amar en esas paredes hemos caído alguna que otra vez, algunos de forma reincidente, todos de manera equivocada.

Tu colegio, en definitiva, son los años que pasas en él. Mi Chami, en consecuencia, es el periodo entre 2007 y 2010, los tres veranos de viajes por casas ajenas, en los que ibas conociendo a los amigos de toda la vida de los que ya eran *tus* amigos.

El Chami son manifestaciones, fiestas de carnaval, noches en vela, exámenes, muchas primeras veces, grandes borracheras, desayunos memorables, no poder cantar el cumpleaños feliz en el comedor a riesgo de una lluvia de pan, partidos del Chami R, asambleas eternas, discusiones en cartelera.

El Chami es este recuerdo perenne, este saber estar junto a los demás, este ser solo con ellos. En esta época de inestabilidad, de indecencia política, de exilio económico, muchos de los míos, de los nuestros, han tenido que coger la maleta para intentar ser lo que un día pretendieron, y en esta diáspora, la vida aquí se hace un poco más dura, desde luego algo menos alegre.

Tanto como extraño tener 18 años y no tener la necesidad de ir más allá del “córner”, extraño a todos aquellos que andan por otras latitudes, a mi Chami en el extranjero, a Víctor, a Mateo, a Gorka, a Koldo, a Helena, a Laura... sólo por mencionar algunos.

Pero de vez en cuando, al tiempo que se alinean los astros, surge alguna ocasión, algún viaje de reencuentro, una cara conocida en una ciudad nueva. Y es ahí cuando todo cobra sentido de nuevo, cuando todo comienza con las bases bien puestas, con una victoria asegurada.

*“Pasan lentos los días/ y muchas veces estuvimos solos/ Pero luego hay momentos felices/ para dejarse ser en amistad/ Mirad: somos nosotros”,* comienza “Amistad a lo largo”, de Jaime Gil de Biedma, que Sergio Suárez recita en el vídeo del colegio de 2015.

Con esa voz caprichosamente radiofónica, Sergio nos recuerda, robándole el pensamiento al poeta que también da la bienvenida a la Ciudad Universitaria, el valor de la amistad, qué es el Chami, y pidiendo silencio pronuncia: *“Pero callad/ Quiero deciros algo/ Sólo quiero deciros que estamos todos juntos”*.

# EL CORAZÓN Y LA LIBERTAD

Irene Villarejo Escolano (2006-2012)

*Dedicado a aquellos con los que llegué,  
a aquellos con los que estuve  
y a aquellos con los que me fui.*

El Colegio Mayor Chaminade se encuentra en Metropolitano, una zona residencial y ajardinada. En los barrios así, las viviendas suelen ser como estuchitos nacarados que guardan a sus habitantes del ruido y de las inclemencias de la capital, y el aspecto exterior del Chaminade simula la tranquilidad de una residencia. Así, uno podría caer en la engañosa metonimia de pensar que el Chaminade es un sitio sólido, un edificio donde vive gente y pasan cosas, y que, por esta razón, uno puede salir del Chami, decir cosas del Chami, elaborar un juicio sobre el Chami o celebrar su quincuagésimo aniversario.



Ficha de Irene Villarejo

Y eso hacemos, ignorando que el Chaminade es cualquier cosa menos estable, de todo excepto aprehensible. El Chaminade es un organismo vivo, un bicho gigantesco cuyo peristaltismo nos lleva de un punto a otro distinto. Yo, que estuve muchos años tratando de averiguar mi lugar en el tubo digestivo, sé que es un viaje abrumador. Hay quien se agarra a los compañeros como si ellos supieran algo más del animal que nos ocupa, y hay quien cierra los ojos tanteando la salida. Se nos reprocha a los colegiales no tener ojos más que para el colegio, al igual que muchos colegiales se van exhaustos por la exposición constante y el roce continuo en las estrechas paredes de las vísceras del Chaminade. Como se ve, cualquier recuento es subjetivo.

Y como cualquier recuento es subjetivo, no hay otro comienzo posible que la tarde de otoño en la que desembalé mis cosas en la 134. Supongo que me habría puesto mi camiseta más nueva o más

colorida o más elegante y que llevaría mis pantalones preferidos; lo que sabemos con certeza es que corría el año 2006, así que no había empezado la crisis y Zapatero seguía siendo el del talante y el matrimonio homosexual; en la Selectividad se contaba con un máximo de diez puntos, no habían pasado más de cuatro años desde la tragedia del *Prestige* y poco más de dos desde el convulso 11-M; el Chami había sido mixto en los dos cursos anteriores, no teníamos ningún perfil en las redes sociales, aunque ya existieran; el bono de diez viajes costaba 5,30 €, los pitillos no se llevaban en provincias, Arctic Monkeys era un grupo frívolo y estudiar Arquitectura, una garantía de futuro. Yo era igualmente ingenua: me había matriculado en Medicina, había impreso mis frases literarias favoritas para empapelar la habitación y beber alcohol se me aparecía como un rito místico en el que no estaba segura de querer iniciarme. Había quien llegaba con la determinación de salir y emborracharse hasta el agotamiento, había quien llegaba con la determinación de follar, había quien llegaba con la determinación de ser el líder que había sido durante el Bachillerato, había quien llegaba con la determinación de estudiar, y al final, como siempre, resultó que cada uno hacía lo que podía.

La primera forma de digerirnos que tiene el colegio mayor es aligerar tales determinaciones. Durante la adolescencia uno se construye una identidad pesada, que imaginamos como una armadura que nos protege de los enemigos y termina no siendo más que chatarra. Vamos cargando con nuestra identidad de un lado a otro, con nuestras filias y nuestras fobias. No es más que humo: una imagen, a menudo paródica, de lo que queremos ser. Los recién llegados sacamos esas imágenes en procesión, ya que son los tótems con los que nos reconocemos unos a otros: tú literatura, yo rugby, él teatro. Pero, igual que el edificio donde vivimos, su solidez es engañosa. En 2006, ya digo, yo creía querer hablar de literatura y filosofía y alcanzar la perfección, fuera esta lo que fuera, porque para eso está uno en este mundo. Mientras tanto se organizaban Go&Backs y capeas y una muy activa Aula de Derechos Humanos que llevaba un sector hippie, tan simpáticos ellos, pero no fui a ninguna de estas actividades porque no me parecía que en ellas fuera a señalarse el camino al Árbol de la Ciencia.

Luego entendí, entre otras muchas cosas, que no era trivial que en 2006 coexistieran un Aula Taurina y un Aula de Derechos Humanos. En la mayoría de colegios mayores los residentes son de clase muy

acomodada, o al menos visten como si lo fueran. No es raro teniendo en cuenta el precio de residir en un colegio mayor; aun así, el estilo de vida que llevan a gala estos estudiantes tiene tanto que ver con su ideología como con su capacidad económica. El entorno exterior al Chaminade sigue unas costumbres prácticamente invariables, como son la feria de abril en febrero, fiestas donde las chicas no tienen que pagar, novatadas que son demostraciones de virilidad. Claro está que nosotros también teníamos canciones y gritos de guerra, lo que pasa es que uno de ellos rezaba “Chami, Chami, Chami maricón, maricón, marico-o-ón”. Hoy, escribiendo en el instituto de secundaria donde realizo mis prácticas como profesora, adivino que el proyecto educativo del cemeú ha sido diferenciarse escogiendo a los raros, a los pares sueltos, que se pensaban normales y necesitaban tiempo para descubrir sus rarezas. La condición para ofrecer un entorno propicio al desarrollo original de una personalidad es, precisamente, proteger la peculiaridad de cada uno, lo que en el entorno universitario se traduce en prohibir de modo tajante e inequívoco las novatadas.

Es posible que esta decisión no le parezca de igual importancia a todo el mundo; incluso entre los estudiantes del Chami, sobre todo los más jóvenes, hay quien lo considera ventajoso pero circunstancial. Según vamos pasando tiempo en la universidad van calando los principios ideológicos que fundamentan la prohibición: la ya mencionada protección al débil, la garantía de la igualdad, etc. Quizás habrá quien piense que estos problemas teóricos no reflejan la realidad práctica de unas novatadas que, “bien llevadas” (como si esto fuera posible), no interfieren en la integración de los jóvenes, sino que en el mejor de los casos la facilitan siendo básicamente inofensivas. No entraremos a valorar cómo cualquier abuso de poder vertebra la dinámica de un grupo o cómo daña la psicología individual, que mucho se ha escrito ya sobre ese tema. Sin embargo, limitándonos al punto de vista práctico, ¿cómo puede desarrollarse la convivencia si durante un mes los veteranos se han servido de sus “años de servicio” para recordarles a los novatos su posición de debilidad? ¿Cómo olvidar que alguien te obligó a bailar en ropa interior, o a ducharte de madrugada, o a encargarte de servir el agua en una mesa? ¿Cómo aceptarlo sin humillación, cómo asumirlo sin violencia? Es una hipocresía pretender fomentar una convivencia pacífica sin perseguir las novatadas, pero una hipocresía de la que participa buena parte de la sociedad. La primera acción de

este colegio mayor es no coaccionar al primerizo y permitirle conocer a gente, veterana o novata, simpática o borde, con la que se llevará bien o mal en los años venideros. Claro que la opinión de los veteranos tiende a ser más escuchada, en razón de su experiencia, pero eso no redundaría en una jerarquía que, habiendo tolerado las novatadas, es sancionada por el poder oficial. Los años que uno pasa en el Chami no le dan a uno galones en la manga: la cuestión no es tanto subir, crecer, como desarrollarse.

En 2006 yo no era consciente de todo esto, pero hoy me aterroriza lo que hubiera sentido la chica tímida e idealista que dejó su equipaje en la habitación 134 si, al bajar cenar a la cafetería, un grupo de mayores la hubiera forzado a beberse un mini de calimochos de un trago. Probablemente se hubiera echado a llorar, o hubiera salido corriendo, o quizá les hubiera echado un abstruso sermón sobre la dignidad humana. Nada demasiado aceptado socialmente, en cualquier caso. En mi adolescencia, que en justicia se extiende también durante los años en el colegio mayor, estuve dominada por la sensación de no entender a mis semejantes. Concretamente, me eran mucho más comprensibles tomados individualmente; cuanto más grande fuera el grupo, más ajena me resultaba su dinámica. Cuando varias personas entraban en contacto, sus deseos y voluntades personales formaban un juego que me parecía de lo más exótico, mucho más indescifrable que las teorías filosóficas, apenas clarificado por las observaciones de los novelistas. No es de extrañar por tanto que en esta situación yo me construyera una especie de refugio social con no más de cuatro o cinco personas con las que comía, cenaba, merendaba y, llegada la fiesta, me emborrachaba.

Lo interesante es que yo no he sido la única, ni mucho menos, en recogerse de esta manera. A primera vista, un recién llegado verá que los estudiantes se saludan en el vestíbulo casi en red: A con B, B con C, C con A, D con B y C, C con E y F, F con B y C... Cuando salimos del comedor, casi todos los grupos de seis o cuatro personas que se han formado en las mesas se recombinan para ir a la esquina de Juan XXIII con Ramiro de Maeztu y “hacer un córner”. Un estudio prolongado durante, pongamos, una semana, revelará que las combinaciones posibles no son infinitas, y que incluso aquellos que conversan con más gente tienen un círculo de amigos básico, familiar. Todos venimos de nuestras ciudades de provincias con ganas de comernos el mundo, faltaría más. Aun así, la mayoría nos hacemos nuestra pequeña familia

en el colegio mayor. Recuerdo en particular meriendas en las habitaciones de unos y otros. Un té a media tarde que se prolongaba más de lo debido, un helado en la cafetería cuando llegaba la primavera, apuntes que permanecían cerrados durante horas porque una buena conversación había tomado la jornada por asalto. Hacia mediados de mi primer año, una amiga mía comentó que el Chaminade era como un campamento de verano perpetuo. Para mí en ese momento lo fue, a pesar de que lo disfrutaba con culpabilidad, como si el Chami fuera una fortuna que hubiéramos recibido por un error administrativo. Esta creencia inconsciente contribuía a hacer más escasa mi participación en la vida colegial. No había que hacer ostentación de la herencia por si acaso me la arrebataban. Conseguí así hacerme una rutina, distinta a la que había llevado en el hogar familiar, pero no por ello menos segura. *Pienso que en ese momento necesitaba eso, un hogar, con personas fijas que se hubieran acostumbrado a mis peculiaridades (y yo a las suyas).*

Al final, en mayo y junio de 2007, ocurrieron los primeros incidentes sociales del Chaminade en los que de algún modo me sentí involucrada. Uno de ellos sucedió durante un programa de Onda Mayor en el que se otorgaban los premios de *miss* y *míster* en varias categorías: Simpatía, Novatos, y unas cuantas más que ya no recuerdo. Yo estaba en mi cuarto con el libro abierto y el ordenador encendido y la emisora sintonizada cuando los presentadores anunciaron los premios Miss y Míster Promiscuidad, o, según precisaron, Míster Campeón y Miss Puta. En un tropiezo clásico de la exposición pública, el chiste se les fue de las manos: lo repitieron, insistieron, balanceándose peligrosamente entre la autoironía y la casposidad. Quiso la suerte que el premio fuera a parar a una de las personas de mi círculo estrecho (quien, por cierto, lo recogió con mucho donaire y sin mojigatería) y yo me indigné. Me indigné mucho, aunque todavía no lo suficiente como para sacar una nota en cartelera. No fui ni mucho menos la única: la polémica fue mayúscula y se saldó con la desaparición de esos premios en los años siguientes, al menos en su formato radiofónico y público. Sospecho que la misma gracietta hecha cuatro o cinco años antes hubiera pasado desapercibida, y que el escándalo estaba producido en el fondo por la crisis ideológica de que el Chami ya no era exclusivamente masculino. La exquisitez ética y política de la que se hacía gala al no permitir las novatadas exigía un equivalente en la “cuestión femenina”. El caso, como digo, es que ésta fue mi iniciación en la tradición de las discu-

siones de la cartelera, ese entrañable cruce entre la oratoria romana y la mala leche del parroquiano español. Hice pocas aportaciones, pero recuerdo con exactitud que la primera de ellas fue en febrero del año siguiente, 2008. La querrela era de nuevo entre los antiguos y los modernos (como casi siempre, pero eso lo aprendimos más tarde). Un chico, novato, protestó en cartelera por la ¿inveterada? costumbre de tirar pan a todo aquel que dejara caer un plato o una bandeja en el comedor. El chico no sólo era nuevo: también se dedicaba al arte, era uno de los primeros en visibilizar su homosexualidad y, para colmo, bajaba a desayunar en pijama y con unas zapatillas de Bob Esponja. Las respuestas fueron virulentas o, mejor dicho, testosterónicas. Se le atacó por su imagen personal, se comparó su indumentaria con el lanzamiento de migas de pan, se lamentó la pérdida de valores. Afortunadamente, puede afirmarse que fuimos muchos los que salimos en defensa del muchacho y que el tiempo se encargaría de arrumbar las frases de sus atacantes en el desván de las vergüenzas. El tiempo y las personas. Por muy veteranos que fueran aquellos que criticaron las zapatillas de Bob Esponja, no pudieron imponer su visión del asunto a los recién llegados. Cada uno se formó su opinión y no hubo ninguna locura colectiva hacia ninguna de las posturas. Los meses fueron pasando, fueron pasando los años, y el Chaminade siguió mutando en lo que los colegas querían que fuera.

Aunque esto, como tantas abstracciones, no es del todo cierto. El otro acontecimiento que me afectó fue el concurso de relatos y poemas. Participé en ese concurso todos y cada uno de los años que estuve allí y fui jurado en las mismas ocasiones; incluso lo organicé un par de veces. El primer año acudí, cómo no, un poco encogida, pero no tardé en darme cuenta de que ése era mi sitio. Nueva como era, nadie reconocería mi estilo. Por primera vez en mi vida alguien iba a comentar un relato mío sin saber que lo era. Reconozco que tengo suerte y que nunca he escuchado comentarios crueles, que era la línea que bordeábamos permanentemente los críticos y que había que cuidarse en respetar, pues en la mayoría de ocasiones los escritores nos lo guisábamos y los escritores nos lo comíamos y allí nos congregábamos autores y jueces en los mismos cuerpos y las mismas mentes. Lo mejor era la certeza de que serían pares los que comentaran, es decir, escritores aficionados y experimentados lectores. Nunca creí estar fundando un movimiento artístico, ni mucho menos, y tampoco critiqué en busca del genio

literario. Cada año, una noche ya tardía, bajábamos al comedor de invitados con un tocho de folios en la mano. Algunos se sentaban en una esquina mordisqueando lonchas de queso mientras terminaban de leer los relatos. Otros habíamos devorado los mecanoscritos diez días antes, en el momento de encontrarlos en el casillero, y nos habíamos aprendido de memoria los logros de cada texto y los clichés que deberíamos reprobar. Votábamos mientras cenábamos, escribiendo las puntuaciones en cuartillas con picardía y discreción; una vez se recogían las papeletas, nos sentábamos en círculo y por fin se me reposaba el aleteo en las tripas, ya que íbamos a comenzar con los comentarios. La excitación volvía, un poco descafeinada, al acabar los comentarios y empezar el recuento, ya que no solía haber sorpresas y de las críticas se solían adivinar los ganadores. Luego había quien cerraba la noche con una copa en el bar de enfrente y quien se iba al desayuno nocturno, que normalmente coincidía con el fin de la velada. Siempre eran exámenes y fin de curso, así que las relaciones ya eran blandas y flexibles, domadas, y además se producía una intimidad acelerada al compartir textos literarios. Yo me daba el gusto y me tomaba una taza de leche con una buena cantidad de arroz chocolateado mientras repasaba con los últimos resistentes los mejores momentos de la noche. Las cucharadas de leche, espesas y dulces, caían en la boca del estómago con la calidez de la vanidad satisfecha, y la curiosidad satisfecha, y el afecto contento. Desayunábamos a las tres de la mañana habiendo trasnochado hablando de relatos: era una felicidad muy simple y una libertad muy tonta. Y muy pura. Explica José Luis Pardo que el hombre libre se caracteriza por dedicarle a las cosas el tiempo que merecen, su propio tiempo, y no un tiempo tasado. El tiempo de ese hombre es *scholé*, ocio. Así pues, sólo dedicándole a las cosas el tiempo que requieren es posible aprenderlas, de modo que el ocio es el tiempo del conocimiento y la libertad. Nada que ver con las horas lectivas o la jornada laboral, o con las horas pasadas en los medios de transporte. Es difícil relacionarse con las cosas a contrarreloj, y en el Chami uno podía escapar brevemente de la tiranía del tiempo y dedicarle a algo el tiempo que eso necesitaba. El problema, si nos ponemos estrictos, era más la insuficiencia humana para aprovecharlo todo que la escasez de minutos. De eso también va el juego: de encontrar los límites propios.

Quizá la ocasión más evidente en la que dejaba de correr el reloj fueran las fiestas. Bailar, hablar, beber, besarse: se aceptaba el tiempo

de cada cosa. Sólo hay gente y cuerpos de gente, cuyos límites a veces se definen a empujones. Las fiestas duran unas siete horas, quizá algo menos, y se viven situaciones inenarrables a condición de no tener expectativas ni deseos. Lo más común es ayudarse del alcohol para dejarse fluir en las mareas de gente, pero no es imprescindible si posees cierta paz interior. Todas las fiestas se parecen y todas han sido distintas; pero, una vez resuelto el mecanismo y hallados los límites físicos y mentales de uno mismo, hay que decir que las fiestas pierden su encanto iniciático. Es como una experiencia extrema para identidades en crisis: las personas se suceden, las palabras se suceden, los abrazos se suceden hasta que te vas asentando. La adolescencia y la juventud son una crisis extrema, así que las fiestas se revisten de un aura sagrada. Son un ritual en sí mismas: la ducha previa, arreglarse, ir a recoger a los amigos a su habitación (aunque yo soy más bien de las que hacen esperar), coger bebida y dejarse llevar. Es muy cansado, en realidad, estar toda la noche viendo las cosas que pasan cuando se juntan muchos veinteañeros.

En este sentido, la vida en el Chaminade es muy exigente. Lo he comentado muchas veces con compañeros: un día en el Chami equivale a dos semanas fuera. La evolución de las cosas va acelerada, sospechamos que debido a la alta concentración de estímulos intelectuales y afectivos, que es una manera muy cursi de decir que convives con mucha gente interesante de manera intensa. Es un privilegio, porque en tres años se pueden madurar aspectos que de otro modo hubieran necesitado cinco, seis, o diez. Es como un invernadero. Hay cenas con personajes de éxito en su profesión: políticos, escritores, profesores universitarios. No nos preocupamos de la logística de la vida cotidiana, a pesar de que se puede y se debe participar en la toma de decisiones que la conciernen. El colegio mayor provee de muchísimas referencias que hacen posible imaginar qué vida quieres vivir, o, como dije antes, ver en uno mismo facetas que desconocía tener. Recuerdo que fue en una cena con el filósofo José Luis Pardo cuando decidí que iba a cambiarme de carrera. Me había levantado de la mesa para ir al baño. Al cerrar la puerta del aseo dejé de oír la conversación que seguía teniendo lugar en el comedor de invitados, y en la cocina habían terminado de fregar. La gente, el barullo se había trasladado a otro punto del Chami, y regodeándome unos segundos en ese silencio me di cuenta de que *ya lo había decidido*. Dejaría Medicina, empezaría Filosofía. Pardo diría después esa misma

noche que la prueba de que no podemos dejar de creer en que hay cosas mejores que otras es que siempre elegimos una opción frente a otra. Tampoco se puede decir, por esta razón, que el Chaminade nos cambie. Aprendemos a ver otras maneras de hacer las cosas, o de describir el mundo, sin que necesariamente anulemos esa fina y transparente vara de medir que nos hace preferir una cosa a otra. Quizá el símil no está completo. Imaginemos entonces que tenemos diecinueve años y una vida por delante que construir. Convencionalmente hay muy pocos ladrillos: unos pocos para la carrera, unos pocos para los amigos, unos pocos para la familia, unos pocos para la pareja, unos pocos para la comunidad. Se necesita tiempo y fuerza, imaginación, para descubrir otros materiales que nos convengan más.

Pero decía que la vida en el Chami es exigente. Al dejar Medicina asumí por fin las virtudes y los vicios del estudiante de humanidades: la diletancia y la procrastinación, el dedicarle a las cosas el tiempo que necesitan por respeto a la *scholé* y encontrar una perspectiva filosófica incluso en el café de las cuatro. De la vida cultural, como del cerdo, se aprovechan hasta los andares. La adolescente amedrentada que había llegado tres años atrás ya se había acostumbrado a los pasillos y las habitaciones contiguas, y a sentir la mirada de casi 300 personas. Después de tres años ya no cabía preocuparse mucho por lo que pudiera pasar entre esos muros. Al contrario, ¡todo eran ventajas! ¡Había tanto que escuchar y tanto que decir! Al contrario que en los primeros años, me apetecía hablar con todo el mundo, cómoda por fin en la cordialidad típica de compañeros de colegio, como si todos fuéramos primos lejanos. Es la cara opuesta a cenar siempre con las mismas cinco personas, y es igualmente común. Uno puede hacer jornadas extenuantes, con la mente abierta doce horas al día. En esas épocas, volver a casa servía para hacer la digestión, aunque ahora sé que, en cierto modo, aún sigo metabolizando aquel tiempo. Mi cuarto año fue casi como un primero de carrera, ya que fue entonces cuando tuve la que debería ser experiencia fundamental de la educación: el mundo está ahí para que experimentemos con él. Hoy por hoy creo que el sentido más básico de la juventud no es la inocencia en tanto que ingenuidad, sino la inocencia de las exigencias sociales, esto es, preguntarse “por qué no” en lugar de “por qué”. Hemos tenido la suerte de poder escarmentar en cabeza propia. Recuerdo también el primer ciclo de cine que empeñosamente organicé, allá por mi segundo año, de películas dirigidas por Lars von

Trier. Ni yo misma fui a todas las películas; de las que sí fui, una fue interrumpida por un simulacro de incendio, otras eran a la hora de la siesta, otras, simplemente, daban mucha pereza. Escogí esa temática mitad por vicio personal y mitad por esnobismo, una especie de “corrección política” cultural. Menos de tres años después mi ocurrencia fue un poco más juguetona, y preparé cinco películas que retrataban de distinta manera la violencia. Una noche, encendiendo los aparatos que ya no me daba miedo romper, endilgué a quien se dejó *Salò o los 120 días de Sodoma*, de Pier Paolo Pasolini, y yo me fui a mi cuarto a leer. Cuando volví para recoger el DVD quedaban cuatro personas, casi todos de primer año, con cara de leche cortada. Por entonces ya había estallado la crisis, a la que se nombraba con ironía y temor, como si ya por mencionarla se la pudiera conjurar. Teníamos la suerte de contar con un colchón económico (de que nuestros padres lo tuvieran) y durante los primeros años de recesión el paro y la pobreza hacían estragos en los periódicos, en el metro y en las ciudades de provincias, no en el Chami. Pero creo que no éramos tan ingenuos como para no oírlos cada vez más cerca y no saber que, como en el poema de Martin Niemöller, acabarían viniendo a por nosotros de una manera u otra. Aun así, los temas de conversación no eran tan radicales como lo serían unos años después. Creo que era una situación más parecida a mirar a un cielo encapotado que amenaza lluvia, cuando te preguntas si será suficiente con abrir el paraguas o si lo mejor será no salir de casa. Las discusiones más habituales y generalizadas no tocaban cuestiones de principios. Es curioso también que ese mismo año yo me matriculé en la asignatura de Teoría y Crítica Feminista; no es que nadie me lo afeara, por supuesto que no, aunque en mi entorno se percibió un poco como una excentricidad dedicarle 4,5 créditos a la hermana pequeña de la teoría política. Nadie se atrevería a formular este planteamiento en el Chami de hoy.

Me fui del Chaminade en junio de 2010 para vivir en un piso con una amiga, creyendo que *evidentemente* estaba cerrando una etapa. Cuando volví, en septiembre de 2011, ciertamente el colegio mayor había cambiado mucho, y aun así yo encontré lo que buscaba. Durante el curso que estuve fuera decoré mi habitación con un montón de muñequitos de vinilo, que pegados a la pared daban la impresión de pulular por mi cuarto enfrascados en mil emociones y tareas. Cuando me quedaba sola en casa me sentaba en mi cuarto, un poco descolocada:

no sabía utilizar el salón. Estoy escribiendo sentada en la mesa de ese piso que, en aquel momento, se me hacía muy grande y al mismo tiempo muy escueto. Ahora ya nuestros límites coinciden y no me siento demasiado pequeña para disponer de cocina, pasillo y salón; es más, necesito esta cáscara con compartimentos en la que no suceden más cosas que las que se me pasan por la cabeza. Durante horas sólo se oye la música y raramente suena el teléfono, al contrario que en el colegio mayor, donde el sonido campanil del teléfono marcaba el transcurrir del día. Ahora quedo normalmente con más de un día de antelación, y antes vivía con mis amigos y doscientas personas más que, como mis muñecos de vinilo, se afanaban con sus ocupaciones. Me di cuenta, en una de esas tardes de silencio y soledad en el piso, de que los muñecos ni hablaban ni tenían un mundo interior ni se reían de los chistes idiotas que a mí me gustan, ni tampoco de otros chistes que a mí no me hicieran gracia. Podría decir que volví al Chami porque aún me quedaban cosas por descubrir allí, o porque no me había desarrollado del todo, y no sería del todo verdad: lo que me había dejado allí eran amigos, no oportunidades perdidas.

Aun así supongo que todas esas explicaciones tienen algún fundamento. En el colegio que me acogió en 2011 había mucha gente a la que no conocía y tuve la suerte de conocer, pero eso no era exactamente un cambio. Sí había un cambio, por ejemplo, en los estudiantes que llegaban a un Madrid post-acampada Sol. Las expectativas eran distintas. No se hablaba tanto de “aprovechar los años de universidad”, sino de “cambiar las cosas”. La inminente subida de tasas dejaría a muchos compañeros de facultad fuera, y ésta ya no era una amenaza lejana, sino una circunstancia generacional de la que, espero, guardemos memoria en las próximas décadas. Florecían las asambleas y la necesidad de asambleas; se había extinguido el aula Taurina, el equipo de rugby en boga era el femenino, el aula de Arquitectura programaba ciclos sobre ciudad y sociedad. De vez en cuando yo pensaba en las atacadas zapatillas de Bob Esponja de aquel chico, y llegué a la conclusión de que, cuatro años después, hubieran aplaudido su entrada en el mismo comedor donde empezó la polémica. El influyente sector vegetariano redujo la presencia de costillas a la barbacoa a la hora de cenar, que antaño rubricó la ferocidad del metabolismo masculino. Permanecía, eso sí, la costumbre del “córner” después de cenar, la encendida inocencia de algunos recién llegados, las meriendas que se alargaban obscenamente

hasta la cena; permanecía, en fin, todo lo que implicaba disfrutar de la compañía de nuestros pares. Al llegar de segundas ya no tuve el choque emocional de los primeros años: estaba en mi salsa. Sabía, esta vez sí, que sería mi último año. Así como durante los primeros cursos me asombraron los detalles históricos (de qué se hablaba, cómo se hablaba, con quién se hablaba), de los últimos meses recuerdo sobre todo lo que para mí son las constantes del Chami: las conversaciones universales, por un lado, y la libertad respecto al uso del tiempo, por otro. Poder hablar de lo que queramos durante el tiempo que sea necesario. El Chaminade es, al final, el lugar donde eso sucede.

El Chaminade es eso, un espacio, y por eso va desapareciendo detrás de los acontecimientos y las personas. Si hoy entro y miro el jardín interior, la portería y los sofás me pregunto cómo fui capaz de vivir tanto tiempo en un lugar tan lleno de recuerdos que podría ir desgranándolos por capas geológicas en cada rincón del edificio. Psicológicamente es una sensación densa, porque no puedo discernir todas las sensaciones que tengo al estar entre los muros del colegio mayor. Confieso que escribir estas páginas ha sido casi insoportable: he sido demasiadas cosas estando en el Chami y, hasta el momento de redactar este texto, no estaban dichas (si acaso en el calor de una botella de vino al viento fresco de alguna madrugada). El Chaminade también ha sido demasiadas cosas: casa y ciudad, interior y exterior, protección y ataque, hogar y viaje. A día de hoy, la inmensa mayoría de mis amigos lo son después de compartir vivienda en Paseo Juan XXIII, nº 9, pero apenas hablamos de “aquellos tiempos” y no somos muy dados a las batallitas. Algunos de ellos ya me acompañaban en el pretérito e inverosímil 2006; otros cristalizaron en la primavera de 2012. Como digo, no tenemos nostalgia. Más bien damos el Chami por sentado.

He empezado diciendo que todo recuento es subjetivo y termino queriendo definir la experiencia de cinco años en este colegio mayor. Me temo que el resto de la crónica habrá sido igual de contradictorio; no obstante, espero que las contradicciones sean luminosas y puedan dar una idea de las vidas, tan opuestas, que se pueden llevar dentro del Chaminade. En esta historia, el Chaminade no es un acontecimiento, y tampoco es precisamente el nombre del inmueble donde ocurren estas cosas. Si es algo, es la gente que se mueve en los pasillos, la que llama a la puerta del vecino, la que se tumba en la terraza, la que dis-

cute en el sofá, la que ve pasar la tarde en los bancos de la entrada, la que intenta en vano flirtear con discreción; la que entrena en la pista de barro del Ramiro de Maeztu, la que se baja a estudiar a “la mina”, la que lanza sondas caseras, la que anuncia actividades en cartelera, la que mira varias veces al día las notas de cartelera, la que aprovecha la primera hora de la mañana para leer el periódico y la que prefiere mediodía porque hay menos gente. A veces juntos, a veces separados, las personas se mueven y el colegio mayor palpita, como un órgano animal, tan vulnerable y tan vivo.

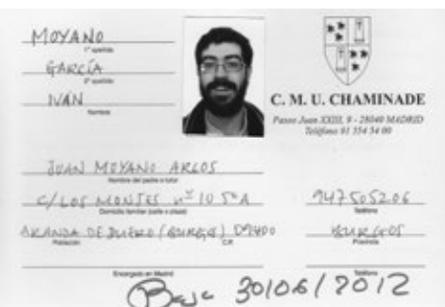


# EXTRAÑAS, PODEROSAS HORAS MUERTAS

Iván Moyano (2007-2012)

*“La memoria es el deseo satisfecho hoy que tu vida y tu destino son la misma cosa.”*

(Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*)



Ficha de Iván Moyano

Siempre me han gustado las fechas, porque ponen orden objetivo en mis recuerdos, como boyas oscilantes en un mar voluble. Puedo poner sobre mi mesa hasta cinco calendarios cargados de días y saber que desde el primero señalado, 2 de septiembre de 2007, hasta el último, 30 de junio de 2012, todos ellos los pasé en el 9 del Paseo de Juan XXIII. Mi firma de diecisiete años y mi firma de veintidós en un bloc confirman mi entrada y salida, en ambas ocasiones con maletas y cajas y con

el codo apoyado en la misma portería. Este ritual ha sido repetido incesantemente por multitud de generaciones, como los textos de este volumen se proponen celebrar.

Podría contar los días que hay entre ambas fechas, pero las hojas de mi calendario se confunden en un amasijo heterogéneo y ambiguo. Las mismas hojas de mis calendarios fueron y vinieron en las maletas de mis compañeros de generación, volaron en los mismos pasillos y se confundieron en las memorias de todos, traspapeladas entre diplomas de Bachillerato y de Licenciatura, recortes de periódico, fotos en color, billetes de metro, exámenes, apuntes y cartas de amor.

Es muy difícil recordar con un cierto orden, de modo que pueda trazar un hilo de sentido único, cosiendo un renglón con el siguiente. Las costuras se mezclan inexplicablemente en un ovillo compacto, perdido en un laberinto de recuerdos. Para deshacer el ovillo, me

he empleado en releer mis diarios de aquellos días, aumentando sin mesura mi consumo de magdalenas, y apelando a la perdida y extinta ambición de novelista potencial que tuve cuando fui colegial. Sin embargo, y para alivio de mi dieta, fue un corte gordiano y limpio el que deshizo el nudo de mi memoria: el recuerdo preciso del tacto de las tablas del escenario del Chami.

Pero antes de lanzarme de nuevo a la escena, he de rememorar mi primer contacto con el Chami. Recuerdo perfectamente el día de la entrevista. Preso de un pudor inexplicable algunos meses después y de un asombro adolescente, me personé en la puerta del Chami después de abandonar una camiseta de Led Zeppelin por una camisa de color azul y de atusarme la melena que me llegaba a los hombros. Tras transitar por la entrada, los pasillos y el recibidor, finalmente pasé al despacho de Tacho, quien en veinte minutos me convenció no sólo de cambiar de estudios antes de empezarlos, sino de desear fervientemente pertenecer a aquel Colegio donde me convertiría más tarde en un hombre al que no le importaban las apariencias.

Después de aquel verano, tras la despedida obligada de mis padres en un ritual súbito y agrisado de paso a la adultez, probablemente repetido por todos los colegiales de primer año, me vi en el confín del pabellón pequeño, en una habitación triangular con baño compartido. Coloqué con atención mi ropa en el nuevo armario, mis libros en las tres estanterías, que amenazarían más tarde con quedarse pequeñas. Descolgué el teléfono para comprobar si había línea, en un gesto que haría miles de veces a partir de aquella. Deambulé por la habitación antes de tumbarme en la cama, como hice más tarde en al menos cinco habitaciones, según mis cálculos, entre 1.200 y 1.400 veces. A pesar de la relativa alienación del principio, me di cuenta, mientras miraba perdidamente al falso techo, de que me estaba convirtiendo en un estudiante de Ciudad Universitaria en un tiempo en que internet había sustituido a los grises. En 2007, sin ningún riesgo económico o físico al pasear por el campus, toda la épica estudiantil estaba a nuestra disposición.

A partir de aquí, todo pasó muy rápido. Las hojas de mi calendario se colapsan nuevamente en un todo compacto en que se mezclan fragmentos de conversaciones con amigos, interminables debates, exaltación previa a las fiestas, debacle física, abatimiento moral y monumental resaca al día siguiente, ansiedad por descubrir todas las

aulas, todas las actividades, todas las salas, pasillos y recodos del Chami. El recuerdo concreto del tacto de las barandillas, de la escalera, del suelo moteado, del jardín interior, de las salas quizá hoy inexistentes, me da una imagen nítida del ambiente que respiré aquellos días. Las reuniones empezaban a funcionar periódicamente, los novatos hacían sus elecciones de actividades, en un abanico amplio desde la abulia total hasta el frenesí renacentista multitarea. ¿Qué podría yo elegir? ¿Qué elegirían mis amigos? Sin dudar, me introduje con entusiasmo en los debates políticos y religiosos, dejando aparte en un principio las aulas más artísticas. A pesar del clima *pre-hipster* de la época, me faltaba tiempo para disfrutar de Kundera o Atxaga. Por supuesto, la perspectiva deportiva no suscitó mi atención, en pro de las butacas y los mullidos sillones de conversar.

En aquel primer año comprobé con agrado que no habría novatadas, gracias al empuje de las generaciones anteriores. A diferencia de muchos otros colegios, en el Chami era posible que las cosas fueran, de acuerdo con nuestra balbuciente intuición política, *diferentes*. ¿En qué sentido? Dar sentido a esta pregunta es algo que nos llevaría tiempo hacer y para la que no hay respuesta concreta o uniforme. Esta idea empieza a tomar forma desde la primera visita al Salón de Actos, a cuya mención me asalta con nitidez el recuerdo de las butacas de asiento reclinable y color rojo, con huellas de antiguos ceniceros en el dorso. Desde aquellos sillones comprobamos el funcionamiento de las asambleas colegiales, al principio con entusiasmo y algo de miedo y progresivamente con mayor arrojo. En el punto álgido de la vida participativa de un colegio, en su *acmé* asambleario, cuando se entiende su mecanismo y se participa en él, existe la creencia doméstica de que la asamblea conforma una suerte de pequeña sociedad parlamentaria. Yo me entusiasmé como muchos de mi generación con aquellos debates, me exalté, me enojé y voté con solemnidad. Más precisamente, recuerdo que participé en el grupo conservador opuesto a la instalación de un autoservicio en el comedor. Pasando el tiempo, sufrí un desprendimiento de boina que me condujo al grupo liberal, con cuyos simpatizantes voté en contra de la regulación de los precios de las bebidas de las fiestas por considerarlo ignominioso. A pesar de que estos temas puedan resultar relativamente anecdóticos, lo cierto es que la Asamblea votó temas muy importantes para nosotros y otras personas. En particular, recuerdo un germen anticorrupción que condujo a la transparencia en las cuentas

de beneficios de las fiestas, así como a la presentación de proyectos para emplear ese dinero, muchas veces en una línea humanitaria. En ese sentido, recuerdo una inquietud profunda de gran parte de mi generación y la anterior hacia el Sáhara occidental y la instalación de pancartas en la fachada. Quizá una parte de la mente de todos al sentarse a una Asamblea recordaba que había sido allí mismo donde, por ejemplo, las novatadas fueron suprimidas. Ese mismo espíritu nos condujo a eliminar después, con bastante esfuerzo, una innoble pseudo tradición cavernaria consistente en atacar colegios vecinos con globos de agua, líquidos no identificables o, la opción favorita de los más homínidos, huevos. La conciencia colectiva supo apreciar pronto, tanto a la vista del destrozo idiota como de la Policía Nacional a la puerta, que aquello no correspondía en absoluto ni con el Chamí que existía en la incipiente memoria colegial ni con el que deseábamos para nosotros mismos. Tras duros debates, aquel oprobio fue erradicado.

En este momento, mis recuerdos se condensan en un instante robado al olvido gracias a una cámara fotográfica. Se trata de una foto en que aparecemos cuatro amigos cogidos de los hombros antes de una fiesta de Navidad, que debe de datar del 19 de diciembre de 2008, tras una ojeada nostálgica a mi segundo calendario. El escenario es una columna al lado de la capilla. Yo aparezco a la izquierda, con la mano derecha levantada en gesto de despreocupación y mis grandísimos e inseparables amigos Pablo Báez, Álvaro Cancela y Miguel Querejeta, dos colegiales y medio. La foto fue tomada por un colegial ejemplar y gran amigo nuestro, Borja Ibáñez, que sacrificó su aparición en la foto por la posteridad. Con todas estas personas compartiría muchísimo tiempo, esperanzas e ilusiones en los años y cursos por venir. Esta foto me recuerda exactamente ese momento, previo a la cena, en un instante singularmente feliz en que nos sentíamos jóvenes, fuertes e ilusionados. Yo ya llevaba el pelo corto y el recuerdo de haber recibido un mazapanazo en mitad de la frente el año anterior, procedente de un brazo en cuya compañía tomé muchísimas cañas más tarde. Aquella noche, los tipos de la foto cantaron y bailaron, se quejaron de la lentitud de la barra y trataron de pernoctar y yacer con otros seres humanos según la disposición de su naturaleza y fortuna. Exactamente lo mismo hicieron casi todos los demás colegiales que también se hicieron fotos ésa y otras noches y que probablemente aún guardan con tesón.

Esta imagen corresponde muy bien con el ambiente que creo recordar de ese momento. Estábamos integrados, participábamos en las aulas, seríamos más tarde quizá delegados, quizá mesas colegiales, quién sabe. Éramos asiduos del córner vespertino en que compartíamos nuestras angustias y anhelos. Nos sentíamos parte de un todo cada vez que comíamos en el comedor de invitados con sidra Mayador, en lo que la Chamipedia denominó *El Eje*, escuchando a insignes e ínclitos políticos, académicos y músicos o comentando películas, libros o pasajes complejos de la Biblia con Julio, que compartía



~~~~~  
Foto de los cuatro II (IM)

con nosotros su paciencia infinita. De hecho, yo tuve el privilegio de servir de delegado del Aula de Pensamiento Religioso, que mi excelente amigo Javier Hernández me transfirió convencido de que mi caos no sería óbice ni cortapisa para una labor decente. Y en efecto, gracias a Julio y a las ganas, curiosidad y tolerancia de gran parte del Chami, pudimos disfrutar de muchas horas gratas y enriquecedoras. Estábamos, pues, en nuestro punto álgido como colegiales y estudiantes. El curso anterior, con ocasión de las elecciones que darían a Zapatero su segunda legislatura, habíamos corrido por las calles de Moncloa con una inmensa bandera del PSOE que trajimos de Ferraz. La noche de la elección, estuvimos atentos al escrutinio desde las salas de televisión, recordando que semanas antes habíamos hecho cola en la oficina de Correos de Guzmán el Bueno para pedir nuestro voto. Para mí sería la primera votación, la primera vez que podría pronunciar me en el conjunto de la sociedad como estaba aprendiendo a hacer en las asambleas.

Me resulta todavía asombroso cómo pasamos de la euforia de esos días a la apatía de años posteriores, después de que la gigantesca ola de la crisis económica tratara de arrancarnos de la orilla con amarras y equipajes. Era yo la misma persona que acudí a la Puerta del Sol en mayo de 2011 con una inmensa curiosidad. Decididamente, ningún espíritu forjado en interminables horas de asamblea envuelto en pura *chaminositud*, por más que votara en contra de la regulación

de precios, podía quedarse sin acudir al acontecimiento social más importante de nuestra época estudiantil. Gran parte del Chami se movilizó aquellos días, en diversos grados desde el escepticismo tenaz hasta el fervor revolucionario, tanto en el propio Sol como puertas adentro. Mientras comíamos en mesas de seis personas a partir de las dos y cinco, nos encendíamos comentando las últimas noticias, las diversas declaraciones, los eventos por venir. Con cuidado al dejar los platos en el soporte bajo las mesas hexagonales, una ola de desafección, entusiasmo, o expectación podía sobrevenir en una larga sobremesa. Nosotros, que habíamos hablado con padres de la Constitución, con ministros y diputados no podíamos estarnos quietos, aunque sólo fuera por curiosidad. Concretamente, mi experiencia esos días es más bien en cabeza ajena que propia. Fui dos días a Sol, uno de los cuales hube de franquear una fila de policías que advertían de lo inconveniente de la acumulación de manifestantes en la Plaza. Al inspeccionar mi mochila para dejarme pasar, un agente comprobó con horror, compartido, que no llevaba más que apuntes de Álgebra. Pasado el control, y al ir a introducirme en la turbamulta, la cinta de mi mochila se enganchó con la pistola del policía, que me miró con una expresión de incredulidad indescriptible mientras me caían por la frente gotas de miedo. Busqué en la Plaza a mis compañeros del Chami y estuve repitiendo proclamas con la multitud. La mención continua de la palabra *chorizo* nos hizo sentir hambre y pusimos fin a nuestra aventura manifestante con la ilusión, algo etérea, de pertenecer a la herencia democrática de nuestros predecesores en el campus de Ciudad Universitaria.

Mucho más impactante fue el minuto de silencio del viernes 20 de mayo de 2011, cuando a medianoche empezaría oficialmente la jornada de reflexión y la presencia de manifestantes en la Puerta del Sol sería completamente ilegal. Esperamos el momento con expectación y escuchamos las doce campanadas sobrecogidos de un modo desconocido para todos, muy superior a veintiuna nocheviejas. Después del silencio, y aun distraído como estaba en pleno enamoramiento de Laura con su vestido de flores, que me cogía de la mano, creo recordar que hubo aplausos y euforia, quizá por el sentimiento compartido. Algunas horas después abandonamos la Puerta del Sol, con tema de conversación para meses y un estado de ánimo que iría mutando de la exaltación a la desilusión pocas semanas después. Indudablemente, vimos nacer aquellos días las claves de un panorama político español

nuevo y aún en desarrollo, que consigue con cada vez más fuerza que yo mismo considere extraños mis propios recuerdos en aquella noche en que agité una bandera en Ferraz, cuando ningún otro horizonte era posible, pero tampoco eran concebibles ni la incertidumbre ni el miedo que después todos comenzamos a experimentar.

Creo que toda mi generación pasó súbitamente de tener un plan infalible de éxito vital a los dieciocho años en un país que por fin había alcanzado el anhelo de la modernidad, a verse con veintidós caminando entre arenas movedizas en un territorio surcado de incertidumbres para las que nuestra educación no nos preparó nunca. A pesar de la épica estudiantil que respiramos antes de la crisis, cuando veíamos en el Salón de Actos películas de los años setenta y ochenta de marcado carácter político con el morboso placer de saber que un día estuvieron prohibidas, no creo que casi nadie de mi generación deseara estar realmente en frente de una causa política concreta. Nos habían educado sencillamente para disfrutar de las conquistas anteriores, que amenazaban con evaporarse por sorpresa. Pero éste es un debate actual para el que confío que la experiencia asamblearia del Chami sea un equipaje útil.

El Salón de Actos fue sin duda para mí en aquel tiempo mi lugar predilecto del Chami. Pero las Asambleas no fueron mi ocupación favorita. Supe que me enraizaba en el suelo del Salón al oír retumbar la *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller, en la primavera de mi primer año. Comprimido en una butaca, a punto de estallar de catarsis y al filo de dejar caer un tercio vacío al suelo, mis tímpanos se inflamaron al escuchar con estruendo las palabras de Willy Loman en la gabardina de Pedro Rubio. Con un temblor que aún hoy me persigue, todo el auditorio y yo mismo nos supimos interpelados a través del tiempo, como seres humanos, por un grito sordo que decía “*los sueños no son como madera que puedas tocar, pero están ahí*”, mientras nuestros ojos se llenaban de aroma de bosque. Soy incapaz de recordar con exactitud la frase y no encuentro la cita, pero la falta de precisión no me impide afirmar que deseé inmediatamente subir al escenario y hacerme parte de él. Años después, vi la primera obra en que no participé desde la cabina de sonido, incapaz de volver a las butacas de pura nostalgia. Entre tanto, puedo contar cuatro obras en que inventé, memoricé y confundí personajes. Encontré en las tablas del teatro una fuente inagotable de coraje, valor, exigencia y placer. Encontré magníficos amigos como el propio Pedro



~~~~~  
Cartel de muerte de un viajante  
@ Cristina Montero

y otros, imposibles todos de mencionar. Encontré experiencias y la ocasión de explorar mis límites, cercanos pero ligeramente flexibles. Finalmente, en el teatro y entre las bambalinas, encontré el amor que me acompañó a la Puerta del Sol, a Lavapiés y más tarde a París, tiñendo mis recuerdos de un perfume dulce y profundamente vital.

Globalmente, el mecanismo necesario para pasar de estudiante inquieto a miembro de una *troupe* teatral capaz de hacer reír y conmover a un público cómplice pero exigente, es sorprendentemente sencillo. Sin embargo, el Chami es el ingrediente esencial que hace que todo el engranaje funcione. En mi segundo curso, con la memoria aún perturbada por la obra del año anterior, bajé a la primera reunión. Inmediatamente, me convencí de querer

continuar en la compañía, vencer el miedo y prestar mi voz a una conciencia diferente de la mía, pero reinventada por mí. Los pasos son simples: hay tal vez cuatro escalones que separan el patio de butacas de la escena. A casa paso, dos del pie izquierdo y dos del derecho, hay que extirparse el miedo a ser otro, el miedo a no serlo, el miedo a hablar bajo, el miedo a no hablar, a moverse como un pato o a ser incapaz de hacerlo si es que ése era el objetivo, a disgustar al público, a recibir tomatazos verbales o, peor aún, a bajar de la escena descontento. En los cuatro escalones trataba de mudar la piel y aparecer arriba como una serpiente emplumada en busca de las escurridizas bolas de energía de las que nos hablaba Fernando, nuestro director, en cada ensayo. Hay muy pocos hilos en el ovillo de mis recuerdos que no tengan que ver con TOUCH, con todas las carcajadas y suspiros dentro y fuera de la escena.

Mi primer personaje fue doble: un ladrón senil y alcoholizado, a la vez que veterano actor senil y alcoholizado en *Qué ruina de función*. Para representar las dos caras de una obra de teatro dentro de una obra de teatro, necesitamos el concurso de una inmensa ilusión, una férrea

disciplina y una gigantesca imaginación para concebir un escenario cuajado de escaleras, puertas, ventanas y otras trampas caseras. Hasta que Julio el carpintero dio a luz un armatoste parecido a un gigantesco reloj suizo con pinta de carabela, maderas transversales y pomos por doquier, tuvimos que ensayar subidos en mesas y sillas, con miedo de perder de una caída algo más que el pie y la dignidad. Los ataques de risa eran especialmente peligrosos, pero aquella obra marcó mis recuerdos de modo indeleble, haciéndome adicto al teatro para siempre.

Mis otros personajes también fueron inolvidables. Fui un sacerdote algo senil y alcoholizado en *12*, cuando intentamos convencer al público y a nosotros mismos de la inocencia de un joven acusado en manos de innumerables prejuicios. Más tarde, fui el señor Barnier, hombre furibundo, egoísta y avaro en bata y zapatillas que aún consero, en busca de 64 millones de francos escondidos en una maleta. Mi mayor conquista en aquella obra, en *tenue de toilette*, no fueron aplausos u ovaciones, sino enamorarme de la chica que hacía el papel de Jacqueline, con tirabuzones de muñeca y unos ojos azules que podían dejarme sin respiración en plena escena. Muy pronto, la máscara de actor se nos cayó a ambos y nos encontramos en un escenario vacío salvo para nosotros dos.

A partir de ahí, cuando ya no podía pedirle más al teatro, tuve aún la alegría de ver el relevo de mi generación en mis compañeros más jóvenes, capitaneados por mi amigo Andrés Muñoz, compartiendo con ellos la escena, como en *Un Enemigo del Pueblo*, o desde fuera de ella, en *Políticamente Incorrecto*. Cada vez que tengo alumnos enfrente y aun con la tiza en la mano, no puedo evitar escuchar el rumor de las tablas del escenario del Chami tomando el control de mis músculos.

Y así, cuando las páginas de mis calendarios volaron lejos y en orden como un abanico de hojas en la tempestad, llegué a mi último curso afincado en el Paseo de Juan XXIII. Ese último año, cuando ya había vivido en la habitación 520 del tridente, pertenecido a la Mesa Colegial, y bebido, según mis cálculos, unos 2.000 cafés en compañía de inmejorables y excelentes amigos, unos citados y otros, por desgracia, omitidos, me sorprendí de nuevo inmerso en una instantánea inolvidable. Un 16 de diciembre de 2012, justo al volver desde París al acabar mi Erasmus, y poco después de dejar mi maleta en mi última habitación, decidimos repetir la foto de años atrás junto a la columna. Tratamos de imitar nuestras posturas y gestos, olvidando por un momento que



Foto de los cuatro II

éramos casi otras personas. Yo volví a levantar la mano, esta vez al final de la manga un traje recién estrenado, mientras Pablo, Álvaro y Miguel recuperaban también sus miradas de diecinueve años, profundamente cargadas de páginas de calendarios, de viajes y de horas pasadas en el mismo lugar. En esta ocasión, fue Laura la que prestó su objetivo a la posteridad. Por más meses que pase escribiendo, no sabría hacer acopio de todo lo que expresan para mí esas dos fotos juntas, en el mismo lugar y en tiempos distintos, una con todo aún por experimentar y otra con la mirada puesta en un lugar volátil del horizonte, ya lejos de la columna que sin embargo nos dio apoyo y referencia.

Semanas más tarde de la foto, sentí que mi ciclo en el Chami había concluido y que debía buscar otros rumbos. La redondez de ambas fotos simboliza de manera muy elocuente el paso de estos años, hasta hacernos capaces de marchar, de partir, avanzar y recordar. Me vi mirando por la ventana de mi última habitación con la impresión de mirar por todas las cinco ventanas que tuve superpuestas, dejando la mirada vagar por una vista que me fue connatural durante tanto tiempo y que sin embargo debería abandonar. Dejé mi última llave, cogí mi equipaje y en menos de doce pasos dejé de ser colegial del Chami en el mismo lugar por donde entré.

Mientras escribo estas líneas, lejos de Madrid, recomponiendo aún mis memorias en ovillos y calendarios, no puedo evitar pensar en las

palabras de Carlos Fuentes que incluí al principio. Esta frase es, de hecho, el filo de la espada que me permitió deshacer el nudo de mis recuerdos. Un torrente de deseos satisfechos me asaltó inmediatamente recordándome quién fui, y forzándome a escribirlo. La fórmula no puede ser más feliz, puesto que al irme del Chami sentí, en efecto, que ya había completado mi órbita allí, floreciendo todo lo posible y satisfaciendo todos los deseos que pude tener.

El Chami no sólo me dio un lugar en que vivir durante cinco años, y un lugar al que tanto yo mismo como mi memoria podríamos volver siempre y ser bienvenidos, sino que también me nutrió de infinidad de cosas necesarias para mi vida presente. Durante el tiempo en que fui colegial disfruté hasta la extenuación de aquel lugar. Una vez fuera de él, me sigo preguntando cuál es la fuerza misteriosa que hace que el Colegio pueda gravitar como lo hace, en equilibrio. Sin duda, tengo que agradecer infinitamente al Chami todo lo que viví en aquellos años y todos los recuerdos preciosos que me llevé en el equipaje. Pero no sólo eso, sino mucho más aún, gracias a las personas, en particular a Tacho, Sergio y Juan, que hacen este gigantesco privilegio accesible a muchos. Si he de abrir mi equipaje para comprobar qué me llevé, haría el elenco siguiente. Como ser humano, la capacidad de escuchar, preguntar y aprender; como ciudadano, una coraza democrática que me protege de odiar y despreciar incluso los discursos que no tengo ganas de oír; como docente e investigador, la libertad de compartir lo que ya he aprendido y la curiosidad para encontrar lo que aún no sé.

París, septiembre de 2015.



# MI FAMILIA Y OTROS COLEGIALES

Javier Hernández Pascual (1975-1984); Javier (2005-2010),

Belén (2010-2013) y Clara (2011-2014) Hernández López

Nuestra historia familiar -la de los Hernández López- con el Chaminade comienza hace cuarenta años con Javier padre. Treinta años después Javier, el mayor de los cinco hermanos, abrió paso a la segunda generación, que continuó con dos de las tres hermanas, Belén y Clara, y que se cierra con Pablo, el hermano menor. Con esta trayectoria, resulta fácil comprender que las menciones al Chaminade hayan sido frecuentes en nuestras conversaciones familiares. No en vano, el Chami ha sido el escenario común en el que los cuatro vivimos años felices, intensos y gratificantes: nos hemos sentado en las mismas mesas de madera y hierro del comedor, hemos pasado ratos muertos en la misma portería, nos hemos calentado en el porche de la entrada con el sol de primavera, hemos charlado con Inma, Carmen, Tacho, María Jesús...

La invitación a participar en este libro nos llevó a tener una conversación en la que el Chami no sólo fue el escenario en el que transcurren las historias, sino que se convirtió en el centro de la charla. El enfoque cambia, la cámara presta menos atención a los protagonistas y se detiene en los personajes secundarios, en los extras o en el ambiente. Y esta conversación refleja que los años del Chami, además de constituir para cada uno de nosotros una experiencia

HERNÁNDEZ C.º apellido PASCUAL C.º apellido JAVIER Nombre		 C. M. U. CHAMINADE
HERNÁNDEZ PEREZ Nombre del padre o tío C/ MUERTE Y VIDA N.º 10 5.º J Dirección (calle, número y planta) SEGUNDA Población	811 42 85 15 Teléfono 20 Población	
Escuela en Madrid Bata 83/84 (1.º B. izquierda)	Teléfono	
HERNÁNDEZ C.º apellido LÓPEZ C.º apellido BELÉN Nombre		 C. M. U. CHAMINADE
Paseo Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID Teléfono 91 554 54 00		
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Nombre del padre o tío C/ MUERTE Y VIDA N.º 10 1.º F Dirección (calle, número y planta) SEGUNDA Población	921 43 26 55 Teléfono SEGUNDA Población	
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Escuela en Madrid	Teléfono	
Bata 7/02/2010		
HERNÁNDEZ C.º apellido LÓPEZ C.º apellido CLARA Nombre		 C. M. U. CHAMINADE
Paseo Juan XXIII, 9 - 28040 MADRID Teléfono 91 554 54 00		
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Nombre del padre o tío C/ MUERTE Y VIDA N.º 10 1.º F Dirección (calle, número y planta) SEGUNDA Población	921 43 26 55 Teléfono SEGUNDA Población	
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Escuela en Madrid	Teléfono	
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Nombre del padre o tío C/ MUERTE Y VIDA N.º 10 1.º F Dirección (calle, número y planta) SEGUNDA Población	921 43 26 55 Teléfono SEGUNDA Población	
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Escuela en Madrid	Teléfono	
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Nombre del padre o tío C/ MUERTE Y VIDA N.º 10 1.º F Dirección (calle, número y planta) SEGUNDA Población	609 25 41 31 Teléfono SEGUNDA Población	
JAVIER HERNÁNDEZ PASCUAL Escuela en Madrid	Teléfono	

*personal, íntima, vivida individualmente, son también una historia familiar, común y compartida.*

*Las formas en las que uno puede acabar recalando en el Chaminade son inevitablemente variadas. Algunas son fruto de la casualidad. Otras veces se antoja un paso que se da por supuesto dentro de una senda que parece ya medio marcada. Nuestra conversación comienza por nuestros principios.*

CLARA: Papá, ¿cómo es que acabaste yendo al Chami?

JAVIER: En esas ventanas de la casa de enfrente vivían por aquel entonces Felipe Ruano y su familia. Nosotros vivíamos en el piso justo debajo. Cuando en el mes de junio llegó el momento de ir a Madrid le pregunté a Felipe, que estudiaba medicina en el Chaminade, y me recomendó que intentara entrar allí. Sin embargo, dadas las fechas que eran, cuando pregunté en el colegio me dijeron que era ya era muy tarde, que las plazas estaban cubiertas, y por eso acabé en el Alcalá. Al año siguiente, en 1975, mi amigo Juanma López Carbajo y yo presentamos la solicitud en el Chami y entonces sí fuimos aceptados.

CLARA: ¿Y cómo decidisteis mamá y tú que Javi fuera también al Chami?

JAVIER: No es que nosotros decidiéramos por él, sino que le sugerimos esa posibilidad y fue él quien tomó la decisión. Sentíamos que se trataba de una opción natural. Por un lado, como excolegial, me hacía ilusión que mi hijo pudiera acabar allí. Recuerdo que meses antes de que Javi entrara en el colegio paseé un día por Metropolitano de camino a un acto. Era sábado, y caminando por allí rememoraba los cinco años en los que aquel lugar fue mi barrio, y que en esa zona y en ese colegio mayor fue donde realmente tuvo lugar mi formación. Y pensé que me gustaría que Javi también tuviera la oportunidad de vivir todo aquello. Por otro lado, por nuestra vinculación a CEMI siempre hemos seguido en contacto con personas ligadas al colegio y en especial con José Antonio Romeo, que durante muchos años fue el cura del Chami. Así que cada vez que íbamos de convivencias nos preguntaban por Javi y si se animaría a entrar en el colegio mayor. En definitiva, el Chaminade era para mí un lugar familiar donde Javi podría pasar sus años de universidad. Pero, en cualquier caso, fue su decisión.

BELÉN: Y tú, Javi, ¿alguna idea del colegio tendrías, no?

JAVI: La verdad es que papá jamás me había contado batallitas sobre el Chami, pero sí que me acuerdo de una conversación en una cena en casa el año antes de empezar la universidad. Hablando de estas

cosas, papá contó que el Chaminade le había influido mucho en su manera de ser y que le había marcado. Y aquel comentario me llamó mucho la atención porque él nunca ha sido del tipo de persona que suelta frases categóricas sobre sí misma.

En eso yo creo que me diferencio de vosotras, que sí tuvisteis unas referencias mucho más cercanas y que podíais imaginar mejor en qué consistía el colegio mayor, ¿no?

**BELÉN:** Bueno, tan cercanas como que, la primera vez que estuve en el Chami fue en el vientre de mamá, en diciembre del 91 en el 25 aniversario del colegio [*risas*].

**CLARA:** Yo había oído hablar tan bien del Chami que un año antes de entrar ya lo tenía claro. Además, Belén me invitó a pasar allí el fin de semana que se organizaba el Chamirock. Me encantó el ambiente de ese salón de actos. También que los propios colegiales fueran los que tocaran, que los grupos fuesen tan variopintos, y además la buena acogida que me dieron los amigos de Belén... Vamos, que me lo pasé en grande.

**JAVI:** Y cuando yo estaba en el Chami, ¿vosotras qué pensabais de que vuestro hermano mayor de repente desapareciera de casa?

**BELÉN:** Yo veía como algo normal que te hubieras ido a Madrid. Me parecía muy guay que vivieras fuera de casa e hicieras tu vida. Recuerdo que me gustaba especialmente porque siempre que volvías los fines de semana traías discos nuevos y yo a hurtadillas te los cogía para escucharlos.

**CLARA:** La verdad es que no venías mucho por casa...

**BELÉN:** No, no venías nada.

**JAVI:** ¿No echabais de menos a vuestro hermano mayor?

[*Silencio*]

**JAVIER:** Parece que no... [*Risas*].

*La llegada a Madrid, a la universidad y al colegio mayor son experiencias especialmente intensas. Pocas veces en la vida los cambios son tan evidentes y palpables como entonces. Además, muchas emociones contrapuestas se mezclan y bullen: la excitación por lo nuevo y la inquietud por los cambios, la ilusión por las nuevas amistades y la melancolía por las que se dejan en casa, el ansia y el desconcierto ante la amplitud de posibilidades de una libertad aumentada... Todo esto contribuye a que los recuerdos del primer año sean especialmente vívidos.*

**JAVI:** Una de las impresiones más claras que conservo de esos años fue la diferencia entre mis expectativas y la realidad que me encontré

en la universidad. Yo me imaginaba la universidad como un hervidero de discusiones políticas, un ambiente académico estimulante que invitara a estudiar, muchas propuestas culturales sugerentes, gente interesante de todas partes... Y efectivamente, todo eso lo viví, pero no en la facultad, sino en el Chami.

**JAVIER:** En mis años, hacia 1974, final de régimen, la universidad sí estaba muy politizada y había mucho debate, pero su funcionamiento era en ocasiones muy deficiente. Había huelgas, se suspendían muchas clases, muchos profesores estaban metidos en política y se ocupaban menos de la docencia. Todo eso contribuía a que el nivel fuera bajo, aunque eso no quita que hubiera grandes profesores. El problema de la Autónoma, donde yo estudié, es que estaba fuera de la ciudad y las actividades culturales no se hacían allí.

**BELÉN:** Además, cuando vienes de una ciudad pequeña como Segovia tienes la ilusión de ampliar tu mundo. Quieres formarte, claro, pero sobre todo quieres vivir nuevas experiencias personales, salir de tu zona de confort, y eso ocurre en el colegio mayor.

A mí al principio me abrumó un poco la llegada al colegio. Me encontré con personas que, además de traer muy buenas notas, sabían de fotografía, de cine, de música, que hacían deporte y además hablaban tres idiomas... Y claro, yo no sabía si iba a estar a la altura. Pero luego me di cuenta de que estar con gente de tu edad con esas inquietudes y ambiciones es lo que te hace crecer personalmente.

**CLARA:** Claro, y también las posibilidades que se te ofrecen. A mí, por ejemplo, me encantaba ir los lunes al curso de cine de Javier Ocaña, que estaba organizado por la Asociación de Colegios Mayores. Es toda una oportunidad que un crítico de *El País* se ofrezca a dar cursos de cine a chavales universitarios. O recuerdo también que una tarde en la que no tenía nada que hacer, una amiga me dijo que en media hora Tomatito daba un concierto en el "Johny" y que tenía una entrada libre. Fue uno de los mejores conciertos a los que he ido en mi vida y surgió así, de la nada. En el Chami cada semana te pasaban cosas así.

*Para los que hemos vivido en el colegio mayor, el Chaminade es sinónimo de libertad, y evoca la vibrante sensación de poder disponer de tu vida con una amplitud hasta entonces desconocida. Hacer un buen uso de la libertad personal es un arte que lleva toda una vida aprender y en el colegio transcurren algunas de las primeras lecciones.*

**JAVIER:** Yo creo que una de las claves es que los colegios mayores recogen a los estudiantes de provincias que acuden a la capital a formarse. A esos chicos que llegábamos –y que llegan- a Madrid se nos abría la ventana de vivir fuera de casa, nos encontrábamos todos con unas expectativas de libertad que no creo que hayan cambiado. Por eso el Chami tiene inscrito en su ADN el respeto por la libertad de los estudiantes. En esto, otros colegios más conservadores de mi época eran mucho más estrictos.

**CLARA:** Y lo siguen siendo a día de hoy...

**JAVIER:** Luego siempre hubo gente que supo aprovechar esa oportunidad y otras personas que no tanto. Se trata de una libertad que puede resultar fallida.

**BELÉN:** ¿Y tú, sabiendo que la libertad que te da el Colegio puede acabar siendo un arma de doble filo, no te sentiste tentado de que nosotros fuéramos a un colegio con más controles?

**JAVIER:** No. Pienso que la época universitaria es una etapa formativa muy relevante. En el colegio mayor se es plenamente consciente de ello y por eso su misión es desarrollar un proyecto educativo que se guía por unos pocos principios que comparto plenamente, no ser una mera residencia. Yo mismo tuve la suerte de poder conocer de primera mano esto y por eso pensaba –y sigo pensando- que precisamente el Chami es el lugar ideal donde empezar a aprender a gestionar tu libertad.

**CLARA:** Yo creo que estando en el Chami todo el mundo experimenta lo que supone controlar su propia libertad, y que no siempre es fácil. Se te puede ir de las manos la carrera como me pasó a mí un año... Pero aprendes a gestionarte el tiempo, el ocio, lo que te conviene, lo que no. Y sobre todo creo que te conviertes en una persona adulta porque te tratan como tal, nadie te impone sus reglas, dejan que las cosas se regulen por el sentido común, que claro, unas veces funciona, y otras no.

**BELÉN:** Reconozco que en mi caso cuando llegué al Chami, toda esa libertad de movimiento... pues quizá fue difícil de gestionar.

**JAVIER:** La utilizaste a fondo...

**BELÉN:** Es que llegué un poco a lo loco...

**JAVIER:** Ya, ya, ya me lo comentó en su momento Sergio... Ya me dio alguna voz de alarma...

**CLARA:** Yo sí que me acuerdo de que el año que Belén se fue al Chami yo seguía por casa y hablábamos por teléfono y me contaba que

todo estaba yendo genial... Y, claro, por otro lado luego lo que escuchaba eran las discusiones de mamá y papá en la cocina con Belén... “Hemos hablado con Sergio... ¿Se puede saber qué estás haciendo?” [Javi ríe]

**BELÉN:** La verdad es que yo llegué muy tonta de casa, con la edad del pavo tardía, y quizá mis comienzos fueron más propios de entrar en un campamento que en la universidad... De todos modos, según van pasando los años te vas dando cuenta de que el Chami te puede absorber muchísimo, porque tienes al alcance de la mano todas las distracciones y estímulos allá donde vayas. A veces te cuesta darte cuenta que estás ahí con un propósito, y en mi caso eso fue especialmente cierto al principio, que no estaba muy convencida con la carrera que había escogido. El caso es que te cuesta encontrar un equilibrio dentro del colegio. Pero lo mejor que te puede pasar es que descubras ese equilibrio tú misma, a base de prueba y error y sin que nadie te vaya marcando la pauta. Igual tardas más pero yo al menos gracias a ese proceso he notado un crecimiento personal que no creo que hubiera sido parecido si no hubiera estado en el Chami.

*Uno de los mayores cambios del Chaminade a lo largo de sus 50 años de historia fue su transformación en un Colegio Mayor mixto en 2003. Aunque para las últimas generaciones esto eso lo normal, en su momento supuso un cambio drástico.*

**CLARA:** Papá, cuando entraste en el Chami el colegio era masculino.

**BELÉN:** Aunque según Carmen la portera, el Chami nunca ha sido masculino, siempre ha sido mixto... [Risas]

**JAVIER:** En mi época había algunos que vivían con su pareja y había novias que no salían del Chami, pero no estaba generalizado. Yo puedo dar fe de que en esos años el tono de las relaciones no era el de hoy. La apertura no era la actual ni de lejos. Para que os hagáis una idea, la primera conferencia que se hacía en la universidad nada más llegar era de educación sexual. Se hacía en el Loyola. Allí iba una ginecóloga a explicarle a toda esa banda de recién llegados de las provincias, chicos y chicas, lo que era un preservativo, cómo funciona el aparato reproductor del hombre y de la mujer... Una serie de conceptos e incluso de palabras que para algunos era la primera vez que lo oían. Eso era un fijo de las actividades de principio de curso de los Colegios Mayores.

**JAVI:** Durísimas declaraciones. [Risas]

**JAVIER:** Para que os hagáis una idea de cómo eran las cosas. Eso no quiere decir que no hubiera gente más avanzada, pero no hay que olvi-

dar que veníamos de provincias, donde se supone que la gente era más contenida y la sociedad menos moderna de lo que podía ser en Madrid.

Vamos que en mi época se podía contar con los dedos de las manos lo que estaban viviendo con la novia.

BELÉN: Pero ¿las chicas podían entrar y salir con facilidad?

JAVIER: A lo que se puede referir Carmen es que, a diferencia de lo que ocurría en el Colegio Mayor Alcalá -donde para que entrara una chica o que por supuesto se subiera a la habitación era necesario el permiso estricto del padre Castillo-, en el Chami las chicas entraban y salían libremente del colegio.

CLARA: Vamos, que el Chami siempre ha sido mixto.

*Uno de los aspectos que llaman más la atención al llegar al Chaminade son sus asambleas. Al principio pueden parecer caóticas, al estilo de las discusiones entre el Frente Judaico Popular y el Frente Popular de Judea, dando lugar a discusiones surrealistas y frases memorables. Pero las asambleas también eran un ejercicio de convivencia donde se constataban las distintas opiniones y sensibilidades de los colegiales. Y el lugar donde se plantearon iniciativas muy interesantes.*

JAVIER: Y ¿cómo es que saliste Mesa Colegial, Clara?

CLARA: En mi tercer año hubo una desbandada general, la gente ya se quedaba en el colegio tres años de media o menos, y salimos elegidos tres colegiales de tercero, creo que fue la Mesa Colegial más joven hasta esa fecha. La verdad es que no sé por qué salí elegida...

BELÉN: Pero ¿por qué no te iban a votar? ¡Claro que Clara! [Ríe]

CLARA: A mí siempre me ha gustado hablar con la gente. Y además me hicieron un poco de campaña.

JAVIER: ¿Cómo era el eslogan?

BELÉN: Claro que Clara. [Risas]

CLARA: Entre Belén y mis amigos Marina y Lucas me montaron la campaña. Al típico debate en la radio entre los diez más votados fueron con un cartel y todo. Fueron mis asesores. [Risas]

BELÉN: Claro, porque yo el año anterior tuve un fracaso electoral, no sé si lo sabes, papá.

JAVIER: ¿Te presentaste o qué?

BELÉN: No, no me presenté.

CLARA: Es que ahí no te presentas. Bueno, si quieres sí, pero te presentan tus amigos, o te vota la gente en la primera ronda. Luego se hace una segunda con los diez más votados.

BELÉN: Yo salí entre los diez más votados. Fui la única chica, eso sí. Lo que pasa es que luego en la segunda ronda pues...

JAVIER: ¿Es que en esto de las elecciones del Chami funciona también lo de las dinastías? [*Ríe*]

CLARA: Nos hicieron un cartel de broma que era de los Kennedy, y salíamos Javi, Belén y yo.

JAVIER: O sea que funciona lo de las dinastías.

JAVI: Bueno, Clara, ¿cómo fue tu experiencia en la mesa colegial?

CLARA: Pues en general positiva. Te da otro punto de vista de la vida colegial. Consiste básicamente en mediar y en tender puentes entre los colegiales y la Dirección, que en el Chami se mantiene, creo que acertadamente, un poco a la sombra y deja que las cosas sigan su curso interviniendo lo menos posible. Pero siempre hay conflictos, como es normal en un sitio con casi trescientos jóvenes.

Una de las cosas que más valoro de mi año de mesa es la forma de lidiar con los problemas que tenía la Dirección. Se escuchaba a las dos partes y se empatizaba con ambas, y cuando alguien recibía una sanción por una falta más grave o menos grave, he de decir que tenían siempre cuidado en no estigmatizar a un colegial en la medida de lo posible, para que no tuviera que cargar con el sambenito de “en primero hizo tal”, aunque al final todo se sabe, y desde luego hay casos de gente que llegó muy alborotada y más tarde se calmó.

Aunque mi parte preferida de ser Mesa eran las asambleas. Pese a que muchas veces podía ser tedioso, siempre había alguien que decía algo inteligente o daba una solución útil al problema de turno.

JAVIER: Sobre las cosas que se debatían en la asamblea yo me acuerdo de algo muy interesante. Durante mis años se planteó que se cambiara el sistema de pago de manera que se abriera la posibilidad de que cada colegial pagara una cuota en función de la renta de su familia. El caso es que los marianistas aceptaron.

Recuerdo que el impulsor de esa iniciativa fue Ricardo González Ibeas, que era el representante de los colegiales y estudiaba Económicas en la Universidad Autónoma. En el año 1975 en España no se había hecho la reforma del impuesto sobre la renta y no existía un impuesto sobre la renta progresivo, pero los estudiantes sí estudiábamos estos tributos en la carrera. Y entonces algunos compañeros del colegio pensaron: ¿dónde vamos a empezar a reformar los tributos en España? Pues en el Chami. Diseñaron una tabla con los ingresos de la familia

y el número de hijos. La cuota de referencia era de 690 pesetas al mes. Y, voluntariamente, cada colegial podía aplicarse la tabla, que podía dar lugar en función de la situación familiar a que pagaras una cuota mayor o menor que la de referencia. A los que les salía pagar por debajo iban a una especie de comisión de becas donde los marianistas concedían la rebaja en función de los ingresos que tuviera el colegio. Este sistema funcionó así durante dos cursos.

*Como cualquier otra experiencia intensa, el paso por el Chaminade deja un poso que ocasionalmente se examina buscando su significado a la luz de lo vivido posteriormente. Por eso el recuerdo de los años del colegio mayor cambia con el tiempo, unas zonas se iluminan y otras se oscurecen.*

JAVI: Y a ti después de todo este tiempo, ¿qué recuerdo te queda del Chami, papá?

JAVIER: No se ve de la misma manera cómo te ha influido el Chami a los veinte años de tu salida que a los cinco. Porque cuando vas cogiendo distancia sobre una época de tu vida se ve distinta, y cuanto más cerca estás menos perspectiva tienes y no se distingue bien qué es.

Como recordabas tú antes, pienso que el colegio mayor me formó personalmente y ayudó afianzar en mí los principios de libertad y responsabilidad. Pero claro, con los años el Chaminade ha ganado una trascendencia en mi vida que quizá al principio no podía imaginar. Por un lado, porque con los años se ha convertido en la casa temporal de cuatro de mis cinco hijos. Y, por el otro, porque a través del colegio conocí y me incorporé a las comunidades CEMI en las que mamá y yo seguimos. Y claro, el Chaminade ha sido el origen de muy buenas amistades que aún conservo.

JAVI: Está claro que el paso por el colegio deja su rastro. Hace unos meses una chica exagerando mucho me dijo que si no hubiera ido al Chami ahora sería una “fascista de mierda” [*Risas*].

Ahora en serio, en mi caso, supongo que como en el de todos, en el Chami he conocido a una buena parte de mis amigos más cercanos. Más allá de eso, lo que más valoro es que durante esos años conocí a muchas personas interesantes, estimulantes –algunos, auténticos personajes– que contagiaban su entusiasmo por la política, la poesía, las relaciones internacionales, la música, el teatro; o que te hacían llorar de la risa, o que te impresionaban con su inteligencia... Un catálogo muy variado, y precisamente en la variedad estaba la gracia. Además siento que en general las relaciones personales eran francas y percibías

un aprecio recíproco muy reconfortante. En fin, mi sensación es que durante esos años tuve la suerte de poder rodearme de gente buena en un sentido profundo.

Últimamente, he pensado que los años del Chami son una experiencia de convivencia muy sana. En el colegio se viven principios como el respeto escrupuloso de la libertad del resto de tus compañeros, un esfuerzo continuo por dialogar y empatizar con el de enfrente, una manera reposada de resolver los conflictos que van surgiendo... En fin, unas actitudes que se luego se echan en falta en otros ámbitos.

Y bueno, me gusta mucho sentir que no me he desvinculado del colegio por completo gracias a que vosotras habéis pasado por él después.

**BELÉN:** Quizá en mi caso, al llevar tan sólo dos años fuera del Colegio, no tengo la perspectiva suficiente para hacer la reflexión que te permite el tiempo, pero tengo claro que el Chami me ha marcado en muchos aspectos.

Vivir en un colegio mayor es una experiencia única porque se dan una serie de circunstancias, en el espacio y en el tiempo, que difícilmente pueden repetirse otra vez en la vida. Es una vivencia que transcurre en un periodo trascendental para cualquier persona. Es el momento de descubrirse a uno mismo, de experimentar y descubrir tu camino en la vida. O al menos de empezar a hacerlo. Y tener la suerte de llevar a cabo esta búsqueda personal en un entorno como el Chami es un privilegio. El Chami es un lugar especial, totalmente consciente del mundo en el que vivimos, pero al mismo tiempo aislado en sí mismo de cierta manera. Yo lo veo, y más ahora desde fuera, como una micro sociedad, una pequeña burbuja donde he aprendido a convivir, a respetar, a valorar la individualidad de cada persona y el sentido de la responsabilidad personal. Es un espacio de transición, una plataforma segura donde realizar la metamorfosis a la vida adulta a través de unos valores.

Suena muy grandilocuente, y la verdad es que al final la burbuja también se pincha y sales del Chami y aunque sigues viviendo en Madrid no es lo mismo, parece más el mundo real. Y quizá eso es lo bonito del Chami, que es corto, intenso y en el momento adecuado, y eso es lo que hace que deje huella.

**CLARA:** Yo, como Belén, me fui hace muy poco del colegio, y supongo que con el tiempo maceraré bien todo lo que me ha supuesto vivir allí, porque tengo la sensación de haber sido una esponja en

estos años, en los que he visto y aprendido muchas cosas a un ritmo frenético. Pero desde luego ha sido muy divertido. He conocido a gente muy loca, muy graciosa, muy inteligente, muy culta... y alguna muy gamberra. También gente un poco disparatada que, sin saberlo ellos, me han abierto la mente. Ves que otros viven su día a día de una forma en la que puede que tú jamás lo harías, pero lo bueno es que aprendes que se puede andar por muchos caminos, y ser de mil maneras. También he tenido mucha suerte y he hecho verdaderos amigos que me han abierto sus casas en Canarias, Galicia, País Vasco..., enseñándome regiones que no conocía de España, con los que me he ido después a vivir y que probablemente me acompañarán de por vida. En definitiva, me alegro mucho de haber pasado por el Chami.



# Fiesta del Novato 2012

## CMU Chaminade

SÁBADO 27 OCTUBRE 2012  
23.30 H

PASEO JUAN XXIII 9

10 E CON INVITACIÓN  
BARRA LIBRE

METRO METROPOLITANO  
BUSES C2, 132

**déjate aconsejar**

CONSEJO #11  
NO HAGAS NADA  
QUE TACHO  
NO HARÍA



## SER ADULTO

Alberto García (2008-2014)

Llegué al Chami por casualidad. En un principio la casualidad fue una simple consecuencia de ir a la universidad, pero al poco tiempo la casualidad y la consecuencia se convirtieron en una necesidad y en una excusa, en algo más importante que la propia carrera.

Para algunos el Chami es la libertad de entrar y salir con quien quieras y a la hora que quieras sin dar explicaciones, una especie de

residencia con salas de estudio donde puedes sacarte la carrera en pijama, “un lugar de formación y convivencia solidaria y responsable” o incluso el Colegio Mayor con las mejores fiestas de Ciudad Universitaria. Entendiendo necesarias todas las visiones del Chami posibles, creo que es enriquecedor que el Colegio se vaya definiendo en base a las experiencias de los que allí viven. Por mi experiencia, una de las particularidades que creo que hacen único al Chami y, que a su vez puede ser otra de esas definiciones, es que es el



Ficha de Alberto García

primer sitio en el que teniendo 18 años nos trataron como a adultos.

Con “ser adulto” no me refiero a tener que poner una lavadora, pagar la factura del gas y discutir con tu jefe, que para eso ya nos queda toda la vida; me refiero a la posibilidad de tomar decisiones y de asumir responsabilidades. Pero no sólo eso, sino la voluntad expresa de Dirección de que sea así, de tomarse en serio a la gente que vive allí, de que sean los propios colegiales quienes decidan cómo quieren vivir el Colegio, siempre en el marco del respeto, por supuesto. Explicado de esta forma queda muy serio así que, basándome de nuevo en la experiencia personal, creo que es mejor rescatar algunas de las batallitas que después de seis años de colegial me han llevado a definir el Chami como el lugar donde nos trataron como adultos desde el primer momento.

Si la lucha de unos fue acabar con las novatadas, el debate del Chami mixto o la abolición del *San Tecnofucker*, nuestra fue la contienda por las servilletas en el comedor. Al parecer, años atrás cada colegial tenía su servilleta de tela, la cual depositaba en un casillero específico que había en el comedor pequeño. En un punto que no he conseguido acotar, la tela se quedó pequeña para algunos, provocando un cambio de tendencia en el que los colegiales comenzaron a experimentar nuevas técnicas de limpieza durante la comida: las cortinas del comedor, el pan o la parte de abajo del tablero de la mesa se convirtieron en un paradigma de higiene personal. Por puerco que pueda sonar, en principio no era un tema que preocupara excesivamente a la opinión pública colegial, hasta que años más tarde un grupo de agitadores se tomó en serio el tema y propuso introducir las servilletas de papel en el comedor buscando el apoyo de la Asamblea.

Durante los tres años en los que formé parte de la Mesa Colegial, os aseguro que no hubo un tema más polémico y más complicado de resolver que éste. Por un lado, los reaccionarios defendían la ausencia de servilletas como un símbolo y criticaban la adopción de las servilletas de papel como una pérdida de identidad Chaminade. Tras varias horas de debate el discurso conservador caló en el público, la Asamblea se inclinó por el rotundo “No a las servilletas” y la sesión acabó con un insurrecto expulsado del salón de actos, por lo visto el primero en muchos años. Por unas servilletas.

No contentos con el resultado, días más tarde se convocó una segunda asamblea para intentar revocar la decisión de la primera. Pese a ser más complicada porque eran necesarios dos tercios de los votos a favor, finalmente se aprobó instalar dos dispensadores de servilletas. ¿En qué otro contexto se tomarían tan en serio la aparentemente simple petición de introducir servilletas de papel en el comedor teniendo en cuenta la opinión de los conservadores, los pro servilletas y del Aula de Ecología?

Durante ese proceso algunos manifestaron el famoso “*el Chami no es lo que era*” que, desgraciadamente se ha repetido generación tras generación para expresar el descontento frente a un cambio del *statu quo*. Pero son precisamente esas alteraciones en el sistema las que mantienen el Colegio vivo. Por suerte el Chami no es lo que era, es lo que sus colegiales quieren que sea en cada momento. Si por un lado desciende la actividad del Aula de Derechos Humanos o de la Tuna en



Foto de la Chasa (De izquierda a derecha) Dani Sors, César Enríquez, Alberto García, Jimmy Páez, Charly Gutiérrez. 2010. Preparación de globo cautivo para tomar imágenes del Chami. Chasa (Chaminade Space Agency)

un periodo determinado, por otro lado surge una exitosa Aula de Circo que consigue implicar a casi todo el Colegio ya sea como cirqueros o como espectadores de los numerosos eventos que organiza.

Otra de las aulas que surgieron espontáneamente fue la agencia espacial CHASA (*Chaminade Space Agency*), la cual fundamos unos cuantos amigos con el propósito de lanzar cohetes al espacio. Las circunstancias nos obligaron a bajar las expectativas de los cohetes y con que se alzaran un par de metros ya nos dábamos con un canto en los dientes. Tantas ganas teníamos que a más de uno casi le pilló por la espalda algún cohete fuera de control durante una exhibición de poder digna de Corea del Norte frente al Colegio rival, el Alcalá. Tras la demostración del aparato militar de la CHASA que Hugo presidió vestido de Geisha y que contó con la colaboración especial del equipo de rugby, el colectivo colegial ya estaba del lado de los *frikis* y así era mucho más fácil presentar un proyecto serio ante Dirección. Poco a poco fuimos contando con más recursos para el siguiente proyecto: el CHASAT, una serie de sondas estratosféricas con la que queríamos demostrar que la Tierra es redonda, que es un tema que la humanidad da por hecho a la ligera pero nosotros como somos gente curiosa queríamos verlo con nuestros propios ojos.

Inspirados en los garajes donde nacieron las grandes compañías tecnológicas de Silicon Valley, nosotros teníamos nuestra acogedora -por el tamaño no quedaba más remedio- agencia en el sótano del Colegio. Los ingredientes para construir el primer CHASAT fueron: un cubo de porexpan ensamblado a partir de cajas de pescado con la ayuda de un *cutter*, una manta térmica sustraída de una ambulancia con métodos de dudosa moralidad, un paracaídas de juguete, un boli Bic partido en cuatro trozos, cuatro arandelas, una cuerda, y un globo de un material parecido al látex de tres metros de diámetro. El globo fue sin duda el elemento más complicado de conseguir, ya que en aquel momento sólo había seis fabricantes en todo el mundo, pero sólo tenían stock disponible en la fábrica China. Aun así no nos querían vender tres globos sueltos, porque funcionan a gran escala, así que no nos quedó más remedio que utilizar el comodín de la picaresca española: Dani llamó por teléfono a la fábrica en China, les dijo que teníamos intención de comprar 300 globos pero que necesitábamos probar al menos tres. Le tomaron los datos e incluso acordaron que el *container* llegaría al puerto de Valencia si finalmente nos convencía el producto. Se fiaron tanto de él, que a los dos días llegó un paquete desde China con tres globos. Nunca más volvimos a hablar con los chinos, pero durante un tiempo vivimos con miedo de recibir una llamada desde el puerto de Valencia.

Con todo el equipo preparado y, tras una noche sin dormir para terminar el montaje, nos presentamos a un concurso de vehículos aéreos no tripulados en un pueblo de Soria. Con nuestros precarios instrumentos de medición -una báscula de cocina convertida en un manómetro- nos equivocamos hinchando el globo, se desvió unos 200 km de la predicción inicial y aterrizó en el único tramo de autovía de la provincia de Teruel, con tan mala suerte que un coche atropelló la caja y destrozó las tarjetas de las cámaras. Hicimos un cálculo estimado de la probabilidad de que cayese en medio de una autovía y si no recuerdo mal había más posibilidades de que nos cayera un meteorito en la cabeza. Toquemos madera.

La historia acabó con buen sabor de boca porque ganamos el concurso en nuestra categoría. Es verdad que no se presentó nadie más, pero todavía recuerdo a Charly recogiendo el premio ante un auditorio lleno de estudiantes de ingeniería y sacando de una bolsa de plástico de Carrefour una caja de porexpan envuelta en una especie de papel

dorado completamente destrozada y con la marca del neumático que le pasó por encima.

Si no fuera por el Chami, ¿dónde nos hubieran dado casi a ciegas unas cámaras para atarlas a un globo con la intención de grabar la curvatura de la Tierra a 35 km de altura y con la promesa de traerlas de vuelta? Pese al accidente nos siguieron dando más dinero para intentarlo hasta que lo conseguimos. Tampoco es que el resto saliera a la perfección, por el camino perdimos dos cámaras más, y estuvimos a punto de perder un CHASAT con el que queríamos rodar imágenes del amanecer en 360° con cinco cámaras dentro. Para ese último confió en nosotros una empresa que se dedicaba a hacer efectos especiales para películas -fueron los que hicieron la lava de *El Señor de los Anillos*- y nos cedieron algunas de las cámaras. Por suerte en el Chaminade tenemos una especie de ángel de la guarda (no me refiero a Tacho yendo a buscarte a los calabozos) que vela por el éxito de las actividades y, después de doce horas de darlo por desaparecido, conseguimos recuperar la posición del aparato.

Durante esos vaivenes de aulas, en mis dos primeros años en Madrid la curiosidad era insaciable y no sólo se manifestó en forma de agencia espacial de barrio, si no que fui picoteando de distintas aulas hasta que descubrí la radio gracias a Santi. Al principio bajaba a la radio como un entretenimiento más en el que pasábamos algunas tardes y noches hablando de temas sin importancia, sin guion y, sobre todo, sin oyentes. Pero le empecé a coger gusto al micro hasta el punto de ser el culpable de hacerme cambiar de rumbo. Nunca antes de esas experiencias en el estudio de Onda Mayor se me había pasado por la cabeza estudiar otra carrera que no fuese una ingeniería. Daba por hecho que seguir otro camino, en mi caso, al tener cierta habilidad con las matemáticas de Bachillerato, era fracasar. Menudo ignorante. Con la tontería del “tú vales para ingeniero, que además tiene muchas salidas” hasta se me habían olvidado algunas cosas de las que hacía de pequeño, que estaban más relacionadas con el mundo de la comunicación que con el de la ingeniería. ¡Pero si cuando tenía quince años me monté una estación de radio por internet en mi casa!

Al final la cabra siempre tira al monte me pasaba más horas en el estudio Hermanas Santos que en clase, y estábamos tan motivados que llegamos a emitir un programa a las 7.30 de la mañana para despertar al Colegio llamándoles por teléfono y preguntando “¿qué has soñado



24h de Onda mayor Miguel Viguera, Santi Gimeno, Alberto García, María Martínez Pinilla. 2014. 24h de onda mayor, programas en directo de colegiales y excolegiales desde la entrada del Chami. Aula de radio (onda mayor)

hoy?”. Era irónico porque la mayoría de veces no nos despertábamos ni nosotros mismos para hacerlo. A partir de ese momento y en horarios más acordes a nuestra realidad, nos implicamos al máximo recuperando antiguos programas y ayudando a que se crearan otros nuevos.

Del trabajo hecho en Onda Mayor es de lo que más orgulloso me siento de mi paso por el colegio. El primer reto fue recuperar la Mayor Tarde, un evento que se celebraba a principio de curso en el salón de actos para presentar la parrilla de programas. Entre las presentaciones se intercalaban entrevistas a invitados del mundo de la comunicación, sketches y hasta alguna actuación musical. En mi primer año, en 2008, no hubo Mayor Tarde, así que al año siguiente unos cuantos nos pusimos a intentar rescatarla, con la intención de mejorar el formato que había en las ediciones anteriores al año de descanso. No sé si fue mejor, pero sí que tengo grabado el momento de Pedro Piqueras tocando una jota en el escenario del salón de actos. En estos últimos años han pasado por la Mayor Tarde caras conocidas como Hilario Pino, Carlos Alsina, Juan Ramón Lucas, Rosa María Calaf, Ramón Lobo, Ignacio Escolar, Sánchez Dragó, Juan de Pablos, Santi Alcanda, Sergio Sauca, Jesús Cintora, Joaquín Guzmán, Manuel Ventero, Ignacio Elguero, Petón, Concha García Campoy, Mamen Asencio, y muchas otras más.

Creo que pocas veces en mi vida he vivido algo con tanta ilusión como todas las Mayores Tardes en las que he participado, sobre todo las primeras. Nos lo tomábamos tan en serio como si fuera la presentación de un gran medio de comunicación (que Onda Mayor lo es, pero



24h de Onda mayor Miguel Viguera, Santi Gimeno, Alberto García, María Martínez Pinilla. 2014. 24h de onda mayor, programas en directo de colegiales y excolegiales desde la entrada del Chami. Aula de radio (onda mayor)

ya me entendéis). La recompensa venía luego, tras la adrenalina de toda la semana de preparativos, en la casi clandestina Mayor Noche, donde se unía casi medio colegio en la sala de fiestas que hay al lado de la Sala de Ensayos. El triunfo era para los que conseguían subir acompañados a la habitación después de una gran tarde de radio. En mi caso era Lucía, la portera, quien en una ocasión me acompañó hasta mi habitación al encontrarme convaleciente y roncando a pierna suelta en los sofás de la entrada a las diez de la mañana con el Patronato presente: “está muy cansado, ha trabajado mucho esta semana con cosas de la radio”, me excusó ella. De la sangría peleona que tomábamos cual galos, a granel desde un caldero de cincuenta litros no dijo nada, por suerte.

Aunque por lo general en todos los principios de curso se viviese tan intensamente la radio entre los colegiales, también era habitual que durante los exámenes de enero y febrero los programas parasen, y ya pocos eran los que continuaban su emisión durante el segundo cuatrimestre. Si identificamos La Mayor Tarde como un estímulo para comenzar a hacer radio, sobre todo para los nuevos colegiales, pensamos que quizás después de los exámenes necesitábamos otro evento para reenganchar a los programas. Así surgió el 24h de Onda Mayor: la emisión de distintos programas en directo durante 24h seguidas, desde el *hall* del Chami. La programación se completó también con ex colegiales que vinieron expresamente a hacer aquellos programas que emitían cuando vivían en el Colegio.



Cartel de la mayor tarde 2010

Para darle más notoriedad al evento, Radio 3 se encargó de dar el pistoletazo de salida y emitió durante dos horas desde el Salón de Actos, justo antes de las 24h de Onda Mayor. No sé si me hizo más ilusión el haber creado una nueva actividad que implicase a tanta gente, ver a antiguos colegas haciendo radio junto a las nuevas generaciones, volver a hacer radio con María, Santi y Miguel; o la cara de Julio Ruiz emocionada viendo todo el montaje que habíamos hecho y retransmitiéndolo en su programa.

Otro de los días que no voy a olvidar nunca en la radio fue el día que salimos a emitir desde la calle. Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de hacer algún programa en exteriores, pero tampoco teníamos ninguna excusa para hacerlo. Tras unas semanas de darle vueltas,

justo se convocaron las primeras concentraciones que desembocarían en el Movimiento 15-M en 2011, así que ya teníamos la excusa perfecta para hacer nuestra primera emisión fuera del Chami. En cuanto al equipo, vamos a definirlo como sencillo y humilde, por no decir que estábamos de nuevo enfrentándonos a un reto que tenía más opciones de acabar en fracaso que en éxito. Entre lo que encontramos por los armarios del Aula de Radio y del Salón de Actos, más las aportaciones de algunos colegas, conseguimos: un ordenador, una mesa de mezclas con solera, una antena para coger wifi, un móvil con internet (no estaba tan extendido en ese momento), un micro inalámbrico, unos carnés de Onda Mayor hechos en diez minutos, una furgoneta con cocina y cama, un motor de gasolina y un cartel que ponía “Vehículo Acreditado” junto al número de matrícula de la furgoneta y el logo de Onda Mayor. ¿Acreditado por quién? ¡Qué más da! La aventura habría sido inviable de no ser por Jorge y su furgoneta, la cual sin duda ha vivido más experiencias Chaminade que un colegial medio. Le podríamos dedicar un capítulo de este libro sólo a ella.

La policía estaba nerviosa. Ya habían comunicado previamente que a las ocho iban a cargar contra los manifestantes puesto que no tenían permiso, la Puerta del Sol cada vez estaba más llena, y estábamos

atascados por el centro a sólo quince minutos de la hora. Para evitar más caos, bloquearon los accesos al casco histórico y un policía nos impidió pasar, puesto que habíamos llegado muy tarde para circular aunque fuéramos prensa. Ese día una de las muchas cosas que aprendí es que la tasa de éxito para entrar a sitios con acceso restringido es proporcional a la convicción que tengas de que vas a entrar. No hay nada más infalible que sentirse seguro y entrar con decisión, así que Jorge volvió a probar suerte por otro acceso, en el cual en un hábil movimiento de milisegundos casi ni frenó aun corriendo el peligro de chocar con una barrera metálica, y enseñó el papel de “Vehículo Acreditado” por la ventanilla. Fue mágico, retiraron la barrera corriendo y pudimos pasar. Increíble. Repitió el movimiento en otro paso que encontramos más adelante y por fin conseguimos llegar a la calle Mayor por la calle de Esparteros. Ya estábamos en frente de La Mallorquina, veíamos las furgonetas de los otros medios aparcadas en Sol, ¡por fin! Pero en el último momento otro policía nos obligó a dar la vuelta, menudo chasco, irse en ese momento nos sentó como un jarro de agua fría. Nunca he sido muy valiente, así que si hubiera sido por mí aquella aventura ya habría llegado a su fin, pero Jorge aparcó delante del McDonalds y se bajó sin decirnos ni una palabra. Fue a hablar con otros dos policías y finalmente volvió con la autorización -esta vez real- de la policía para acceder a la plaza, así que pudimos aparcar junto a la furgoneta de Telemadrid.

Aunque al principio estábamos un poco acomplejados comparándonos con el resto de medios, empezamos a instalar la base de operaciones: Jorge sacó el motor de gasolina con el que pudimos encender los equipos y que asfixió ligeramente con el humo a los curiosos que se acercaban a ver nuestro despliegue. Nos dimos cuenta de que nos habíamos olvidado el teclado del ordenador, así que tuve que “correr”, como dijo Antonio Vega, hasta el Corte Inglés de Preciados para comprar el más barato. ¿Recordáis la imagen de Sol hasta arriba de gente? Suerte la mía, buen momento para tener prisa. Después de otros tantos problemas técnicos como que no conseguimos *hackear* ninguna señal WiFi en la zona, finalmente conseguimos emitir 180 segundos en directo utilizando el móvil hasta que la compañía nos cortó el *streaming*. 180 segundos para la historia de Onda Mayor.

Sin duda fue una tarde muy emocionante en la que además de haber conseguido emitir, aunque fuera por poco tiempo, sentimos que

formamos parte de uno de los momentos más emotivos de nuestra generación de “indignados”. Jorge se ganó la confianza de los policías y desde ese momento participó en el 15-M llevando suministros con su furgoneta la cual, camuflada como vehículo de prensa, pernoctó en Sol varias noches.

Después de la radio, el lugar donde más tiempo he pasado en el Chami -algunos bromean que hasta más que en mi habitación- es el Salón de Actos. Cuando llegué al Chami apenas había enchufado un par de micrófonos y había ayudado en algún concierto en Palma. Pero no hay nada como decir que te gustaría aprender algo nuevo, para acabar organizando unos cuantos Navirock, Chamirock, Chamicústico y Chamijazz; además de montar galas de circo, monólogos, conferencias, obras de teatro y hasta un congreso mundial de Esperanto. De todas estas actividades diría que los Chamicústicos fueron los más duros pero a la vez los más satisfactorios. Por una cuestión de adaptarnos a los tiempos, pensamos en ampliar el formato del antiguo Ciclo de Cantautores y dar cabida a propuestas más variadas manteniendo el formato acústico. Depedro, The New Raemon, Mucho, La M.O.D.A, Carmen Boza, Francisco Nixon, Rufus T. Firefly, Club del Río, Nat Simons, Penny Necklace. Decía satisfactorio, y además por partida doble, porque mientras el Chami ayuda a grupos no muy conocidos a difundir su música entre los universitarios, con los años además muchos

de ellos han ido creciendo y siendo más conocidos. Más allá de las excentricidades y las exigencias de algunos casos puntuales, como aquel *manager* que empezó a pedir cervezas a mi nombre en la cafetería, en general guardo muy buenos recuerdos de los Chamicústicos. Por cierto, el nombre de Chamicústicos fue elegido por votación en Cartelera, que conste.

Qué mala suerte es tener que tomar una de las decisiones más importantes de nuestra vida con 18 años, pero qué suerte es haber tenido la oportunidad de conocerme mejor a mí mismo en el Chami, de darme cuenta de que quizás

# CHAMI CÚSTICOS

16 de Marzo  
MILCO  
The Right Ons



23 de Marzo  
Mila Malloques  
Depedro



CMU Chamicústicos  
Paseo Juan XXIII, 11  
06001 Almería  
www.chamicusticos.com

~~~~~  
Cartel Chamicústicos

me equivoqué eligiendo carrera y que me permitieran, tanto en mi casa como en el Colegio, rectificar y estudiar periodismo.

No hay un solo día que no nombre o recuerde alguna anécdota en el Chami y espero poder seguir haciéndolo durante muchos años más. Por eso no puedo más que sentirme a la vez agradecido y en deuda por todo lo que he aprendido y vivido en el CMU Chaminade, el que seguramente haya sido el mejor lugar donde vaya a vivir en toda mi vida.

[...]

*¿Quién me iba a decir  
que acabaría en La Casita?*

*¿Quién me iba a decir  
que todo esto se acabaría?*

Microondas Band, La Casita, CMU Chaminade (2008)



# VOLVER

Octavio Barriuso Varela (2009-2013) y Alba Carballal Gandoy (2010-2013)

*Pero el viajero que huye  
tarde o temprano detiene su andar.  
Y aunque el olvido, que todo lo destruye,  
haya matado mi vieja ilusión,  
guardo escondida una esperanza humilde  
que es toda la fortuna de mi corazón:  
Volver...*

Alfredo Le Pera y Carlos Gardel

Se suele decir que abandonar tu hogar es algo así como abandonar el mundo. Para nosotros, haber cambiado Madrid —*qué importa de dónde*

*vienes, si estás aquí*— por un gélido y hostil París está siendo una oportunidad para poner en valor todas las vivencias que los años de la universidad nos han permitido experimentar. Y si el éxodo está siendo duro para los cientos de miles que se han tenido que marchar —también compañeros y amigos—, la dificultad es doble para quienes encontramos en el Chami nuestro hogar: cuesta alejarse del particular mundo en miniatura que nos acogió con tanta calidez durante, quizás, los mejores años de nuestra vida.

Llegamos a Madrid con la maleta llena de cosas y vacía de historias que contar. Pertenece a esa generación sin pasado que no corrió delante de los grises, que no vio morir a Franco ni vivió la transición; la revolución sexual



Fichas de Octavio Barriuso y Alba Carballal

Octavio Barriuso y Marcos Tello en el 15-M



nos pilló de vuelta y hacía décadas que la *movida* había sido demolida por esa alianza negra entre las drogas y el neoliberalismo. La *alegría de vivir* se había institucionalizado y parecía que no quedaban ideales que reivindicar. Sin embargo, el *espíritu de la época* —que no es otra cosa que esa humanidad febril propia de la juventud— no tardó en cristalizar, y nosotros también encontramos nuestros mitos y nuestras luchas. Así, esa generación sin pasado comenzó a reclamar su derecho al futuro y encontramos, al fin, los espacios y los medios que nos eran propios. Nos habíamos inventado una nueva manera de estar en el mundo, y desde el 15 de mayo de 2011 parece que ya no existe otra.

Sin embargo, desde mucho antes de esa fecha en el Chami ya existía una ebullición cultural, política y humana que suponía un caldo de cultivo perfecto para servir, llegado el día, como una de las trincheras fundamentales del movimiento político en el que todos nos sumergiríamos enseguida: hacía años que las novatadas eran historia entre sus muros, éramos avanzadilla en la reivindicación de los derechos humanos —buen ejemplo de ello es la Plataforma Universitaria de Apoyo al Sáhara, que tenía al colegio por centro de operaciones— y en los espacios comunes lucían, orgullosos, carteles que varias décadas atrás sirvieron para anunciar la proyección de películas censuradas por la dictadura, de recitales literarios o de sesudas tertulias políticas y filosóficas. A la manera en que nos imaginamos que lo hizo, en otras épo-

cas, la Residencia de Estudiantes con Buñuel o Lorca, el Chami funcionó para nosotros como un catalizador de experiencias y de aprendizaje: nunca hubiésemos pensado, desde nuestras pequeñas ciudades de provincias, que existía un lugar capaz de colmar con creces todas nuestras ansias de conocimiento, de intercambio dialéctico y de libertad de expresión. Además, si los temas circunstanciales y propios de nuestra generación se vivían con una intensidad inmensa, el efecto multiplicador del colegio se percibía también en aquellas cuestiones que son, como diría Chesterton, «piedras de toque de toda época y raza». Así, las relaciones humanas fluían con una facilidad pasmosa, la camaradería aparecía como consecuencia natural del entorno, se exaltó el valor de la verdadera amistad y, cómo no, entre *pitos* y *flautas* —entre *platonos* y *nietzsches*, si se prefiere— aún tuvimos tiempo para el amor.

Pero el amor no es el único regalo que nos llevamos del que, probablemente, ha sido el único lugar donde nos hemos sentido protagonistas de una historia digna de ser contada. Con cierta nostalgia, recordamos nuestro paso por el colegio como una concatenación interminable de acontecimientos al borde de lo milagroso. Que la realidad del Chami coincidiese con las más fantásticas de nuestras expectativas fue una deliciosa mezcla de satisfacción y sorpresa absolutas a la que terminamos por acostumbrarnos: es lo que sucede cuando te alcanza un flechazo, cuando formas parte de una plaza rebosante de indignación o cuando un extraño —que ya es amigo— te comunica, tras una conversación que te debías a ti mismo, que tienes plaza en el colegio. A partir de ese instante todo cambió: la velocidad a la que se sucedían los hechos era directamente proporcional a la intensidad con la que vivimos cada oportunidad que el Chami nos brindó. Hoy somos las personas que somos gracias a esa conjunción astral que quiso que fuésemos nosotros y no otros los que tuviésemos la opción de aprender, de debatir, de compartir, de organizar, de escribir, de manifestarnos. De enamorarnos. De vivir. La casualidad más prodigiosa de nuestra historia se llama



Retrato de Octavio y Alba

Sergio, y jamás seremos capaces de devolverle ni la diezmilésima parte de la deuda que tenemos con él. Suponemos que en eso consisten, en parte, la amistad y la más profunda admiración.



~~~~~  
Octavio en el pasillo y Alba en su habitación

El Chami es, por esto, un *estado de excepción permanente*: una paradoja difícil de explicar, un pequeño cristal que no se disuelve en la agitación circundante, una enmienda a la totalidad que no es absorbida por ella, sino que permanece y extiende sus efectos más allá de sí misma. Es un espacio de autonomía en el que el olvido de las circunstancias particulares da opciones a cada cual de buscarse —y de encontrarse— a sí mismo, lejos de la obligatoriedad de perderse en unos estudios universitarios a menudo estériles en comparación con la enormidad que ofrece el colegio. Quienes nos eligieron para esa vida en común —antes de que tuviésemos siquiera ocasión de imaginarla— vieron en nosotros algo más allá de nuestros talentos aún por desarrollar, algo más que nuestras posibles calificaciones futuras, algo más allá de la inteligencia o el carisma. Apostaron por quienes deseaban, aún sin saberlo, poner su sensibilidad al servicio de un proyecto educativo excepcional, de algo

valioso por sí mismo. No es casualidad que muchos de nosotros antepusiésemos el Chaminade a esta o aquella universidad, ni que aún hoy consideremos sus habitaciones, sus comedores, sus pasillos y sus aulas como nuestra verdadera *alma mater*.

Aquella Universidad —que tantas veces habíamos escrito con una letra capital inmerecida—, en la que soñábamos encontrar alguna suerte de alimento intelectual para satisfacer nuestra curiosidad, sufrió un duro golpe de realidad; y la obligación que se nos impuso de elegir un camino en detrimento de otros posibles frustró unas aspiraciones

que eran mucho más ambiciosas. La fragmentación de los títulos, las subidas escandalosas de las tasas y la anomia general de una universidad que, en ocasiones, sólo conservaba su nombre por la gloria de tiempos pasados nos hizo permanecer al margen. Esta decadencia sirvió como pretexto para quienes decidimos dedicar nuestro tiempo no sólo a hacer aquello que mejor se nos daba (que a menudo es una pequeña fracción de nosotros mismos), sino que, entregándonos por completo, preferimos disfrutar a la vez de todas las vidas de entre las cuales la educación oficial nos obligaba a elegir una sola. Quisimos ser estudiantes, sí, pero también escritores, locutores, actores o deportistas. El Chami supuso no tener que renunciar a nada, poder ansiarlo todo a la vez o, por lo menos, poder elegir en libertad; en algo muy parecido a aquella comunidad que imaginamos desde los asientos del instituto y con la que compartimos no sólo la condición que nos une a todos —la de ser estudiantes universitarios—, sino también cubierto, sueño, sudor y palabra.

Esta posibilidad de «ser quien uno es» no podría estar más relacionada con el hecho de vivir inmersos en una comunidad de las características del Chami. Encontrarse a uno mismo no es sólo una cuestión dependiente del sujeto que busca, sino también del entorno que mira. Las etiquetas que habían sido nuestras compañeras de camino durante tantos años —adjetivos como listo, raro, o incluso *friki*— pierden todo su valor en un lugar en el que esos calificativos, que supuestamente te definían como individuo, se convierten en norma. Y es precisamente esta ausencia de prejuicios —al fin y al cabo, si estás aquí es porque tienes bastante de listo, algo de raro y probablemente cierto punto *friki*— la que nos iguala a todos, la que nos permite hacer *tabula rasa* con respecto a la anterior percepción que teníamos sobre nosotros mismos y preguntarnos quiénes somos en realidad y quiénes queremos llegar a ser en el futuro. El Chami es, en este sentido, una suma de realidades generadas por este sentimiento de pertenencia a un grupo con el que uno se identifica —se le podría llamar, quizá, complicidad— junto a un conjunto de variables que podríamos catalogar como azarosas: el colegio es irreplicable, precisamente, por el equipo humano que tiene detrás; por su historia, simbólica para una juventud ansiosa que tiende a idealizar el pasado; y también, por supuesto, por su situación geográfica. Siempre se nos dijo que «el aire de la ciudad nos haría libres», pero el papel que juega Madrid —la ciudad más abierta de España y



~~~~~  
Cartel fiesta del novato 2011

de moda hace treinta años, un pincho en la barra de cualquier bar o unos imitadores de los Beatles en la calle Preciados. Madrid es una reunión de pequeños pueblos con personalidad propia: sus barrios y sus vecinos. Aquel plano de líneas coloreadas que cuando llegamos parecía dibujar una geografía inmensa se transforma, con los años, en una ruta de lugares tan familiares como emblemáticos: un *corner* mañanero por el Rastro en La Latina, un taller en El Patio —donde quiera que Tribunal aún guarde un sitio para él—, una presentación en Traficantes de Sueños, inmersos en el color de Lavapiés; una *bi-cicletada* por El Retiro; una tertulia, una proyección o un concierto en los alrededores de Malasaña. Es difícil imaginarse otra ciudad en la que un veinteañero pueda hacer de su capa un sayo y comprobar que vive en lugar donde con poco —y muchas veces sin dinero— siempre hay algo que hacer, de lunes a domingo. Y si el Chami es a menudo un fiel reflejo de lo que sucede a su alrededor, en este sentido es idéntico a la ciudad que le acoge. Los que convivimos allí sabemos que siempre hay un proyecto rodando ya sea en las aulas, en los sofás, en alguna habitación del pabellón pequeño o, como mínimo, en la cabeza de algún colegial fantasioso cuya iniciativa, en el colegio, jamás quedará sin respuesta. El Chami es una *masa crítica*, una tensión viva y productiva a la que sólo le falta inventar días nuevos en el calendario para dar cabida a todos sus anhelos.

nos atrevemos a decir que una de las más tolerantes del mundo— es determinante para que todo funcione de la manera en que lo hace: si hemos dicho que el Chami es un potenciador de todo lo que ocurre a su alrededor, Madrid es la materia prima perfecta para nutrir al colegio de su característico movimiento.

Quizás Madrid no sea una ciudad monumental como otras capitales europeas, pero sus callejuelas no tienen nada que envidiar a las grandes avenidas de otras urbes, e invitan a paseantes curiosos y dispuestos a perderse por sus rincones: aquí siempre espera una librería de viejo, un *garito*

Es cierto que, durante los años que fuimos colegiales, vivimos todo de manera muy intensa; y que, aún así, siempre tuvimos la sensación de estar sobrepasados. Desgraciadamente, estar expuestos sin descanso a tanto movimiento tiene un precio. Nuestros recuerdos —esos despiadados portadores de sentido— nos devuelven, con el paso del tiempo, una sensación de frustración difícil de encajar. El colegio es un lugar donde siempre hay un proyecto nuevo en el que embarcarse, una puerta por abrir o una habitación a la que aún no has llamado. La experiencia de vivir en un lugar como éste es infinita: es imposible terminar de exprimir el Chami, y eso es sinónimo, necesariamente, de renunciar. Por eso, pensar en el colegio es una especie de lección vital: y es que, como en la vida, en el Chami también se va tomando un camino —a veces de forma muy consciente, otras por puro azar— y dejando atrás un millón de bifurcaciones sin recorrer. Al final, terminan por aflorar las dudas sobre si uno ha hecho todo lo que ha podido, y si la ruta escogida ha sido la adecuada. Pero hasta en ese aspecto, el colegio es extremadamente generoso. Comenzamos esta mirada hacia atrás diciendo que, como tantos otros, pertenecíamos a una generación que nunca había dejado de irse: nos habíamos ido, primero, de nuestra ciudad natal, del Chami después y, en nuestro caso, también del país. A diferencia de muchos amigos y compañeros con los que hemos compartido este tiempo indeleble, nosotros sí tenemos fecha de vuelta. Más pronto que tarde volveremos a Madrid —esa estación de estaciones que con tanto cariño nos ha tratado durante todos estos años— e, inevitablemente, también al Chami. Ese lugar que uno nunca termina de comprender siempre está abierto para quien lo valora, dispuesto a ofrecernos sin reservas todo lo bueno que tiene: todo lo que necesitamos. Dice Antonio Gala que «un hogar es el lugar donde uno es esperado». Y el Chami, para nosotros, es exactamente eso: un hogar en el que siempre se nos espera por el simple hecho de ser quienes somos. Aquí aprendimos a sentir, por vez primera, que nuestra vida no era intercambiable por la de cualquier otro. Otros irán llegando al colegio: hermanos, amigos, completos desconocidos. Nuestros trastos serán sustituidos por los suyos, ocuparán nuestros cuartos. Cambiarán las costumbres, los intereses, los temas de conversación. Y sin embargo, para todos los que nos encontramos con la persona que queríamos ser gracias al Chami, resulta imposible abandonarlo del todo. Al colegio volvemos casi como una catarsis: nos sirve para recordar quiénes somos y por qué hacemos

lo que hacemos; y también para darnos cuenta de que, en este mundo tan grande y tan absurdo en el que nos ha tocado vivir, existe al menos un lugar en el que todo tiene sentido. Y por eso, con una sonrisa idiota en los labios, los ojos brillantes de nostalgia y el pecho colmado de orgullo y gratitud, nunca, jamás, dejaremos de volver.

## ANTES DEL AMANECER

Luis Cornago Bonal (2011-2013)

Eran poco más de las nueve cuando anocheció aquel martes de septiembre en Madrid. Mi padre y mi hermana, que me habían ayudado con las maletas, se despidieron sin demasiados aspavientos, como si de un día más se tratara.

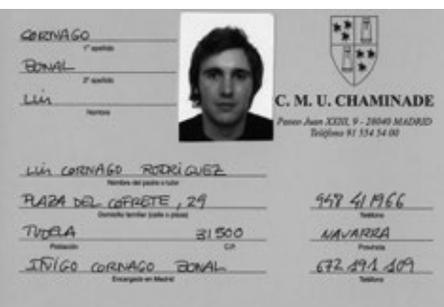
La habitación 314 no era demasiado grande y, como el resto del colegio, presentaba una apariencia austera. He de reconocer que antes de ese día yo ya había dormido en alguna de las habitaciones del Colegio. Mis dos hermanos, como los de muchos colegiales, habían pasado por el Chaminade. Porque en el interior de esa estructura con apariencia

de transatlántico suceden cosas que uno desea para sus más cercanos. Por lo tanto, parece natural encontrar lazos de sangre intergeneracionales entre todos esos rostros ávidos de que sus historias comiencen a ser contadas.

Puede que horas antes, cuando me despedí de mi madre y cerré el maletero del coche para emprender el viaje a Madrid, por fin sin billete de vuelta, estuviera algo más relajado que otros en mi situación. Sin embargo, al mismo tiempo, después de haber oído tantas

veces hablar sobre las bondades del Chaminade, ese lugar cuasimágico, mis expectativas eran peligrosamente altas.

Estaba solo en la habitación y el reloj del despertador que acababa de instalar marcaba poco más de las nueve y media. Contra mi voluntad, prestaba atención a los ruidos de la calle. Me despisté tratando de descifrar el significado de los cánticos; no me gustaba nada lo que escuchaba. Quizás me había equivocado de lugar, pensé entonces. Quizás yo, al contrario que mis hermanos, necesitaba vivir en otro lugar. En el corto trayecto que separaba la portería de mi habitación dos trabajadores del Colegio ya se habían referido a mí como “el hermano de”. Quizás al salir de casa para empezar la universidad había llegado el momento



Ficha de Luis Cornago

de seguir mi propio camino y yo lo estaba desaprovechando. Apagué la música y bajé a cenar.

Tres cuartos de hora después estaba en los sofás de la entrada. Durante la cena había coincidido con algunos chicos veteranos y habíamos tenido una conversación muy fluida e interesante.

Después de una charla en el banco de afuera que se alargó hasta pasada la medianoche nunca más volví a dudar acerca de la decisión de venir a vivir al Chami.

No estuve en el Colegio todo el tiempo que me hubiera gustado. Como me dicen algunos amigos, no viví los clásicos años del desencanto y mi idealización se presupone mayor que la de otros. Además, apenas han pasado dos años desde que comencé a ejercer de excolegial, una etiqueta que llegó para mí de improviso y que todavía hoy miro con recelo.

Lo que sí puedo decir es que aquellos dos intensísimos años recorrí cada día los pasillos apasionado e ilusionado, como quien resucita después de muchos años y tiene la imperiosa necesidad de ponerse al día en un mundo que le es ajeno. O como quien es consciente, quizás demasiado, de la fecha de caducidad de su existencia y trata de aprovechar cada día como si fuera el último.

La noción del tiempo mientras uno vive en el Colegio parece transcurrir paralelamente a la del resto de los mortales. Un día cualquiera en el Chami equivaldría a una semana de mi vida actual en un piso de la ciudad. Aquellos días todo sucedía veloz, a menudo de manera inesperada y con una intensidad que para muchos resultaba adictiva. Recuerdo a mis padres llamándome casi siempre después de dos semanas sin hablar; para mí nunca habían pasado ni siquiera dos días.

No sabías qué te esperaba el próximo día, pero suponías que volverías a compartir una comida o una cena con tus amigos, como si de una familia se tratase. Luego te sentarías en el banco del porche para ver la vida pasar y comentar lo bien que sonaba el último disco de Wilco, o para hablarles a los tuyos de la chica maravillosa que habías conocido la noche anterior. Tampoco sabías qué te iba a deparar la próxima noche, pero intuías que conocerías a alguno de tus ídolos. Tenías la posibilidad de invitarles a cenar a tu propia casa y de darte cuenta de que no eran tan distintos a ti. A veces incluso la velada podría alargarse un lunes cualquiera de marzo y acabarías compartiendo con ellos canciones, gintonics y recuerdos de infancia en alguno de los bares del barrio.

Poco importaba que tuvieses que levantarte temprano al próximo día. Con frecuencia lo harías enamorado de la chica de ayer o expectante por lo que estaba por venir. Eso sería suficiente para plantarle cara a otro interminable día.

Durante la etapa en el Chami siempre merodeaba a mi alrededor la sensación de que muchos de esos momentos eran irrepetibles, de que nunca volvería a experimentar nada tan maravilloso ni tendría tantas oportunidades de vivir soñando. Una de las cosas más especiales era poder compartirlo con tanta gente afín y en lo que era el hogar de todos. Casi a cualquier hora había planes difíciles de rechazar. Encontrar el momento para apagar la luz del flexo de la mesa de estudio y dar por cerrado el día era enormemente complicado.

Durante mi etapa en el Colegio nuestro país vivía uno de los momentos más convulsos de su historia reciente. De hecho, fue unos meses antes de mi llegada a Madrid cuando dieron comienzo una serie de manifestaciones pacíficas que pronto se expandieron por las principales plazas de las diferentes ciudades españolas. Aquellas protestas contra la deriva política, social y económica del país abogaban por una democracia más participativa alejada del bipartidismo PP-PSOE. Es lo que conocemos como Movimiento 15-M.

En el vídeo de integración que nos mostraron a los nuevos colegiales pudimos apreciar la cobertura que habían hecho algunos veteranos desde Onda Mayor, la radio del Colegio, de las manifestaciones de la Puerta del Sol. Pronto me enteré que algunos de éstos habían participado activamente en las protestas y me interesé por su opinión acerca del futuro del *movimiento de los indignados*. Las discusiones con otros colegiales, casi siempre sosegadas y respetuosas, comenzaron a ser a partir de entonces habituales.

El 15 de octubre de 2011 había convocada en la Puerta del Sol otra manifestación. Se trataba de demostrar que las reivindicaciones de mayo seguían todavía vivas. Las elecciones generales estaban ya a la vuelta de la esquina. Acudí junto a un grupo de unas quince personas y allí nos encontramos a muchos otros colegiales.

Cuando nos encaminábamos hacia el metro para volver al Chami nos cruzamos con Sergio, uno de los directores, en los alrededores de la boca de metro de Sol. En un primer momento, debo reconocer que me llamó la atención que los que ocupaban los puestos más altos de la jerarquía del Colegio estuvieran con nosotros en las plazas, en

un contexto reivindicativo. Pronto me percaté de que nada tenía de extraño. El trato genuinamente horizontal era una pauta común en el funcionamiento diario de la institución del que tampoco se hacía ningún alarde.

Esa misma persona, Sergio Suárez, ha resultado ser una de las que más me ha incitado a crecer intelectualmente durante todos estos años. No recuerdo cuándo fue la primera vez que bajé a verle a su despacho pero me puedo imaginar perfectamente la escena al abrir la puerta: los dos o tres periódicos del día sobre la mesa y montones de libros por todos lados. Desde el primer momento me sentí valorado por él y fue quien primero me animó a fomentar muchas de mis aficiones, algunas en aquel momento todavía latentes, y a participar activamente en la vida política y cultural tanto del Colegio como de la ciudad.

Pronto comencé a acudir con frecuencia a Sergio con sugerencias acerca de posibles invitados para una cena o una conferencia. Al principio, yo no solía ser muy optimista en relación a poder ver cumplidas mis aspiraciones, pero Sergio, que pronto se refería a los potenciales invitados por su nombre, como si se tratara de sus amigos de la infancia, se mostraba casi siempre seguro. Solía no andar desencaminado. No tardé en darme cuenta además de que su conocimiento acerca de numerosos asuntos era enciclopédico y de que podía aprender mucho de sus recomendaciones y su templanza.

La primera persona con la que contacté para invitar al Colegio fue Fernando Navarro. Fernando era un joven periodista de *El País*, aunque por aquel entonces todavía no firmaba demasiado en la edición escrita del periódico. Yo le había conocido antes de venir a Madrid a través de su blog musical en la edición digital del periódico, “La Ruta Norteamericana”. Gracias a él descubrí a algunas de las que todavía son hoy mis bandas favoritas.

Aquella primera cena con Fernando, recordada cada vez que me encuentro con alguno de los allí presentes, fue la primera de muchas, así como el comienzo de una bonita relación entre el Chaminade y Fernando. Se me antoja difícil saber cuántas veces habrá visitado el Colegio desde su primera cena hace cuatro años. Apuesto a que el número supera la decena.

Durante los meses previos a mi marcha del Colegio, un grupo de colegas organizamos con la ayuda de Fernando unas jornadas musicales que van camino ya de su cuarta edición. En la primera de ellas



Cartel I jornadas musicales 2012-2013

tuve la suerte de participar en la mesa inaugural de las jornadas. Compartí mesa y charla junto a Diego A. Manrique, el periodista musical más importante de los últimos treinta años en España. El hecho de que cada año estas jornadas se sigan celebrando refleja fielmente mi ideal del Colegio, en el que unos van cogiendo el testigo de otros y los beneficios nunca son individuales sino colectivos.

Tanto Sergio como Fernando fueron de los primeros que me alentaron a seguir sumergiéndome en la música. También a escribir acerca de las canciones

que me acompañaron durante esos magníficos dos años casi a todas horas. En estos primeros días de verano, con algo más de perspectiva, debo admitir que esas mismas canciones, junto a otros libros y películas, han marcado a su vez el rumbo de mi etapa universitaria. Por ello, y por muchas otras cosas, les estoy a ambos eternamente agradecido y no olvidaré sus consejos o su paciencia ante mis inseguridades.

Siempre he pensado que el lugar donde descubrimos una canción, o la persona dueña de esa especie de secreto revelado, tiende a permanecer en nuestro inconsciente por un tiempo indefinido, quizás para siempre. Antonio Muñoz Molina lo ilustraba con lucidez en uno de los pasajes de *Ventanas de Manhattan* cuando nos sugería que “las canciones no hablan de quien las ha compuesto y ni siquiera del que está tocándolas sino de quien las escucha, de quien se reconoció en una de ellas nada más descubrirla y se vio comprendido y explicado por la pura forma de la melodía, por esas palabras que ya le pertenecen incluso cuando sólo las ha comprendido parcialmente”.

Será difícil olvidar que fue en el Chaminade donde escuché por primera vez *Time Spent In Los Angeles* de Dawes, o donde mis amigos, en mi vuelta de Estados Unidos, me dedicaron *Lucky Now* de Ryan Adams desde el mítico escenario del Salón de Actos. Tampoco olvidaré que

fue allí, en la habitación 314, donde invité a una chica para ver juntos *Antes del amanecer*, la primera película de la trilogía romántica del cineasta estadounidense Richard Linklater, o la primera vez que canté en ese mismo lugar el *Cadillac Solitario* sin camiseta a las seis y media de la mañana entre los rostros eufóricos de los que aterrizábamos y las lágrimas inevitables de a quienes les había llegado la hora de marchar.

En el Chaminade también conocí el verdadero significado de la libertad en su sentido más amplio. Por mucho que a veces desde fuera se nos caricaturizase como *hippies, progres* o *rojos* en el Colegio existían sensibilidades bien diferentes. En el transcurso cotidiano de los días afloraban, ya fuera en cartelera, en las asambleas o en una simple comida, multitud de conflictos acerca del funcionamiento del Colegio. Aunque a veces pudieran parecer asuntos triviales, como en el caso de las asambleas para debatir si debían ofertarse servilletas en el comedor del Colegio, las opiniones de cada uno acerca de cuestiones internas reflejaban con frecuencia opciones vitales, esencialmente políticas, de acercarse a la realidad.

Creo que nunca pedí el turno de palabra en esas asambleas, más bien por prudencia y por no conocer todavía demasiado a fondo los asuntos tratados que por no tener una opinión relativamente formada sobre el tema. Pero, sin duda, las asambleas nos educaron en el valor del respeto y de la libertad de expresión. A mí particularmente me hicieron pensar en la idoneidad de renunciar a menudo a objetivos maximalistas en pro de alcanzar un consenso satisfactorio para el mayor número posible de personas.

Gracias al trabajo de diferentes Aulas fui mucho más consciente de las injusticias o de la situación en África, especialmente cuando comenzamos a trabajar con la residencia universitaria de Togo. Por otro lado, me interesé mucho por el debate que emergía en aquel momento en España acerca de la desigualdad. También aprendí sobre cuestiones relacionadas con el feminismo, con las que apenas había tenido contacto anteriormente. Pero si algo saqué en claro de todos aquellos debates y conferencias, casi diarias, fueron las enormes carencias que padecían las explicaciones simples en un mundo cada vez más complejo. Y la necesidad de un debate mucho más informado e interdisciplinar, lo más alejado posible de frentismos irracionales.

Para mí el Colegio fue un lugar de cuestionamiento de casi todo, incluso de algunos principios que hasta entonces parecían irrevocables;

muchas veces reafirmé mis posiciones previas en muchas otras cuestiones. Al mismo tiempo, fueron tiempos en los que todo lo sometíamos a crítica y éramos especialmente escépticos y exigentes con muchos de los intelectuales o políticos que se acercaban al Colegio. Aun así creo que uno sale del Chami con casi más preguntas de las que tenía cuando entró. Al menos ése fue mi caso y es a mi juicio algo bastante positivo.

“Aprendimos más con un canción de tres minutos”, decía Bruce Springsteen, “que con todo lo que nos enseñaron en la escuela”. Algo similar sentíamos yo y muchos otros con respecto a lo que aprendíamos en la universidad con respecto al Colegio. Cuando volvía a casa y los amigos me preguntaban por la universidad sólo podía pensar en hablarles de lo estimulante que era el Chaminade y en cómo lo estaba disfrutando en infinidad de aspectos. En definitiva, y aunque asistía a mis clases con regularidad, me consideraba para mis adentros estudiante del Chaminade antes que de la Universidad Carlos III de Madrid.

Porque el Chaminade es ahora mi recuerdo, pero también fue mi sueño, cuando veía a mis hermanos dejar el hogar familiar para marcharse a la gran ciudad. Y un día llegó mi momento. Entonces se presentó ante mí un mundo con un sinfín de oportunidades hasta entonces remotas o desconocidas. Hoy creo que estaba equivocado cuando entendía mi época en el Colegio como una etapa con fecha de caducidad, que inexorablemente se iría consumiendo. Cuando pensaba que un día todo lo vivido se desvanecería para no volver.

Miro a la estantería de la habitación y veo que todavía me quedan varios libros por leer de los comprados con subvenciones del Colegio. Pienso en todas las cosas vividas desde que me fui del Colegio y la mayor parte son una continuación natural del viaje que empezó aquel martes de primeros de septiembre en el número nueve del Paseo Juan XXIII.

Puede que durante mi estancia en Estados Unidos diera comienzo la segunda etapa del viaje pero ni de lejos éste ha terminado. A veces quiero pensar que no acabará nunca. Hoy sé que el Chami fue el principio de una historia en construcción y que mi vida alejada del Colegio será siempre deudora de los caminos que empezaron a abrirse allí.

Leí hace años en algún libro que existe un momento en la vida en que somos conscientes de que somos genios o enamorados. Ese momento me llegó en el Colegio, donde empecé a identificarme, cómo no, con los enamorados. Porque el Chami es para mí el lugar en el que enamorarse de las conversaciones, de vagar sin rumbo fijo, de compartir,

de la incertidumbre, de la amistad, de los sueños imposibles, de las borracheras que acaban bien, de mujeres que se van sin despedirse, de volver andando de los Verdi un domingo de madrugada; un lugar en el que sentir que las canciones te hablan al oído y que no dejarán nunca de hacerlo como lo hacían entonces.

Creo que lo tengo decidido: seguiré enamorado hasta que me muera y sabré hacia dónde señalar cuando me pregunten quién fue el culpable.

## UN PACTO POR CELEBRAR

Álvaro de Vicente Blanco (2012-2015)

Dos mil dieciséis, hoy. No, mentira, pero permitámonos por un momento jugar con la idea, por peligroso que sea. Se están cumpliendo los cincuenta años de vida del Chami. Ya es suficientemente viejo y experto como para no preocuparse porque se use su diminutivo, lo sabemos bien. En medio siglo da tiempo a ver muchas cosas y hacer casi todo lo que un humano se ha propuesto en el curso de su existencia. Pues bien, nuestro querido amigo está de celebración.

Pasan cincuenta años y la generosidad del recuerdo nos permite encontrarlos de puertas abiertas, pegados en los ecos de las escaleras, camuflándose entre la mostaza que baña al pollo, riendo bajo la gota que humedece la pegatina de San Miguel en tu último tercio en cafetería y en las curvas caprichosas del gotelé de las paredes, nutriéndose de la vida que has dejado a su lado.

Si algo se le debe al Chaminade es la capacidad de marcar un antes y un después en tu crecer, quieras o no. Implica dejar atrás lo que conoces: el lugar donde el sol siempre salía por el mismo lado y la sopa no se enfriaba.

Irte de tu hogar para convencerte de que cualquier cambio será para mejor. Sin embargo, en menos tiempo de lo que esperabas, tú, que te creías tan adulto y tan capaz, quedas en evidencia ante tu propio miedo a los mismos fantasmas que creías enterrados años y kilómetros atrás.

Puede que ese no sea el caso de todos los colegiales que acaban por entrar a formar parte de lo que se cuece en el Chami, pero para todos nos ha supuesto un giro en nuestras vidas, y ese primer vínculo de unión con el vecino ya nos hace tener algo en común. Porque lo más bonito de la vida colegial, lo adelanto ya, es el compartir. La oportunidad que te conceden tus años en el colegio mayor es la de crecer con alguien que hasta ayer no conocías y pasado mañana tratarás como hermano.

FICHA COLEGIAL

C.M.U. CHAMINADE

1º Apellido: De Vicente  
2º Apellido: Blanco  
Nombre: Álvaro

Estudios: Grado en Medicina

DNI: 53646041J Fecha de nac.: 05/15/1994

Nombre del padre o tutor: José Antonio De Vicente Criado  
Domicilio familiar: C/ Uria, 31-3º-B  
Población: Gijón Teléfono: 690836797  
C.P.: 33202 Provincia: Asturias  
Fecha de ingreso: 15/01/2012 Fecha de baja:

Ficha de Álvaro de Vicente



En cierto modo, este cambio de escenario marca una buena forma de transición a la vida independiente y en sociedad. Indudablemente, nuevas responsabilidades. Superar los mínimos de tu exigencia personal, cumplir con plazos, tener la mente abierta, reconocer los errores propios y ganar experiencia para lo que viene por delante. Las personas que hemos entrado a formar parte del colegio venimos a estudiar en la Universidad, y sin embargo,

se podría discutir que un porcentaje amplio de lo que se aprende en esta etapa nace en Metropolitano.

El Chami da la inesperada oportunidad de formar parte de un experimento sociológico permanente y en constante cambio. Los colegiales forman un modelo de sociedad de manera inocente. Sólo con el paso del tiempo y la observación de los nuevos inquilinos puedes constatar que las estructuras presentes en la calle se repiten a escala mínima entre sus paredes. Lejos de ser un problema, te prepara para un sistema que no conocías y no te enseñan en el colegio.

Hablando de estructura social y de tiempos presentes, la etapa universitaria tiene esa bonita cualidad de ser la época de ilusionarse con los cambios, protestar, luchar y tener fuerzas para obviar las noticias que te llegan y abocan al desengaño. Es la época de leer *El extranjero* de Camus, verle otro sentido al *Así habló Zaratrusta* que te explicaron en clase de Filosofía, entender el fuego que motivó a Zach de la Rocha y Tom Morello en *Rage Against the Machine* y ver con otros ojos las noticias.

El hecho del traslado a Madrid brinda una ocasión especial para sentirse actor de la sociedad, y de paso, empezar una colección de historias que algún día serán tus batallitas. En los últimos tres años hemos tenido la oportunidad de vivir momentos que sin duda serán recordados en la Historia reciente de España. En el marco de los ecos que dejaron las movilizaciones del 15-M de 2011, hemos podido com-

Una pancarta del 15-M



probar que fueron decisivas para marcar una transición en la forma de pensar de gran parte de la clase media española.

El primer cambio de Jefe de Estado de la monarquía parlamentaria en España fue uno de los momentos más notables de este periodo. Muchos pensamos que había potencial para iniciar un nuevo debate acerca de la figura del Rey dentro de nuestro país. Tras unos meses de apariciones en la prensa por motivos poco habituales, el rey Juan Carlos decidió abdicar a favor de su hijo Felipe. Todo el proceso fue efectivo en un plazo sorprendentemente rápido, de apenas dos semanas y media, y dejó a muchos sin poder expresar su parecer ante tal cambio. No pocos fuimos desde el Chami a la Puerta del Sol, unos a pedir referéndum y otros a clamar por la República, pero en el kilómetro 0 casi todas eran caras familiares para los habituales de los 14 de abril.

Esta nueva era empezaba sólo unos días después de los resultados de las Elecciones Europeas. Me tomaré la licencia de aventurar que serán recordadas como parte de cierta revolución, o quizás soy simplemente parte de la masa que pide cada vez más insistentemente un giro a la política española. Dichas elecciones supusieron la primera aparición de un partido no-tradicional (al menos hasta el momento en el que se escriben estas líneas), nuevo, que consiguió aunar a algunas personas que habían sido llevadas a la indiferencia.

Este es el caso de Podemos, partido al que no quiero mencionar más que para usar su ejemplo como paradigma de la que se está llamando nueva política. En el mismo saco están los nuevos agentes políticos

regionales y nacionales, como Marea Atlántica, Barcelona en Comú, Ciudadanos o Movimiento RED. Todos parecen haber surgido del afán de rebelión que ha nacido del desengaño de las últimas generaciones. Los nuevos candidatos y votantes son los hijos de la generación X, que han abandonado los caminos de la abstención política al encontrar una nueva forma de expresión. Hasta estos años, podría pensarse que estos jóvenes sin voluntad de expresión política correspondían al analfabeto político del que habla Brecht (en un texto que ya de tan citado cuesta creer su autoría por el escritor alemán).

Gracias a las nuevas alternativas, sin embargo, parece comprobarse que han aparecido en escena nuevos actores políticos fundamentales. Sin importar la dirección de su ideología, se han unido por lograr un estado de bienestar político, con meta en la transparencia, igualdad, desarrollo y confianza. Así serán los que votan contra los gráficos de barras sobre la desigualdad creciente y los datos de paro, gritando indignados junto a Stéphane Hessel.

Puede que de aquí en adelante reconozcamos a un nuevo ciudadano en España, menos tolerante con las prácticas a las que la estructura bipartidista ofrecía un marco protector, más exigente con las promesas electorales y más partícipe de la vida común a través de un sistema que ambicione estar a la altura de la palabra democracia. Quizás haya llegado la hora de decir por fin adiós a las reediciones de los Cánovas y Sagastas y Pactos del Pardo. Al fin y al cabo, como casi todo lo referente a las relaciones sociales, la mejor solución pasa por el respeto y el diálogo sano.

Dichos presagios parecen haberse cumplido muy recientemente, si nos centramos nuevamente en la ciudad de Madrid, donde una de las nuevas candidaturas, la de Ahora Madrid, es la que ha salido victoriosa en las elecciones a la alcaldía. Desde el Chami se pudo ver y oír la preocupación por el tema. No es un tema ajeno a la mayoría de los colegiales y no son indiferentes. Prueba de ello son las múltiples cenas y conferencias organizadas durante mi estancia aquí, así como la coordinación por parte de la dirección del Colegio este último año de enseñanza académica en la materia: “Curso de formación y participación políticas” impartido por los integrantes del reconocido grupo de analistas políticos de Politikon. Por él han pasado más de treinta políticos, activistas, académicos, periodistas y profesionales, y en las

cenar se pudo encontrar a personajes relevantes de la escena española del mismo ámbito.

Como invitados de excepción se pudo contar con varios diputados, ex ministros, periodistas (cómo olvidar a Eduardo Inda), analistas... de diverso signo político e ideas. Especial mención, porque ella lo quiso así, fue la visita este último año de Ana Pastor. La periodista disfrutó del diálogo y la crítica que se hacía al sistema durante las intervenciones de los asistentes a la cena. A pesar de la claridad de ideas que le caracteriza, a todo el mundo sorprendió cuando pidió a parte de los colegas que habían organizado la cena participar en su programa en La Sexta "El Objetivo" como parte de un debate de jóvenes que valoraban lo sucedido en el debate sobre el Estado de la Nación. La petición se llevó a término en el programa llamado "El Otro Debate", que sin duda causó controversia y generó, una vez más, diálogo.

Pero no sólo se ha quedado el foco del Chaminade en la política nacional, sino que también ha procurado abrirse al escenario internacional. Recuerdo con especial nitidez una de las conferencias más comentadas de toda mi estancia en el colegio. El invitado de excepción fue el portavoz internacional de la República Popular Democrática de Corea o Corea del Norte simplemente. Alejandro Cao de Benós no defraudó a nadie. Dentro de una postura tan complicada como la de ser representante de un régimen que internacionalmente no está bien considerado, fue una forma de mirar con otros ojos una de las realidades de las que oyes mucho pero sabes poco.

De la misma manera, otras aulas más allá de la de Políticas también llevaron su mirada fuera de las fronteras españolas. Seguramente acercarían de la búsqueda de una respuesta a ese carácter revolucionario universitario ya que varios eventos memorables se relacionaron con el activismo internacional. A mi mente vienen recuerdos recientes, como el caso de Hassanna Aalia, un activista saharauí a quien se le negaba el





asilo en territorio español. El aula de PUAS le dedicó en este caso una campaña de apoyo con la colocación de una pancarta a su favor con el beneplácito de la gran mayoría del colectivo colegial.

Otra forma de activismo fue el que quiso poner sobre la mesa el aula de Ciencia y Tecnología con la invitación de Richard Stallman, el padre del código libre y del copyleft. La crítica a la industria del software que está llamada a dominar gran parte del mercado global en más bien poco tiempo. Fuese por su forma de hablar, su sombrero/disco duro de San IGNUcio o su humor incisivo, tampoco dejó a nadie indiferente.

Fuera de Madrid también han sido tres años divertidos, diferentes y convulsos. Apasionantes, en pocas palabras. Ahora mismo es complicado saber cuáles de las eventualidades que han sido noticia serán efemérides en el futuro. Seguramente acabarán por serlo aquellos que se pueden considerar precisamente *acontecimientos* según Zizek. Sólo los hechos que encierren un ser traumático y perturbador en el mejor de los sentidos, cuya causalidad y efecto tengan repercusión inflexiva y radical.

A mi memoria vienen momentos que hicieron mirar y sentir adrenalina a toda la humanidad, como el salto al vacío (o desde el vacío, más bien) de Felix Baumgartner, y otro aterrizaje que sólo hizo temblar a unos pocos, el de la sonda Philae, el hijo pródigo cíclico de la madre Rosetta, sobre el cometa 67P.

La irrupción del smartphone ha supuesto un cambio tecnológico cuya adopción ha tenido un efecto en las relaciones sociales nunca visto hasta la fecha. Incluso más grande que el propio efecto de internet en cuanto a su prontitud. La sociedad se ha vuelto demandante de servicios de manera inmediata y personalizada, a la vez que se deja

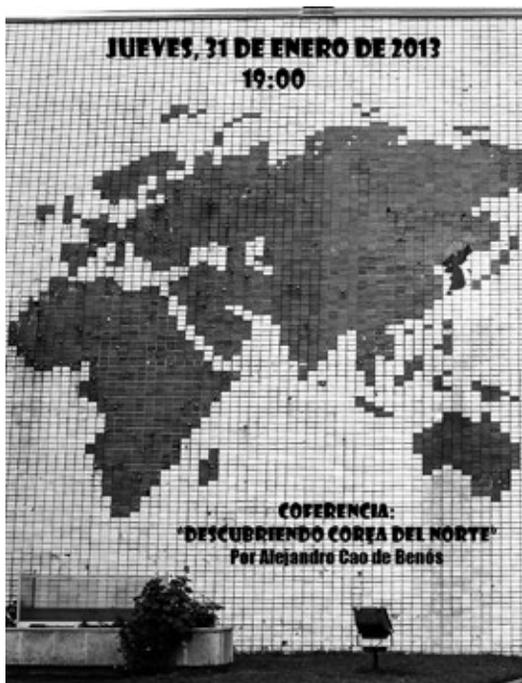
dirigir pero no mangonear. Seremos la generación que necesita aplicaciones que nos recuerden que deberíamos ejercitarnos más, refrescar ese segundo idioma, hacer bien la compra o felicitar a nuestro antiguo vecino por su cumpleaños para ignorarlas y dedicarnos a otra cosa aún más novedosa.

En el campo de la medicina, es complicado determinar hoy por hoy cuáles han sido los grandes avances, aunque es destacable el descubrimiento por parte de Joan Massagué del papel de las serpinas, que nos ayudarán a comprender las metástasis. Tenemos indicios para pensar que la lucha del futuro será el pulso entre la obesidad y la diabetes en

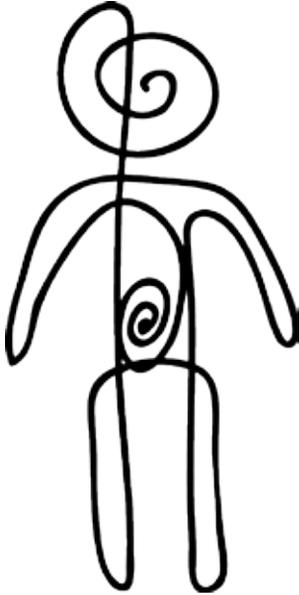
el mundo occidental frente a la hambruna del tercer mundo, agravado aún más. También fue esta la época de la adopción del Obamacare y de la epidemia de ébola que estremeció al mundo, y nos devolvió al estado humano, vulnerable y asustado.

Los físicos también han dado que hablar mucho en los últimos tiempos. A partir de lo que muchos creíamos que sería la nueva revolución en nuestras casas, un telescopio de microondas, nos enteramos de que quizás el Big Bang ha dejado rastro de sus inicios. Nos hemos apropiado de un lloro inocente del universo recién nacido, y seguramente será motivo para celebrarlo. Y en la insondable búsqueda por el origen otro físico ha querido dar la nota. Con su teoría sobre la entropía, Jeremy England se aventura en dar un sentido a la organización del cosmos a partir de lo que podría ser su contrario, la entropía. Sólo el tiempo dirá.

Por lo que a nosotros como humanos respecta, tenemos una tarea clara para nuestro camino por esta tierra. Seguramente, será la única de las certezas que traigamos en nuestros bolsillos: nacemos con incógnitas por resolver. Durante su vida, Jean Paul Sartre llegó a la conclusión de



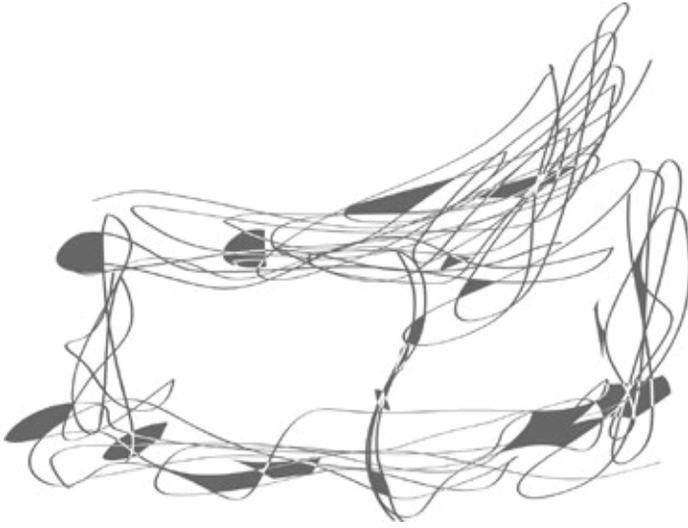
que, tanto él mismo como el resto de sus compañeros en estos derroteros de la condición humana, sólo podríamos llegar a la desesperación por no poder jamás ver nuestros fines y metas alcanzados. No obstante, al final de la misma, se desvinculó ligeramente de esta opinión ante una idea que teñía todo lo que veía: cada acción que realizamos nace de la esperanza, entendida como nuestra fe en que la acción emprendida llegará a término.



Es entonces momento de reconocer que el cometido de nuestra existencia será encontrar el *arkhé* de esas acciones que nos mueven. El misterio está en nuestro interior, y se revela en pasado, presente y futuro, si es que existe tal cosa. Los años bajo el techo del Chaminade a mí me han servido para dirigir la búsqueda. Aprender más de quién soy, quién fui y, muy seguramente, quién seré.

Esta función es inconscientemente intrínseca al Chami, tanto como lo es aquel lugar donde cada persona encuentra su hogar, o se siente en paz con la naturaleza. De no ser por vuestro encuentro fortuito, su existencia no habría trascendido para tu tiempo, pero cuando aparece es inevitablemente imán de algo dentro de ti. Por ese “algo” difícil de describir es por lo que nos encontramos hoy escribiendo las páginas de este libro. Porque el colegio lleva a cabo una función de guía con cada persona que entra a su abrigo. Y esta gran acción conlleva una gran responsabilidad, por lo que el Chami deberá en el futuro evolucionar y ser absolutamente moderno –como siempre- para seguir desempeñando su labor como pocos. Bajo la dificultad de ser una realidad que sólo puede sentirse a nivel personal, sé que saldrá adelante y se superará, porque la esencia de nuestro Chami es la que le dan las almas que conviven en él, y su sabiduría, la de las personas que velan porque todo pueda continuar como debe ser.

Noches sin apagar la luz, peleas con amigos, alegrías inesperadas, aprendizaje multidisciplinar, fiesta y trascendencia, sólo a la disposición de quien se atreva a explorar. El trampolín a las metas inalcanzables, que te puede hacer sentir el calor. Pero hemos de estar prevenidos de la caída.



Porque el Chami es una gran mentira. Aceptada a ciegas; trágicamente real. Benditos los llamados a la farsa del señor. En este lugar eres un nombre y un número de habitación. Sin embargo, en cada grupo de tres cifras se esconde una persona que es llamada a salir de su piel y caminar más allá de lo físico. Bajo un deber para con uno mismo; la de crecer como individuo. Sin que nadie establezca la pauta, nos vemos nutriéndonos del vecino, construyendo amistades y proyectos, y aprendiendo que todo lo que creíamos saber no es más que dudoso. Cómo pasa el tiempo en el Chaminade te enseña a cuestionarlo todo... pero acabas incurriendo en el error del que te alejabas, cuando sin querer piensas que es efectivamente cierto.

Esto no es un canto melancólico, o airado; sino alarde de todo lo contrario. Triste es el momento de separarse de la acogedora mentira, porque has podido ser libre en ella. Una ilusión de oro y arena. Cuanto más te acercas al final, más te convences de que el tiempo en el Chami es algo especial, clandestino, irrepitable. El paradigma de una libertad que no volverás a alcanzar, grabado a fuego en tu retina en forma de fiestas de integración, de carteleras llenas de papel, de sofás de colores planos, como la luz eterna en la sala de Arquitectura, perdida entre escaleras laberínticas, oculta dentro de noches oscuras en la terraza y tardes de verano en la pista, teñida de vueltas a casa nostálgicas, impresionada en los ojos de Tacho, en la sonrisa de Juan, en las manos de Sergio.

Y te da rabia, porque esta quimera de libertad no trae otra cosa sino amor incondicional. Quizás no quieras abrazar las plantas del jardín hexagonal, ni acariciar la membrana del bombo en Ensayos, pero algo por dentro te dice que echarás de menos los saludos callados de Carmen, el concepto de desayuno nocturno, el bigote de José María, los conciertos en el salón de actos, una buena cena en el comedor de invitados y las caras de reprobación de María Jesús cuando pedías comida para el equipo a destiempo.

Al fin y al cabo, eso es con lo que me quedo de una etapa aquí, con el amor que mana de la convivencia en ese pacto por celebrar la vida común. Todos tenemos una mano de Robinson Crusoe, y un pie de Woyzeck, así que no nos viene mal un poco más de amor. Este afecto es seguro compartido con todos los que se me unieron silenciosamente en la contienda de buscar una identidad y jugar a ser niño otra vez. En un recuerdo trascendente; cada vez más convencidos de separarnos de todo lo que creíamos poder llegar a tocar.

Una y mil veces, lo sabes ya. Una y mil y una veces, lo repetiré. Una y mil y dos veces, gracias.

##

Inevitablemente también, todo lo que acaba en este *cemeú* lo hace citando a otro viejo loco entrado en la cincuentena. Y quiero terminar con una revelación surgida de este ejercicio de memoria y admiración. En mi cabeza resuenan las sabias palabras de Cavafis. Ítaca me incita a disfrutar del camino. Quizás, sólo quizás. Pero aún hay que cuestionárselo, ¿no?

La historia comienza a encajar. Repaso mentalmente lo que ha pasado de forma fugaz en los últimos tres años y con un Martini en la mano, anticipo la nostalgia que sentiré de ti. Mirando al que siempre será tu barrio y atrapado por las luces de la ciudad, puedo por fin vislumbrar que eras la rubia que dirige este Cadillac hacia lo inexplorado del resto de nuestras respiraciones.

Quizás, sólo quizás.

Gijón, julio de 2015.

## Índice

|                                                                                                                   |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>A modo de prólogo</i> por Manuel Ontañón Carrera                                                               | 3   |
| <i>Cuarenta años, tres vidas y una experiencia común</i><br>por José Ignacio Gautier, Juan Muñoz y Sergio Suárez  | 7   |
| <i>Los primeros años (1966-1972)</i> por Enrique Torres Rojas                                                     | 18  |
| <i>Más que trampolín, una catapulta</i> por Diego Tolsada                                                         | 25  |
| <i>Ilusión versus utopía: entre la libertad y la solidaridad</i> por José Ángel Góngora Comas                     | 33  |
| <i>Cuatro miradas después de tantos años</i> por Ramón González Corrales                                          | 43  |
| <i>Un colegio único en un momento crucial</i> por Juan Antonio Herrero Brasas                                     | 54  |
| <i>El aprendizaje de la decepción (50 sombras olvidadas)</i> por Francisco Martín Cabrero                         | 59  |
| <i>Historias del Chaminade</i> por Elisardo López Ibáñez                                                          | 65  |
| <i>Así creo que éramos...</i> por Fernando Ruiz de Azúa                                                           | 70  |
| <i>Chaminade Revisited. Memoria analógica y tribal (1987-1994)</i><br>por Sergio Hernández-Ranera Sánchez, "Jevi" | 73  |
| " <i>Cualquiera tiempo pasado...</i> " por Jaime Prujà-Artiaga                                                    | 89  |
| 1990 por Ricardo Vázquez Almagro                                                                                  | 95  |
| <i>Un foro de debate, estudio y respeto</i> por Enrique Sánchez Prada                                             | 106 |
| <i>Unos años inolvidables</i> por David González Ortega                                                           | 113 |
| " <i>Nosotros siempre anticipamos</i> " por Miguel Pérez Alvarado y Diego Agúndez Calvo                           | 121 |
| <i>CMU Chaminade: Un lugar culto (y de culto)</i> por Ángel Olmedo Jiménez                                        | 132 |
| <i>Reflexiones chamineiras</i> por Niko de la Serna                                                               | 141 |
| <i>Estampas</i> por Miguel Frías Hernández                                                                        | 149 |
| <i>Nosotros, hijos de las clases medias</i> por Rafael Álvarez Gil                                                | 167 |
| <i>Llegamos para quedarnos</i> por Rocío Flores Fuertes                                                           | 173 |
| <i>El Txami: una década, tres generaciones</i><br>por Gorka, Koldo y Maialen Saez de Bikuña                       | 177 |
| <i>La larga travesía del N21</i> por Mateo García Prieto y Santiago Gimeno                                        | 187 |
| <i>Último camino a la madurez</i> por Damián Riera                                                                | 197 |
| <i>Muchas primeras veces</i> por Macarena Soto                                                                    | 204 |
| <i>El corazón y la libertad</i> por Irene Villarejo Escolano                                                      | 212 |

|                                                                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Extrañas, poderosas horas muertas</i> por Iván Moyano                                                       | 222 |
| <i>Mi familia y otros colegiales</i><br>por Javier Hernández Pascual; Javier, Belén y Clara Hernández<br>López | 229 |
| <i>Ser adulto</i> por Alberto García                                                                           | 238 |
| <i>Volver</i> por Octavio Barriuso Varela y Alba Carballal Gandoy                                              | 246 |
| <i>Antes del amanecer</i> por Luis Cornago Bonal                                                               | 252 |
| <i>Un pacto por celebrar</i> por Álvaro de Vicente Blanco                                                      | 258 |























